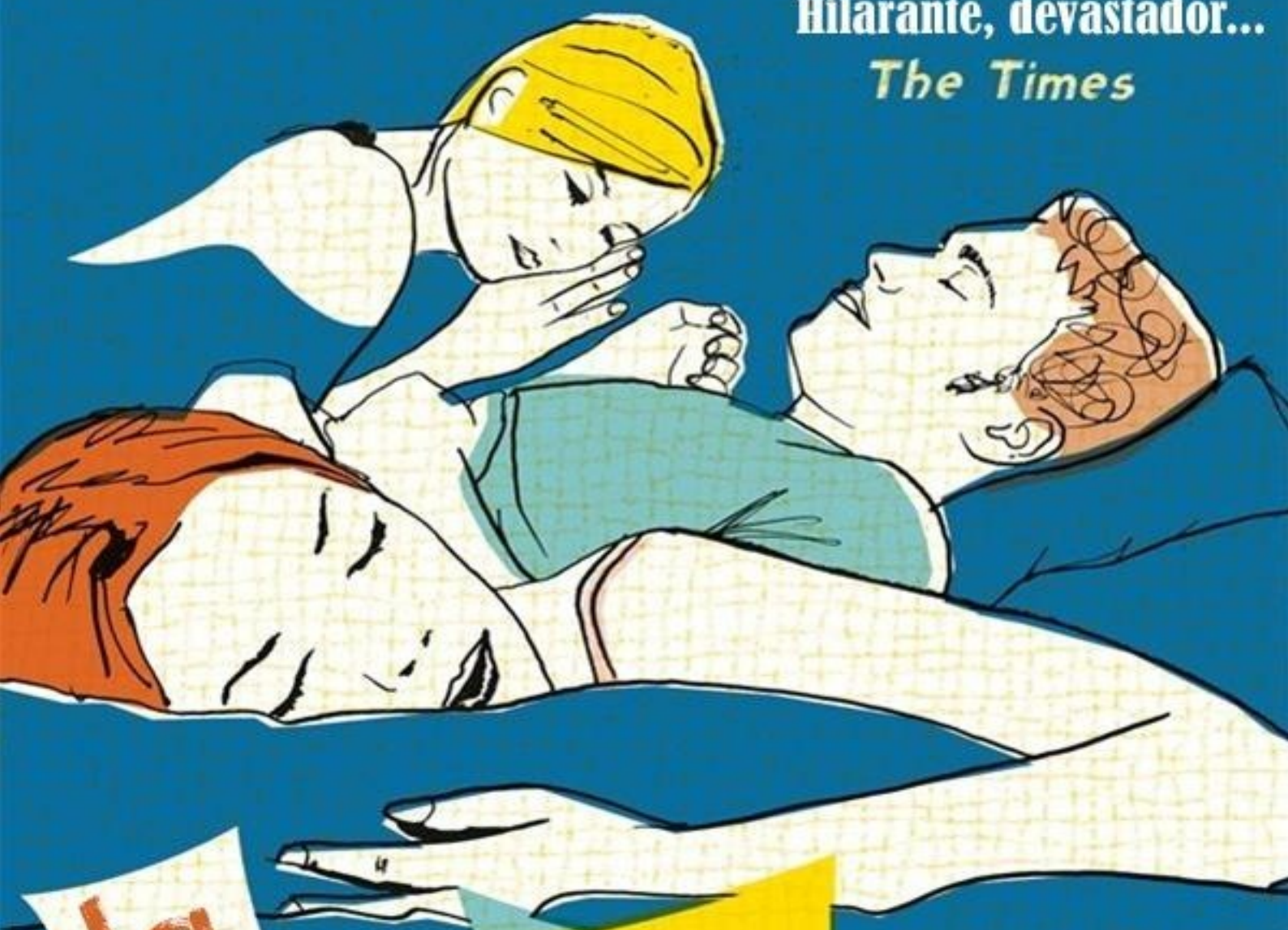


Hilarante, devastador...

The Times



la

Casa del Sueño

JONATHAN



Lectulandia

Entre 1983 y 1984, un grupo de estudiantes universitarios urde la compleja coreografía de sus relaciones en Ashdown, una residencia universitaria situada en una antigua mansión victoriana en lo alto de un acantilado, junto al mar. Allí se aloja Sarah, que sufre de narcolepsia, y en ocasiones no puede distinguir entre lo que ha vivido y lo que ha soñado; Gregory, su novio, estudiante de medicina, que ha hecho de los ojos, la puerta del sueño, un fetiche sexual; Veronica, una lesbiana que le sucederá en el lecho de Sarah; y Robert, que está dispuesto a amar para siempre a la bella durmiente. Por la residencia merodea también Terry, un cinéfilo obsesivo, que duerme al menos catorce horas al día e idolatra a Ortese, oscuro y escatológico neorrealista italiano, director de una película perdida y maldita que sería el terrible antecedente de *Salò*, de Pasolini. Todos ellos se encuentran y desencuentran, y se dejan mensajes entre las páginas de *La casa del sueño*, un novelón de principios de siglo.

El tiempo pasa y llega el momento de dejar la residencia universitaria y entrar en la vida. Las coreografías sentimentales y sexuales se complican, y finalmente el grupo terminará por estallar; cada uno se marchará por su lado, ya deshecha la frágil trama de amores y amistades. Pero doce años más tarde sus caminos volverán a cruzarse en la siniestra clínica que el doctor Gregory Dudden, un científico obsesionado por encontrar la fórmula que permita vivir sin dormir, ha abierto en Ashdown, donde todos ellos vivieron y soñaron...

Lectulandia

Jonathan Coe

La casa del sueño

ePub r1.0

Titivillus 14.11.15

Título original: *The House of Sleep*

Jonathan Coe, 1997

Traducción: Javier Lacruz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota del autor

Los capítulos impares de esta novela están ambientados principalmente en los años 1983 y 1984.

Los capítulos pares se desarrollan durante la segunda quincena de junio de 1996.

—Me armo un lío con el tiempo. Si te descentras sentimentalmente — se paró, hizo un esfuerzo, prosiguió con voz ronca—, es lo que pasa. La eternidad, el instante, se intercambian. Te sales de la forma corriente de contar.

ROSAMOND LEHMANN,
La arboleda resonante



Vigilia

Era la pelea definitiva, eso sí estaba claro. Pero aunque llevara días previéndola, puede que incluso semanas, nada podía detener la marea de rabia y resentimiento que ahora le inundaba. La culpa la tenía ella y se había negado a admitirlo. Cada razón que había intentado dar, cada intento de mostrarse conciliador y sensato, había sido malinterpretado, retorcido y vuelto contra él. ¿Cómo se atrevía a sacar a colación aquella noche totalmente inocente que había pasado con Jennifer en La Media Luna? ¿Cómo se atrevía a decir que su regalo era «patético» y a asegurar que hasta él tenía una pinta «sospechosa» cuando se lo dio? Y ¿cómo se *atreveía* a sacar a relucir a su madre (precisamente a *su* madre), y a acusarlo de verla demasiado a menudo? Como si estuviese poniendo en solfa su madurez, o hasta su *hombría*...

Se quedó mirando al infinito, ignorando lo que le rodeaba o los peatones de las intermediaciones. «Zorra», dijo para sí, al recordar sus palabras. Y luego en voz alta, con los dientes apretados, gritó:

—¡Zorra!

Después de eso, se sintió un poco mejor.

Enorme, gris e imponente, Ashdown se alzaba en un promontorio, a unos veinte metros de la escarpada cara del acantilado, donde ya llevaba más de un siglo. Durante todo el día, las gaviotas revoloteaban en torno a sus chapiteles y sus torrecillas, chillando hasta quedarse roncas. Y durante todo el día y toda la noche las olas se precipitaban enloquecidas contra aquella barricada rocosa, llenando con su fragor interminable, como de tráfico pesado, las glaciales estancias y los laberínticos y resonantes pasillos de la vieja mansión. Ni siquiera en las partes más vacías de Ashdown (y ahora se encontraba prácticamente vacía) reinaba nunca el silencio. Las dependencias más habitables se amontonaban en el primer y segundo piso, mirando al mar, y a lo largo del día las inundaba una fría luz. La cocina, en la planta baja, era larga y en forma de L, con el techo bajo; solo tenía tres ventanas diminutas, y estaba siempre envuelta en la penumbra. Aquella áspera belleza de Ashdown que desafiaba a los elementos enmascaraba el hecho de que, fundamentalmente, no resultaba habitable. Sus vecinos más antiguos y cercanos podían recordar, pero apenas creer, que en su día había sido un domicilio privado, hogar de una familia que contaba únicamente con ocho o nueve miembros. Pero hacía dos décadas la había adquirido la nueva universidad, y ahora albergaba a unos veintitantos estudiantes: una población cambiante; tan cambiante como aquel mar de un verde enfermizo que yacía a sus pies y se extendía hasta el horizonte, sin dejar de revolverse en su permanente desasosiego.

El grupo de cuatro desconocidos que estaba sentado a su mesa tal vez le hubiera pedido permiso para unirse a ella. Sarah no se acordaba. Eso sí, parecía que discutían algo, pero ella no oía lo que decían, a pesar de que era consciente de sus voces, que subían y bajaban en airado contrapunto. Lo que oía y veía dentro de su cabeza era, de momento, más real. Una sola palabra venenosa. Unos ojos encendidos por un odio imprevisto. La sensación de que, más que hablarle, le habían escupido encima. Un encuentro que había durado (¿dos segundos?) (¿menos?), pero que ahora llevaba más de media hora reproduciendo, involuntariamente, en su memoria. Aquellos ojos; aquella palabra; no podía librarse de ellos, ni siquiera un rato. Incluso ahora, mientras aquellas voces que la rodeaban elevaban el tono cada vez más animadas, pudo sentir cómo crecía otra ola de pánico en su interior. Cerró los ojos, repentinamente débil de pura náusea.

¿La habría agredido, se preguntó, si High Street no hubiese estado tan concurrida? ¿La habría arrastrado hasta un portal? ¿Le habría rasgado la ropa?

Alzó su taza de café, la sostuvo a unos cuantos centímetros de su boca, y se quedó mirándola. Contempló su superficie grasienta, que relucía notablemente. Agarró más fuerte la taza. El líquido se estabilizó. Dejaron de temblarle las manos. Pasó aquel momento.

Otra posibilidad: ¿había sido todo un sueño?

«¡Pinter!» fue la primera palabra de la discusión que le llamó la atención. Hizo un esfuerzo por mirar al hablante y concentrarse.

Aquel nombre había sido pronunciado en un tono de cansina incredulidad por una mujer que sostenía un vaso de zumo de manzana en una mano y un cigarrillo a medio fumar en la otra. Tenía el pelo corto y muy negro, una mandíbula prominente y unos ojos oscuros y vivarachos. Sarah la reconoció, vagamente, de anteriores visitas al Café Valladon, pero no sabía su nombre. Poco después iba a enterarse de que era Veronica.

—¡Qué típico! —añadió la mujer; luego cerró los ojos mientras le daba una calada a su cigarrillo. Sonreía, al tomarse quizá la discusión menos a pecho que aquel estudiante pálido y delgado, con pinta de serio, que se había sentado enfrente—. La gente que no tiene ni idea de teatro —prosiguió Veronica— *siempre* habla de Pinter como si fuera uno de los grandes.

—Vale —dijo el estudiante—. Estoy de acuerdo en que se le sobrevalora. En eso estamos de acuerdo. Y eso es exactamente lo que demuestra que tengo razón.

—¿Lo que *demuestra* que tienes razón?

—La tradición teatral inglesa de posguerra —dijo el estudiante— está tan... desvitalizada que...

—Perdona —dijo una voz australiana a su lado—. ¿Qué palabra es esa?

—Desvitalizada —dijo el estudiante—. Tan desvitalizada que solo hay una figura que...

—¿Desvitalizada? —dijo la australiana.

—No te preocupes —dijo Veronica, con una sonrisa cada vez más amplia—. Solo trata de impresionarnos.

—¿Qué significa?

—Míralo en el diccionario —le espetó el estudiante—. El caso es que solo hay una figura en el teatro inglés de posguerra que esté a la altura de las circunstancias, y hasta *él* está sobrevalorado. Exageradamente sobrevalorado. *Ergo*, el teatro está acabado.

—¿*Ergo*? —dijo la australiana.

—Está pasado. No tiene nada que ofrecer. No juega ningún papel en la cultura contemporánea, ni en este país ni en ningún otro.

—Entonces... ¿quieres decir que pierdo el tiempo? —preguntó Veronica—. ¿Que estoy en total desacuerdo con el... *Zeitgeist*^[1]?

—Totalmente. Deberías cambiarte de curso inmediatamente y pasarte al cine.

—Como tú.

—Como yo.

—Vaya, qué interesante —dijo Veronica—. Quiero decir que te fijas en lo que estás dando por sentado. Para empezar, supones que, solo porque me interesa el teatro, tengo que estar estudiándolo. Pues te equivocas: estudio económicas. Y luego, eso de que estés tan convencido de que estás en posesión de no sé qué verdad absoluta..., bueno, me parece algo típicamente *masculino*, si quieres que te sea sincera.

—Es que soy un tío —señaló el estudiante.

—También es significativo que Pinter sea tu autor de teatro favorito.

—¿Por qué es tan significativo?

—Porque escribe obras para tíos. Para tíos listos.

—Pero el arte es universal: todos los escritores de verdad son hermafroditas.

—¡Ja! —Veronica se rio con placentero desdén. Apagó su cigarrillo—. Muy bien, ¿quieres hablar de sexo?

—Creía que estábamos hablando de cultura.

—Es que las dos cosas van juntas. El sexo está en todas partes.

Ahora fue el estudiante el que se rio.

—Esa es una de las frases más carentes de sentido que he oído en mi vida. Lo único por lo que quieres hablar de sexo es porque tienes miedo de hablar de valor.

—Pinter solo les interesa a los hombres —dijo Veronica—. Y ¿por qué les interesa a los hombres? Porque sus obras son misóginas. Apelan a la misoginia que toda psique masculina lleva dentro.

—Yo no soy misógino.

—Pues claro que lo eres. Todos los hombres odian a las mujeres.

—No lo dirás en serio...

—Pues claro que sí.

—Entonces supongo que también pensarás que todos los hombres son violadores

en potencia.

—Sí.

—Eso tampoco tiene ningún sentido.

—Pero si está muy claro. Todos los hombres pueden convertirse en violadores.

—Todos los hombres tienen los *medios* para convertirse en violadores, que no es lo mismo.

—No estoy hablando de si todos los hombres disponen del... equipo necesario. Digo que no hay hombre que no sienta, en algún oscuro rinconcito de su alma, un profundo resentimiento (incluso envidia) por la fuerza que tenemos, y que ese resentimiento a veces se convierte en odio y, por lo tanto, también puede convertirse en violencia.

Una breve pausa siguió a esta parrafada. El estudiante intentó decir algo, pero vaciló. Luego empezó a decir otra cosa, pero se lo pensó mejor. Al final, lo único que se le ocurrió fue:

—Ya, pero no lo puedes demostrar.

—Pero si hay pruebas por todas partes...

—Sí, pero no tienes una prueba objetiva.

—La objetividad —dijo Veronica, mientras encendía otro cigarrillo— no es más que la subjetividad masculina.

El silencio al que este comentario magistral dio lugar, más largo que el primero y en cierto modo de pasmo, fue roto por la propia Sarah.

—Creo que tiene razón —dijo.

Todo el mundo en la mesa se volvió para mirarla.

—No en lo de la objetividad, quiero decir (por lo menos, nunca lo había pensado), sino en lo de que todos los hombres son hostiles por definición, y en que nunca se sabe cuándo eso va a... salir a relucir.

Veronica la miró a los ojos.

—Gracias —dijo, antes de volverse hacia el estudiante—. ¿Ves? Todo el mundo está de acuerdo conmigo.

Él se encogió de hombros.

—Eso no es más que solidaridad femenina.

—No, señor, es que me ha pasado, ¿sabes? —El tono perentorio de la entrecortada voz de Sarah les llamó la atención—. Exactamente eso de lo que habláis. —Bajó la vista y vio sus ojos reflejados en la penumbra de la oscura superficie de su café—. Lo siento, no sé cómo os llamáis ni nada. Ni siquiera sé por qué he dicho eso. Será mejor que me vaya.

Se levantó para encontrarse encajonada en un rincón, con los muslos apretados contra el borde de la mesa; pasar rápidamente por delante de la australiana y del adusto estudiante resultó una labor bastante difícil. Tenía la cara ardiendo. Estaba segura de que todos la miraban como si fuera una loca. Nadie dijo nada hasta que llegó a la caja registradora, pero mientras contaba su dinero suelto (Slattery, el dueño

del café, estaba sentado leyendo un libro en una esquina, sin hacer caso), sintió una mano en el hombro y se volvió para ver cómo Veronica le sonreía. Su sonrisa era tímida, atrayente, muy distinta de las sonrisas agresivas que les había dirigido a sus adversarios de la mesa.

—Oye —le dijo—, no sé quién eres ni qué te ha pasado, pero... cuando te apetezca hablar de ello...

—Gracias —dijo Sarah.

—¿En qué curso estás?

—En cuarto ya.

—Ah... Entonces ya eres posgraduada, ¿no?

Sarah asintió.

—¿Y vives en el campus?

—No, vivo en Ashdown.

—Ah, bueno. Entonces seguramente nos encontraremos.

—Eso espero.

Sarah salió disparada del café antes de que aquella mujer simpática, que sin embargo la intimidaba, pudiera decirle algo más. Tras aquel interior oscuro y lleno de humo, la sorprendieron de pronto la luz cegadora y el frescor salino del aire. Había alguna gente de compras por la calle. En cualquier otra ocasión, habría sido el día ideal para volver a casa paseando por los acantilados: un largo paseo, en su mayor parte cuesta arriba, pero que merecía la pena por el dulce cansancio de las extremidades cuando llegabas, por la sensación de tener los pulmones llenos de aire limpio y diáfano. Pero aquel día no era normal, y no le apetezcan los trechos solitarios del sendero, ni los hombres solos que podría vislumbrar acercándose hacia ella en la distancia, o que tal vez estarían sentados en uno de los bancos y la mirarían descaradamente cuando pasase por delante a toda prisa.

Dando por perdido el importe de las cenas de una semana, cogió un taxi, llegó en un abrir y cerrar de ojos a casa, y se pasó la tarde echada en la cama, sin que su parálisis acabase por ceder.

ANALISTA: ¿Qué le resultaba tan inquietante de aquel juego?

ANALIZANTE: No sé si lo llamaría «juego».

ANALISTA: Es como lo ha llamado hace un momento.

ANALIZANTE: Ya. No sé si es muy adecuado. Supongo que lo que quería decir...

[bla bla bla]...

ANALISTA: Da igual ¿Le hizo daño alguna vez?

ANALIZANTE: No. Qué va, la verdad es que no.

ANALISTA: ¿Pero usted pensaba que se lo podía hacer?

ANALIZANTE: Puede que en el fondo sí.

ANALISTA: ¿Y él lo sabía? ¿Sabía que usted pensaba que algún día podía hacerle

daño? ¿No estribaba el juego precisamente en eso?

ANALIZANTE: Sí, supongo que sí.

ANALISTA: ¿Para él? ¿O para los dos?

Sarah estaba otra vez en la cama cuando Gregory volvió de tomar una copa. Se había levantado un momento, al anochecer, para ponerse la bata y bajar sin hacer ruido hasta la cocina, pero incluso allí había seguido teniendo los nervios a flor de piel y, curiosamente, se asustaba con cualquier cosa. La cocina estaba vacía, y llegaba el sonido de una serie americana (*Dallas* o *Knots Landing*) proveniente de la sala de televisión que daba al pasillo. Creyendo que se encontraba sola, Sarah abrió una lata de sopa de champiñones y vertió el contenido en un cazo. Luego encendió la cocina, que estaba apartada de todo lo demás, al dar la vuelta a la esquina, en el palo corto de la L que formaba la habitación. Revolvió la sopa con una pesada cuchara de madera, tarea que le resultó inesperadamente relajante. La revolvió tres veces en el sentido de las agujas del reloj, y luego otras tres en sentido contrario, una y otra vez, mientras observaba cómo se formaban y se desvanecían lentamente los dibujos en la fangosa masa de la sopa. Absorta en su tarea, se sobresaltó cuando oyó decir a una voz masculina: «¿Dónde habrán metido el café?», y soltó un gritito agudo a la vez que se volvía.

El hombre dobló la esquina, la vio y retrocedió un poco.

—Lo siento. Creía que sabías que estaba aquí.

—No, no me había dado cuenta —dijo ella.

—No quería asustarte.

Tenía una cara agradable: fue lo primero en que se fijó. Y lo segundo, en que parecía que había estado llorando; hacía muy poco, de hecho. Se sentó junto a la mesa de la cocina para tomarse su café, y ella se sentó enfrente para tomarse su sopa y, mientras cogía una silla, le echó un vistazo y podría haber jurado que vio cómo le corría una lágrima por la mejilla.

—¿Te encuentras bien? —dijo. No había muchos novatos en Ashdown, pero se preguntó si acabaría de llegar a la universidad y ya empezaba a echar de menos su casa.

Al final, no se trataba de eso. Estaba en tercero, estudiando lenguas modernas, y acababa de mudarse a Ashdown el día anterior. Lo que le había alterado era una llamada de su madre, que le había llamado desde casa hacía unas horas para contarle que Muriel, la gata de la familia, había muerto esa misma mañana, atropellada por el carrito del lechero al fondo del camino de entrada. Evidentemente, le daba vergüenza estar tan conmovido por una cosa así, pero a Sarah le cayó bien precisamente por eso. De todos modos, para evitar que se avergonzase aún más, cambió de tema en cuanto pudo, y le dijo que no era el único que había tenido un día malo.

—Porque ¿a ti qué te ha pasado? —le preguntó.

A Sarah no se le ocurrió hasta después que resultaba asombroso el haber hablado tan abiertamente con alguien prácticamente desconocido, alguien cuyo nombre ni siquiera se había molestado, hasta el momento, en averiguar. No obstante, se lo contó todo sobre su extraño encuentro en la calle con un completo desconocido que la había mirado furioso y la había llamado zorra así porque sí. El nuevo residente escuchó con atención mientras sorbía su café: Chocante, pensó Sarah, justo el equilibrio adecuado entre la preocupación (porque parecía entender lo traumático que le había resultado el incidente) y un toque más alegre de aliento (porque la animó, al mismo tiempo, a tomárselo como el estallido de un pobre excéntrico). Le habló de la conversación que había oído por casualidad en el Café Valladon, y de cómo había derivado hacia el tema de la misoginia y ella se había sentido obligada a inmiscuirse.

—Es un tema muy candente en este momento —asintió él—. Se está produciendo una gran reacción antifeminista. —Le contó cómo el nuevo departamento de Estudios para la Mujer de la universidad había sido saqueado hacía poco: alguien había entrado por la fuerza y escrito con spray las palabras «Muerte a las Hermanas» en letras bien grandes por todas las paredes.

Sarah estaba disfrutando mucho hablando con aquel hombre, pero empezaba a sentirse un poco cansada. A veces era víctima de una especie de cansancio excesivo según los criterios normales, y una o dos veces se había sorprendido a sí misma quedándose dormida en medio de una conversación. No le apetecía que le sucediera nada parecido en aquel momento: tenía demasiado interés en causar buena impresión.

—Me parece que será mejor que me vuelva a la cama —dijo a la vez que se levantaba y luego enjuagaba su tazón de sopa bajo el grifo del agua fría—. Pero me alegro de conocerte. Y de que te vengas a vivir aquí. Me parece que vamos a ser buenos amigos.

—Eso espero.

—Por cierto, me llamo Sarah.

—Yo Robert.

Se sonrieron. Sarah se pasó una mano por el pelo, se agarró un mechón y le dio un tironcito. Robert se dio cuenta y grabó ese gesto en su mente.

Ella subió a su cuarto y durmió una hora o dos, hasta que Gregory la despertó al entrar y encender la luz de arriba. Guiñando los ojos, miró el despertador. Era más temprano de lo que había pensado: solo las diez y cuarto.

—¿Ya has vuelto?

Él estaba de espaldas, metiendo algo en un cajón, y gruñó:

—Eso parece.

—Creí que, como era la última noche que ibais a estar todos juntos, vendrías tarde. Que sería todo un acontecimiento.

Estaban en los comienzos del primer trimestre, y Gregory había venido desde la casa de sus padres en Dundee solamente a recoger algunas cosas, a ver a algunos amigos y a pasar unos cuantos días con Sarah. Los dos habían terminado sus cursos

de licenciatura en julio. A finales de aquella semana tenía que empezar en la Facultad de Medicina de Londres, donde se especializaría en psiquiatría. Ella se quedaría en la universidad un año más, para hacer las prácticas de profesora de primaria.

—Mañana tengo un día muy ajetreado —dijo él, mientras se sentaba a los pies de la cama y se sacaba un zapato—. Tengo que levantarme pronto. —Le echó una mirada por primera vez—. Estás hecha polvo.

Sarah le contó la historia del hombre que la había insultado en la calle, a lo que él en un principio respondió:

—Pero no tiene sentido. ¿Por qué iba a hacer nadie una cosa así?

—Supongo que porque soy mujer —dijo Sarah—, y con eso basta.

—¿Y estás segura de que la cosa iba contigo?

—No había nadie más por allí. —Gregory estaba entretenido con el nudo del cordón del zapato, así que le soltó—: Fue muy desagradable.

—Bueno, no querrás que te afecten estas cosas. —El nudo se deshizo por fin, y él le cogió un tobillo y se lo apretó por encima de la colcha—. Creía que las teníamos superadas. Ya eres mayorcita. —La miró con el ceño fruncido—. ¿De verdad que te ha pasado eso?

—Creo que sí.

—Mmm..., pero no estás segura. A lo mejor debería anotarlo de todas formas.

Gregory se sentó junto al tocador y sacó un cuaderno de ejercicios del cajón de arriba. Garrapateó unas cuantas palabras, luego se echó hacia atrás y fue pasando el resto de las hojas. Su cara, reflejada en el espejo, traslució una sonrisa de complacencia.

—¿Sabes una cosa? Ha sido toda una suerte conocerte —dijo—. Mira todo el material que me ha aportado. Quiero decir que ya sé que no es la única razón, pero... piensa en la ventaja que me va a dar sobre los demás tipos.

—¿No te parece un poco pronto para enfocarlo así? —dijo Sarah.

—Qué tontería. Si de verdad quieres llegar alto, nunca es demasiado pronto para empezar.

—Pero no es una carrera, ¿no? ¿O sí?

—En la carrera humana hay quien gana y quien pierde, como en cualquier otra —dijo Gregory. Había vuelto a meter en el cajón el cuaderno de ejercicios y se estaba quitando la camisa—. ¿Cuántas veces te lo he dicho?

Para su propia sorpresa, Sarah se tomó la pregunta en serio.

—Supongo que unas quince o unas veinte.

—Pues ahí lo tienes —dijo Gregory, por lo visto bastante satisfecho con aquella estadística—. Se puede aplicar a todo, además; hasta a buscar casa. No te lo vas a creer, pero Frank se traslada a Londres dentro de una semana, y aún no ha buscado un sitio donde meterse. —Se rio incrédulo—. *¿Cómo justificarías semejante comportamiento?*

—Bueno —dijo Sarah—, a lo mejor no tiene la suerte de tener un padre que

pueda comprarle un piso en Victoria.

—Está en Pimlico. No en Victoria.

—¿Y qué más da?

—Pues unas veinte mil libras, para empezar. Elegimos la situación con mucho cuidado. Cerca del hospital. Y con un vecindario estupendo. —Como percibiendo cierto desprecio tácito en Sarah, añadió—: ¡Por el amor de Dios, pues yo habría dicho que te iba a gustar tanto como a cualquiera! Te vas a quedar allí todos los fines de semana, ¿no?:

—¿Ah, sí?

—Lo daba por hecho.

—Pero si sabes que tengo que preparar mis clases y esas cosas. Este trimestre tengo que hacer muchas prácticas. Seguramente estaré muy ocupada.

—No veo por qué preparar unas cuantas clases va a quitarte tanto tiempo.

—Hay gente que no necesita trabajar tanto. Yo sí. Soy más trabajadora que lista.

Gregory se sentó en la cama, a su lado.

—¿Sabes una cosa? Tienes un problema muy serio de autoestima —dijo—. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que es sobre todo por eso por lo que nunca consigues nada?

A Sarah le llevó un momento digerir aquello, pero no se molestó en enfadarse. En vez de eso, volvió a pensar en la escena de la cocina.

—Hoy me he topado con uno de los nuevos —dijo—. Se llama Robert. Me ha parecido encantador. ¿Aún no lo conoces?

—No. —Gregory se había quedado en calzoncillos, y metió una mano, abstraído, por el escote del camisón de Sarah, dejándola descansar sobre un pecho.

—¿No has hablado con él ni nada?

Él suspiró.

—Sarah, me voy mañana. Me voy a vivir a Londres. ¿Por qué iba a perder el tiempo tratando de conocer gente a la que no voy a volver a ver?

Se quitó los calzoncillos, se puso encima de ella, y luego le bajó el camisón, de manera que le quedó todo el pecho al aire. Le agarró los pezones y empezó a retorcérselos a la vez. Sarah observó su expresión mientras lo hacía, intentando recordar dónde había visto algo parecido: tenía el ceño fruncido en una mezcla de impaciencia y concentración, casi como una noche en que le había visto girando los botones del contraste y de la sincronización vertical de la televisión, mientras trataba de conseguir una buena imagen para ver *Las noticias de las diez*. Aquella operación, recordó, le había llevado un par de minutos, pero no pasó ni uno antes de que le cogiera las muñecas, le sujetase los brazos contra la almohada que tenía debajo de la cabeza y la penetrase rápidamente. Estaba seca y tensa, y tuvo una sensación desagradable.

—Oye, Gregory —dijo—, la verdad es que no tengo ganas. En realidad, no tengo ni pizca de ganas.

—No pasa nada. No tardaré mucho.

—No. —Le agarró fuerte por las caderas y detuvo su meneo—. No quiero.

—Pero si ha habido precalentamiento y todo. —Una mirada herida, de pura incredulidad.

—Sal —dijo Sarah.

—¿De dónde? ¿De ti, de la cama o de la habitación? —Parecía realmente confuso.

—De mí para empezar.

Él se quedó mirándola un momento, luego hizo un gesto de desaprobación y se retiró groseramente, mientras decía:

—A veces puedes ser *tan* desconsiderada... —Pero siguió encima de ella, y ella supo qué era lo que iba a decir—. Cierra los ojos un momento.

Ella le devolvió la mirada, desafiante pero impotente.

—¿Te espío con mi ojito?

—Gregory, *no*. Ahora no.

—Vamos. Si sé que te gusta.

—*No* me gusta nada. Nunca me ha gustado. ¿Cuántas veces tengo que decirte que nunca me ha gustado?

—Es un juego, Sarah. A ver si confías en mí. Porque confías en mí, ¿verdad?

—Déjalo ya —dijo ella. Aún le tenía las dos manos sujetas contra la almohada con una de las suyas. La otra se cernía ahora sobre su cara, con el dedo índice y el dedo corazón extendidos, cada vez más cerca de sus ojos.

—Venga —dijo él—. A ver si te fías de mí. Cierra los ojos.

Le puso las puntas de los dedos tan cerca que no le quedó más remedio; cerró los ojos en un acto reflejo, y luego los apretó muy fuerte. Enseguida sintió la presión de aquellos dos dedos sobre sus globos oculares, protegidos ahora por los párpados (una ligera presión al principio), y se le tensó todo el cuerpo mientras la inundaba un terror familiar. Había desarrollado un método para lidiar con aquella sensación, que implicaba vaciar su mente de toda idea relativa al momento presente. El tiempo se detuvo para Sarah mientras Gregory se encogía sobre ella; y, si se puso a pensar en algo, fue en lo que en aquel momento le pareció un pasado remoto: en los mismísimos comienzos de su relación, cuando había disfrutado tanto de su compañía, antes de que se vieran atrapados en aquella trama de perpetuas peleas y extraños rituales de cama.

¿Cómo habían conseguido pasar de aquello a esto?

Aún conservaba un vivo recuerdo de la primera vez que lo había visto, en el descanso de un concierto, en el bar del Centro de las Artes. Ella no tenía intención de ir a aquel concierto, pero se habían vendido muy pocas entradas y al personal de la taquilla no le quedó otro remedio que ofrecérselas gratis a la gente que pasaba por allí un poco antes del comienzo, para que hubiese más público y ahorrarle la vergüenza al intérprete invitado. El programa consistía en *El arte de la fuga* de J. S. Bach, una

obra que ella no conocía, interpretada al clavicémbalo en su totalidad. La única otra persona en la fila de Sarah era un estudiante alto y desgarbado, de pelo moreno rapado en la nuca y en las sienes, sentado muy derecho en su butaca, con una chaqueta de tweed, una vieja corbata del colegio y un chaleco amarillo con un reloj de cadena, que escuchaba la música con una rígida concentración y que un par de veces suspiró ruidosamente o chasqueó la lengua, exasperado, sin razón aparente. Dado que no parecía advertir la presencia de Sarah, le sorprendió mucho que viniera a sentarse a su mesa en el descanso, y todavía más que, tras un esforzado silencio de unos dos o tres minutos, se dirigiera de repente hacia ella con un cortante acento escocés, y le dijera: Unos *tempi* ridículos en el undécimo *contrapunctus*, ¿no le parece?

Eran las palabras más extrañas, más incomprensibles que le habían dirigido nunca: pero les llevaron, de hecho, a entablar una conversación intrascendente, que a su vez les llevó a entablar una relación igual de intrascendente. Durante los cinco trimestres que Sarah había pasado en la universidad nunca había tenido un novio, y su vida social más bien tendía a consistir en una ruidosa salida nocturna de cuando en cuando, con grandes grupos de amigos que nunca (o eso pensaba ella) la habían animado de corazón a introducirse en su círculo. Que Gregory la invitase a cenar fuera, o que la acompañara al cine o al teatro, fue durante una temporada una experiencia nueva y maravillosa. La mayoría de las veces iban a conciertos y, aunque notó que los gustos musicales de Gregory tenían una marcada tendencia a las piezas áridas, académicas y sin emoción, no permitió que aquello la molestara. Por lo menos hasta que descubrió que su manera de hacer el amor gozaba de las mismas características.

Sarah perdió su virginidad con Gregory un mes y medio después de que empezaran a salir juntos. Fue un trance difícil y doloroso, tal como ella había esperado; pero lo que no había esperado, sin embargo, era que todos sus encuentros sucesivos fuesen igual de carentes de placer. Gregory hacía el amor con la misma eficacia fría e inteligente que le resultaba tan admirable en los más rigurosos ejercicios para órgano de Bach. La ternura, la flexibilidad, la expresividad y las variaciones de *tempo* no formaban parte de su repertorio. Lo más que Sarah podía esperar (lo más que Sarah *tenía* que esperar tras meses de acoplamientos) era el momento de la fatiga poscoital, cuando Gregory, una vez ejecutada su interpretación y agotadas sus fuerzas, le hablaba a veces en un tono zalamero e íntimo que a ella le resultaba delicioso por impropio de él. Fue en uno de aquellos momentos cuando le hizo una pregunta inesperada.

Estaban juntos en la cama, sumidos en medio de una noche tranquila, sin brisa, calurosamente abrazados, la cabeza de ella reposando sobre el hombro de él. Y Gregory le preguntó, sin venir a cuento, cuál le parecía la parte más bonita de su cuerpo. Sarah había levantado la vista hacia él, sorprendida, y le había dicho que no lo tenía claro, que tendría que pensárselo, y entonces él, para alivio suyo (porque,

para ser sinceros, no se le ocurría ninguna parte de su cuerpo que fuera especialmente bonita), le dijo: «¿Te digo cuál es la parte más bonita del tuyo?», y ella le contestó: «Sí, dímelo»; pero durante un rato él la había instado a adivinarlo, y habían considerado, riéndose como tontos, las posibilidades más obvias, pero no se trataba de ninguna de ellas, y al final ella se dio por vencida, y entonces Gregory le sonrió y le dijo tranquilamente: «Tus párpados.» Al principio no se lo creyó, pero él insistió: «Eso es porque nunca te has visto los párpados; y nunca te los verás, a no ser que te saque una foto» (pero nunca sacó esa foto), así que ella le preguntó: «Oye, ¿y cuándo te has familiarizado tú tanto con mis párpados?», y él le contestó: «Mientras estabas dormida, me gusta observarte mientras duermes.» Y esa había sido la primera indicación que ella había tenido, la primera pista, de que a él le gustaba quedarse parado junto a las personas que estaban echadas en la cama, mirándolas mientras dormían, cosa que le había parecido interesante en un principio, señal de una inteligencia inquisitiva, hasta que empezó a preguntarse, en definitiva, si no tenía algo de siniestro, casi fetichista, ese deseo de observar a la gente mientras yacía indefensa, inconsciente, mientras él, el sujeto observador, conservaba pleno control sobre su mente despierta.

Le costó más dormirse a partir de entonces, sabiendo que en cualquier momento de la noche él se levantaría de la cama y se quedaría de pie junto a ella, observando su rostro dormido a la luz de la luna. (Y eso fue antes de que despertara aún más su interés contándole sus sueños, aquellos sueños tan reales que a veces no podía distinguirlos de los acontecimientos del periodo de vigilia.) Pero se acostumbró a la idea, tal como se supone que uno se acostumbra a muchas ideas, y su conciencia de la presencia vigilante de Gregory no alteró excesivamente sus pautas de sueño durante varios meses más (¿o fueron semanas?), hasta que se despertó gritando, a primera hora de una mañana de diciembre, de una de sus recurrentes pesadillas con ranas. Aquella había tenido que ver con una rana del tamaño de un hombre, acuclillada al borde de la carretera de circunvalación del campus, mientras ella trataba de pasar a toda prisa por delante; le había croado espantosamente y luego le había apretado los párpados con las puntas gemelas de su lengua bífida. Sarah había intentado despertarse de aquella pesadilla con todas sus fuerzas, pero después se puso a gritar sintiendo un pánico aún mayor cuando se dio cuenta de que, a pesar de que el sueño ya había pasado, la sensación de presión contra sus párpados no se le quitaba: allí había realmente alguien, o algo, que los apretaba. Intentó abrir los ojos pero vio que no podía. Algo impedía el movimiento de sus párpados. Luego la presión cedió rápidamente y ella abrió los ojos para ver a Gregory sentado allí al lado, la cara inclinada atentamente hacia ella, la mano (con el índice y el dedo corazón extendidos) suspendida en el aire tan solo a unos tres o cuatro centímetros de sus ojos.

—¿Qué coño estabas haciendo? —le preguntó, unos diez minutos después, cuando ya estaba totalmente despierta y el ritmo de su respiración y de su corazón

había recuperado la normalidad, mientras se convencía por fin de que no había ranas gigantes en aquella habitación haciéndoles compañía—. ¿Qué coño hacías?

—Nada —dijo Gregory—. Solo te miraba.

—Y me tocabas —dijo Sarah.

—No quería despertarte.

—Entonces no deberías haberme puesto tus putos dedos en los ojos.

Tras una pausa, Gregory masculló muy dulcemente (tiernamente):

—Lo siento. —Y le apretó la mano. Luego se echó hacia delante y la besó—. No quería despertarte —repitió—. Tenía que tocarlos. Es increíble... —En la penumbra de la habitación pudo distinguir su sonrisa—. Hay tanta *vida* detrás de tus ojos cuando estás dormida: salta a la vista. Y quería tocarla; he podido sentirla en las yemas de los dedos. —Y añadió—: Ya lo había hecho antes, ¿sabes?

—Ya, pero me has asustado. Ha sido tan real. —Y en un tono levemente acusador, le dijo—: Apretabas muy fuerte.

Él se sonrió otra vez.

—Ya, pero te fías de mí, ¿no? No quería hacerte daño.

Sintió que le apretaba la mano, que le acariciaba la muñeca.

—Supongo que sí. —No había quien soportara el peso de su silencio herido—. Sí, claro que sí. Pero esa no es la cuestión, ¿no?

—Pues yo creo que sí. ¿Qué creías que iba a hacerte?

Mientras decía eso, volvió a acercarle la mano a la cara. A ella se le cerraron los párpados en un acto reflejo, y él se los apretó con las puntas de los dedos.

—Te espío —le susurró— con mi ojito. ¿A que no tienes miedo?

—No —dijo Sarah, poco convencida.

Entonces él apretó más fuerte.

—¿Y ahora?

Y así había comenzado aquella cosa a la que acabaron refiriéndose como «el juego», y que cada vez fueron asociando mucho más a sus momentos de amor; hasta que empezaron a jugarlo (o por lo menos Gregory empezó a jugarlo, porque Sarah nunca dejó de ser más que un mero cómplice pasivo) no solo después del coito, sino incluso durante el acto mismo; de modo que ya no era nada raro que él alcanzase efectivamente el orgasmo mientras yacía encima de ella, cerniéndose sobre su cara, con los dedos índice y corazón apretados cada vez con más fuerza, y con mayor curiosidad, contra sus párpados cerrados.

Todo eso lo recordó Sarah ahora, en el corto intervalo en que yació bajo Gregory esa noche, mientras él adoptaba aquella postura una vez más. La última, resultó ser: porque de golpe, invadida por un espíritu de rebeldía y de fuerza física que les sorprendió a los dos, soltó entonces un gritito final de «¡No!» y se quitó a Gregory de encima, de forma que él cayó rodando de la cama y golpeó desnudo el suelo.

—¡Hostia, tía!

Sarah salió de la cama y volvió a ponerse el camisón.

—¿Por qué coño has hecho eso?

Luego cogió su bata de la percha que había detrás de la puerta y se la puso como pudo, meneándose para encontrar las mangas. Gregory se arrodilló junto a la cama, hecho un ovillo, con las manos en la frente, tratando de respirar.

—¿Me vas a contestar o qué?

Sarah abrió la puerta sin decir ni mu, y salió corriendo por el pasillo hacia el cuarto de baño. Echó el pestillo, se sentó en el wáter y rompió a llorar. Se estuvo meciendo adelante y atrás un buen rato. Poco a poco el llanto y el balanceo fueron disminuyendo, y entonces se lavó la cara con agua fría y se miró al espejo. Tenía los ojos enrojecidos, y la boca fruncida en un gesto de firmeza poco habitual. Se puso a ensayar las frases adecuadas.

Gregory, lo siento pero hasta aquí hemos llegado.

Creo que sería mejor que no volviéramos a vernos.

Esto no funciona, ¿no?

Creo que, de ahora en adelante, deberíamos tratar de ser amigos.

Curiosamente, una vez hubo compuesto su discurso mentalmente, resultó que ardía en deseos de soltarlo: o más bien se anticipaba, con un ligero placer temeroso, a la sensación de satisfacción que le produciría haber dado al traste con una de las convicciones más arraigadas de Gregory. En cinco minutos, se dijo a sí misma, todo se habría acabado; y de repente parecía increíble que una relación que había ido tirando hasta ese momento más de un año, aportándole en sus comienzos gran parte de lo que ella había aprendido de la felicidad pero también (y cada vez más en los últimos meses) una buena cantidad de frustración, pudiese llegar a su fin en unos instantes, con un puñado de frases bien escogidas, encaminándola hacia (¿qué?) la libertad, seguramente, la libertad de buscarse otras amistades más satisfactorias (las caras y los nombres de Robert y —para su ligera y espontánea sorpresa— Veronica se le vinieron a la cabeza un momento). Pero todo eso no eran más que especulaciones; a corto plazo no podía ver nada más que un mero bloqueo emocional, un vacío de sentimientos, una oscuridad absoluta. Pero hasta esa perspectiva había empezado a resultarle apetecible.

La oscuridad la envolvió cuando abrió tranquilamente la puerta del dormitorio y entró dentro. La oscuridad y el silencio; ni siquiera el sonido de la respiración de Gregory. Tanteó buscando el interruptor de la luz, pero se lo pensó mejor. En vez de eso, carraspeó y dijo débilmente:

—¿Gregory?

La lamparita de la mesilla se encendió inmediatamente y allí estaba él sentado, mirándola, con los brazos cruzados y la chaqueta del pijama abrochada, como de costumbre, hasta el cuello. Antes de que ella pudiera decir una sola palabra, ya se había embarcado en un breve, coherente e inexpresivo monólogo.

—Solo quiero decirte una cosa, Sarah, y te la voy a decir ahora, lo más rápido y

con el mayor tacto posible, para ahorrarte mayores sufrimientos. Tu comportamiento de esta noche me ha confirmado una sospecha que albergaba desde hace bastante tiempo: la sospecha de que no eres ni de lejos, por decirlo a las claras, la compañera ideal con la que me gustaría compartir el resto de mi vida. Por consiguiente, me veo forzado a informarte de que nuestra relación se ha terminado a partir de este preciso instante. Y como es muy tarde como para esperar de ti que puedas disponer otra cosa, te dejaré compartir esta cama conmigo esta noche y nada más que esta noche. Mi postura al respecto no está abierta al diálogo y ahora que ya lo he dejado claro, solo me gustaría recordarte que mañana me aguarda un largo viaje en coche, y espero que no se te ocurra, al menos por esa razón, interrumpir en toda la noche... —y ahí apagó la luz—... mi sueño.

En esa zona, solo en unos cuantos metros, la ciudad intentaba de repente sacar algún partido de su emplazamiento marítimo y de adquirir, por fin, algo de su carácter de lugar de recreo. Veinte casetas de baño, malamente pintadas en tonos pastel — amarillo, verde y azul—, se alzaban entre el paseo marítimo y la playa. En un quiosco se vendían helados y nubes de azúcar. También había tumbonas para quien quisiera alquilarlas. Pero todo aquello tenía un aire poco convincente, como de falta de entusiasmo. De haberse desinflado aún antes de empezar. Pocos veraneantes aparecían por allí; pocas de las habitaciones disponibles en las diferentes casas de huéspedes del paseo eran ocupadas, incluso en lo que pasaba por ser la temporada de verano. Y ese día, en aquella cálida tarde de domingo de finales de junio barrida por el viento, mientras las bolsas desechadas de patatas fritas batían desconsoladoramente contra las paredes de los servicios públicos desbastadas por los guijarros, y las gaviotas fluctuaban con las mareantes subidas y bajadas de la pleamar, solo se veían dos figuras en la playa. Una de ellas, una joven de unos veinte años, con los brazos desnudos cruzados, y el pelo largo, fino y muy moreno, estaba de pie, solo a unos pasos del agua, mirando al mar. La otra, que tal vez le sacase quince o veinte años, estaba sentada en un banco, cerca de las casetas de baño, con su abrigo pulcramente doblado al lado, un maletín a sus pies, los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia un sol que solo lucía a rachas.

La mujer más joven giró en redondo y emprendió el camino de regreso por la playa guijarrosa. Se detuvo, se agachó, cogió una piedra con una forma rara y luego la tiró. Le dio sin querer una patada a una lata de Pepsi, y el ruido le hizo darse cuenta de lo silenciosa que era aquella tarde.

La mujer mayor, al oír el ruido, abrió los ojos y miró a su alrededor.

Había tres bancos; pero uno de ellos lo habían destrozado, desmantelado casi, y ya no servía; y otro lo ocupaba enteramente la figura durmiente en decúbito supino de un hombre bastante mayor, con la cara amoratada y una barba descuidada, cuya ropa desprendía un olor rancio, y que sostenía en su mano derecha una lata de sidra.

La mujer más joven, sin embargo, seguía queriendo sentarse.

—¿Le importa si me siento aquí? —tuvo que preguntar al final.

La mujer mayor sonrió, negó con la cabeza y apartó el abrigo.

Las dos siguieron sentadas en silencio.

La mujer mayor estaba cansada. Había ido caminando hasta la playa desde la estación, cargando con su maleta. Sudaba copiosamente, y empezaba a sospechar que sus zapatos, que había comprado hacía tan solo quince días, le quedaban un poco pequeños. Se los había quitado cuando se sentó en el banco, y había visto que tenía unas marcas muy rojas en los pies que ahora comenzaban a desvanecerse. Continuó doblando los dedos de sus pies hacia delante y hacia atrás, saboreando aquella

liberación, hasta que se dio cuenta de que la mujer más joven se había quedado mirándole los pies; los miraba con una especie de fascinación reverencial. Inmediatamente, cruzó las piernas y las metió debajo del banco, para que la mujer más joven no las viese. Odiaba sus pies bastos y masculinos y sus tobillos gruesos, y la forma en que la gente se quedaba mirándolos; las mujeres sobre todo, y especialmente (como en ese caso) las mujeres que la atraían.

Incómoda, la mujer más joven la miró de reojo y sonrió tímidamente, como disculpándose. Estaba claro: tenían que dirigirse la palabra.

—Si busca un sitio donde quedarse —se aventuró la mujer más joven—, a lo mejor puedo ayudarla. Le puedo recomendar uno.

—¿Sí?

Le dio el nombre de una casa de huéspedes cercana.

—¿Y qué tiene que no tengan las demás?

La mujer más joven se rio.

—Nada, la verdad. Solo que la lleva mi madre.

La mujer mayor sonrió.

—Pues gracias, pero no estoy buscando ningún sitio.

—Ah. Es que he pensado, por la maleta...

—He estado fuera —dijo la mujer mayor—. Acabo de bajar del tren.

Hubo algo en su manera de decirlo (algo en la frase «He estado fuera») que hizo que la mujer más joven pensara que se refería a algo más que unas vacaciones. Sonaba más a un periodo de exilio.

—Ah —dijo—. ¿Un viaje largo?

—Dos semanas en Italia. San Remo. Muy bonito.

Así que estaba equivocada.

—¿Vive aquí, entonces?

A la mujer mayor aquellas preguntas empezaban a parecerle demasiado directas. Se le pasó por la cabeza un pensamiento disparatado: ¿sería posible —era posible— que quisieran ligársela?

Decidió comprobar esa hipótesis siendo absolutamente franca, proporcionando toda la información que se le pidiese y viendo adónde las llevaba aquello.

—A unos cinco kilómetros por la costa —dijo—. En la Clínica Dudden. Trabajo allí.

—No me diga. ¿Es usted médico?

—Soy psicóloga. —Revolvió en su bolso para coger un kleenex, y se secó la frente—. ¿Sabes dónde te digo?

—Creo que sí. No lleva mucho tiempo funcionando, ¿no?

—Dos años. Un poco más.

—¿Qué clase de... hospital es?

—Tratamos a gente con trastornos del sueño. O por lo menos lo intentamos.

—¿Quiere decir... personas que hablan dormidas y eso?

—Personas que hablan dormidas, personas que caminan dormidas, personas que duermen demasiado, personas que no duermen lo suficiente, personas que al dormirse se olvidan de respirar, personas que tienen unos sueños horribles... Todas esas cosas.

—Yo solía hablar dormida.

—Como muchos niños. —La mujer mayor miró el reloj: en cuatro minutos pasaría un autobús por la parada del paseo marítimo. Se inclinó hacia delante y se calzó los zapatos en sus pies doloridos. Luego, a la vez que cogía el bolso—: Toma... Quédate una tarjeta. Nunca se sabe, a lo mejor un día te apetece hacernos una visita. Serás muy bien recibida si das mi nombre.

La mujer más joven no supo qué responder a eso. Nadie le había dado nunca su tarjeta.

—Muchas gracias —consiguió decir al cogerla.

Le pareció, mientras la mujer mayor se despedía de ella, que podía leer cierta desilusión en sus ojos: no solo la desilusión pasajera de una pequeña esperanza albergada pero no cumplida, sino, detrás de eso, algo más profundo y habitual. Llevaba la espalda encorvada mientras se alejaba con la maleta. La mujer más joven miró la tarjeta que tenía en la mano y leyó lo siguiente: «Dra. C. J. Madison, Psicóloga, Clínica Dudden». Debajo venía el número de fax y los teléfonos.

La mujer mayor se había olvidado de preguntarle el nombre. Pero, de todos modos, no se lo habría dicho.

Se fue, medio andando, medio corriendo, hacia la casa de huéspedes de su madre, con la cabeza dándole vueltas.

Enorme, gris e imponente, Ashdown se alzaba en un acantilado, donde ya llevaba más de un siglo. Durante todo el día, las gaviotas revoloteaban en torno a sus chapiteles y sus torrecillas, chillando hasta quedarse roncadas. Y durante todo el día y toda la noche las olas se precipitaban enloquecidas contra aquella barricada rocosa, llenando con su fragor interminable, como de tráfico pesado, las glaciales estancias y los laberínticos y resonantes pasillos de la vieja mansión. Ni siquiera en las partes más vacías de Ashdown (y ahora se encontraba prácticamente vacía) reinaba nunca el silencio. Las dependencias más habitables se amontonaban en el primer y segundo piso, mirando al mar, y a lo largo del día las inundaba una fría luz. La cocina, en la planta baja, era larga y en forma de L, con el techo bajo; solo tenía tres ventanas diminutas, y estaba siempre envuelta en la penumbra. Aquella áspera belleza de Ashdown que desafiaba a los elementos enmascaraba el hecho de que, fundamentalmente, no resultaba habitable. Sus vecinos más antiguos y cercanos podían recordar, pero apenas creer, que en su día había sido un domicilio privado, hogar de una familia que contaba únicamente con ocho o nueve miembros. Pero hacía tres décadas la había adquirido la nueva universidad, y había servido una temporada como residencia de estudiantes; luego a los estudiantes los habían trasladado a otra

parte, y había sido cedida al doctor Dudden, para que albergase su clínica privada y su laboratorio del sueño. La clínica tenía capacidad para trece pacientes: una población cambiante; tan cambiante como aquel mar de un verde enfermizo que yacía a sus pies y se extendía hasta el horizonte, sin dejar de revolverse en su permanente desasosiego.

A la mañana siguiente, el doctor Dudden esperaba fuera de la habitación donde su colega dirigía un seminario con tres de sus pacientes, y escuchaba sus voces a través de la puerta cerrada. Se le tensó el cuerpo en señal de desaprobación: aquello era poco menos que una algarabía. Una mezcolanza de voces que parloteaban sin cesar, interrumpidas frecuentemente por unas tempestuosas carcajadas, entre las cuales podía distinguirse claramente la característica risa ahogada de la doctora Madison. Luego la oyó embarcarse en un monólogo que duró más o menos medio minuto, seguido esta vez de oleadas de carcajadas, acompañadas de golpazos en las mesas y todos los ruidos típicos de la risa incontenible. El doctor Dudden se apartó de la puerta y se estremeció furioso. Hacía algún tiempo que circulaba el rumor de que los pacientes de la doctora Madison se lo pasaban muy bien en sus seminarios, y allí estaba la prueba. Era indignante; o aún peor, poco científico. No se podía tolerar.

A mediodía llamó a la doctora Madison a su despacho. Era una habitación lóbrega en la parte trasera de la casa, que daba a un trozo de jardín descuidado. Un calendario muy complicado y un horario ocupaban la mitad de la pared más amplia, y a su lado había un plano de la planta de la casa, donde se veían las salas y los dormitorios, y los nombres de los pacientes a quienes les estaban asignados en aquel momento. También había cuatro estantes llenos de libros de texto y de revistas encuadernadas, mientras que las otras paredes estaban cubiertas (cosa que no las alegraba precisamente) por una serie de carteles regalados por las empresas farmacéuticas y los fabricantes americanos de *software*. Música barroca de clavecín sonaba muy baja en un reproductor de cassettes del fondo.

Su primera pregunta fue:

—¿Ha traído los CCS con usted?

Los Cuestionarios de Conciencia del Sueño eran unos documentos que él mismo había diseñado, en los que a los pacientes se les pedía cada mañana que consignaran varios aspectos del sueño de la noche anterior en una escala que iba del uno al cinco. Se les preguntaba si habían tenido pensamientos desordenados a la hora de acostarse, si les había hecho falta orinar durante la noche, si habían tenido palpitaciones o movimientos de piernas, pesadillas o largos periodos de vigilia, y por lo menos otras ochenta preguntas más. Se suponía que el cuestionario había que completarlo al comienzo del seminario de cada mañana, y así sentar las bases de cualquier discusión ulterior.

—No —dijo la doctora Madison.

—Pues qué raro.

—No nos ha dado tiempo a rellenarlos del todo.

—Pues eso aún me parece más raro —dijo el doctor Dudden—, porque, por lo que he podido oír, parece que les ha dado tiempo de sobra de contar chistes y de reírse y cotillear como un hatajo de lavanderas.

¿De *lavanderas*?, pensó la doctora Madison, pero lo dejó pasar.

—Ya que no estaba usted con nosotros en la habitación —dijo—, supongo que ha estado escuchando detrás de la puerta. Y ya que ha estado escuchando detrás de la puerta, supongo que no ha podido oír de qué estábamos hablando. Si hubiera sido así, le habría parecido perfectamente pertinente, dado el negocio al que nos dedicamos.

Puso cierto énfasis glacial en la palabra «negocio», del que el doctor Dudden o no se enteró o no se quiso dar por enterado.

—Eso —dijo— no se lo discuto. Estoy dispuesto a creer que se limita usted, durante esas... *charlas*, al tema que nos ocupa. Pero debería recordarle que se la ha contratado (que yo la he contratado) para enfocar ese tema desde el punto de vista de una psicóloga clínica y no de una vulgar comediente.

—Me parece que no le entiendo —dijo la doctora Madison mientras se alisaba la falda, abstraída.

—Hace un rato he estado hablando con la señorita Granger, una de las pacientes que ha asistido a su seminario esta mañana. Le he preguntado qué era lo que tenía tanta gracia, y de mala gana me lo ha contado. Me ha citado un comentario suyo, en realidad. —Se inclinó hacia delante y leyó en el bloc de notas de su escritorio—. «Todos los martes, el doctor Dudden invita a los pacientes de esta clínica a que asistan a una de sus conferencias en la universidad. Esta semana, era tan aburrida que hasta los narcolépticos permanecieron despiertos todo el rato». —Levantó la vista—. ¿Niega haber hecho este comentario?

—No.

—Supongo que pensará que me siento ofendido personalmente. Y es cierto; pero esa no es la cuestión.

—Solo era una broma.

—Eso ya lo sé. Créame, doctora Madison, sé reconocer una broma cuando me la gastan. Pero puedo preguntarle entonces si considera la narcolepsia (por usar su propia expresión) una broma, o si más bien la considera (tal como yo le confieso que hago) una grave y debilitante condición psicofisiológica que supone un gran trauma y una auténtica desgracia para los que la padecen.

—Soy especialista en narcolepsia, doctor, lo soy desde hace muchos años. Lo sabe perfectamente. Así que no sé cómo puede poner en tela de juicio mi compromiso a la hora de tratarla, lo en serio que me tomo ese compromiso. —Suspiró—. Además, supongo que es consciente de que la catalepsia que conlleva la risa es uno de los síntomas del síndrome más molestos e incómodos desde un punto de vista social. Estos talleres están pensados para ayudar a los pacientes a lidiar con eso: a tratar de

que se sientan cómodos con su risa otra vez. Creía que era obvio que el humor es una herramienta terapéutica absolutamente esencial en todo el proceso.

—Una explicación ingeniosa —dijo el doctor Dudden, tras una pausa—. Pero no me satisface. —Se cruzó de brazos e hizo girar su silla un poco, de modo que ya no se dirigió a ella directamente—. Recordará que esta mañana he tenido una discusión con un grupo de cuatro insomnes crónicos. ¿Sabe lo que habría oído en esta ocasión, si se hubiera quedado junto a *mi* puerta?

—Ronquidos, seguramente —dijo la doctora Madison, sin poder evitarlo.

Las comisuras de la boca del doctor Dudden se crisparon un momento; aparte de eso no se traslució ninguna emoción.

—Veo que la apnea del sueño también se cuenta en su lista de temas adecuados para tomárselos a broma. Tengo que tomar nota. —Hasta fingió que garrapateaba algo en su bloc, mientras la doctora Madison lo observaba con creciente incredulidad. Luego dijo—: En realidad, lo que habría oído, si se hubiera tomado la molestia, habría sido el ruido de unos lápices rasguñando el papel, mientras se completaban como mandan los cánones cuatro Cuestionarios de Conciencia del Sueño, y luego el sonido de voces hablando, de una en una, en un tono moderado y razonable, mientras se cotejaban y analizaban los resultados de esos cuestionarios.

La doctora Madison decidió que no podía soportarlo más, y se incorporó de golpe, con la esperanza de escapar.

—Tomo nota, doctor. Y si no tiene nada más que...

—Hay algo más, me temo. Por favor, siéntese. —Esperó, con mucho énfasis, a que ella se acomodara otra vez—. Me gustaría recordarle que se supone que debe ayudar al doctor Goldsmith esta tarde a realizarle la entrevista preliminar al señor Worth. ¿Está claro?

—Puede que sí, pero me temo que es imposible. Ya tengo varios compromisos, y muchas cosas atrasadas...

—Ya. —Cogió un lápiz y empezó a darle golpecitos contra la mesa; se le pusieron las mejillas rojas de impaciencia—. Así que insiste en poner pegas, ¿no?

—¿Pegas, doctor?

—Ya ha quedado bien clara cuál es su actitud respecto a haber aceptado este puesto. ¿O ha olvidado la conversación que tuvimos antes de que se fuera?

La doctora Madison no la había olvidado en absoluto, a pesar de que no había sido más que la última de una larga serie de enfrentamientos cada vez más caldeados. El doctor Dudden le había enseñado un artículo de una reciente edición del *Independent* escrito por un colaborador llamado Terry Worth que, por lo visto, trabajaba para varios periódicos nacionales: normalmente escribía sobre cine, pero a veces se dedicaba a temas más generales. En esa columna había anunciado su intención de participar en una competición que tendría lugar en un cine de reestrenos de Londres, donde se iba a llevar a cabo un «Cinematatón» de diez días. Habría proyecciones constantes durante todo el evento, las veinticuatro horas del día, y se le

daría un premio al miembro del público que pudiese pasarse más tiempo sin interrupciones delante de la pantalla. Confesando que ya era un auténtico insomne, Worth había anunciado que sería capaz de permanecer despierto durante la proyección de las ciento treinta y cuatro películas, y el doctor Dudden, tras leer esa declaración, había contactado inmediatamente con el periódico y pedido que le pusieran en contacto con él.

—Piense solo en las posibilidades de investigación, aparte de todo —le había dicho entusiasmado a la doctora Madison—. Haremos que lo traigan aquí en cuanto termine el maratón. Lo meteremos directamente en un dormitorio, y luego... todo un montaje de siete electrodos para controlar las alteraciones y la estructura del sueño... dieciséis canales para grabar el electroencefalograma..., un control manual de la grabación del sueño en un disco óptico..., un cuestionario del sueño completo, claro. Es una oportunidad *sin igual* de ver qué clase de efecto puede tener la exposición continua a las imágenes de los *media* en el contenido del sueño.

—¿Y esa es la única razón? —había preguntado la doctora Madison.

—Es razón suficiente, ¿no le parece? ¿Qué quiere decir?

—Me preguntaba si en algún momento se le habría ocurrido pensar en el sensacionalismo de esta historia. ¿El señor Worth va a pagarse el tratamiento?

—Eso no viene al caso.

—¿Y va a escribir sobre nosotros en su periódico? ¿Eso es parte del trato?

—No hay ningún *trato*, doctora Madison. Me parece una insinuación bastante desagradable. E incluso si lo hubiera, le pediría que tuviese en cuenta que esta clínica funciona fundamentalmente por cuenta propia, que nuestros ingresos dependen de los propios pacientes, y que no hay nada intrínsecamente malo en la idea de tratar de generar un poco de publicidad de vez en cuando. —Había abierto su agenda de mesa por una página previamente marcada con una cinta azul—. El señor Worth ingresará del lunes en quince días, a última hora de la mañana. Veo que usted habrá vuelto de sus vacaciones el día anterior, así que propongo que usted y el doctor Goldsmith le realicen la entrevista preliminar esa misma tarde. ¿Puedo contar con eso?

—Como quiera —había dicho ella, encogiéndose despectivamente los hombros; y la insolencia de esa contestación, y aquel gesto, le vinieron de nuevo a las mientes al doctor Dudden mientras la contemplaba ahora al otro lado de la mesa, casi temblando de rabia.

—No crea... —dijo tranquilamente—, no dé por sentado ni por un *momento* que mi paciencia es inagotable.

—Ni se me habría ocurrido semejante cosa —dijo la doctora Madison.

Tras unos instantes en silencio se dio cuenta de que aquella conversación había terminado. Se fue, cerrando la puerta suavemente detrás de ella.

Poco después de las doce de la noche, desvelada, con el ventanuco abierto para que

entrarse la cálida brisa en su habitación bañada por la luna, la doctora Madison oyó pasos en la terraza delantera. Se puso la bata y miró por la ventana. Había un hombre fuera, apoyado contra la balaustrada, fumando un pitillo. Su resplandor dorado, un diminuto alfilerazo de luz, iba y venía según él aspiraba el humo. No daba miedo. No parecía ningún intruso. Decidió bajar e investigar un poco.

De camino se encontró con Lorna, una de las técnicas, que corría por el pasillo con una expresión de ansiedad en la cara.

—Iba a despertar al doctor Dudden —dijo—. Ha sucedido algo raro. He preparado al paciente del dormitorio número nueve y lo he mandado acostarse hará una hora. Me he quedado observándolo un rato y seguía sin dar señales de irse a dormir, pero parecía que estaba bien. Estaba bastante quieto. Luego he ido a hacerme un café, y cuando he vuelto había desaparecido.

—¿Que había desaparecido? ¿Quiere decir que se había quitado todos los electrodos él solo?

—Supongo que sí.

—El dormitorio número nueve... Era el que le tocaba al señor Worth esta noche, ¿no?

La doctora Madison salió corriendo hacia el dormitorio en cuestión y se encontró más o menos el panorama que Lorna le había descrito: la cama vacía, las sábanas revueltas, la red de cables y de electrodos hecha una maraña en la cabecera de la cama, y manchas de restos de cola sobre las almohadas. No era nada corriente: aunque los pacientes insomnes solían querer levantarse en mitad de la noche, era muy raro que alguno burlase la vigilancia de los técnicos y se levantase por su cuenta y riesgo.

—No se preocupe —dijo la doctora Madison—. Creo que sé dónde está. Voy a hablar con él.

—¿Qué hago con el doctor Dudden?

—No le despierte. No creo que tenga por qué saberlo.

Se dirigió hacia el salón que daba a la fachada de la casa, desde donde se accedía a la terraza por un par de ventanales. Vio que el hombre se paseaba a oscuras. Los ventanales se usaban bastante, pero los goznes estaban oxidados y soltaron un chirrido áspero. El hombre se volvió sobresaltado y se quedó mirando a la doctora Madison mientras se acercaba hasta él, avanzando rápidamente entre las sombras. Su cara, aun en aquella oscuridad, brillaba más pálida que la luna misma.

Sobre la terraza había una luz eléctrica, pero la doctora Madison no la había encendido.

—El señor Worth, supongo —dijo.

—Exactamente. —Como ella, llevaba un pijama y una bata.

—Soy la doctora Madison, la mano derecha del doctor Dudden por así decirlo. —Hizo una pausa para ver cómo respondía él a esa frase, si captaba su matiz ligeramente burlón. La luz de la luna y el resplandor del pitillo iluminaron lo

suficiente su cara como para dejar ver un esbozo de sonrisa—. Parece que ha abandonado usted su puesto.

—Sí. No podía dormir.

—No nos lo esperábamos.

—No. Ni yo tampoco.

—Da igual, supongo que sabe que debería haber pedido permiso antes de levantarse.

—Eso me dijeron, sí, pero no me lo tomé en serio.

—Pues el equipo con el que ha andado es muy delicado, y muy caro. Además, ahora tiene cola en el pelo, cosa que no debe de ser muy cómoda.

El hombre se toqueteó el pelo, haciendo una mueca de desagrado.

—Es verdad. Bueno, lo siento. Espero no haber estropeado nada.

—Parece que no. Pero... otra cosa: no nos gusta que nuestros pacientes anden paseándose por ahí a altas horas. Creía que también se lo habría explicado alguien.

El mar retumbaba airadamente a lo lejos. Las olas rompían contra las rocas irregularmente, fatigadas. Él se quedó escuchándolas un rato antes de explicar:

—Tengo que relajarme de alguna manera.

—Ya, eso lo entiendo. No se preocupe. No voy a detenerle, ni a mandarle que me lo copie cien veces.

Entonces él se rio y dijo:

—¿Por qué no me llama Terry?

—Gracias. De acuerdo —dijo la doctora Madison; pero en vez de darle su nombre de pila, como Terry se había esperado, dijo—: ¿Lo consiguió? —¿Qué?

—Su maratón de cine. Diez días. Ciento treinta y cuatro películas. ¿Qué tal le ha ido?

—Ah, eso. Sí, me ha ido bien. Sin pegas. Creo que me van a incluir en el *Libro Guinness de los Récords*.

—Enhorabuena. —A Terry le pareció que la doctora Madison quería entrar otra vez en la casa, pero algo la retenía; cierto deseo un tanto reticente de prolongar la conversación—. Al doctor Dudden le va a encantar. Ya es su favorito. —¿Ah, sí?

—Ese es su campo, ¿sabe? La privación de sueño. —Luego, tras una pausa—: Ratas.

Terry malinterpretó esto último^[2], y respondió:

—¿Se le ha caído algo?

—No; es lo que usa. Ratas. Les quita el sueño para ver qué pasa.

—¿Qué afición tan encantadora. ¿Y qué pasa?

—Normalmente, que se mueren. Pero no dan su vida en vano, porque así él añade un par de artículos más a su bibliografía.

—Empieza a parecerme —dijo Terry— que la mano derecha del doctor Dudden no es la más devota de sus servidoras.

—Por cierto, todo lo que le estoy contando es *off the record*.

—Claro.

A pesar de esa confirmación, ella pareció retroceder ante él, casi imperceptiblemente, envolviéndose en una oscuridad aún más espesa. No se le distinguía en absoluto la cara.

—No le interesa curar a la gente, ¿sabe? —dijo—. Lo único que le interesa es la ciencia. No va a curarle.

—Puede que no —dijo Terry—. Pero a lo mejor este sitio sí.

Por un momento, los dos volvieron a ser conscientes de la susurrante embestida de las olas; de las nubes que pasaban volando a la luz de la luna; de la inmensidad del mar. A la vez que apagaba la colilla de su cigarrillo, Terry se humedeció los labios y paladeó el sabor de la sal.

—Sí, esta casa tiene cierta... atmósfera —dijo la doctora Madison—. Le parecerá muy tranquila. ¿Hasta cuándo va a quedarse?

—En principio, dos semanas —dijo Terry—. Pero eso es lo que quería decir. Hay otra razón por la que pensé que podría... bueno, no *curarme* exactamente...

Se quedó en suspenso. La doctora Madison esperó.

—He vivido aquí, ¿sabe?

—¿Que ha vivido aquí?

—No mucho tiempo. Cuando era estudiante. Hace doce años. No había vuelto desde entonces. Supongo que eso es en parte... o fundamentalmente... por lo que decidí venir. Pura curiosidad.

La doctora Madison dijo lacónicamente:

—Pues ya tiene algo en común con el doctor Dudden.

—¿Qué quiere decir?

—Él también estuvo aquí de estudiante.

—¿De veras? ¿Cuándo?

—No creo que coincidieran.

—Pero nunca se sabe. ¿Cómo se llama de nombre?

—Gregory.

—Gregory Dudden... No me suena nada. —Su mente, en cualquier caso, se había quedado prendida a otro recuerdo—. En esa época tenía una amiga... Qué curioso, nunca había vuelto a pensar en ella, pero el ver Ashdown otra vez me... trae recuerdos... De todas formas... *ella* era la que debía volver aquí, porque padecía... el síndrome (supongo que lo llamarán así) más extraño que hay.

—¿Qué tenía de extraño?

—Tenía sueños, unos sueños increíblemente vívidos; tan vívidos que no podía distinguir las cosas que soñaba de las cosas que le pasaban realmente.

—Alucinaciones hipnagógicas —dijo la doctora Madison—. También se las conoce como ensoñaciones previas al sueño.

—¿Se llaman así? ¿Quiere decir que es muy corriente?

—No, no son nada corrientes. Pueden ser un síntoma de narcolepsia. ¿Era

narcoléptica?

—No estoy seguro.

—¿La conocía bien?

—Sí, supongo que sí. Vivimos juntos una temporada..., unas cuantas semanas..., el año que nos licenciamos.

—Cuando dice que vivieron juntos...

—No, solo quiero decir que compartimos el piso. Nunca... —Las palabras se desvanecieron en un silencio ambiguo: un tanto indiferente, un tanto pesaroso. Solo cuando añadió: «Se llamaba Sarah» su voz adquirió un tono sorprendentemente suave y pensativo. Luego se volvió enérgico de nuevo—: Lo siento, seguramente querrá irse a la cama. Tiene que estar cansada.

—No mucho. ¿Y usted?

Terry soltó una carcajada.

—Siempre estoy cansado —dijo—, y nunca estoy cansado. Esa es mi maldición, me temo. Desde luego ahora mismo no me apetece nada irme a dormir. Por mí, tenemos toda la noche.

—Muy bien —dijo la doctora Madison en plan persuasivo—. Entonces hábleme de Sarah y de sus sueños.

—Háblame de tus sueños —le había dicho una vez Gregory a Sarah, una radiante mañana de noviembre, años atrás—. Dime cuándo empezó todo esto.

Sarah se había calentado las manos con su taza, se había estremecido un poco por efecto de la brisa marina, y le había mirado cariñosamente. Eso fue durante los primeros meses de su relación, mucho antes de que se separaran. En aquellos tiempos, a ella le seguía pareciendo que él podía ser encantador. Aún le consideraba un hombre sensato y comprensivo. Sentada en aquella terraza, inclinada instintivamente hacia él de modo que sus rodillas se tocaban, sintió que su angustia empezaba a disiparse. Se olvidó de que últimamente discutían más a menudo, y por cosas más tontas. Y por lo que se refería a su sexualidad, se decía a sí misma que ya mejoraría con el tiempo. Trataba de ignorar el hecho de que, mientras hablaba con Gregory, él tomaba nota de sus palabras en un cuaderno, donde ponía «PROBLEMAS PSICOLÓGICOS DE SARAH».

De todos modos, estaba emocionada, no había por qué negarlo: habían hecho un descubrimiento importante. Se habían topado con la explicación de algo que llevaba desconcertando a Sarah los últimos cinco años como mínimo. Habían descubierto, esa misma mañana, que no distinguía sus sueños de sus recuerdos de la vida real.

—Háblame de tus sueños —le decía Gregory—. Dime cuándo empezó todo esto. Así que Sarah inspiró profundamente, y se lo contó.

Había empezado, dijo, cuando tenía catorce o quince años. No estaba contenta con el colegio, solía costarle terminar los deberes, y le tenía un miedo especial a su profesor de historia, un tal señor Mountjoy. A altas horas de una noche particularmente difícil, habiéndose sentido completamente incapaz de redactar algo sobre las causas de la guerra franco-prusiana (redacción que se suponía tenía que leer al día siguiente en clase), se había ido a la cama llorando, decidida en su desesperación a colgar la clase a la mañana siguiente o a inventarse alguna enfermedad. Sin embargo, se despertó con una apremiante sensación de alegría, con un recuerdo muy claro de haber escrito la redacción, y de haberlo hecho, por cierto, muy bien; la podía visualizar en su cuaderno de ejercicios: de cuatro páginas y media, con algunas tachaduras en la página tres pero, por lo demás, limpia y presentable, con el título subrayado dos veces con tinta roja y unas cuantas notas a pie de página al final, para darle un toque erudito. Y hasta que eran casi las once de la mañana de ese mismo día, la primera clase después del recreo, y abrió su cuaderno de ejercicios justo antes de que la llamaran para que se la leyese a sus compañeras, no se dio cuenta de que aquella redacción, por increíble que fuera, no existía. Esa fue la conclusión a la que llegó, de todos modos; al principio pensó que debía de haberse equivocado tontamente y que la

había escrito en otro cuaderno, y rebuscó en su cartera como una loca, mirando en sus cuadernos de inglés, de geografía, de francés, mientras su pánico aumentaba de una forma tan visible y audible que el señor Mountjoy tuvo que interrumpir a la otra niña que estaba leyendo y preguntar qué pasaba. Ella le explicó que debía de haberse dejado la redacción en su taquilla y pidió permiso para ir a buscarla; permiso que se le concedió, pero una búsqueda en sus cuadernos de matemáticas, alemán, física y biología en medio del silencio habitual del solitario cuarto de las taquillas siguió sin dar con aquella redacción tan vital; y entonces, invadida por una perplejidad rayana en la histeria, había salido corriendo del colegio hasta un parque municipal donde, con la cabeza en las manos, había intentado en vano encontrarle un sentido a aquella secuencia de acontecimientos y empezado a pensar muy en serio, por primera vez, si se estaba volviendo loca. La redacción no apareció nunca y la castigaron toda la semana (el señor Mountjoy no se creyó una palabra de aquella historia) y, mientras que todo el mundo olvidó el incidente, Sarah no, y nunca se lo contó a nadie, a pesar de que siguió experimentando otras desgracias similares, con diferentes intervalos, los cinco años siguientes. En una ocasión, unos cursos más tarde, había reñido mucho a su mejor amiga, Angela, por no haberse presentado a la hora a la que habían quedado en la puerta de la piscina; Angela negó que hubieran fijado semejante cita, y aquella discusión las llevó a una desavenencia que ya nunca subsanaron del todo. También hubo otra ocasión en la que Sarah desconcertó a su familia al pararse en la farmacia, de vuelta del colegio, y traerse (en respuesta, insistió, a una determinada petición de su madre) seis tubos de pasta de dientes para fumadores, diez saquitos ambientadores y un cargamento de supositorios para por lo menos un año.

Aunque demasiado avergonzada como para admitirlo ante sus mejores amigos o su familia, Sarah acabó convenciéndose de que era víctima de alucinaciones: unos vividos e incontrolables vuelos de la imaginación que, en un principio, no se le ocurrió relacionar con sus sueños (dado que los sueños que podía recordar tenían poco que ver normalmente con la realidad; más bien tendían, como los de todo el mundo, hacia lo grotesco y lo fantástico; solía tener pesadillas con serpientes, por ejemplo, y otras aún peores con ranas). Solo aquella mañana en la terraza, con la ayuda de Gregory, la verdad salió de pronto a la luz. Y a pesar de que Sarah se había enfadado por la discusión de la noche anterior, por otro lado la agradeció: porque fue esa discusión, y sus extrañas consecuencias, lo que finalmente consiguió abrir la puerta del misterio.

Los problemas habían empezado la tarde anterior, cuando Gregory le dijo a Sarah que los habían invitado a los dos a una cena de cumpleaños que daría en un restaurante del pueblo (que aún estaba por decidir) un compañero estudiante de medicina, un tal Ralph, a quien el propio Gregory, por lo visto, no parecía conocer especialmente bien. Sarah le preguntó si la habían incluido personalmente en aquella invitación, y Gregory se vio obligado a admitir que no; que él supiera, Ralph no sabía que estaban enrollados, y simplemente le había dicho a Gregory que podía llevar a

una amiga, si le apetecía. Ahora lo entiendo, dijo Sarah. Gregory le pidió que explicara aquel comentario; y ella le contó que se llevaba bien con Ralph hasta que, hacía unos meses, se había producido un desagradable incidente a partir del cual no habían vuelto a hablarse.

—¿Sabes esa marisquería que hay en el puerto? —le dijo—. ¿El Planetarium? —(Se llamaba así por el techo abovedado del comedor principal, en el que un artista del pueblo había pintado hacía poco un enorme planisferio celeste)—. Bueno, pues me invitó allí una vez. A mí y a sus padres, que habían venido a pasar el fin de semana. Dios sabe por qué me concedería aquel honor: creo que yo le gustaba bastante. El caso es que era un sábado por la noche y estaba abarrotado, y cuando ya estábamos terminando, mientras tomábamos café, me empecé a encontrar realmente mal. Y cuando digo mal, quiero decir *muy* mal. Yo creo que tuvieron que ser los mejillones. Me fui al lavabo y creí que iba a vomitar, pero no pasó nada; así que volví a subir y todo el mundo estaba listo para irse, pero yo seguía encontrándome fatal; aun así, cogimos nuestros abrigos y nos quedamos en la escalera del restaurante despidiéndonos. Sus padres se volvían al hotel del pueblo, ya sabes. Bueno, pues allí estábamos, charlando y despidiéndonos, y entonces, de repente, *supe* que iba a vomitar. En el acto. Y así fue, justo en medio de la conversación y sin previo aviso, me doblé y vomité por toda la escalera y por toda la acera. Ya te puedes imaginar: toda mi cena esparcida por la escalera del restaurante para que todo el mundo la viera. Y lo más asombroso del caso es que Ralph y sus padres *no dejaron de hablar en ningún momento*. Quiero decir que hay que ver cuánta educación, ¿no? Ellos siguieron tan tranquilos como si no hubiera pasado nada. Lo único que hizo la madre de Ralph fue pasarme un kleenex, para que me limpiase la boca. Y luego siguieron hablando un ratito, decidiendo lo que iban a hacer al día siguiente, y después le dieron un beso de buenas noches; y entonces su padre se inclinó para darme *a mí* un beso de despedida, y justo en ese momento me volvió a pasar, me entraron ganas de vomitar otra vez y, antes de que me diera cuenta, volví a vomitar otra vez por toda la escalera, solo que esa vez la mitad fue a parar a los pantalones y los zapatos de su padre. Y aunque no te lo creas, siguieron sin inmutarse. No dijeron ni mu. Y entonces sus padres le dieron las gracias por aquella velada tan encantadora o algo así, y se fueron por su lado, y nosotros por el nuestro, y lo único que me dijo Ralph fue: «¿Ya estás mejor?», con un tono de voz la mar de frío. Así que nos metimos en un taxi y volvimos al campus, y ni siquiera nos dimos un beso de despedida ni nada. Tengo la impresión de que a él todo aquello le pareció hasta gracioso, de una forma bastante asquerosa, porque sus padres eran pijos y yo no, y pensó que les había hecho una divertida demostración de cómo se comportan las clases bajas delante de las altas.

—No estás siendo nada justa con él —dijo Gregory—. No conozco muy bien a Ralph, pero estoy seguro de que nunca se lo habría tomado así.

—Entonces, ¿por qué no ha vuelto a dirigirme la palabra?

Gregory no supo qué responderle, pero se pasó la mayor parte de las horas

siguientes asegurándole a Sarah que no pasaba nada porque fuera a cenar con ellos. A las ocho menos cuarto, de todos modos, cuando llegaron a la entrada de la residencia de Ralph en el campus, ella seguía expresando sus dudas.

—¿Y si nos lleva al mismo restaurante?

—Qué más da.

—Pues que sería muy incómodo, ¿no?

—Me sigue pareciendo que estás haciendo una montaña de un grano de arena, Sarah. —En aquel momento subían por la escalera.

—Claro, para ti es muy fácil. Pero yo sé..., *estoy segura...* de que esa historia se ha convertido en motivo de cachondeo para sus amigos. Me lo imagino contándoselo todo, y a los demás riéndose como locos. Ya debe de ser un lugar común.

—Qué tontería —dijo Gregory enfáticamente. Habían llegado hasta el pasillo de Ralph—. Estoy estudiando psiquiatría, Sarah. Quiero ser especialista en los manejos de la mente humana. Y si sé algo de la naturaleza humana, te puedo garantizar que no le habrá contado nada a nadie. Todo esto no es más que otro ejemplo de tu paranoia y tu manía persecutoria. —Deteniéndose ante la puerta de Ralph, arrancó una nota que estaba pegada a la puerta, y la leyó en alto—. A los amigos de Ralph —leyó—, nos vemos a las ocho y media en El Vomitorium.

Y fue en ese punto donde las versiones de Gregory y de Sarah de los acontecimientos empezaron a diferir; aunque solo cayeron en la cuenta a la mañana siguiente, cuando Sarah se despertó, bastante temprano, y se encontró con que Gregory ya no estaba a su lado en la cama. Se levantó y descorrió las cortinas. Al mirar hacia abajo, lo vio en la terraza, mirando al mar, con su pesado sobretodo azul abrochado hasta arriba.

Sarah se puso algo encima y bajó a la cocina, donde preparó dos tazas de café. Las llevó fuera, entrando en la terraza por los ventanales de la sala de televisión.

—Aquí tienes —dijo, al tiempo que le ponía su taza en la mesa, cerca del cuaderno en el que había estado escribiendo—. Parece que estás helado. ¿Te pasa algo?

—No podía dormir —dijo él, mientras sorbía su café, agradecido—. La verdad es que he dormido fatal esta noche.

—¿Sí?

—Sí. No parabas de despertarme.

—¿Qué dices? —dijo Sarah.

—Me has tenido despierto. Te dedicabas al somniloquio.

—¿Que me dedicaba a qué?

—Al somniloquio. A hablar dormida.

—Yo no hablo dormida.

—Pues esta noche sí.

—¿En serio? ¿Y qué decía?

—Ah, no sé. —Dio un impresionante y prolongado bostezo, y frunció el ceño—.

Algo de una casa junto a un río, creo.

—Qué raro.

—Muy raro. —Poco a poco, el café empezó a revivirlo, y preguntó—: Bueno, y ¿qué tal te lo pasaste ayer, al final?

—Estuvo bien —dijo Sarah tras una pausa, bastante sorprendida.

—Me encantó Harriet, la verdad —le espetó Gregory.

—¿Harriet?

—Sí. Me pareció una tía divertida. Hizo que la noche resultase bastante bien.

—¿Quién era?

Gregory la miró un momento: una mirada de impaciencia.

—Harriet. La nueva novia de Ralph. Te pasaste la noche sentada a su lado.

—¿Que estuve sentada a su lado? ¿Dónde?

—En el restaurante.

Sarah sopló sobre la superficie de su café. Llegó a la conclusión de que él se traía algún juego aburrido entre manos.

—No sé de qué me hablas.

—Oye —dijo Gregory, irritado—, solo ha sido un comentario. No me tienes que castigar, ¿no?, solo por decir algo agradable de otra mujer.

—Bueno, como no he visto a esa mujer en mi vida, no estoy en condiciones de opinar.

Gregory se volvió hacia ella.

—Hablo de *anoche*, Sarah. Hablo de la mujer que estaba sentada a tu lado, y con la que te pasaste *toda la noche* charlando.

Sin decir nada más, Sarah se levantó, giró en redondo y desapareció de la terraza, dejando a Gregory con el ceño fruncido mientras sorbía su café y asumía de mala gana que había violado alguna norma tácita del protocolo del noviazgo. Cuando ella regresó a los diez minutos, parecía preocupada y traía un aire de ir a pedir disculpas. Se sentó cuidadosamente en el sitio que quedaba a su lado y dijo:

—Te va a parecer muy raro, ya lo sé, pero no recuerdo en absoluto haber ido contigo al restaurante esta noche pasada. Tengo mi propia versión de lo que pasó, y es completamente distinta.

Gregory la miró atentamente.

—Hace unos años (desde que era adolescente) que vengo teniendo de cuando en cuando estas experiencias tan raras. Recuerdo las cosas de distinta forma a como pasaron. Me imagino cosas. Me las invento. No sé cómo. Nunca se lo he contado a nadie. Eres la primera persona. Y te lo cuento —lo miró, y empezó a temblarle la voz— porque confío en ti. Porque te quiero.

Gregory frunció los labios; por un momento pensó que iba a besarla. En vez de eso, cogió su pluma, abrió de nuevo el cuaderno y acometió vehementemente la primera página en blanco.

—Pero eso es *fascinante* —dijo—. ¿Quieres decir que no te acuerdas en absoluto

de haber venido al restaurante? ¿Ni de que estabas sentada al lado de Harriet? ¿Ni de que cantaste «Cumpleaños feliz»? ¿Ni de haber pedido lucio?

Sarah empezó a arrugar la frente.

—No sé... Me suena... Me suena un poco... Pero tengo otros recuerdos... mucho más claros.

—¿Una especie de memoria alternativa?

—Sí. Sí, supongo que sí.

—Esto es la hostia —dijo Gregory, mientras garrapateaba como loco—. Estas cosas no le llueven a uno del cielo todos los días. Y entonces ¿qué crees que pasó anoche?

Los recuerdos de Sarah coincidían con los de Gregory solo hasta el momento en el que descubrían la nota pegada a la puerta de Ralph. Después de eso, decía, habían tenido una violenta discusión, al final de la cual ella se había negado a ir con él a la cena de cumpleaños; Gregory había ido solo, mientras que Sarah se había encaminado hacia Jonah's, que era un autoservicio muy popular en el campus.

—¿Cuándo llegaste allí? —le preguntó Gregory, que aún seguía tomando nota de todo.

—No sé... Puede que sobre las ocho.

—¿Y cuánto tiempo te quedaste?

—Bastante. No tenía otra cosa que hacer. Como una hora.

—¿Y qué comiste?

—¿Te parece tan necesario todo esto? Tú crees que tiene alguna importancia.

—Todo tiene importancia. Es importantísimo que establezcamos lo concreta que ha sido esta... alucinación. Venga, ¿qué tomaste?

—Sopa. Solo sopa.

—¿Solo sopa? ¿No tenías hambre?

—No les quedaba mucha comida. No me apetecía ninguno de los platos principales.

—¿Y cuáles eran?

—Bueno, había pastel de carne o hígado, a elegir.

Gregory se puso a anotar aquello, pero se paró a la mitad. Levantó la vista, con los ojos brillantes.

—Eso es lo que has dicho esta noche... mientras estabas dormida.

—¿Qué?

—No ha sido «una casa de campo junto al río»^[3] ... Ha sido «pastel de carne o hígado». —Dejó la pluma y se rio, más triunfante que divertido—. Sarah, todo esto ha sido un sueño. Lo soñaste.

Le llevó un rato convencerla de que aquella era la explicación más racional, más verosímil; en realidad, la única concebible. Y así fue como Sarah llegó a saber que no era en absoluto víctima de alucinaciones, sino que de vez en cuando tendía a tener sueños tan reales que no podía distinguirlos de las cosas que le pasaban despierta; tan

reales, además, que podían borrar esas cosas de su memoria, de modo que había que recordarlas a través del sueño, recuperarlas de su trasfondo, escrutarlas a través de su turbia y borrosa superficie, como las palabras originales de un palimpsesto.

—Pero eso lo explica todo —dijo ella—. Todas esas cosas raras que me han pasado. Todos esos malentendidos...

—¿Porque ya te había pasado antes? —dijo Gregory—. ¿Has tenido antes esta especie de sueños?

—Sí. Muchas veces.

Él pasó una hoja de su cuaderno, y escribió un encabezamiento con sus características mayúsculas, claras y diminutas.

—Pues entonces, Sarah —dijo, sonriendo todo emocionado—, háblame de tus sueños.

La relación de Sarah y Gregory se terminó once meses después, en los primeros días del curso de posgrado de ella. Sus pautas de sueño, que nunca habían sido muy normales ni en sus mejores tiempos, se volvieron más y más irregulares en esa época, y sus sueños siguieron siendo poco fidedignos.

A menudo, era en los momentos de mayor trastorno emocional cuando sus sueños se hacían más reales y engañosos, y la noche que rompió con Gregory fue un ejemplo muy claro. No tuvo manera de saberlo, pero esa noche empezó a soñar muy pronto, solo unos minutos después de haberse ido de mala gana a la cama; porque, con una rapidez poco habitual, se quedó profundamente dormida, cosa que vino inmediatamente acompañada de un sueño tan engañoso como cualquier otro de los que había tenido. Cuando se despertó a la mañana siguiente, su mente albergaba la esencia de ese sueño como un vívido recuerdo agrisado. Estaba convencida de que lo que había soñado había sucedido de verdad.

A pesar del discursito pedante e hiriente de Gregory, a pesar del hecho de que fue Gregory quien estuvo acostado a su lado, roncando en sueños, no soñó precisamente con Gregory. Soñó con Robert, el nuevo amigo que había conocido en la cocina en forma de L de Ashdown. Soñó que él estaba muy alterado, y que ella era la única persona que sabía por qué. Soñó que la hermana de Robert se había muerto.

A la mañana siguiente, ella esperaba encontrárselo desayunando en la cocina, pero él no apareció. Gregory se fue a Londres sobre las diez sin despedirse, y después Sarah se dirigió al campus para quedarse en la biblioteca, donde no consiguió hacer absolutamente nada en varias horas. Pensaba un poco en Gregory, pero sobre todo pensaba en Robert, y se preguntaba cómo iría encajando aquella noticia tan terrible. Seguramente ya se habría ido a casa: tendría que consolar a sus padres y preparar el funeral.

Se quedó en la biblioteca hasta las cuatro de la tarde, rumiando aquel desgraciado giro que habían tomado los acontecimientos. Sarah no había adquirido aún el hábito

de controlar sus sueños, de vigilar atentamente las fronteras entre el sueño y su vida real, y ni siquiera se le ocurrió que podía haber soñado la muerte de la hermana de Robert. No se le ocurrió que las muestras de dolor que había dado Robert por la muerte de su gata, combinadas con el malicioso eslogan que le había citado («Muerte a las Hermanas»), podrían haber inspirado aquella fantasía errónea. En cualquier caso, no guardaba un recuerdo preciso de su encuentro en la cocina la noche anterior: había sido enteramente desplazado por su sueño. Y mientras que al propio Robert le habría emocionado saber que ella estaba en la biblioteca pensando en él, preocupada porque la prematura muerte de su hermana arruinara lo que le quedaba de vida, en realidad no hacía ninguna falta: porque en aquel momento se encontraba en la bañera, en Ashdown, con nada especialmente preocupante en la cabeza, aparte de una vaga duda sobre dónde iba a cenar aquella noche.

Al final, se produjo un golpe sordo en el pupitre de al lado que despertó a Sarah de su ensueño. Alguien había dejado caer tres libros y ahora estaba de pie junto a ella, sonriendo con un aire emocionado y bastante satisfecho. Era Veronica, la extraña y simpática mujer del Café Valladon.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo—. Te he traído unos libros, a ver qué te parecen.

Los libros eran *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, *Política sexual* de Kate Millett y *La mujer sadiana* de Angela Carter. Sarah ya había leído dos de ellos.

—Échales una ojeada —dijo Veronica—, y luego vienes y me lo cuentas. Me puedes encontrar en el café casi todos los días, sobre todo por la tarde.

—Gracias —dijo Sarah. Estaba demasiado sorprendida como para añadir nada más.

—De nada —dijo Veronica. Mientras se desvanecía en la oscuridad, entre dos pilas de libros, Sarah se quedó con la impresión de aquella espalda alta y flexible.

El agua del baño se estaba quedando fría mientras Robert remataba la tarea de afeitarse. Como de costumbre, había dejado la parte más desagradable (la garganta, y en especial la nuez) para el final. El agua, turbia por el jabón y la mugre de su cuerpo, estaba ahora también salpicada de pelitos negros. Enjuagó la maquinilla debajo del grifo, tratando de desalojar los recalcitrantes restos finales. El viento aullaba en torno a los muros de Ashdown cuando se hundió aún más en el agua tibia; al menos le defendía del frío todavía más intenso del baño, que era con mucho, y absurdamente, la estancia más amplia y desangelada de aquel piso de la casa. Volvió a pasarse la maquinilla por las mejillas distraídamente; luego sacó una pierna del agua y examinó con desagrado su blancura de limpiapipas. Los pelos estaban lacios y pegados a la pantorrilla y al muslo. Tras pensárselo un poco, puso la cuchilla de la maquinilla sobre la rodilla y empezó a afeitarse. Enseguida despejó un clarito de unos cinco centímetros cuadrados.

Al principio, afeitarse las piernas le resultó muy interesante, luego puramente mecánico. Cesó de concentrarse en el movimiento suave y abrasivo de la maquinilla, y dejó que su mente vagara sin orden ni concierto. En primer lugar, pensó en Muriel. La familia de Robert había tenido tres gatos en toda su vida, pero esta había sido su favorita: la de mejor carácter, y la más cariñosa. Aun así, se sorprendió (y en cierta forma se avergonzó de sí mismo) al pensar en lo mucho que le había afectado la noticia de su muerte el día anterior. No cabía duda de que Sarah se había dado cuenta de que estaba llorando cuando habló con ella en la cocina. Seguramente ya lo despreciaba. Eso era lo que su padre solía decirle siempre, cuando se echaba a llorar: «Si una mujer te ve alguna vez así, te despreciará. A ninguna mujer le gusta que un hombre sea débil. Hay que hacerse respetar. Y nadie respeta a un llorón». Aún podía oír esas palabras, dichas, por lo que podía recordar, en el único tono con el que su padre se dirigía a él: desdeñoso, implacable.

Parecía que Sarah no lo había despreciado, de todas formas. A lo mejor, después de todo, no se había dado cuenta: puede que estuviese demasiado liada con sus propios problemas. Era una historia curiosa la del hombre que la había insultado en la calle. Esperaba que ya hubiera dejado de preocuparle. Tenía unos ojos bonitos: metálicos, azul claro, casi grises. Unos ojos ambiguos, cálidamente acogedores y fríamente inteligentes al mismo tiempo.

Como no estaba usando una maquinilla con un tope de seguridad, una repentina punzada procedente de alguna parte de su pantorrilla le hizo encogerse de dolor. Se había hecho un corte bastante grande: un hilo de sangre se diluyó en el agua del baño. Así que afeitarse las piernas no era la tarea relajante y despreocupadamente placentera que se había imaginado: se requería un mínimo de concentración. A pesar de eso, tenía algo sumamente agradable, la esencia de la precisión. Nunca les había encontrado la gracia a las piernas peludas. Siempre les preguntaba a sus novias su opinión al respecto, y se sorprendía mucho al saber que les parecían atractivas. Más le valía, la verdad; pero no podía evitar considerarlo una inexplicable carencia de gusto.

Prácticamente ya había terminado, solo le faltaban los tobillos, y aquello tenía su ciencia. Se concedería primero un descansito. Se sumergió en el agua gris, ahora llena de pelos oscuros, y se quedó contemplando sin verlos los azulejos resquebrajados y sucios de la pared. Le recordaron las duchas del colegio, cosa nada agradable: las duchas comunales, todas aquellas bromitas y las comparaciones furtivas...

Robert llevaba en el baño más de una hora: el tiempo suficiente para que Sarah hubiese abandonado la biblioteca, cogido un autobús desde el campus y llegado a Ashdown, con ganas de lavarse la cabeza. La puerta del cuarto de baño no tenía pestillo. El truco estaba en apalancar con el toallero, pero Robert, al ser nuevo, aún no lo había descubierto. Por eso ella casi se le echó encima inesperadamente, sin llamar siquiera a la puerta.

Todo sucedió muy deprisa. Sarah dio un grito de sorpresa y de vergüenza, pero Roben chilló de dolor, porque en ese momento estaba afeitándose el tobillo izquierdo, con la pierna levantada en el aire. Cuando la puerta se abrió de golpe, le resbaló la mano y las hojas gemelas de la maquinilla se le clavaron profundamente en la pierna, dos veces, en ángulo recto, dejando una doble cicatriz que le duraría toda la vida, como unas comillas bajas. Y esta vez no fue precisamente un hilo de sangre lo que brotó, sino que saltó un chorro que fue a parar al agua del baño, volviéndola de un color fresa en un abrir y cerrar de ojos. Sarah se quedó mirándolo, horrorizada, perpleja, y por un momento él creyó que iba a lanzarse a ayudarlo; pero consiguió impedirselo gritándole:

—¡No pasa nada! ¡No pasa nada! Solo me estaba afeitando.

—Lo siento. Vol... Volveré cuando hayas terminado.

Se dirigió hacia la puerta pero se detuvo cuando la alcanzó. Se tapaba los ojos y miraba hacia otro lado.

—¿Estás bien? Quiero decir, ¿necesitas ayuda? Hay un botiquín de urgencias en el armarito.

—Gracias. No te preocupes. Déjame..., déjame solo, por favor.

Ella salió del cuarto de baño, pero volvió a pararse en el pasillo.

—Creía que te habías ido a casa —dijo rápida, misteriosamente, y luego desapareció.

Robert no perdió el tiempo reflexionando sobre el significado de aquel comentario. Salió como pudo de la bañera, restañó el chorro de sangre de su tobillo con papel higiénico, y luego lo vendó muy apretado. Chorreaba agua y estaba helado. Se secó con su raída toallita, y volvió cojeando a su habitación.

Sarah se acercó a verle poco después, justo cuando él acababa de vestirse. Se había lavado el pelo y se lo había peinado, pero no se lo había secado, y parecía más oscuro de lo que él lo recordaba de la noche anterior, incluso pardusco. Por alguna extraña razón, aquello le conmovió, o tal vez su corazón se encontrase ya casi en ese vulnerable estado en el que hasta los detalles más nimios e insignificantes adquieren una cualidad luminosa y transfiguradora. Fuera cual fuera la razón, el caso es que notó una opresión en el pecho cuando ella se sentó en la cama de enfrente, y por un momento se sintió completamente incapaz de hablar. Hasta le costó respirar al principio.

—¿Aún te duele? —le preguntó ella.

—Bueno..., un poco. Pero no pasa nada. —Esperaba que de entrada no le preguntara para qué se estaba afeitando las piernas.

—No quería... Bueno, que siento haberte molestado. Los demás suelen poner el toallero contra la puerta, ¿sabes?

—Ah, ya. Bueno, pues para la próxima vez ya lo sé.

Sarah asintió. Aquello no estaba saliendo para nada como se había esperado. Se preguntó cómo iban a recuperar el tono abierto y confiado de la conversación de la

noche anterior.

—De todas formas —dijo—, he venido a ver si estabas bien, la verdad. Anoche parecía que estabas bastante... mal, y quería saber cómo lo llevabas.

—¿Cómo lo llevaba?

—Pues sí, tiene que ser muy duro.

Hizo acopio de fuerzas para mirarla directamente, picado por la curiosidad que le produjo el trémulo tono de auténtica preocupación que había en su voz. ¿Qué era lo que pasaba exactamente? ¿Se creía que era el tipo de hombre al que le dejaba para el arrastre el dolor por la muerte de un gato? ¿Resultaba así de patético? Incapaz de saber, por su pregunta, si lo estaba tratando como a un niño o se limitaba a tomarle el pelo, dijo con cautela:

—Bueno, no es para tanto, la verdad. Ya se me pasará.

Qué masculino, pensó Sarah, dar aquella fingida muestra de resistencia. ¿De verdad creían los hombres que no les estaba permitido mostrar sus sentimientos, hasta cuando se trataba de la muerte de alguien cercano; tan cercano, además, como en este caso? Se dio cuenta de lo tenso y angustiado que él se sentía en su presencia, qué incómodo le resultaba que le quitaran aquella cáscara de insensibilidad dejando al descubierto la naturaleza más delicada y más auténtica que había debajo. Pero sabía que a los dos les convenía continuar como si nada.

—Cuando te he dicho que creía que te habías ido —prosiguió—, quería decir, ya sabes, que el funeral será pronto.

—¿El funeral? —dijo Robert.

—Por... Lo siento, no me acuerdo de cómo se llamaba.

—¿Por Muriel, quieres decir?

—Sí. Por Muriel.

Él se encogió de hombros, riéndose incómodo.

—Bueno, no creo que vayamos a montar tanto jaleo —dijo—. Sería pasarse un poco, ¿no te parece?

Sin salir de su asombro por un momento, ella masculló:

—Bueno, tendréis que hacer... lo que os parezca, claro.

—Quiero decir que las otras veces que nos ha pasado lo mismo —dijo Robert— tampoco nos hemos molestado en organizar ningún funeral ni nada por el estilo.

—¿Ya os ha pasado lo mismo más veces? —preguntó ella, horrorizada.

—Sí, dos veces más.

—Dios mío, Robert. Es que... no sé qué decir. Es tremendo. Pensar que la vida puede ser tan... horrible, y sin embargo... seguís adelante como podéis.

—Bueno, tengo que confesarte que lo de Muriel ha sido lo peor. —Se echó hacia delante, más cerca de ella, y se frotó las manos, calentándolas al calor de su comprensión—. Supongo que me sentía más unido a ella.

—Me lo imagino.

Él se permitió una sonrisa nostálgica.

—Todas las noches, ¿sabes?, entraba en mi habitación, y se acurrucaba en la cama cerca de mí. Yo le acariciaba su cabecita... y hablaba un poco con ella. A veces me pasaba horas hablando con ella.

—Qué tierno.

—En cierta forma —se rio—, aunque parezca una tontería, me conocía mejor incluso que mis padres. Por lo menos, que mi padre.

—¿No la querían tanto como tú?

—Bueno, él nunca le tuvo cariño, para qué negarlo. —Suspiró—. Nunca se entendieron bien. Es que algunas manías de ella le molestaban bastante.

—¿Como qué?

—Bueno, pues no le gustaba que se meara en la alfombra del cuarto de estar, por ejemplo.

Sarah asimiló despacio aquella información. Empezaba a surgir una nueva imagen: una niña, incapacitada de alguna forma, y una familia que a lo mejor nunca había podido con ella; puede que ni siquiera hubieran aprendido a verla como a un auténtico ser humano. La situación era más dolorosa, más trágica de lo que había imaginado en un principio. Y entonces empezó a insinuarse el verdadero significado de los desconcertantes comentarios anteriores de Robert.

—Oye, Robert —dijo ella con cautela—. Lo que has dicho antes, eso de que un funeral sería pasarse un poco... Pues a mí me parece muy importante, ¿sabes?, que tu familia... señale esa muerte de alguna forma.

—Bueno, ya hablé con papá por teléfono anoche sobre... —hizo una mueca—... lo que íbamos a hacer con ella. Quería saber si se la puede incinerar.

—¿Y?

—Se rio. Me dijo que estaba dramatizándolo todo, que se iba a limitar a cavar un hoyo en el fondo del jardín y a meterla en un contenedor. Como había hecho con los demás.

Sarah se quedó mirando muy seria a Robert por primera vez, y luego dijo, con mucho cuidado y mucho énfasis:

—Pero a ti eso te parecerá mal, ¿no? *Sabes* que está mal.

Robert asintió.

—Pues sí. Claro que sí.

—Menos mal. —Sarah se levantó de la cama en ese momento, y se quedó junto a la puerta—. Bueno, Robert, esta conversación me está resultando... un poco difícil de soportar, así que me voy abajo un rato. Pero quiero que pienses en lo que te he dicho, y que recuerdes, ya sabes, que por horrible que sea lo que haya pasado con tu familia, siempre puedes hablarlo conmigo. Siempre estaré aquí.

Justo cuando ella se iba, se miraron directamente a los ojos por vez primera; y entonces ocurrió algo, se estableció alguna conexión, solo un momento, antes de que Sarah se diese la vuelta y abandonase la habitación, aliviada por haberse refugiado en el pasillo y por encaminarse a salvo hacia los acantilados y la brisa otoñal. Mientras

oía cómo sus pasos se iban desvaneciendo, Robert empezó a respirar otra vez con largas inspiraciones irregulares.

No volvió a verla en varios días después de eso; o por lo menos, cuando tuvo ocasión de vislumbrarla por la ventana, mientras ella entraba o salía de la casa, o se le brindó una fugitiva visión de Sarah entrando en su dormitorio o atravesando la cocina en forma de L, nunca le concedió la oportunidad de hablar con ella, con lo que se convenció de que lo evitaba a propósito. Una noche, a finales de la semana, le preguntó la razón, y ella admitió que le había chocado mucho su comportamiento: el que no se hubiera vuelto a casa, en concreto, tras la catástrofe de la muerte de su hermana. En cuanto se aclaró el error, naturalmente la situación se resolvió sin problemas. Robert estalló en carcajadas cuando se dio cuenta de lo que había pasado, pero ella se quedó demasiado desconcertada como para verle el lado gracioso, aparte de preocupada por aquella nueva evidencia de la perfidia de sus sueños. Se disculpó sin mucho entusiasmo, y no se esforzó nada en proseguir la conversación.

Esa noche, sin embargo, mucho después de que los demás estudiantes se hubieran ido a la cama, Robert miró por la ventana y vio a Sarah sola en la terraza iluminada por la luz de la luna. Tenía la mirada perdida en la oscuridad y estaba apoyada contra la balaustrada, sobre la que había dejado en equilibrio lo que parecía un vasito de vino blanco. Bajó a reunirse con ella, entrando en la terraza por los ventanales de la sala de televisión, donde los goznes oxidados soltaron un áspero chirrido. Ella se volvió cuando le oyó acercarse, y esbozó una sonrisa alentándolo.

Se pusieron a hablar en la terraza, y siguieron en la cocina, y eran las cuatro de la mañana cuando por fin se dieron las buenas noches y subieron a sus respectivas habitaciones. Probablemente, a esas alturas, se trataba de la conversación más larga que Robert había tenido en toda su vida. El silencio melancólico que siempre lo había envuelto en casa (al tener una madre tímida y respetuosa, y un padre hoscamente taciturno), jamás lo preparó para aquella clase de intercambio de confidencias, (luido e impulsivo. Cuando terminaron, se sentía borracho de palabras, ebrio de confesiones. Habían hablado de todo, le parecía, sin mostrar ninguna reserva el uno hacia el otro. Habían empezado por el fracaso de la relación de Sarah con Gregory, y luego se habían despachado a gusto sobre el amor, la amistad, la familia y la diferencia de sexos, mientras las intimidades compartidas y las propias revelaciones se volvían cada vez más profundas y más rápidas a medida que los propios temas se hacían más amplios y más complejos, hasta que Robert se dio cuenta de que le había confiado a Sarah secretos suyos, secretos sobre sus padres, sobre su vida familiar, en los que nunca había pensado



Primera fase

pensado que había algo raro en las habitaciones de la Clínica Dudden, y ahora se dio cuenta de lo que era: que, aunque tenían armarios, y jofainas, y cómodas, y escritorios, y butacas, y todos los demás accesorios típicos de las residencias, no tenían camas. Evidentemente, era muy lógico. Puntualmente, a las diez y media, lavados y en bata, los trece pacientes salían de sus habitaciones de día y se ponían a dormir de acuerdo con las condiciones del laboratorio en sus pequeños y sencillos dormitorios (cada uno flanqueado por un cuartito adyacente de observación), que ocupaban la mayor parte de la planta baja. No hacían falta camas en ningún otro lado. Pero, aun así, resultaba raro que no hubiera ninguna cama contra la pared más distante de aquella habitación que, ahora lo recordaba perfectamente, era la habitación que había ocupado Robert durante su último curso en la universidad, y que, por lo demás, parecía que no había cambiado nada. Hasta el mobiliario era el mismo; y todo estaba exactamente en la misma posición.

A Terry le sorprendió recordar mejor la habitación de Robert de lo que podía recordar su cara. Trató de acordarse de la última vez que lo había visto, y de repente tuvo un *flashback* no demasiado claro de una gris mañana de sábado, durante su último verano juntos, con Robert sentado en el borde del acantilado hablando con Sarah, los dos ojerosos y con pinta de cansados. De eso hacía doce años. Después había desaparecido: había hecho un inequívoco truco de desaparición total que ahora, retrospectivamente, sorprendió a Terry por lo impresionante. En aquella época había pensado poco en ello, al haberse concentrado tanto aquel verano en el lanzamiento de su gloriosa carrera. Sarah, creía recordar, había hecho esporádicos esfuerzos por seguirle la pista. Pero sin éxito.

Terry se sentó frente al escritorio que daba al mar y abrió de un capirotazo su PowerBook. No sabía qué iba a escribir, pero la solidez compacta de la máquina, sus texturas laminadas y elegantes, sus contornos sexys nunca dejaban de excitarle y de consolarle. Cogió el cable de conexión de su maletín y miró alrededor a ver dónde podía enchufarlo. El único enchufe adecuado resultó estar justo detrás del armario; pero, así como había suficiente espacio entre el enchufe y el fondo del armario para encajar un triple, el macizo adaptador de corriente alterna no iba a caber. Habría que mover el armario. Era de madera de teca, y muy pesado. Terry apoyó todo su peso contra un lado y consiguió correrlo unos quince centímetros a lo largo de la pared, con lo que el enchufe quedó completamente al descubierto; y entonces se fijó en otra cosa. Alguien había escrito algo en la pared, pero el armario lo había tapado. Había algo escrito, como a un metro del zócalo, y una mancha de una sustancia marrón inidentificable. Eran dos palabras.

—¡Qué detalle! —se dijo Terry a sí mismo en voz alta, y decidió comentárselo al

doctor Dudden. A lo mejor aquello le hacía ganar puntos.

Encendió el ordenador y repasó rápidamente los ficheros, el dedo sudoroso e inquieto sobre la bola. Había más de mil documentos, en más de treinta carpetas, pero nada pareció inspirarle en aquel momento. Luego cogió una fina agenda electrónica del bolsillo de su chaqueta, la encendió y empezó a buscar en la sección de la agenda propiamente dicha. No la había consultado desde el comienzo del Cinemaratón, y esta vez algo le llamó la atención inmediatamente. Volvió a meter la mano en el bolsillo de su chaqueta, que colgaba del brazo del sillón, cogió un teléfono móvil y tecleó un par de claves para solicitarle un número a la memoria. El tono de llamada se interrumpió casi en el acto.

—¿Stuart? ¿Qué tal? Soy Terry.

—Bastante bien. De momento sin síntomas de enfermedad.

—Oye, ¿por qué no me has pedido que escribiera algo sobre la nueva película de Kingsley? La estrenan el viernes.

—¿Y Armstrong qué? ¿Pero estás loco? Ese tío no se entera de nada. Nunca sabe nada de nada.

—Evidentemente no estoy de vacaciones. Estoy aquí sentado en Gilimar, sin nada que hacer en todo el día, aburrido como un tonto. Podría estarte escribiendo el periódico entero.

—¿Quién la distribuye? ¿La Fox? Pues me podían mandar un vídeo, ¿no?

—Y yo también. ¿Para cuándo te hace falta?

—Eso no es problema.

—No, los llamaré yo. Ahora mismito.

—Ya ha tenido suficientes vacaciones. No le hacen falta más. Lo que le hace falta es más talento, no más vacaciones.

—No, los llamaré yo. Ya me encargo yo de todo. No hay pega. Mañana por la tarde.

—Tampoco hace falta.

—La cosa es sencilla: si no tienes noticias mías en media hora, es que me mandan un vídeo y te estoy escribiendo algo. Dame media hora, luego llama a Armstrong, y dile que le den por culo.

—Sí, muy sencillo.

—*Ciao*.

Galvanizado, Terry cerró el móvil de golpe y salió corriendo escaleras abajo. Lo que había sido la sala de televisión en sus días de estudiante era ahora la salita de los pacientes. Seguía habiendo una tele en un rincón (un gran aparato en color, sin volumen, en donde un tipo con pinta de punki y un gorro de cocinero estaba picando hortalizas y parloteando en silencio, dirigiéndose a aquella habitación vacía), pero eso no era lo que Terry esperaba encontrarse. Chasqueó la lengua en un gesto de impaciencia y fue a buscar a un miembro del personal.

En uno de los cuartitos de observación encontró a Lorna, la ayudante de

laboratorio. Estaba sentada, con una tablilla sobre el regazo y una taza de té entre las manos, mirando una pantalla de televisión empotrada encima del equipo polisomnográfico. Se dio cuenta de la presencia de Terry en el umbral, le echó una mirada, pero no dejó que distrajera su atención. Juntos, se quedaron mirando en silencio la pantalla. Se veía la imagen borrosa en blanco y negro de una mujer en camisón, dormida en la cama, con la cabeza festoneada de electrodos. La mujer permanecía absolutamente quieta, igual que la cámara. Una o dos veces la pantalla parpadeó. Terry miró a Loma, que estaba muy concentrada, y luego contempló la pantalla de nuevo otro poquito más, mientras la imagen seguía inalterable.

—Maldita sea —dijo por fin—. Odio estas películas de arte y ensayo europeas, ¿y usted?

Loma se sonrió, cogió el mando de control remoto, y detuvo la cinta.

—No debería estar viendo esto bajo ningún concepto —dijo—. ¿Qué quiere?

—¿Es esa de la que están haciendo un *remake* en Hollywood con Ted Danson y Goldie Hawn?

—El doctor Dudden lo estaba buscando —dijo Lorna—. Hace muy poco.

—Ya sé. Se supone que tenía que verlo a las once. Pero, en serio, ¿para qué estaba viendo eso? ¿No me lo puede decir?

—No sin violar el secreto profesional. —A pesar de lo cual, señaló, tras un momento de vacilación, un fajo de papel continuo que estaba encima de su escritorio, cubierto de trazos a plumilla del polisomnógrafo—. Según eso —dijo— hubo un brote de actividad a las cuatro y treinta y siete de la madrugada. Así que he pensado que sería capaz de ver algo en la cinta: pillarla moviendo las piernas o algo. Pero no encuentro nada.

—¿Por qué está en blanco y negro? ¿Este aparato no puede funcionar en color? —Terry se inclinó para examinar el vídeo.

—Si uno quiere, sí.

—¿Y qué pasa con el sonido? ¿Dónde está?

—Hay un botón para el volumen a un lado del monitor.

—Así que es como un vídeo corriente, ¿no? Quiero decir que puede reproducir cintas normales.

—Puede que sí.

—¿Y hay uno conectado a cada dormitorio?

—Sí.

—¿Podría usar uno mañana por la mañana?

—Bueno, de momento tenemos una vacante en el dormitorio número tres, porque uno de los pacientes se ha dado de baja. Así que, *técnicamente* hablando, ese aparato no va a usarse. Pero dudo *mucho* que el doctor Dudden...

—¿A qué hora llega aquí el correo? —preguntó Terry.

—Sobre las nueve y media.

—Estupendo. Solo quería saber eso. —Volvió a encender el móvil y mientras

salía tecleó un número—. Gracias —dijo, volviéndose en la puerta, y con una última mirada a la pantalla—: Pégueme un grito cuando empiecen las escenas de desnudos, ¿vale?

Después de haber telefonado al departamento de publicidad en cuestión y haberlos convencido de que le mandaran una copia en VHS por correo certificado, Terry se dio cuenta de que ya pasaban veinte minutos de su cita con el doctor Dudden, quien, al verlo aparecer por la puerta con aquella cara de pedir disculpas, se limitó al examen de un texto mecanografiado que tenía esparcido sobre la mesa y murmuró:

—Pase, señor Worth, pase.

Una vez Terry se sentó, añadió (al parecer aún absorto en sus papeles):

—Puede que mi reloj adelante, pero creía que eran las once y treinta y tres.

—Sí, tiene razón. Llego tarde.

El doctor Dudden alzó al fin la vista.

—Ya.

—Debo de haberme quedado dormido.

Este comentario se topó con una mirada implacable. Terry se desinfló al verla, y empezó a dar marcha atrás como loco.

—Supongo que le gastan este tipo de bromas todo el rato —dijo débilmente.

—De vez en cuando —dijo el doctor Dudden—. Mi colega, la doctora Madison, cree mucho en el humor como ayuda terapéutica. Tal vez debiéramos discutir en grupo el tema.

Terry se quedó mudo un momento, y solo pudo asentir.

—Bien. —El doctor Dudden reunió las hojas del texto y las apiló en un pulcro montón; luego cogió un fichero con el nombre de Terry—. Al ingresar usted ayer, el doctor Goldsmith le realizó un chequeo médico muy completo. No se ha encontrado nada anormal; de hecho, parece que ha llegado a la conclusión de que está usted en excelente forma.

—Qué bien.

—Sin embargo, me llaman la atención dos datos sorprendentes de su informe. Por ejemplo, dice usted que consume una media de treinta o cuarenta tazas de café al día.

—Es cierto.

—¿Ha tomado usted algún café desde que ha llegado?

—No. Parece que no lo hay en toda la casa.

—Solo les permitimos tomar café a nuestros pacientes como parte de un experimento controlado, para ver cómo afecta a sus pautas de sueño. ¿Anduvo buscando un poco, entonces?

—Sí.

—¿Y cómo se siente, sin haber tomado nada en las últimas... diecinueve horas?

—Incómodo.

—Treinta o cuarenta tazas me parecen excesivas. ¿Por qué toma tanto café?

—Me ayuda a permanecer despierto.

—Entiendo —dijo el doctor Dudden—. Curiosa contestación. La mayoría de los insomnes que conozco buscan cosas que les ayuden a dormir, no a permanecer despiertos. Según este informe, nunca ha tomado medicación para su enfermedad.

—Cierto.

—Y, en realidad, nunca ha requerido una opinión médica.

—No.

—A mucha gente el insomnio le resulta un estado deprimente y, en algunos casos, devastador. Esa no ha sido su experiencia entonces.

—Suelo estar cansado y medio dormido por el día. Por eso tomo café. Pero no me supone mucho problema.

—¿Se le ha ocurrido pensar que a lo mejor no es usted realmente insomne?

—No le entiendo.

—Una de las distinciones fundamentales y más importantes que hay que hacer a estas alturas de un diagnóstico —dijo el doctor Dudden— es la que se da entre el insomnio psicofisiológico y el subjetivo.

—¿El subjetivo?

—Sí.

—¿Quiere decir... que me lo puedo estar imaginando? ¿Que puedo estar exagerándolo, fingiéndome enfermo?

—Con todos mis respetos, esa expresión no nos sirve de mucho. Imaginar que uno no puede dormir puede ser tan penoso como no poder realmente. Y no es nada raro, por cierto. Muchos pacientes vienen aquí, pasan la noche en el laboratorio y dicen que no han pegado ni ojo. Pero yo les dejo desconcertados al presentarles una prueba científica de que han dormido profundamente; a veces más de seis o siete horas.

—Eso debe de dejarlo muy satisfecho.

—Siempre satisface ayudar a la gente —contestó el doctor Dudden secamente mientras cogía el teléfono. Marcó el número de una extensión—. ¿Lorna? ¿Me puede traer el electroencefalograma del señor Worth de anoche, por favor? —Volvió a colocar el auricular en su sitio bruscamente y le dijo a Terry—: Tiene usted la impresión de que anoche no durmió nada, supongo. Cuando mi ayudante nos traiga los datos, veremos en qué consiste realmente su caso. Mientras tanto... —volvió a coger el informe sobre Terry—, me pregunto si podría aclararme otro punto. De lo que le dijo ayer al doctor Goldsmisth se desprende que se ha producido un cambio extraordinario en sus hábitos de sueño desde hace... unos doce años.

—Desde mil novecientos ochenta y cuatro, sí.

—Hasta esa fecha, afirma haber dormido frecuentemente más de catorce horas diarias.

—Sí.

—Eso fue cuando era usted estudiante.

—Sí.

—Y estudiaba... en esta universidad, por cierto.

—Exactamente. Como usted.

Algo se despertó un momento en los ojos del doctor Dudden: un recelo súbito, que dejó muy claro que no le gustaba que sus pacientes le dieran sorpresas.

—Supongo que eso es algo que han descubierto sus investigadores —dijo.

—No —dijo Terry—. Me lo dijo la doctora Madison anoche.

—Ya. ¿Se ha hecho usted amigo de mi compañera, entonces?

—Un poco. —Terry y el doctor Dudden se miraron, y trataron de leerse mutuamente la sonrisa—. También viví en esta misma casa, por cierto. Unos cuantos meses.

—Yo también —dijo el doctor Dudden—. Viví aquí dos años.

—Qué casualidad. Pero nunca coincidimos.

—Creo que no. Si no...

—Si no, estoy seguro de que nos acordaríamos el uno del otro.

—Exactamente.

—Yo tenía... —dijo Terry— una amiga que se llamaba Sarah. Sarah Tudor. Que en su día salió con un tal Gregory. Así se llama usted, ¿no?, Gregory.

—Sí, me llamo así.

—Sí. Ya me lo dijo la doctora Madison a...

—Anoche. Claro. Mientras se hacían un poco amigos.

—Sí.

—Y ahora, déjeme pensar. —El doctor Dudden se echó hacia atrás en su silla, y volvió los ojos hacia el techo, fingiendo claramente que intentaba recordar—. *Había* aquí una chica llamada Sarah, ahora que lo dice. Creo que nos tratamos una temporada. Pero no fue lo que usted llamaría... *salir juntos*.

—La doctora Madison cree que puede que fuera narcoléptica.

—¿La doctora Madison también la conoció? —El recelo empezó a convertirse en pánico.

—No, claro que no. Es que anoche le comenté que esa chica, Sarah, solía tener sueños muy vívidos...

Les interrumpieron unos golpes en la puerta, y la llegada de Lorna, con sus pilas de papel continuo. Al doctor Dudden pareció alegrarle la interrupción.

—Ah, qué estupendo. Esto es lo que a mí me gusta. La eficiencia silenciosa. Todo funcionando como un reloj. Es usted una joya, Lorna. ¿Conoce usted a Lorna, señor Worth? ¿Le han presentado a nuestra ayudante jefe y nuestra polisomnógrafa?

—No, no tengo el gusto. —Terry se incorporó y le dio la mano—. Encantado de conocerla

Lorna se quedó mirándolo perpleja.

—Pero si acaba de hablar conmigo hace nada. Sobre el vídeo. —Viendo que no acababa de reconocerla, añadió—: Le metí anoche en la cama. Le puse los cables.

Terry se rio.

—Sí. Claro.

Rompiendo aquel silencio tan difícil, el doctor Dudden le sacó el papel a Lorna de los brazos y la invitó a marcharse. Cuando ya se había ido, le preguntó a Terry si solía costarle tanto recordar las caras nuevas.

—No lo sé. Nunca lo había pensado, la verdad.

—¿Quiere decir que nunca se había dado cuenta?

—Supongo que no suelo conocer a tanta gente nueva.

—Cualquiera pensaría que en un trabajo como el suyo se conoce gente nueva continuamente.

—Bueno, sí, supongo que sí; pero luego nunca vuelvo a verla, prácticamente. Así que no tengo problema.

—¿Pero es un problema o no?

—No, no creo. —Era la primera vez que el doctor Dudden veía a Terry desconcertado—. Mire, estoy muy cansado. Llevo sin tomar café diecinueve horas. No me sorprende nada que no reconozca a nadie.

—¿Preferiría tomarse un café que dormir?

—Ya se lo he dicho. No duermo. Nunca. Llevo años sin dormir.

—Bueno, pues vamos a verlo. —El doctor Dudden miró la nota que Lorna había dejado sobre la primera hoja, en la que se resumían sus hallazgos, y luego pasó brusca pero atentamente las hojas. Estaban cubiertas de rayas en forma de sierra en diferentes tintas y, a juzgar por los gruñidos que iba soltando, parecía que las encontraba bastante sorprendentes—. Aquí hay un largo intervalo sin ningún tipo de registro —dijo en determinado momento.

—Sí. Me aburría, así que me quité todos los cables y salí de la habitación.

—Alguien le ayudaría, espero —dijo el doctor Dudden, pero afortunadamente no aguardó la respuesta—. Bueno..., —mientras dejaba el papel, y garrapateaba una rápida nota para sí mismo—, a lo que parece, por lo menos anoche, su percepción subjetiva ha sido correcta. No durmió en absoluto. Ni una sola entrada en sueño REM, como cabía esperar. Ni siquiera en la primera fase. Ni siquiera somnolencia, si vamos a eso. Cosa que, dada la experiencia por la que acababa de pasar en el cine, es bastante insólita, la verdad.

—Ya se lo he dicho —dijo Terry—. No duermo.

—Todo el mundo duerme, señor Worth. Espero que no vaya a intentar convencerme, ahora o en cualquier otro momento, de que no ha dormido nada en estos últimos doce años.

—Muy poco —dijo Terry—. Aunque, como usted ha dicho, puede que me lo haya imaginado. O soñado, o algo por el estilo. ¿La gente sueña con que no ha dormido?

—Desde luego. Todo el rato. Sin embargo, no me parece muy probable en su caso. Vamos a verificar algunas cosas de las que ha hablado con el doctor Goldsmith.

¿Es usted alcohólico?

—Que yo sepa, no.

—Pues su ingesta diaria de alcohol es ciertamente excesiva, según lo que pone aquí. Pero me atrevería a decir que no es la causa fundamental de sus problemas. La adicción a la cafeína que ya hemos mencionado... Ninguna alergia, por lo que veo... De noche, ¿siente usted cierto desasosiego en las piernas? ¿Una especie de necesidad imperiosa de moverlas?

—No.

—¿Y tampoco ronca?

—Y yo qué sé.

—Puede que alguien que duerma con usted se haya quejado.

—No duermo con nadie.

—Mmm. ¿Y qué me dice de la depresión? ¿No se describiría a sí mismo como una persona deprimida?

—Pues no. Creo que, si alguna vez he estado deprimido, fue antes de empezar a no dormir: cuando era estudiante, y lo único que quería era dormir.

—¿Tiene alguna teoría de por qué quería dormir tanto?

—Supongo que porque era más feliz cuando estaba dormido que cuando estaba despierto. Solía tener unos sueños muy bonitos.

—Vaya. —El doctor Dudden anotó esto último—. Eso es muy interesante. ¿Y de qué trataban esos sueños?

—No sé. Nunca conseguía recordarlos.

—¿Entonces cómo sabía que eran bonitos?

—Era... una sensación que tenía. Cuando me despertaba.

—Mmm. Y luego eso se acabó, ¿no? ¿En mil novecientos ochenta y cuatro?

—Sí.

—Tal vez pueda contarme algo de esa época de su vida.

—Bueno... —Terry se revolvió en su asiento, porque ese tema le resultaba desagradable. Al mismo tiempo, una ligera y nostálgica mueca de satisfacción rodeó su boca—. Cuando dejé la universidad (unas cuantas semanas después de que me hubiera marchado) encontré este trabajo, y muy poco después tuve esta..., bueno, supongo que crisis es la palabra.

—¿Qué clase de crisis?

—Hice que cerraran una revista. Yo solito.

—¿Y cómo lo consiguió?

—Era una revista de cine, y publicaron un artículo que se suponía que yo tenía que haber revisado. Desgraciadamente, permití que aparecieran ciertos... errores en ese artículo, y esos errores resultaron ser calumnias. Lo que trajo como consecuencia siete demandas por difamación.

—¿Siete?

—Sí. No me acuerdo de toda la gente implicada, pero me acuerdo de Denis

Thatcher, Norman Wisdom, Vera Lynn...

—Ya.

—... Cliff Richard, Kingsley Amis, Edward Heath...

—¿Y en un solo artículo el autor había conseguido calumniar a toda esa gente?

—Sí, debido a un descuido por mi parte. O más bien... —la mueca se volvió más clara y a la vez más íntima—... fue una cuestión de mala suerte, supongo. De pura y simple mala suerte. Ahí estuvo la gracia.

Cuando quedó claro que no iba a extenderse sobre eso, el doctor Dudden dijo:

—Y entonces se encontró usted sin trabajo, supongo.

—Fue cuando empecé a trabajar por libre. Pensaba escribir un libro. Iba a ser sobre un director (un director bastante gris, alguien sobre quien no se hubiera escrito mucho) y sobre... otras cosas, también. Cosas teóricas. Sobre la pérdida, en cierta forma. La idea de pérdida.

—¿Pero nunca lo terminó?

—Nunca lo empecé. Tenía que trabajar tanto, solo para mantenerme... La mayoría de las noches trabajaba hasta las doce, y entonces empecé a darme cuenta, curiosamente, de que no estaba nada cansado cuando terminaba. Así que, en vez de irme a la cama, me quedaba levantado. Viendo vídeos. Y así fue como empezó en realidad.

—Diría usted entonces —dijo el doctor Dudden— que usaba esos vídeos a modo de sustitución de los sueños que en su día había...

Mientras hablaba, un pequeño despertador que tenía sobre el escritorio empezó a sonar. Dejó su lápiz y cerró el historial de Terry con un breve suspiro de frustración.

—Se acabó, me temo —dijo.

—¿Qué?

—Se ha terminado el tiempo. Son las once cuarenta y dos, y tengo otra cita a las doce menos cuarto.

—Pero si ahora era cuando la cosa se ponía interesante.

—Aquí tenemos un horario muy rígido, señor Worth. Si no se hubiera retrasado veintitrés minutos, habríamos podido llegar mucho más lejos. Ahora habrá que dejarlo hasta mañana.

—Pero nos quedan otros tres minutos por lo menos.

—No. Durante nuestra primera entrevista, ese tiempo se reserva para que yo le haga ciertas preguntas de tipo práctico. Por ejemplo... —Hizo una pausa, y su cara se quedó sin expresión. Tras permanecer así un par de segundos, con los ojos mirando al infinito, revolvió dentro de un cajón de su escritorio y al final sacó una hoja de papel con varias preguntas impresas—. Ah, sí. Curioso que nunca consiga recordar estas cosas. —Procedió a leer en voz alta la primera pregunta—. ¿Qué tal se va adaptando a la clínica?

—Muy bien, gracias —dijo Terry, mirándolo ahora con cierto asombro.

—¿El personal ha sido amable y cortés?

—Totalmente —dijo Terry, a la vez que decidía no verbalizar la idea que el propio doctor Dudden también había pasado por alto de momento.

—¿Su habitación está limpia? ¿Le resulta agradable?

Solo entonces Terry titubeó.

—Muy agradable, sí —dijo. Se permitió una pausa para disfrutar de la incipiente expresión de horror del doctor Dudden; y luego le contó lo de que había algo escrito en la pared.

—¡Psst! —dijo una voz.

La doctora Madison se detuvo en el pasillo y miró alrededor. No estaba claro de dónde venía ese sonido.

—¡Psst! —volvió a hacer alguien. Surgió un dedo de una de las puertas, le hizo una seña y luego desapareció. La doctora Madison lo siguió hasta el interior del dormitorio número nueve, donde encontró al doctor Dudden esperándola, con la cara blanca de pura rabia (cosa bastante corriente), y una postura que daba muestras de una inquietud avergonzada.

—Venga hasta aquí —le siseó.

Se unió a él junto al armario.

—Mire esto —dijo—. Mírelo bien.

Señaló las palabras «ESTÚPIDO» y «JODER» que habían sido garabateadas con tinta en la pared. Cerca de ellas había una gran mancha marrón.

—El señor Worth ha descubierto esto —prosiguió—. Un maldito periodista ha descubierto esto, maldita sea. Qué típico, ¿no? Típico de nuestra mala suerte.

—¿Cómo no se había fijado nadie antes?

—Porque lo tapaba el armario.

—¿Y qué hacía el señor Worth moviendo el armario?

El doctor Dudden ignoró la pregunta, y dijo:

—Ya sé que no quiere ni oír hablar de ello, doctora, pero esto demuestra lo que yo digo. Esto es exactamente por lo que debemos tener mucho cuidado con... qué clase de personas admitimos aquí. Son las cosas que pasan cuando uno le abre las puertas a gentuza.

—No se referirá usted por casualidad —dijo la doctora Madison— a los pacientes de la seguridad social...

—No creo que haga falta decirlo —dijo el doctor Dudden—. Esa mujer de su grupo, por ejemplo. La mujer de Brixton. No quiero parecer esnob, pero... ¿qué se puede esperar de alguien así? No tiene ni clase ni personalidad...

—Pero este no es el cuarto de Maria Granger.

—No me refiero a ella en concreto; hablo en términos generales. —Escrutó de cerca la mancha de la pared y arrugó la nariz—. ¿Qué clase de persona —dijo—, qué clase de *escoria* iba a untar las paredes de su cuarto con sus propios excrementos?

—Una persona perturbada, seguramente. Esa clase de persona a la que se supone ayudamos aquí. Para eso estamos. —Le echó un vistazo superficial a la mancha y luego retrocedió—. De todos modos, yo creo que es sangre.

—Voy a buscar al señor Worth —dijo—. No debe mencionar esto en su artículo bajo ningún concepto. Tenemos que impedir *de alguna forma* que se vaya de la lengua.

—Estoy segura de que el señor Worth no tiene la menor intención...

—Hable con el personal de limpieza. Inmediatamente. Dígales que lo limpien.

Cuando se fue, la doctora Madison se quedó un ratito en el cuarto de día número nueve, mirando las palabras de la pared, además de la mancha; y, ya fuera por rabia por la falta de sensibilidad de su colega o por compasión hacia la desgraciada criatura que hubiese sentido la tácita necesidad de profanar la habitación de aquella manera, enseguida se le llenaron los ojos de lágrimas, y se encontró frotando ella misma la pared con la manga, en un arranque de irritación repentina y violenta: en una especie de frenesí.

Hace unas semanas, escribió Terry, resulta que escuché por casualidad una de esas típicas conversaciones que se tienen en las cenas sobre quién es el director de cine más importante de este momento. Ambos interlocutores eran críticos: uno de ellos, un miembro de la vieja escuela, abogaba por el veterano director portugués Manoel de Oliveira, mientras que el otro, que debía de considerarse una especie de radical, enarbolaba la inevitable pancarta a favor de Quentin Tarantino. Era como... Bueno, ¿era como qué? Era como contemplar a dos equipos de ciegos que trataban de jugar al fútbol en un campo abandonado; solo que nadie había tenido el detalle de decirles que habían quitado las porterías hacía mucho tiempo. El que me daba auténtica pena era el tarantinista. Al menos, la postura de su oponente tenía cierta coherencia anticuada. Pero por lo que respecta al radical (a lo mejor, en recuerdo de los Jóvenes Carcas, deberíamos acuñar un neologismo para este espécimen: el viejo radical), no parecía darse cuenta del puro disparate de su argumentación: que era que, al revitalizar los clichés de las películas de la serie B, Tarantino estaba consiguiendo en efecto una especie de... (y de veras que empleó esta palabra) originalidad. Me parece, y Dios lo ayude, que incluso se refirió al posmodernismo en un momento de especial desesperación. Amable lector, no me animé a sacar a ninguno de estos dos infelices de su error. Me pareció que la compasión silenciosa era la única respuesta adecuada al espectáculo de un par de quijotes agotados, que aún seguían persiguiendo el fantasma de la originalidad en el cine moderno. Mi único consejo, si por casualidad me estuvieran leyendo, sería que deberían ver Como el agua y el vino 4, de Joe Kingsley, en cuanto pudieran, y aprender lo que les fuera posible.

Terry calculó rápidamente cuántas palabras llevaba escritas en su ordenador, y se dio cuenta de que casi ya había usado un tercio del espacio destinado a su reseña. No

es que le importara mucho; siempre le gustaba exponer sus teorías de aquella manera. Además, seguramente estaba bien que se hubiese puesto a hablar ya de la película.

Kingsley, no hace falta decirlo, es el maestro del cliché. Hace que Tarantino parezca un aficionado chapucero del tema, porque nunca se ha dejado llevar por la fantasía neohumanista de que se puede dar un nuevo giro a las viejas convenciones. Y las películas de Como el agua y el vino son un mero cliché (polis de lo más dispar a los que se les ha asignado el mismo caso), despojado de todo lo que no sea su más pura y satisfactoria esencia. La número 3, dirigida por el expatriado inglés Kevin Wilmot, cometió el error fundamental de tratar de adecentar la cosa con una corriente subterránea de romanticismo y un argumento político de fondo: se veía la mortua manus de su pasado literario en la BBC por todas partes. De todos modos, es evidente que alguien de la Fox ha tenido la sensatez de volver a poner a Kingsley al mando de la serie que catapultó su carrera, y que él ha hecho suya desde entonces de un modo brillante y paradójico.

Cuatrocientas setenta y tres palabras. ¿Qué más?, se preguntó. ¿Resumir el argumento? (Pero, claro, no había ningún argumento). ¿Hablar de las interpretaciones de los actores? (Pero los actores de esta película no interpretaban, seguían la fórmula). ¿Mencionar el diálogo? (Pero el diálogo era exactamente el mismo de las primeras películas). La verdad era que la película apenas había rozado la superficie de la conciencia de Terry. Tan pronto como llegó con el correo de la mañana, había subido la bolsa de papel acolchado al cuarto de observación pegado al dormitorio número tres, donde Lorna le enseñó a manejar el vídeo. Se suponía que la cinta duraba unos noventa y siete minutos, pero no le había llevado tanto tiempo verla. Se quedó sentado, mirando totalmente abstraído los títulos de crédito, disfrutó de la primera escena (una extensa escena de tiros que hizo que varios de los demás pacientes se agolparan en la puerta de la habitación para averiguar qué era todo aquel ruido), luego hizo avanzar rápidamente la cinta durante la primera escena en la que se exponía la situación y todas las consiguientes escenas dialogadas que duraban más de medio minuto, felicitándose a sí mismo, además, por ver la película exactamente de la forma que sus autores (con los ojos muy puestos en el mercado del vídeo) habían pretendido.

Sería exagerar un poco, escribió Terry ahora, a la vez que echaba la silla hacia atrás, hacia donde daba la sombra (porque el sol, reflejado por el mar reluciente, empezaba a dejar en blanco la pantalla de su ordenador portátil), afirmar que Como el agua y el vino 4 es impecable. A los detractores de Kingsley (cuyas críticas tan poco comprensivas le traen al fresco, espero) les gusta decir que sus películas parecen vídeos pop de hora y media. Lo cual es realmente un auténtico cumplido que (aún) no se merece del todo. De vez en cuando hay algún bajón, una esporádica tendencia a que el ritmo decaiga; al cronometrar al azar algunas tomas, me sorprendió comprobar que muchas duraban más de seis segundos. Pero al cuarto de hora de terminar de ver la película, este crítico no tiene queja: me sigue encantando

su irreverencia, su alegre desprecio por el público, su odio contagioso a la política o a cualquier otra clase de corrección, su energía gamberra. Una energía que es, por cierto (retomando a nuestros dos duelistas de la cena), la única a la que puede aspirar un cineasta hoy en día. La energía enloquecida y maníaca del toro al final de la faena, mortalmente herido pero que sigue embistiendo, movido tan solo por el dolor y la rabia y el insensato deseo de seguir vivo. Ese es el estado (terminal pero frenético, «boqueando pero aun así vivo») del cine americano en estos últimos días del siglo xx. Y Kingsley es su maestro.

Una sombra cruzó la pantalla del ordenador, haciendo que Terry levantara la vista. El doctor Dudden, que había salido silenciosamente a la terraza, estaba esperando para hablar con él.

—Quería tener unas palabritas con usted, señor Worth. No se preocupe que no interrumpiré su trabajo.

—No pasa nada —dijo Terry, guiñando los ojos por la luz del sol.

—Espero (bueno, esperamos todos en realidad) que eso sea nada más que un borrador, un acercamiento provisional al tema de su artículo.

—¿Qué artículo?

—Sobre lo que hacemos aquí.

—Ah. —A Terry ni se le había pasado por la cabeza. Ni siquiera estaba seguro a esas alturas de que la clínica fuese lo suficientemente interesante como para merecerse un hueco en la sección de crónicas—. No, aún me lo estoy pensando.

—Ah. Entonces aún lo está planeando. —El doctor Dudden esbozó una sonrisa forzada, en la que se mezclaban su falta de sinceridad habitual y una apremiante necesidad de hacerse el simpático—. Cuando se ponga a escribirlo (y nada más lejos de *mi* intención, claro, que dictárselo, o que tratar de influenciarlo de alguna manera o... entrometerme de cualquier forma), cuando se ponga a escribirlo, le decía, espero que esa pequeña... irregularidad que se ha producido en su habitación de día no haga que mengüe ni que...

—¿Qué irregularidad? —dijo Terry.

—Me refiero, evidentemente, a la inoportuna... mmm... pintada que usted, con tanta amabilidad y tanta consideración, nos ha...

—Ah, eso. —Terry se sonrió ligeramente—. Bueno, ya sabe, es cuestión de fijarse en lo que uno ve: de tomar las cosas como vienen, por así decirlo...

—Mmm. —La sonrisa con que el doctor Dudden respondió a eso fue más bien vaga y poco convincente—. Supongo que nos entendemos entonces. —Cuando vio que Terry ni confirmaba ni negaba esa afirmación, se volvió, vaciló, se detuvo, se dio la vuelta, titubeó, y al final consiguió decir—: Tenemos buenas noticias, por cierto.

—¿Qué?

—Un pequeño avance anoche, según su electroencefalograma.

—¿En qué sentido?

—Entró usted en la primera fase del sueño. Durante doce minutos, sobre las tres

de la madrugada.

—¿Y es la primera vez que me ha pasado?

—Mientras ha estado usted bajo mi observación, sí. Ya se lo he dicho: un pequeño avance. Naturalmente, no tengo ningún mérito. Aún no he hecho nada para tratarlo, de momento. —Esperó (en vano) que Terry manifestase cierto entusiasmo, y luego añadió—: De todos modos, he supuesto que le gustaría saberlo.

Cuando el doctor Dudden volvió a entrar en la casa, Terry repasó las últimas líneas de su reseña y, de repente, le entraron unas ganas tremendas de rematarla cuanto antes. Por alguna extraña razón, aquella charla sobre su «pequeño avance» le había alterado, y le costó concentrarse, alcanzar de nuevo el nivel de compromiso que le había impulsado a lo largo del párrafo final. En un ataque de impaciencia y aburrimiento, decidió hacer algo cómodo: acabar con un cliché muy obvio, asumiendo que los lectores lo tomarían como una broma que apuntaba hacia sí mismo, en consonancia con el tema de toda la crítica.

No puedo menos que recomendar esta película encarecidamente, escribió. Es muy divertida, es la monda: una auténtica bocanada de aire fresco. En resumen: diversión asegurada para toda la familia.

Luego abrió una nueva página y tecleó su factura.

REF: Reseña escrita de *Como el agua y el vino 4*

719 palabras a 1 libra por palabra = 719 libras

Más 17,5% de IVA = 125,8 libras

Total = 844,8 libras

Cuando estaba en pleno cálculo, a Terry le distrajo el ruido de una ventana que se abría en la parte de arriba de la casa. Se volvió, estiró el cuello y se encontró con que sabía de dónde era la ventana en cuestión. Pertenece de hecho a una habitación que él tenía intención de explorar otra vez, tan pronto como se presentase la oportunidad: la habitación del tercer piso en la que una vez había vivido, una buhardilla alargada de techo bajo que (lo recordó en ese momento) daba directamente al tejado. Alguien había abierto la ventana de golpe, pero no vio quién. Luego, un poco después, algo salió volando (o lo tiraron) de la ventana. Al principio Terry pensó que era una gaviota, luego una paloma veloz: una mancha borrosa y un revoloteo blanco contra el perfecto azul del cielo de mediodía. Pero si se trataba de un ave, se había olvidado de volar, porque, tras dejarse llevar un momento por las corrientes de aire, empezó a descender hacia el suelo en lentas espirales cada vez más cerradas. Cuando lo tuvo más cerca, Terry se dio cuenta de que era una enorme flecha de papel, que ahora se cernió un momento sobre su cabeza, dio un giro repentino y salió disparada hacia el mar; luego describió una curva perfecta de ciento ochenta grados, se dirigió directamente hacia él a la altura de su pecho, capotó, perdió velocidad y finalmente, sirviéndose del teclado de su ordenador como pista de aterrizaje, aterrizó limpiamente

en su regazo.

Terry oyó que cerraban la ventana de golpe otra vez. Se puso de pie con la flecha en la mano, hizo visera con ella, y miró a ver si distinguía alguna silueta tras el lejano cristal lleno de reflejos. Pero era demasiado tarde.

Luego alisó el papel y leyó lo que habían garrapateado en él: PREGÚNTELE POR STEPHEN WEBB.

La larga conversación nocturna de Robert con Sarah tuvo un profundo efecto. Al atesorar el recuerdo de su amabilidad mientras le había escuchado, el suave gorjeo de su voz cuando le había hecho sus propias confidencias, cayó rápidamente en un coma romántico del que parecía no haber forma de despertar. Se entretenía en la cocina, esperando que ella apareciera; acechaba en el pasillo, delante de su habitación; rondaba la sala de televisión por la noche; daba paseos innecesarios por el sendero del acantilado a la hora en que suponía que ella habría terminado sus clases, ensayando frases de asombro al verla. Le compraba regalos y se deshacía de ellos casi inmediatamente porque no le parecían oportunos ni apropiados; se peinaba a todas horas y se afeitaba dos veces al día (piernas incluidas, aunque eso no era por ella). Pero la mayor parte del día se la pasaba sentado en su cuarto, sin trabajar en nada, con la mirada perdida en las paredes y su mente funcionando como una pantalla de cine privado sobre la que se proyectaban escenas cada vez más tentadoras: escenas en las que él le acariciaba el pelo, alargaba su mano para tratar de coger la de ella por primera vez, rozaba con sus labios la inmaculada curva de su oreja, besaba la fina pelusa de su cuello. Se pasaba días enteros sentado en su habitación, soñando esas cosas, convencido de que la próxima vez que se vieran el amor que sentían el uno por el otro se revelaría brusca, espontáneamente, con una dulce e irresistible efusión.

Pero había una pega. Parecía que Sarah había desaparecido del mapa. Nadie en la casa recordaba haberla visto últimamente, y su cama, según la señora Sharp, la mujer del conserje, llevaba una mana igual.

Cuando ya habían pasado más de ocho días de esta forma, Robert se dio cuenta de que no podía soportarlo más: tenía que salir de casa y buscarla en el campus. Un agotador rastreo de hora y media por la biblioteca, el Centro de las Artes y el edificio del sindicato resultó totalmente infructuoso, sin embargo; y al final cogió un autobús en dirección al pueblo y se encaminó hacia el único otro lugar donde, supuestamente, se podía encontrar un estudiante una húmeda mañana de sábado: el Café Valladon. Pero allí no había más clientes que su viejo amigo Terry, sentado en una esquina, con un caótico revoltijo de notas para un ensayo desperdigadas ante él.

Los visitantes que entraban en el café por primera vez solían esperar algo típicamente francés y sofisticado, como *café noir* y *pain au chocolat*. En cambio, se encontraban con unas mesas y unos bancos de pino bien macizos, viejas botellas de leche revestidas de cera de vela, y paredes cubiertas de antiguos instrumentos náuticos y de innumerables filas de libros, encuadernados y de bolsillo, adquiridos en saldos. Se encontraban con pesados *cakes* de avena, rebanadas de pan de granero con queso *cheddar* y jamón bañado en miel, y grandes tazones de café negro o de dulce té aromático. Se encontraban con un interior perpetuamente sombrío y cavernoso, con Slattery sentado tras la barra, que nunca se levantaba para servir al cliente de turno

hasta que había terminado de leer la última frase del volumen de filosofía en el que estuviera absorto. Y también se encontraban, todo hay que decirlo, con algo más vibrante en lo que se refiere a la vida social e intelectual que aquel estudiante de cine delgado, pálido y serio, que levantó la vista cuando Robert entró en el café y respondió a su saludo blandiendo su jarra casi vacía, gruñendo: «Otra de lo mismo, por favor», y enfrascándose otra vez en la contemplación de sus papeles.

Robert no había visto mucho a Terry aquel trimestre, y se dio cuenta, cuando él regresó a su mesa con su jarra llena, que, si acaso, aún tenía peor cara que de costumbre. Tenía los ojos hinchados y, mientras garabateaba como un poseso en el papel, se paraba cada veinte o treinta segundos para poder soltar un enorme bostezo que dejaba momentáneamente en suspenso la actividad de todas sus demás facultades. Terry (como Robert había llegado a saber en el transcurso de dos años de amistad) aborrecía la luz del sol y solo podía ser realmente feliz en cualquiera de estos tres sitios: el interior de un cine, el propio Café Valladon (cuya penumbra habitual le sentaba perfectamente) y, mejor aún, dentro de su dormitorio a oscuras, donde se pasaba voluntariamente la mayor parte del día: porque en esa etapa de su vida Terry decía que le hacía falta, por lo menos, un mínimo de catorce horas de sueño y que, si no, no podía hacer nada. No es que el sueño le pareciera de ninguna manera una experiencia relajante, o que descansar fuera su objetivo fundamental cada vez que pretendía conciliarlo. Aquella historia de dormir mucho equivalía en su caso a embarcarse en una búsqueda nocturna, y era eso, seguramente, lo que justificaba la mirada ávida e inquieta que reflejaban sus ojos permanentemente cansados. Porque Terry tenía muchísimos sueños: sueños, insistía él, de una belleza casi paradisíaca; sueños de jardines salpicados de sol, de vistas celestiales, de *picnics* deliciosos y perfectos encuentros sexuales donde, en cierta forma, se combinaban el éxtasis físico y una inocencia primigenia. Sueños que poseían la calidad de los recuerdos de infancia más puros e idealizados, que sobrepasaban el poder de invención del más fértil, consumado y perseverante autor de relatos fantásticos. Todas las noches le visitaban aquellos sueños. Tocias las noches le seducían y le atormentaban; al menos eso lo sabía. Pero, al mismo tiempo, nunca era capaz de aportar ningún detalle concreto, porque precisamente lo que los distinguía era que, cada mañana, se escabullían de su memoria, por más esfuerzos que hiciese por retenerlos, en los escasos y fatales segundos que le llevaba recuperar la conciencia. Terry era adicto a sus sueños; constituían la parte más pura, más vital y más preciada de su vida y, por esa razón, se pasaba al menos catorce horas al día persiguiéndolos por su mente dormida. Pero le sacaba de quicio no poder recordar más que los fragmentos más excitantes, de modo que no podía describírselos nunca a nadie, o consolarse con su recuerdo cuando estaba despierto. De cuando en cuando, es cierto, pequeños jirones y retazos de un sueño afloraban de repente a la superficie, y los anotaba tan rápidamente como le era posible en cualquier cosa que tuviese a mano; así que era habitual que los apuntes de sus clases sobre las diferentes interpretaciones de la

feminidad en el cine negro (por ejemplo) estuviesen salpicadas de misteriosas frases como «olor a rosas, el aliento cálido de un león»; o «un valle, una mujer, cardos»; o «desnudo, entre las ramas de un peral». Pero magro consuelo; no le llegaba en absoluto, le parecía, para compensar la terrible conciencia de que se le presentaban visiones nocturnas de un mundo mejor que estaba condenado a pender para siempre fuera de su alcance.

—Tienes una pinta horrible —dijo Robert mientras se sentaba.

—Ya lo sé. Tú también tienes una pinta horrible, si vamos a eso. ¿Qué haces aquí, de todos modos?

—Estoy buscando a alguien, ¿y tú?

—Esperando a Lynne.

Lynne era la última novia de Terry. Tenía la costumbre de cambiar continuamente de pareja, y ninguna le duraba más de un mes o dos: las mujeres que, en un principio, lo encontraban interesante parecía que enseguida se desanimaban ante sus excéntricos hábitos de sueño y su contumaz obsesión por el cine. (En un mal día era incapaz de hablar de cualquier otro tema). El propio Terry casi nunca se percataba de cuándo alguna de aquellas relaciones entraba en decadencia, y siempre decía sorprenderse y desconcertarse cuando por fin se enfrentaba a la irrefutable evidencia de que se habían terminado: la súbita desaparición de toda la ropa de su novia de su armario, por ejemplo, o el descubrimiento fulminante, al salir al sol vespertino de la oscuridad de alguna sala del departamento de cine de la universidad, de que llevaba más de una semana sin ver a la mujer que se suponía compartía su cuarto con él. Si estaba a punto de suceder algo parecido con Lynne, Robert no tenía la menor idea. Se limitó a hacer una pregunta poco comprometida.

—¿Qué tal es?

—Está bien —dijo Terry, dándole un prudente sorbo a su chocolate, que estaba casi hirviendo. (Nunca tomaba café, porque no le dejaba dormir). Luego frunció el ceño—. Se supone que esta tarde vamos a dar una vuelta, que vamos de excursión o algo así.

—Suenan bien.

Terry negó con la cabeza.

—Es perder el tiempo. Además, dan una película de Douglas Sirk en la BBC 2. —Levantó la vista hacia Robert, esperanzado—. No te apetecería venir con nosotros, ¿verdad? Hay sitio de sobra. A lo mejor se animaba un poco la cosa.

Robert ya había ido otras veces de excursión con Terry y sus novias. La perspectiva de pasarse unas cuantas horas oyendo cómo se atacaban mutuamente no le apetecía mucho.

—No, gracias —dijo—. Ya sabes lo que pasa cuando estás con tu pareja... Solo sería un estorbo.

—No, pero con Lynne es distinto —insistió Terry—. De momento nos llevamos estupendamente. No discutimos; solo nos quedamos callados... pero a gusto. No vas

a sentirte nada incómodo. —Se levantó y rebuscó en sus bolsillos—. No me importaría comer algo. No tendrás algo de dinero, ¿no?

La suma de sus recursos no llegaba más que a tres libras y pico, por lo visto, y Terry creía que les haría falta aún más dinero para la gasolina. Sin embargo, tras mirar en torno con aire conspirador, dijo:

—No te preocupes. —Y de una estantería que había encima de la mesa de al lado sacó una vieja edición en tapa dura de *Grandes esperanzas*. Abriéndola con mucho cuidado, añadió—: Vas a ver... Página doscientas veinte. —Y dentro había un billete de diez libras.

Robert se quedó impresionado.

—¿Cuándo lo has puesto ahí?

—Hará medio año —dijo Terry—. Cuando andaba mejor de pasta. Tuve la sospecha de que me haría falta en algún momento; pide un par de sándwiches, haz el favor.

Poco después llegó Lynne, mientras Terry estaba abajo en el servicio.

—Me ha pedido que fuera hoy con vosotros —le dijo Robert—, pero no creo que vaya. No me gusta meterme donde no me llaman.

—Vente, *por favor* —insistió ella—. Si quieres que te diga la verdad, no nos importa nada que haya alguien más delante; últimamente lo llevamos fatal. Parece que no tenemos nada que decirnos.

—¿Adónde pensáis ir, de todas formas?

—A la costa. Ya sé que el tiempo está un poco húmedo, pero han dicho que luego iba a hacer sol.

Cuando ya llevaban dos horas en coche en medio de una niebla bien húmeda, cayó una lluvia torrencial sobre las tres de la tarde; y entonces fue cuando Terry se dio cuenta de que no le funcionaban los limpiaparabrisas. Salieron de la carretera y pararon en un parking. Lynne sacó un paquete de galletas, que eran las únicas provisiones que tenían.

—Estupendo —dijo Terry—. Muchísimo mejor que quedarme en mi cuarto viendo *Escrito en el viento*.

Robert desempañó el cristal de la ventanilla trasera y escrutó un trozo de costa muy poco prometedor, bastante tenebroso con aquella lluvia que arreciaba.

—Creo que la he visto —dijo—. Un melodrama muy pasado de rosca con Rock Hudson haciendo de magnate del petróleo. Una especie de versión empalagosa de *Dallas*, en plan años cincuenta.

—Sí, así es como la describiría alguien como tú —dijo Terry despectivamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Un auténtico *cinéaste* —dijo Terry— sabe que Sirk es uno de los directores más importantes que trabajaron nunca en Hollywood. Hasta a un psicoanalista de cuarta fila que analizase sus películas le quedaría claro que tiene un profundo conocimiento de las neurosis sexuales que sostienen el Sueño Americano.

—No me digas —dijo Robert, volviéndose hacia la ventanilla trasera.

—¿Nunca se te ha ocurrido —dijo Lynne, dirigiéndose a su novio, pero sin mirarlo— que buscas unas cosas en esas películas que puede que no tengan? —El tono de su voz era agrio y cortante.

—No estoy diciendo que sus películas sean perfectas —dijo Terry. Se lo pensó un poco, y luego se puso a dar explicaciones en su mejor tono de conferenciante profesional—. Es posible concebir una película perfecta, claro. Lo que no quiere decir que resultase agradable o edificante. Podría ser la película más deprimente que se hiciera nunca. Lo importante es que su visión fuese consistente e impecable. Estoy convencido de que esa película existe. De momento, lo que hago es adquirir la habilidad necesaria para dar con ella.

—Como tratar de recordar el sueño perfecto —le espetó Robert.

—Dios mío, no hagas que se ponga a hablar de sus sueños —dijo Lynne—. Estoy hasta aquí de sus sueños. Cualquiera diría que es la única persona que sueña en este mundo.

—Yo no sueño casi nada últimamente —dijo Robert.

—Pues yo todo el rato.

—¿Con qué?

—Bueno, para empezar, sueño con tener una conversación de diez minutos con Terry en la que no mencione a Ingmar Bergman. Pero no deja de ser una fantasía. —Reflexionó—. No sé..., sueños corrientes y bastante tontos... Hace un par de noches, por ejemplo, soñé que estaba en un hospital, en la cama de al lado de la de Winston Churchill. Se estaba comiendo un cuenco de guisantes y, de cuando en cuando, me tiraba uno. Luego el hospital se convirtió en el bungalow de mi abuela, y aparecieron un montón de bomberos, cantando el tema principal de *Hello, Dolly*. —Se dio cuenta de que a Terry no le impresionaba nada—. No me mires así. No todos podemos tener los sueños más profundos del mundo.

—No he dicho nada.

—Oye, ¿por qué no sales y tratas de poner a funcionar los limpias, por ejemplo? Haz algo útil, para variar.

Mascullando por lo bajo, enfadado, y tras ceñirse su chaqueta como si fuera a protegerle de la lluvia y del frío, Terry salió del coche y se pasó un rato empujando y tirando de los limpiaparabrisas sin muchas ganas y sin obtener tampoco ningún resultado. El mantenimiento del coche no era uno de sus puntos fuertes.

—Yo soñé con un hospital una vez —dijo Robert mientras tanto—. De hecho, creo que es el único sueño que recuerdo. Debía de tener nueve o diez años... Estoy en un paisaje muy árido, muy montañoso y polvoriento. Y hay una mujer, una mujer madura vestida de enfermera, que está parada al lado de la carretera, señalando: señalando algo a lo lejos. Hay un gran edificio no sé dónde, delante de nosotros en la carretera; es adonde señala. Lo puedo distinguir vagamente, y sé que es un hospital. Una especie de hospital militar, para ser exactos. Y justo detrás de ella hay un letrero.

Ella está parada delante, así que no puedo leerlo bien.

—¿Pero sabes lo que pone? —preguntó Lynne.

—No. Solo tiene una palabra, pero no consigo verla entera. Eso es lo que me saca de quicio. Lo único que sé es que está escrita en otro idioma.

—¿Y no pasa nada más en el sueño?

—No. Nada más.

Lynne se quedó pensando en los detalles.

—¿Crees que la enfermera te está diciendo que vayas al hospital?

—No sé. Supongo que sí.

—Pues a mí me parece que deberías analizar ese sueño. Si aún lo recuerdas después de todos estos años, será porque significa algo.

Terry abrió la puerta y se dejó caer, medio mojado, en el asiento del conductor.

—No ha servido de nada —dijo; tras lo cual los tres se quedaron callados, escuchando el zumbido intermitente del tráfico, el siseo de las ruedas contra el asfalto húmedo. A Robert le pareció el sonido más deprimente del mundo; le recordaba las vacaciones familiares en Devon, sus padres riñendo en los asientos delanteros, bebiendo termos de café en un coche completamente empañado, en algún aparcamiento de la costa, con un tiempo triste incluso en julio. Por la noche iban a cenar a un restaurante barato del pueblo, su padre se emborrachaba de vino y licores varios, y su madre tenía que llevarlos luego de vuelta a la casita de campo o al hostal. De repente, tuvo un vívido recuerdo de su padre orinando a altas horas contra la pared de una pensión, y de la dueña subiendo de golpe una ventana de guillotina en el segundo piso y gritándole cosas. «¡Voy a llamar a la policía!», le había amenazado al final, pero su padre se había limitado a soltar una risotada. «¡La policía soy yo!», le contestó; de todas formas, a la mañana siguiente se habían ido.

Terry encendió la radio, pero lo único que encontró fue algo de ópera y comentarios futbolísticos. La apagó enseguida y bostezó; luego se volvió hacia Robert y le preguntó:

—¿A quién decías que buscabas en el café esta mañana?

—No te lo he dicho. A alguien de la residencia.

—Ah. —Algo en su manera de decirlo debió de despertar el interés de Terry—. ¿Hombre o mujer?

—Mujer. Nadie la ha visto desde hace una semana. Estoy un poco preocupado.

Lynne se había quedado mirando por la ventanilla, inmóvil de puro aburrimiento, sin tomar parte en la conversación. Pero ahora se animó y dijo:

—No se llamará Sarah por casualidad, ¿verdad? Sarah Tudor.

Robert se incorporó bruscamente en el asiento trasero.

—¿Cómo lo sabes?

Ella sonrió satisfecha.

—Un presentimiento que he tenido.

—Pero no la conoces, ¿no? —preguntó Robert.

—Claro que sí. La conozco perfectamente. Vivió en el mismo pasillo que yo el primer año. Es imposible no conocer a Sarah.

Robert no estaba muy seguro de lo que había querido decir con eso, pero no le gustó cómo sonó.

—¿Qué pinta tiene? —preguntó Terry.

—Es menudita —dijo Lynne—. Y delgadita. Tiene los ojos azules. Y siempre lleva una cazadora vaquera. Rubia, de media melena, bastante corta; el pelo un poco pajizo.

—De pajizo nada —protestó Robert.

—Es totalmente pajizo; por eso la llaman Worzel.

—¿Quién la llama Worzel?

—Todo el mundo: por Worzel Gummidge, el espantapájaros. Evidentemente —añadió—, no es más que uno de sus muchos apodos.

Temiendo ya la respuesta, pero incapaz de reprimirse, Robert preguntó:

—¿Cuáles son los demás?

—Bueno, hay gente que la llama Sarah Vomitona, por lo que le pasó cuando fue a un restaurante y vomitó encima de los demás. Otros la llaman la chica de Gregory, porque salió con un tipo impresentable que se llama Gregory. Y otros la llaman Rip van Winkle, porque tiene la encantadora costumbre de quedarse dormida mientras hablas con ella, si no te encuentra especialmente interesante.

Robert frunció el ceño.

—A lo mejor no es culpa suya —dijo—. Creo que hay una enfermedad que...

—Pero la mayoría de la gente —dijo Lynne, que aún no había terminado con su rosario de apodos— simplemente la llama la loca de Sarah.

Aún se le encogió más el corazón.

—¿Y eso por qué? —preguntó sin que hiciera ninguna falta.

—Porque está completamente loca. Se te acerca y te dice que ha hablado contigo, que ha hecho cosas contigo, y siempre se lo inventa todo. Está como una cabra.

Robert decidió que aquello era demasiado.

—Eso no me lo creo.

—Es cierto —dijo Lynne—. Por eso he pensado que era Sarah a quien estarías buscando: porque la vi hace un par de días y no paraba de hablar de ti. Decía cantidad de cosas, pero estoy segura de que se inventaba la mitad.

Muy a su pesar, se emocionó al oír que Sarah no se había olvidado de él esa última semana, que hasta lo encontraba lo suficientemente interesante como para hablarles de él a sus amigos.

—¿Por qué? ¿Qué decía?

—Decía que se te había muerto la gata hacía poco y que te habías llevado un gran disgusto.

—Sí, es verdad.

—Y luego que te pasaste la mitad de la noche sentado con ella en la terraza, con

un frío horrible, hablando de qué sentido tiene la vida.

—También es la pura verdad.

—Y, *además*, anda por ahí diciéndole a todo el mundo que tienes una hermana gemela.

Se produjo un silencio expectante. Terry se volvió y lo miró, divertido, retador.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Supongo que no irás a decirnos que *eso* también es verdad...

Robert le devolvió la mirada. También se daba cuenta de que Lynne tenía los ojos clavados en él.

—Pues sí, también es cierto.

Terry se quedó de piedra un momento; pero solo un momento. Miró a Robert, luego a Lynne, y después otra vez a Robert, tratando de decidir si aquello era una broma que le querían gastar.

—Oye, que he estado en tu casa, y conozco a tu familia. Y no tienes hermanos.

—¿Qué más te dijo de ella? —preguntó Robert, ignorando a Terry por el momento.

—Bueno, según Sarah —dijo Lynne—, tenías una hermana gemela llamada Cleo, pero tus padres no se podían permitir manteneros a los dos, así que la cedieron en adopción cuando solo hacía unos días que tú habías nacido, y nunca la has vuelto a ver.

Robert no dijo nada, aunque su expresión daba a entender que se había embarcado en una serie de pensamientos muy íntimos, reacio a la confesión. Terry lo notó y decidió sacarle la verdad como fuera.

—Bueno... ¿Miente o qué? ¿Se lo ha inventado?

—Pues claro que no. ¿Cómo iba a inventarse alguien eso?

—¿Tienes una hermana gemela llamada Cleo, y nunca me lo has contado?

—¿Y por qué iba a contártelo? No es como si la hubiera conocido.

—Me conoces desde hace dos años (somos amigos desde hace dos años), y nunca me has contado que tenías una hermana gemela. Y, sin embargo, conoces a una tía rarita, te pones a hablar con ella, ¿y a los cinco minutos le sueltas toda la historia?

—No es rarita. De rara no tiene nada,

Lynne pegó un bufido al oír aquello y dijo:

—Pero, Terry, si tú *también* conoces a Sarah Tudor. Es *esa* que se empezó a..., bueno, ya sabes, que empezó a lo que fuera con Ronnie.

Y Robert recordaría más tarde la primera vez que oyó ese nombre, cómo le había asaltado inmediatamente una premonición, la súbita conciencia de una caída libre, y a plomo, en un abismo infinito. Le quedó muy claro que todas las esperanzas que había estado alimentando la semana anterior (le habían parecido vagas e insustanciales, y ahora de repente le parecían auténticas monstruosidades) se quedarían en nada. El pánico hizo presa en él.

—Ah, ¿es *esa* entonces? —estaba diciendo Terry—. ¿Es de *esa* de la que habláis? Pues claro que la conozco. Estaba sentada el otro día en nuestra mesa cuando Ronnie y yo discutíamos una cosa.

—Menudita... —le espetó Lynne.

—Delgadita, con los ojos claros, una cazadora vaquera, y el pelo rubio como de paja. Y *totalmente* pirada.

—Exactamente —dijo Lynne—. Tú también te diste cuenta, ¿verdad?

—A todos nos pareció que estaba como una chota. Ronnie había estado soltando el típico rollo de que los hombres van de violadores y de cazadores de mujeres, y entonces esa tía (con la que nadie había hablado ni nada) se metió de repente en la conversación y dijo que estaba de acuerdo. Luego se levantó y se fue, y por poco tira la mesa en el intento.

—Pues yo estoy enamorado de ella —dijo Robert.

Terry y Lynne se dieron la vuelta en sus asientos, como si fueran una sola persona, y se quedaron mirándolo sin decir ni mu. Ninguno de los dos puso en duda lo que acababa de decir, pero hacerlo le proporcionó a Robert un placer tan inmediato e inesperado, tal sensación de alivio, que decidió repetirlo de todos modos.

—Estoy enamorado de ella —dijo—. Me parece maravillosa. Creo que es la persona más encantadora y más guapa que he conocido nunca.

Terry se había quedado mudo; nunca le había oído decir a Robert nada por el estilo. Lynne se limitó a negar con la cabeza, en plan incrédulo, y volvió a quedarse mirando el parabrisas.

—Bueno, es un punto de vista muy original —reconoció.

—Cuando has dicho que no sé qué con el tal Ronnie —prosiguió Robert—, supongo que querías decir que estaba liada con él.

—Yo no he dicho que saliera con Ronnie para nada.

En un momento de aturdimiento, Robert se agarró a aquellas palabras, pensando que tal vez había oído mal la primera vez, que tal vez aún fuera a salir todo bien.

—Creí que...

—Has metido la pata hasta el fondo, Robert. La verdad es que te has lucido —explicó entonces Lynne, pacientemente y con bastante tacto—. Está liada, sí, pero no con un tío. Ronnie es una tía. Es la abreviatura de Veronica.

El abismo se abrió de nuevo: el doble de ancho y más negro de lo que habría imaginado nunca.

—Pero has dicho que había salido con un tal Gregory —dijo, viniéndose abajo.

—Pues ahora sale con la tal Veronica.

Fue Terry, finalmente, el que se encargó de romper el encantamiento.

—Es lesbiana, Bob.

Robert miró a Lynne para que se lo confirmara; como esperando, incluso entonces, que aquello fuera una especie de cruel fantasía masculina que su amigo hubiese inventado para él. Pero Lynne se limitó a asentir.

—Como una camionera —dijo.

Ahora casi había parado de llover. Terry encendió el motor.

—Todavía no me puedo *creer* —añadió— que seamos amigos desde hace dos años y nunca me hayas dicho nada de tu hermana gemela.

Miró en el espejo retrovisor y puso el intermitente, metiendo el coche en la carretera en dirección a las nubes que se iban abriendo poco a poco y a la pálida luz vacilante.

Al día siguiente a su larga conversación con Robert, en una cálida tarde de viernes bastante tempestuosa, Sarah había entrado en el Café Valladon y vio a Veronica sentada con otras tres mujeres; se paró en la puerta sin saber qué hacer; luego vio que Veronica se separaba del grupo y se acercaba a ella, mientras una sonrisa de reconocimiento y de bienvenida le iluminaba la cara; sintió el tacto de su mano en el antebrazo, y se encontró con que la llevaba hasta una mesa aparte, donde se suponía que iban a hablar a solas. Sacó los libros de su mochila de lona y le explicó que no le había dado tiempo a mirarlos todos; Veronica se disculpó por habérselos metido por los ojos de aquella forma, como si hubiese querido insinuar que no estaba muy ducha en ciertos temas; había sido una tontería, un poco como una estratagema, la verdad, para asegurarse de volver a verla. Veronica se metió luego detrás de la barra y trajo un poco de café (ya que Slattery se hallaba sumido en una de aquellas prolongadas y misteriosas ausencias suyas que, por lo visto, no le impedían en absoluto llevar perfectamente el Café). Y entonces se habían puesto a hablar.

Sarah había llamado a Veronica al día siguiente. Fueron a cenar juntas, y luego a ver una película al pueblo, con lo que Sarah había perdido el último autobús de vuelta; a la mañana siguiente se despertó en un saco de dormir, en el suelo del cuarto de Veronica en el campus. Y la siguiente a esa, se despertó en su cama.

En concreto, la despertó un “clic”, alguien que encendía un radiocassette portátil. Dormitó un poco durante los primeros minutos de la cinta, luego se despertó del todo y empezó a tomar conciencia del entorno que la rodeaba mientras sonaba una canción de Billie Holiday:

*Esta tristeza de los lunes
me viene de la de los domingos*

—¿Y a ti? —preguntó Veronica, sentada en el borde de la cama.

—¿Si a mí qué?

—Si a ti también te sientan mal los lunes.

—¿Es lunes? —Sarah se incorporó, ansiosa, y miró el despertador. Eran las diez y cuarto—. Mierda, tenía clase a las nueve y media.

—Tienes cara de sueño. —Veronica trató de tocársela con el dedo índice, pero Sarah se encogió y se metió otra vez bajo el edredón—. Seguro que te apetece un

café.

—Mmm, sí, gracias.

—A mí también —dijo Veronica—, pero, desgraciadamente, ayer nos lo bebimos todo. —Se levantó y se estiró, luciendo su cuerpo fuerte y fibroso bajo una camiseta tan larga que le llegaba por debajo de las rodillas—. Creo que deberíamos tomar algo en Jonah's, de todas formas. Café, y un desayuno como Dios manda. ¿Qué te parece?

No servían desayunos después de las diez y media, así que se vistieron rápidamente, y llegaron justo a tiempo; pero se vieron recompensadas con beicon, setas y unas buenas raciones de huevos revueltos a punto de cuajarse. Veronica dio cuenta de su ración, muerta de hambre, y luego empezó a hundir el tenedor en el gomoso montoncito de huevo que Sarah (sentada muy tiesa enfrente de ella, y por lo visto bastante abstraída) había dejado intacto. Ninguna habló mucho; por lo menos, hasta que se les unió un ratito una estudiante de historia llamada Lynne, e incluso entonces fue Veronica la que lo habló todo. Sarah se quedó allí sentada, jugueteando con su bolsita de azúcar, echando todo el azúcar hacia un lado y luego doblándola, dándole después la vuelta y repitiendo el mismo proceso, hasta que la bolsita se rompió y el azúcar se derramó sobre los restos de su desayuno.

—Lo veía venir —dijo Veronica. Lynne ya se había ido.

—Lo siento —dijo Sarah riéndose—. Es una mala costumbre que tengo. —Se pasó una mano por el pelo, se agarró un mechón y le dio un tironcito. Otra costumbre: un gesto que ya había cautivado a Robert. Y ahora Veronica se fijó también en él por primera vez.

—¿Qué quieres hacer hoy? —le preguntó.

—No sé —dijo Sarah, con una voz inexpresiva—. Me siento un poco rara, si quieres que te diga la verdad.

—Ya lo había notado.

—Es que..., lo que es... —Sarah miró hacia la mesa de al lado. A pesar de que el restaurante estaba casi vacío, tres chicos estudiantes habían decidido sentarse precisamente allí, y se traían una conversación bastante caprichosa e inconexa—. Esto es realmente incómodo, pero... ¿te acuerdas de lo que te conté ayer sobre mis sueños? —(¿De veras que ya se lo había contado a Veronica, solo dos días después de conocerla?)—. Sobre lo reales que son a veces...

Veronica asintió.

—Bueno, pues anoche soñé contigo.

—¿Conmigo?

—Con las dos. —Les echó un vistazo a los tres estudiantes. Se dedicaban a masticar Kit-Kats sin decir palabra—. Estábamos...

—Sí... —dijo Veronica.

—... juntas en la cama.

Veronica se encogió de hombros.

—Suena bastante inofensivo. ¿Es lo único por lo que pareces tan angustiada?

—Ya sabes cómo es —dijo Sarah— lo de soñar con alguien. Al día siguiente, no lo ves de la misma forma.

—Cierto —dijo Veronica—. Sobre todo, si tienes un sueño erótico.

—Exactamente —dijo Sarah, casi en un susurro.

—¿Qué quieres decir con lo de «exactamente»?

—Pues eso... «exactamente».

—¿Que has tenido un sueño erótico? ¿Es eso lo que quieres decirme?

Sarah asintió; y luego dijo (con una voz que ya no llegaba ni a ser un susurro):

—Me gustaría que se fueran esos cretinos.

—¿Y qué te hace pensar que ha sido un sueño? —preguntó Veronica.

—Estoy segura de que tienen la oreja puesta.

—Pero tú, evidentemente, no.

Sarah se quedó mirándola, con los ojos como platos. Al final captó la pregunta de Veronica, y lo que implicaba le quedó de repente muy claro, para su propio asombro, mientras oyó cómo se la repetía.

—¿Y qué te hace pensar que ha sido un sueño?

Las siguientes palabras de Sarah sonaron muy débilmente.

—Lo sé. —Luego, aún más débilmente—: Estoy segura.

Veronica sonrió y meneó la cabeza, diciendo:

—Creo que voy a enamorarme de ti, Sarah.

A las dos en punto de aquella tarde, Terry entró en el despacho vacío del doctor Dudden (sin su permiso, sin que lo supiera siquiera) y desconectó eficazmente el teléfono. Enchufó su PowerBook en la roseta del teléfono y apretó el botón de envío, poniendo en marcha por consiguiente una rápida pero compleja cadena de acontecimientos. Convertidos sus datos binarios en señales análogas, su reseña de la película fue impulsada a través de la línea telefónica por la corriente eléctrica, y solo unos minutos después llegó a la sección de cultura del periódico, donde una máquina de fax la reconvirtió en información digital y la fue pasando a una cabeza impresora termal para reconstruirla en papel. Ofrecida de esta forma al director de la sección, este la examinó un momento, se rio entre dientes y aprobó su publicación, de modo que a la mañana siguiente le pudo echar un vistazo tal vez uno de cada veinte de los cuatrocientos mil lectores del periódico; uno en concreto, en esta ocasión, fue Sarah, que se durmió mientras trataba de leer la crítica de Terry en la sala de profesores durante el recreo de la mañana.

Notó cuándo empezaba a entrarle sueño, pero no pudo luchar contra él.

Se le desenfocaban las palabras ante sus propios ojos.

Puso todo su empeño en concentrarse, pero no le sirvió de nada. Los párpados le pesaban cada vez más...

La despertó Catherine diez minutos más tarde, sacudiéndola ligeramente por el hombro y diciéndole:

—Sarah, despiértate. Se acabó el recreo.

—¿Estaba dormida? Mierda. —Sarah se incorporó sobre la silla y miró alrededor guiñando los ojos. Todos sus compañeros se disponían a irse; ni siquiera el timbre la había despertado esta vez. Justo cuando él ya salía por la puerta, llamó a Norman (un estudiante que estaba haciendo sus prácticas, alto y con pinta de angustiado, y que tendría unos veintipocos años):

—Voy dentro de un rato, ¿vale?

—De acuerdo.

—Veinte minutos o así.

Debo de parecerle muy rara, pensó, a la vez que abría su frasco de mazindol y se metía un par de pastillas en la boca.

Demasiado educado o demasiado miedoso como para decir algo, de todos modos.

Cuando la habitación quedó vacía, volvió a llenar su taza de café y poco a poco, con mucho esfuerzo, consiguió recordar lo que había estado leyendo en el periódico. Era una reseña de Terry. Curioso que aún recibiese semanalmente aquellas opiniones críticas suyas puestas al día, a pesar de que llevaba sin verlo más de diez años. A partir de una familiaridad bastante superficial con su periodismo, podía deducir un cuadro asombrosamente completo: le eran familiares sus gustos en lo que a música y

cine se refería, sabía que aún vivía en Londres, podía imaginarse cómo sería su vida social, hasta podía arriesgarse a adivinar sin equivocarse mucho cuánto ganaría (¿tres veces más que ella?, ¿cuatro?). Y sin embargo, para él, ella debía de haberse vuelto completamente invisible. ¿Pensaría alguna vez en ella?, se preguntó. ¿Se acordaría alguna vez de los tiempos en que habían compartido piso, después de licenciarse? ¿O se preguntaría qué habría sido de su vida?

No es que importara mucho. No es que fuese a cambiar mucho la cosa.

Volvió a echarle un vistazo a la crítica, y no consiguió recordar dónde se había quedado. Ojeándola un poco, la encontró más comprensible que la mayoría de las paridas de Terry. La tónica general, por lo menos, parecía ser bastante entusiasta. Su conclusión (lejos de ser demoledora) era «Diversión asegurada para toda la familia» y, al leer esa frase, Sarah se permitió una sonrisita amarga. Bueno, aquello estaba muy bien, pensó, para la gente que tuviera familia. Pero ¿qué pasaba con los demás?

Era un tema al que, por lo visto, volvían cada vez más sus pensamientos últimamente, y decidió eludido. Dejando el periódico a un lado, alargó el brazo para acercar una pila alta e inestable de carpetas y sacó un puñado de impresos del *Key Stage 2* (uno de los nuevos y numerosos subproductos administrativos del Plan de Estudios Nacional) y eso la distrajo, en cierto modo, hasta que fue hora de ir a ver los progresos de la clase de inglés de Norman.

Lo hizo con cierta sensación de presentimiento, porque Norman despertaba en ella una complicada mezcla de diversión y simpatía. A su favor tenía que era entusiasta y buena persona, y parecía que de verdad le interesaban los niños (cosa que no se traducía, desgraciadamente, en nada parecido a una buena relación con ellos). Pero era de una ingenuidad peligrosa y, para ser tan joven, sus métodos de enseñanza resultaban asombrosamente anticuados. Sarah sabía, de todas formas, que era fácil decirlo; pero el ambiente de las clases había cambiado tanto durante sus once años de profesión que se estremecía solo de pensar cómo le habría ido a *ella* si acabara de empezar. Admiraba a cualquiera que estuviese dispuesto a intentarlo, la verdad.

La clase del día anterior, aunque solo asistió a sus últimos diez minutos, había sido bastante caótica. De acuerdo con una decisión de la administración según la cual se debía conseguir que los alumnos se familiarizaran con los poetas clásicos, Norman intentó dedicar la clase al «Ve, y atrapa una estrella fugaz» de John Donne, que a Sarah le pareció algo demasiado ambicioso para un grupo de niños entre nueve y diez años. Su respuesta inicial, un aburrimiento pasmoso, se había convertido, cuando ella llegó, en un caos mezcla de guasa y de risas. El más alborotador, como de costumbre, fue un niño llamado Andy Ellis, quien, cuando se le pidió que comentase el verso «Enséñame a escuchar el canto de las sirenas», dijo que le recordaba el título de una película que él y un amigo suyo habían alquilado en la videoteca porque les habían dicho que era de lesbianas. Ignorando los intentos de Norman por cambiar de tema, siguió explicando que se habían llevado una gran desilusión, debido a la escasez de lo que él denominó, conciliadoramente, escenas de «chicas en acción». Eso llevó a una

animada discusión entre los miembros masculinos de la clase, y no precisamente sobre el uso de las imágenes marinas en la poesía de Donne, sino sobre si era posible vislumbrar el vello púbico de Sharon Stone en el vídeo de *Instinto básico*, usando hábilmente el botón de pausa. Al final de la clase, con muy poco acierto en opinión de Sarah, Norman les había pedido a todos que escribiesen un poema sobre las estrellas y que lo trajesen al día siguiente.

La clase ya estaba bastante alterada cuando ella llegó, aunque las cosas se calmaron un poco cuando apareció y se dirigió hacia un pupitre vacío en la fila de atrás. Sarah tuvo la sensación, sin embargo, de que cada poema iba provocando mayores risas, y era evidente que una niña (Melanie Harris) hacía todo lo que podía por evitar las lágrimas. Tras la llegada de Sarah, se leyeron un par de intentonas bastante corrientes contra un fondo constante pero contenido de murmullos y risitas; y entonces le tocó a Andy Ellis.

Fue el primer verso del poema de Andy (*Escúchame bien, gilipollas de mierda*) lo que, al menos para Sarah, hizo sonar las primeras señales de alarma. Si hubiera dependido de ella, seguramente le habría interrumpido en ese momento, pero Norman se quedó mudo de puro horror y dejó que la cosa siguiese adelante hasta el final.

*Escúchame bien, gilipollas de mierda
si te metes con mi zorra te voy a dar leña
Voy a chutarme ahí al lado y a colocarme un poco
y cuando pase por tu casa te voy a hacer polvo
Vas a ver las estrellas, gilipollas
Vas a ver las estrellas, gilipollas
Voy a cargarme a esa puta si te pillo en mi cama
a sacar mi pistola y vaciarla en su raja
Y tú serás el siguiente en hacer que me corra
Yo no dejo que nadie se folie a mi zorra
Vas a ver las estrellas, gilipollas
Vas a ver las estrellas, gilipollas.*

Mientras la mitad de la clase se quedaba mirándolo boquiabierto, entre el asombro y el pasmo, la mayoría de los niños, y hasta una o dos niñas, premiaron a Andy con una calurosa ovación. Sarah no pudo evitar que le interesara profesionalmente, a pesar de su creciente incomodidad, ver que la respuesta al poema variaba más según el sexo que según la raza. El propio Andy pertenecía a una familia blanca (bastante acomodada), lo que convertía su intento de escribir un poema en plan *rap* en algo muy loable, pensó; y también le gustaba aquella manera tan suya y tan ingeniosa de introducir el tema de la estrella. No habría dicho nada de eso, claro: pedirle que fuese a verla a la salida, y pasar rápidamente al poema siguiente, habría sido su forma de manejar la situación. Pero Norman, en cambio, parecía decidido (una vez recobró el habla) a meterse aún en más berenjenales.

—Muy interesante, Andy —dijo, cuando la barahúnda había decaído un poco—, pero me pregunto si tú mismo habrás *entendido* de verdad lo que has escrito.

—Pues claro que lo entiendo.

—Claro que lo entendemos, señor —dijo otro niño.

—Se entiende todo, señor —dijo otro.

(Sarah resistió la tentación de taparse la cara con las manos. Sabía que nunca trataban a los profesores de «señor», a no ser con muy mala intención.)

—¿Hay algo que usted no entienda, señor?

—¿No sabe lo que es «la raja», señor?

—Pues claro que no. Si ni siquiera ha visto *Instinto básico*.

—¡Ya basta! —gritó Norman, por encima de las risas—. Ese poema tuyo, Andy, no es más que una sarta de obscenidades.

—Por favor, señor —dijo alguien, a la vez que levantaba la mano—, no sé lo que es una sarta.

Norman no le hizo caso.

—No es nada más que un montón de estupideces asquerosas, ¿no es cierto?, sin orden ni concierto.

—Pero si rima —dijo Andy—. Además cuenta una historia, como el poema que nos hizo leer ayer.

—Conque una historia, ¿eh? Pues yo no he visto ninguna historia.

—Verá, señor —dijo el niño que estaba sentado al lado de Andy—. El negro ese está muy enfadado con su amigo, así que lo quiere matar.

—Eso, señor. Y con su mujer.

—Porque se ha portado como una maldita puta, señor.

—¡Callaos todos! —Se dirigió hacia Andy—. ¿Lo has hecho tú?

—Sí.

—No digas tonterías. ¿Cómo se te iba a ocurrir algo así?

—Es que escucho mucho *rap*, y eso me dio un poco la idea. Gente como Onyx, y M. C. Ren, y The Notorius B.I.G. La señorita Tudor dice que es muy bueno para nosotros abrirnos a las influencias de otras culturas y tradiciones.

Norman miró un momento a Sarah, con una expresión que era una mezcla de acusación y de llamamiento desesperado. Ella le sonrió dulcemente.

—Además —prosiguió Andy—, ayer nos dijo que Pulp y Oasis hacían poesía.

—Bueno, sí, pero...

—Entonces, ¿cuál es la diferencia, señor? No será porque los de Onyx son negros, ¿verdad?

—No es usted racista, ¿verdad, señor?

Dios mío, estos chicos son increíbles, pensó Sarah. Por un momento casi se sintió orgullosa de ellos.

—Ya está bien. —A Norman le temblaban los labios, y tenía la cara blanca como la cera—. Andy, luego nos vemos. A ver cómo sales de esta. Te va a costar. Y los

demás callaos de una pu... Callaos de una vez. —La clase volvió a estallar en carcajadas—. Callaos y escuchad el siguiente poema. No quiero oír ni una palabra más hasta que toque el timbre, ¿entendido?

La restauración del orden fue meramente superficial, y Sarah se temió lo peor cuando Norman eligió a Alison Hill para que leyera la siguiente. Debía de ser la más pequeña de la clase, y en sus mejores momentos era tímida y callada. Ahora, tras la descarada histeria de Andy, su voz sonó más débil y más vergonzosamente monótona que nunca.

—Mi poema se llama *Agujeros en el cielo* —declamó a toda velocidad—. Cuando las estrellas mueren se convierten en agujeros negros. Un astrólogo estaba mirando tres estrellas en el cielo. Con su telescopio. Había una estrella pequeña y dos grandes. Una de las estrellas grandes murió y se convirtió en un agujero negro. Las otras dos estrellas se quedaron muy solas. No había más estrellas en millones y millones de kilómetros. Solo aire negro y cielo vacío. Me dan pena esas dos estrellas solitarias, dijo el astrólogo. Pero él también estaba demasiado lejos como para poder hacer algo. Así que allí se quedaron en el cielo, todas tristes, y aunque a veces brillaban un poco, tanto vacío y tanta oscuridad las asustaban mucho.

Siguió un silencio bastante respetuoso. Uno de los niños aplaudió sarcásticamente.

—Muy bien, Alison —dijo Norman—. Muy bien, de verdad. Solo he notado un fallo. ¿Alguien más lo ha notado? —Nadie dijo nada—. Bueno, has dicho que el hombre que miraba por el telescopio era un astrólogo, cuando creo que querías decir un astrónomo.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó alguien.

—Hay una diferencia muy importante. —Norman escribió las dos palabras en el encerado, y se volvió hacia la clase, satisfecho consigo mismo—. Veis, solo varían dos letras entre las dos palabras, y sin embargo significan cosas completamente diferentes. Un astrónomo es un científico serio, que se pasa el tiempo mirando por telescopios y otros instrumentos científicos para descubrir cosas sobre las estrellas, y un astrólogo es una persona frívola y supersticiosa que solo finge estudiar las estrellas, y hace horóscopos y tonterías por el estilo.

Sarah pudo percibir otro inminente cambio de humor entre los alumnos. Alison no parecía prestarle ninguna atención a nada de aquello; tenía una expresión de indiferencia, de distracción; y, por un instante, Sarah tuvo la sensación de que podía ver en ella un vago reflejo de otra cara, una cara sin nombre, perteneciente a su pasado. (Tal vez fuera su manera de torcer un poco la boca y morderse distraídamente el labio inferior). Mientras tanto, el resto de la clase recuperaba sus ganas de jaleo.

—¿Quiere usted decir que los horóscopos no son serios, señor?

—Sí.

—Pero vienen en los periódicos.

—No deberíais creer todo lo que leéis en los periódicos.

—Yo creo que se pueden saber muchas cosas de una persona por su signo —dijo una de las niñas.

—Pues claro. ¿Qué signo es usted, señor?

—Seguro que Leo, ¿a que sí, señor? Se supone que los Leo son muy poderosos y muy mandones.

—¿Tiene Escorpio en Urano, señor, o solo es su manera de llevar los pantalones?

Después de que terminara la clase, Sarah y Norman atravesaron juntos el recreo, de camino al comedor. No le habló mucho de la clase, aparte de darle un poco de confianza y de insinuarle que elegir el poema de Donne no había sido muy acertado. Él estaba muy alterado por lo ocurrido: que lo acusaran de racista, especialmente, le había sentado fatal.

—Solo intentaban liarte —dijo Sarah.

Norman se paró y se quedó mirándola. Hacía mucho sol en el patio, y guiñó los ojos sin querer mientras decía:

—¿Tú crees?

Sarah asintió. Se pasó una mano por el pelo (el espeso pelo gris que casi le llegaba hasta los hombros, y que a Norman le fascinaba), y terminó, sin darse cuenta (porque nunca se la había dado), cogiéndose un mechón y pegándole un tironcito.

—Lo estás haciendo muy bien. De veras. —Se rio—. ¿Sabes? Todos hemos pasado por esto. Cuando me acuerdo de mis primeras prácticas...

Siguieron andando un poco.

—Tengo una carta para ti, por cierto —dijo Norman—. Está en el maletín que tengo en la sala de profesores.

Sarah dio inmediatamente por hecho que se trataba de una carta escrita por él mismo: que había algo que quería decirle, alguna declaración demasiado trascendente como para hacerla en persona. Fue un gran alivio cuando añadió:

—Es de una chica de la universidad que dice que te conoce. Estaba hablando de ti con unos amigos, y esta chica (no la conozco muy bien ni nada) dijo que te había conocido hace años, cuando eras estudiante.

El alivio dio paso a la perplejidad.

—Qué raro. Todos mis compañeros de la universidad deben de andar sobre los treinta. ¿Cuántos años tendrá?

—Pues unos veinte, supongo. Se llama Ruby. Ruby Sharp.

Y ahora fue Sarah la que dejó de andar. Casi habían llegado hasta la puerta del comedor, y los niños pasaban por delante de ellos en grupos y en parejas, medio cabizbajos.

—Sí, conocí a una chica que se llamaba Ruby —dijo—. No muy bien, pero... sé qué chica dices. Es increíble. —Sonrió abiertamente y por un momento, cuando miró hacia delante, en vez de la fachada de ladrillo rojo del edificio de ciencias, vio algo mucho menos tangible: una cara pálida e infantil, una melena pelirroja, una playa... La invadió una oleada de recuerdos, y se le secó la garganta mientras le decía a

Norman:

—Y ahora vive en Londres, ¿no? ¿También se está preparando para ser profesora?

—Creo que está estudiando biología. —Le abrió la puerta, y a los dos los asaltó de pronto la ruidosa humedad del comedor—. Pero vive en la misma residencia que una amiga mía; por eso la... El caso es que saliste a relucir en la conversación...

A Sarah le costó hablar con Norman durante la comida. La mención del nombre de Ruby después de tantos años había revivido una compleja red de emociones, no todas agradables. Y, sin embargo, no tenía por qué alterarse realmente: no había nada malo, si lo pensaba bien, en que la recordaran el señor y la señora Sharp, los conserjes de Ashdown, y la hijita pelirroja a la que a veces le habían pedido que cuidara por el día mientras su madre trabajaba. Aquellas tardes en el piso de arriba con Ruby y Veronica, jugando a las cartas y al Scrabble: el día de la playa con Robert...

Sí, todo acababa remitiendo siempre a Robert, y ahí era donde Sarah también empezaba siempre a enfadarse consigo misma. Había pasado doce años, doce años sin verlo (no podía contar su último y ridículo encuentro en Ashdown, a pesar de que, a su manera, había sido el más devastador de todos), y sin embargo solo tenía que acordarse levemente de él (del detalle más nimio e insignificante) para que todo aquel dolor saliese rápidamente a la superficie. Un dolor que ni el propio paso del tiempo ni aquellos penosos meses de psicoanálisis (y qué despilfarro de dinero habían acabado siendo) habían conseguido nunca apagar.

Tenía treinta y cinco años, se dijo a sí misma. No tenía hijos. Estaba divorciada. ¿No era hora de dejar atrás aquella amistad lejana, efímera y no-tan-importante?

Aquella serie de pensamientos se vio interrumpida cuando Norman le pidió que le pasara la salsa de tomate. Lo observó con una fascinación inconsciente mientras la aplastaba con fuerza contra su montón de fina patata húmeda.

Ruby había hecho todo lo posible por que la carta fuese breve y educada. No estaba segura de cómo reaccionaría Sarah, al acercársele alguien a quien había conocido tan poco tiempo, tan joven y hacía tantos años. Era casi como escribirle a una desconocida. Subrayó cuidadosamente que eran solo el recuerdo de la antigua amabilidad de Sarah para con ella y la extraña coincidencia de que Norman hubiese citado su nombre los que la habían movido a entrar de nuevo en contacto. No tenía otra razón especial para escribir, ningún plan preconcebido. Y ni siquiera esperaba recibir ninguna respuesta.

Pero a Sarah le encantó la carta, y aquella misma tarde le mandó una nota a través de Norman, en la que figuraba su número de teléfono y le sugería que deberían verse, y tal vez ir a comer juntas. Y así fue como Ruby se encontró viajando hacia el norte de Londres solo unos días después, un lunes por la tarde, y encaminándose hacia la casa de Sarah a través de calles desconocidas, con un papel en la mano donde había

anotado su dirección.

Era fácil de encontrar: la primera casa de la calle cuando tuerces al salir de la estación de metro. Remataba, pequeña y pulcra, una hilera de casas; tenía dos pisos y un bajo, y maceteros de yedra y salvia en el exterior de la ventana salediza de la fachada. Ruby llegó diez minutos antes, así que pasó por delante de la casa y siguió andando cuesta arriba unos cientos de metros más, saboreando la luz crepuscular y la sensación de pequeña aventura derivada de visitar aquella parte nueva de Londres, tan diferente de la populosa y monótona zona donde estaba situada su residencia. Le gustaban las calles estrechas y empinadas, las casas altas, las aceras orladas de árboles, la sensación de tráfico mantenido a raya. Había pocos coches privados por la calle, y nada de autobuses ni de taxis. El silencio era casi total.

El silencio impregnó también los primeros segundos del encuentro de Ruby y Sarah. Parecía que ninguna de las dos era capaz de hablar.

—Dios mío, *eres tú* —dijo Sarah, por fin; luego explicó su incertidumbre inicial, añadiendo—: Tu pelo...

—Ah. —Ruby se rio y se lo tocó, como si hubiese olvidado un momento que tenía pelo—. Pues claro. Un pequeño cambio de imagen.

Ruby era pelirroja. Ahora llevaba unas trencitas morenas que le llegaban hasta los hombros.

—Me lo hice hace un año —dijo—. Por alguna extraña razón, a la gente no le gustan mucho las pelirrojas. Ya me había dado cuenta hace tiempo. —Luego, vehementemente—: El tuyo está fenomenal. Me encantan las canas, cuando las lleváis así. Cuando las lleva gente joven.

Sarah se sonrió, y dijo:

—Vamos, pasa. —Entonces las dos se rieron, encantadas, y se abrazaron.

Sarah había estado viendo las noticias del Canal 4. Ahora bajó el volumen y fue a sacar una botella de Frascati de la nevera. Ruby se sentó en el sofá, delante de la televisión, pero se dio cuenta de que no podía estarse quieta. Se puso a mirar el cuarto de estar, que abarcaba toda la planta de la casa y estaba decorado en colores neutros: cremas y blancos. No había suficientes muebles para llenar el espacio disponible. El jardín delantero y el trasero eran pequeños, sencillos, y estaban bien cuidados, y toda la casa parecía limpia y bonita, pero Ruby la encontraba un poco inhumana. No era lo que se había esperado.

—Me llevé una sorpresa tan grande cuando recibí tu carta —empezó Sarah. Se sentó enfrente de Ruby en un sillón y se inclinó hacia delante temblando un poco, sintiéndose absurdamente incómoda—. Me pasma que, aparte de mi nombre, recordaras algo más de mí.

—Nunca me olvido de nada —dijo Ruby—. Se me quedan muy grabadas las cosas.

Sarah vio que a Ruby la distraía la televisión, así que la apagó con el mando a distancia y puso un compact con música de piano: Bill Evans, un regalo de Anthony

en su tercer aniversario (y uno de los pocos que le habían gustado). Dudaba que a Ruby le gustara, pero tal vez ayudaría a que el ambiente se relajase.

—Me dio por volver a Ashdown el otro día —dijo Ruby entonces, bruscamente.

—¿Y?

—No entré, claro. Solo me acerqué y me quedé mirándola desde fuera. Ya no hay estudiantes. La han convertido en una clínica, donde tratan a la gente con...

—... problemas de sueño, ya lo sé.

—Anda, ¿y quién te lo ha contado?

—Mi médico de cabecera. —Sarah le dio un sorbo a su vino. Sabía que se lo estaba bebiendo demasiado deprisa—. Me ofreció mandarme allí.

—¿Y eso? —preguntó Ruby, y pensó que a lo mejor se estaba pasando—. Es decir, si no te importa que te lo pregunte...

—Bueno, si me pongo a contestarte a eso —dijo Sarah—, vamos a tener que repasar rápidamente toda la historia de mi vida. Creo que sería mejor que comiésemos antes, ¿no te parece?

—La historia de tu vida es precisamente lo que quiero oír —dijo Ruby, mientras la seguía hasta la puerta de la entrada—. Al fin y al cabo, llevo doce años sin verte.

—¿Y eso *por qué*, Ruby? Qué más te da.

—Porque te debo parte de mis mejores recuerdos —respondió simplemente.

A Sarah aquello la conmovió mucho.

—Sí —dijo—. Fue una buena época, me parece. —Mientras enfilaban la calle principal, le preguntó—: ¿Cómo están tus padres, por cierto?

—Papá se murió hace unos años...

—¡Vaya por Dios!

—... pero mamá está estupendamente. Ahora tiene una casa de huéspedes.

Solo había que andar un poco hasta el restaurante, que, al ser nuevo, parecía que tenía todos los problemas típicos de los comienzos. Decidieron que hacía el suficiente calor como para quedarse fuera, en la terraza, y enseguida se vieron asediadas por los camareros, que compitieron entre sí a ver qué querían y luego les trajeron el primer plato con una prisa pasmosa.

—¿De qué hablábamos?

—Ibas a decirme cómo supiste lo de Ashdown —le soltó Ruby—. Y eso implicaba contarme la historia de tu vida.

Sarah le echó un poco de pimienta molida a su sopa y preguntó:

—Bueno, ¿sabes lo que es la narcolepsia?

—Creo que sí —dijo Ruby, sorprendida—. Es cuando la gente se queda dormida todo el rato durante el día, ¿no?

—Sí, más o menos. Bueno, pues yo la padezco.

—Ah. —Ruby no tenía ni idea de lo que eso suponía en la práctica—. Lo siento. ¿Y es grave?

—Es una auténtica lata.

—Y en la clínica te habrían... ayudado, ¿no?

—Seguramente. —Anticipándose a las siguientes preguntas, Sarah dijo—: Hay dos razones por las que no quise ir. Una es que no puedo permitírmelo económicamente, y la lista de espera para pacientes de la seguridad social es casi de dos años. Y la otra —sonriendo con cierta sequedad— es que resulta que la dirige un tal Gregory Dudden, un tipo que estuvo conmigo en la universidad.

—Ya —dijo Ruby, vacilando un poco.

—Gregory y yo... tuvimos una historia —dijo Sarah—. Fue novio mío una temporada. Mi primer novio, en realidad. ¿Sabes?, fue una de esas cosas entre estudiantes que tienen sentido en su momento, y luego, unos meses después, cuando miras hacia atrás te preguntas... ¿en qué estaría yo *pensando*?

Ruby continuó asintiendo, aunque aquella explicación parecía quedar fuera de su esfera de experiencias.

—Pero..., pero ¿qué significa entonces que seas narcoléptica? ¿En qué te afecta?

—Con los años ha variado un poco. Lo principal es que de noche duermo muy mal, y no puedo evitar quedarme dormida durante el día. Hace ya unos veinte años que me pasa. También hay otros síntomas, pero últimamente han mejorado un poco: la catalepsia, por ejemplo.

—¿Qué es...?

—Pues que si me río mucho, o me emociono con algo, pierdo tono muscular. Soy consciente, pero es como si me desmayara. La siento venir, pero no puedo hacer nada. Me la pueden producir muchas cosas: la rabia, la alegría, la frustración...

—Pues parece algo más que una auténtica lata —dijo Ruby—. No tenía ni idea.

—Bueno —Sarah se encogió de hombros y trató de quitarle importancia—, me ha costado un par de empleos en todos estos años. Se supone que quedarse dormidos es lo que hacen los niños en clase, no la profesora. —Volvió a llenar sus copas de vino; la suya estaba vacía, la de Ruby casi llena—. El caso es que solo han conseguido diagnosticarla hará unos tres años. Muchos médicos de la seguridad social empiezan ahora a saber algo de ella. El primer médico que me vio no tenía ni la menor idea. Me mandó al psicólogo.

—¿Qué clase de psicólogo?

—Un psicoanalista lacaniano.

Ruby volvía a no entender nada.

—No te encerrarían ni nada parecido, ¿no?

—No, de eso nada —dijo Sarah, a quien parecía que le había hecho gracia la idea—. Supongo que no perdí el tiempo del todo. Por lo menos me hizo caer en la cuenta de por qué no me gusta que la gente me toque los ojos.

—¿Los ojos?

—Sí, no me gusta nada. —Sarah apartó suavemente su cuenco de sopa, que aún estaba medio lleno—. Lo siento, debo de estar haciendo polvo las ilusiones que tenías de niña sobre mí. Tengo que parecerme un cúmulo de neurosis.

—No, qué va... —El camarero, que había estado rondando su mesa, se llevó los platos. Ruby esperó a que se fuera—. ¿Y qué más tengo que saber sobre ti? ¿Te casaste?

—Sí. Ya puestos. Se llamaba Anthony. Un catedrático.

—Se largó; ya hace tiempo. Conoció a otra persona.

—Ah. —De nuevo Ruby se encontró diciendo—: Lo siento.

Y de nuevo Sarah se encogió de hombros.

—Esas cosas pasan.

—¿Sabes?, seguramente era una fantasía mía (una de esas ilusiones que se tienen de niña), pero siempre esperé que te casaras con tu novio de la universidad.

—¿A quién te refieres?

—Ya sabes, a Robert.

La risa de Sarah fue breve y forzada.

—¿A Robert? Nunca fue novio mío.

—¿No? Pero aquella vez de la playa...

—Entonces yo salía con otra persona. Una mujer, de hecho. Se llamaba Veronica. Robert... simplemente estaba con nosotras ese día. Ni siquiera recuerdo qué pintaba allí. —Dándose cuenta de la mirada de pasmo de Ruby, añadió—: Cada vez se complica más la cosa, ¿eh?

—No te creas que me choca ni nada parecido —dijo Ruby—. Una de mis amigas del colegio es bisexual. O eso dice ella.

—No estoy muy segura de creer en esa palabra —dijo Sarah—. O en cualquiera que coge algo complicado y trata de reducirlo a una fórmula. Además —mientras limpiaba el carmín del borde de su copa—, no es una cuestión sexual. Por lo menos para mí: no es eso lo que me interesa. Es curioso, ¿sabes?, que a todo el mundo le parezca que multiplica por dos tus posibilidades, porque no funciona así.

—¿Ha habido alguien desde Anthony?

—En realidad no. Creo que Norman debe de estar alimentando un par de fantasías en ese sentido, así que habrá que cruzar pronto ese puentecito...

—Has dicho que era solo un amigo —dijo Ruby, ahora con más calma, más despacio, eligiendo las palabras con cuidado—, pero yo creo que a Robert le importabas mucho. Me dijo unas cuantas cosas ese día en la playa (y ya sé que yo era pequeña), pero aún las recuerdo...

—No sé por qué sacas a relucir algo que sucedió hace doce años —dijo Sarah, su voz repentinamente tensa—. Ya te lo he dicho: Robert era amigo mío; nada más y nada menos. Y si yo le *importaba* tanto, ¿por qué me ignoró en cuanto dejamos la universidad? —Podía haber comentado más cosas sobre el tema, pero Ruby ya parecía lo suficientemente desanimada—. De todas formas —terminó diciendo, con más suavidad—, ¿cómo puedes recordar nada de lo que te dijo después de tantos años? Tú debías de tener ocho o nueve.

—Nunca olvidaré ese día —dijo Ruby—. Aquel castillo de arena tan

impresionante que hicimos entre los dos... Me pasé semanas enteras soñando con él después.

—Es verdad... —Sarah empezó a sonreír otra vez, débilmente, mientras hacía memoria—. Le llamabas El Hombre de la Arena^[4], ¿no? Se lo llamamos las dos una temporada: era el nombre que le habíamos puesto.

—Hacía tanto sol. Estaba todo tan quieto. Un día precioso... —Ruby miró a Sarah directamente a la cara en ese momento, rebosante de ilusión—. Siempre quise pagároslo de alguna forma, ¿sabes? A los dos.

—No seas tonta.

Ruby tuvo la sensación de que se había pasado un poco, así que bromeó.

—Aparte de todo, saqué una bicicleta.

—No me digas...

—¿Ni siquiera te acuerdas de *eso*? Pues fue uno de los mejores consejos que me hayan dado nunca. Me dijiste cómo podía convencer a mis padres de que me regalasen una bici.

—No me acuerdo.

—Pues entonces no te lo voy a recordar —dijo Ruby, haciendo que ponía mala cara.

A esas alturas volvían a tener hambre. Tras la veloz llegada de los primeros platos, parecía que los camareros habían desaparecido en masa, y Sarah creyó percibir que alguna crisis insondable estaba teniendo lugar en la cocina.

—Me haces sentirme vieja, Ruby —dijo con un suspiro.

—¿Yo? Pero si estás rodeada de niños todos los días. ¿Por qué te iba a hacer sentirte vieja?

—No sé... Porque hace tanto tiempo desde que te vi por última vez, y has cambiado tanto desde entonces.

—Pues no eres vieja, de todas maneras. Tener treinta y tantos años no es ser vieja.

—Estoy en la mitad de mi vida.

—Pues aún te queda lo mejor.

—Eso espero.

—¿Vas a seguir dedicándote a la enseñanza?

—Supongo —dijo Sarah sin mucho entusiasmo, mientras un camarero con aire de preocupado les traía por fin un *risotto* de setas y unas *tagliatelle* de pollo, que depositó con someras disculpas—. No puedo decir que me divierta mucho en este momento, si quieres que te diga la verdad. La mitad de mis compañeros o piden la jubilación anticipada o consultan a algún terapeuta dos veces a la semana. Justo cuando acabamos de dejarnos la piel en poner en práctica unas nuevas directrices, el gobierno siempre nos sale con otra cosa distinta. Nos pasamos tanto tiempo preparándonos para las inspecciones, y escribiendo informes sobre los niños, además de informes sobre los demás, y cuadrando presupuestos y libros de cuentas, que casi se me ha olvidado por qué quería dedicarme a la enseñanza. —Ruby la miraba por

encima del *risotto*. A Sarah se le ocurrió que a lo mejor le estaba dando la noche más deprimente de su corta vida. Espoleada por este pensamiento, añadió—: Y luego, de cuando en cuando, ¿sabes?, sucede algo, surge un nuevo reto, y una piensa: Sí, *quiero* hacer esto, *merece* la pena. Como ahora, por ejemplo..., que tengo una niña en clase... muy callada y muy tímida (los callados son los más interesantes), y no sé..., está como *triste*, como si tuviera algún secreto. Y saber que soy la única persona que puede ser capaz de llegar hasta... —Al expresar en voz alta aquella preocupación, le dio vergüenza pensar que llevaba casi toda la noche explayándose sobre sus propios problemas—. De todos modos, Ruby, ¿no es hora de que sepa algo de *ti*?

Pero Ruby era decidida y astuta, y a pesar de que le había gustado hablar en un principio de sus amigos de la universidad y del hotelito de su madre en el paseo marítimo, no dejó de referirse a Sarah, a Ashdown, y a aquel día en la playa. Por lo que respecta a la cena, después de un rato perdieron la esperanza de tomar postre, le pagaron como pudieron a uno de aquellos escurridizos camareros y por fin consiguieron marcharse. Cuando llegaron a la estación de metro y se despidieron entre agradecimientos y promesas de mantenerse en contacto, a Ruby aún le quedaba una pregunta más por hacer.

—Esa narcolepsia tuya... —dijo—... se puede curar, ¿no?

Sarah negó con la cabeza.

—Desgraciadamente no. Cuando la padeces, es para toda la vida. Hay medicinas para paliar los síntomas, y parece que mejora con la edad. Ya te he dicho que la catalepsia ya no es tan exagerada; y hay otra cosa (alucinaciones hipnagógicas las llaman) que parece que se me ha pasado del todo.

—¿Y eso qué era?

Sarah cruzó los brazos y sintió que la recorría un escalofrío. Se estaba haciendo de noche y empezaba a refrescar. Había sido agradable ver a Ruby, pero no quería pensar más en el pasado; quería estar de vuelta en su casa, a solas, poner otra vez aquel compact, y terminarse el vino, y acabar aquellos informes.

—Es difícil de explicar —dijo—, pero solía tener unos sueños... tan reales...

¿Y hasta le estaba entrando nostalgia de aquello?, se preguntó a sí misma, mientras regresaba rápidamente hacia su casa. ¿Hasta del hecho de que en su día no hubiese sido capaz de distinguir sus sueños de sus recuerdos? Estaba claro que ya era hora de olvidarse de aquella época, de concentrarse en los retos del presente. Pensó en Alison Hill, y en cómo podría empezar a socavar la tristeza enterrada que había entrevisto un par de veces tras aquella expresión tan seria. Pensó en su cara mientras estaba sentada en clase, sin atender a la cómica diatriba de Norman sobre los astrólogos y los astrónomos: aquella manera de morderse distraídamente el labio inferior... Pero, aun así, las imágenes que Ruby había devuelto a la vida, para su desconcierto, seguían asaltándola; y en un momento había pasado inexplicablemente de Alison a Veronica: sí, Veronica; entre todos los espíritus que podían haberse presentado, sin que nadie se lo pidiera, ante su mirada nostálgica aquella noche,

Veronica sentada



Segunda fase

sentada en el Café Valladon, leyendo un libro y soltando risitas para sí misma, entre sorbo y sorbo de café negro y caladas a su cigarrillo. Empezaba diciembre, se acercaba el final del primer trimestre, y Veronica estaba muy abrigada, con el jersey de lana de colores que eligieron juntas cuando habían ido de compras algunas semanas antes. El propio café estaba caldeado y lleno de vapor; las gruesas ventanas ambarinas, opacas en sus mejores momentos, se encontraban ese día empañadas por capas y más capas de vapor condensado. El humo de los cigarrillos flotaba tan espeso en el aire que Sarah apenas veía por dónde tenía que pasar. Cuando llegó hasta la mesa se quedó de pie ante ella, expectante, esperando una mirada, una sonrisa, un cerrar el libro, un beso. (En público, se besaban en la mejilla: era lo único que se permitían). Al final, viendo que Veronica estaba tan metida en su novela que ni siquiera había advertido su llegada, Sarah rompió su concentración diciendo:

—¿Qué, ya ha salido El Búho?

Se agachó y se inclinó sobre la mesa para besarla. En contraste con la de Veronica, tenía la cara aterida de frío.

—Dios mío, estás helada —dijo Veronica—. ¿Nieva o algo así?

—Casi. —Sarah se sentó y le dio un sorbo a la taza de Veronica—. ¿Qué? ¿Ha salido o no?

—De momento, no. Pero la cosa se está poniendo fatal.

Sarah cogió el paquete de cigarrillos.

—¿Puedo cogerte un pito?

—Pues claro.

«Pito» era su palabra secreta para pitillo. Como muchas de sus otras palabras, la habían tomado prestada del libro que Veronica estaba leyendo: *La casa del sueño*, de un autor con el que ninguna de las dos se había topado antes, y que se llamaba Frank King. Era uno de los cientos de libros que Slattery había adquirido en saldos, para decorar las paredes del Café Valladon, y daba la casualidad de que se hallaba en el medio del estante de encima de su mesa favorita. Sarah había empezado a leerlo una vez mientras esperaba que llegara Veronica, y se quedó prendada inmediatamente de su jerga de los años treinta y de aquella trama tan retorcida, que giraba aparentemente en torno a unos documentos robados y a un célebre criminal llamado El Búho, pero que, en el fondo, no parecía más que un pretexto para una misteriosa serie de secuestros nocturnos y asesinatos horripilantes. Aquel día (una o dos semanas después de que hubiesen empezado a salir juntas). Sarah le leyó algunos de los trozos más interesantes a Veronica y, durante los dos meses siguientes, el libro se había convertido en una broma compartida, y de carácter muy íntimo, entre las dos: en uno de los lazos ocultos que las mantenía tan unidas y que hacía de su relación algo tan

impenetrable para los demás.

—Venga, dime lo que ha pasado —dijo Sarah a la vez que encendía el pitillo.

—Pues que el tipo ese, Smith...

—¿Quién? ¿El Búho?

—No se sabe todavía. De todas formas, tiene atados en sus sillas a Henry Downes y a Robert Porter y a Aileen, y amenaza con torturarles si no le dicen dónde están los bonos. Bueno, en realidad a Aileen en este momento. Con un atizador al rojo vivo.

—¿A Aileen? ¿Estás de broma?

—No, para nada. Atiende: «Fueron pasando lentamente unos instantes eternos, inexorables. Smith volvió a blandir el atizador. Ahora estaba al rojo vivo, y un ominoso olor a metal caliente inundó la cocina».

—Es genial —dijo Sarah, riéndose encantada.

—«“Y ahora, Porter”, dijo, avanzando hacia Aileen, “¿va a decirme dónde están?”. “No lo sé”, masculló Porter. Le temblaban los labios. “No se lo voy a preguntar más. Primero, una pequeña quemadura en la cara a modo de aperitivo. Le dolerá, claro, y le quedará la cicatriz. Y si eso no le conmueve, le sacaré los ojos; primero uno y luego el otro. Y tal vez deba recordarle que soy un hombre de palabra”.

»“Aileen trató de retroceder cuando le acercó el metal candente a la cara. Cerró los ojos, y las mejillas aún se le pusieron más pálidas. Pero no gritó ni dijo nada.

»“Henry se debatió desesperado, tratando de...”»

Veronica se paró y, al levantar la vista, vio que la palidez de las mejillas de Aileen hacía juego de repente con el color de las de Sarah. Se le había congelado la sonrisa en una mueca de dolor.

—Vaya. —Veronica cerró el libro—. Lo siento. Qué falta de tacto.

Sarah negó con la cabeza y trató de parecer alegre.

—No pasa nada. Sigue, estaba muy bien. —Pero no consiguió fingir mucho tiempo. Se recostó en su silla y cerró los ojos—. La verdad es que estoy un poco mareada.

Veronica se echó hacia delante e hizo como si fuese a poner los dedos sobre los párpados de Sarah, que se encogió de miedo y se apartó.

—No.

—Lo siento. —Veronica bebió un poco de café y decidió cambiar de tema—. ¿Qué tal te ha ido hoy? Ni siquiera te he preguntado.

Era el primer día de prácticas de Sarah en la escuela primaria del pueblo. Llevaba nerviosa toda la semana, y se había preparado como una loca, con lo que se presentó con suficiente material para dar seis horas de clase en vez de los tres cuartos de hora que le habían pedido.

—Bien —dijo—. Ha estado muy bien.

—¿Has visto mi tarjeta?

—Sí que la he visto —dijo Sarah; y por un momento sus ojos despidieron un

brillo secreto de amor puro e incondicional—. Gracias. —A la vez que sacudía la ceniza de su cigarrillo, añadió—: No ha sido la única tarjeta de buena suerte que he recibido, por cierto.

—¿La otra no sería de Robert, por casualidad?

—Eso me temo. Una lastimera cartita deslizada por debajo de mi puerta a altas horas de la noche.

—Pobrecito. Está como tonto contigo. —Veronica dijo aquello con cierta mala intención, que Sarah percibió y no pudo evitar saborear en silencio.

—No seas tan dura con él —dijo.

—Bueno, ¿y qué ha pasado? ¿Qué tal se han portado? ¿Qué has hecho con ellos?

—Bueno, creía que iba a ir sobre seguro, y soltarles algo tipo Stevie Smith para empezar, pero en el último momento pensé: No, vamos a ir un poco más lejos, vamos a meternos en profundidades, así que les he hecho leer el poema ese de Maya Angelou: «Canción para los mayores». ¿Lo conoces?

—Pero si solo trata de la esclavitud. No se habrán enterado de nada.

—Sí que se han enterado, ahí está la cosa. Tiene unos cuantos puntos oscuros que les expliqué, pero te *asombrarías* de las cosas que los niños pueden entender, y de las que pueden hablar, si..., ya sabes, si están bien escritas... Hemos tenido toda una discusión sobre el tema y... no te puedes imaginar lo que se siente, Ronnie, al saber que ahí están esos treinta niños y que hoy, gracias a mí, tienen algo en la cabeza que no tenían antes. Es la sensación más maravillosa...

Veronica sonrió y dijo:

—Sabía que serías buena en eso. —Luego le preguntó, más suavemente—: Pero no te vas a preparar tanto siempre, ¿verdad?

—No creo. ¿Por qué?

—Porque apenas te veo. Llevas días sin aparecer.

—Es que... —Sarah tomó aliento, y la voz le tembló de emoción—. Quería hablar de eso contigo. Y preguntarte algo.

Veronica esperó.

—Tú dirás.

—Bueno, que hay un tío que vive en Ashdown, y acaba de dejar su habitación porque se vuelve al campus. El caso es que... —se topó con los ojos de Veronica, que reflejaban ansiedad y expectación—... bueno, que se supone que es una habitación doble. Tiene dos camas, y es impresionantemente grande. Está en el segundo piso. Así que he estado pensando..., bueno, he estado pensando si querrías venirte a vivir ahí.

—¿Yo sola? —preguntó de broma.

—Pues... no. Pensaba en las dos.

—¿Como dos *amantes*? —dijo Veronica, dándole a la palabra un énfasis malicioso que hizo que Sarah mirase alrededor asustada—. ¿Como dos amantes compartiendo la misma habitación? ¿Y qué dirían los mandamases de la universidad?

—Pues nada, evidentemente. ¿Cómo se iban a enterar?

Veronica estaba disfrutando demasiado de aquella tomadura de pelo como para ponerle punto final.

—Menudo escándalo se armaría.

—Si te parece demasiado..., quiero decir que si te supone un problema...

—Sarah —dijo Veronica, a la vez que la cogía de la mano y primero se la apretaba y luego la acariciaba—, me *encantaría* irme a vivir contigo. Me encantaría, de verdad.

—¿En serio?

—En serio. —Volvió a insinuarse una sonrisa en las comisuras de su boca—. Pero pobre Robert. Se va a poner como *loco*.

—Y hablando del rey de Roma... —dijo Sarah, mirando hacia la puerta.

Robert se lo pensó antes de unirse a ellas, pero solo un poco. Nunca podía negarse a sí mismo el placer de sentarse con Sarah, aunque lo mitigase el dolor de ver lo feliz que era en compañía de Veronica. Pero se sentó al lado de Veronica, de todos modos: ya fuera para dar la sensación de que no reclamaba nada, o simplemente porque tenía más posibilidades de mirar a Sarah sentado enfrente de ella.

—¿Qué tal? —dijo, derramando unas gotas de café de su taza repleta mientras Veronica se corría un poco para hacerle sitio—. ¿Qué tal te ha ido hoy?

—Estupendamente —dijo Sarah—. Ha estado muy bien.

—¿De veras? Ya lo sabía.

—Los niños se han portado fenomenal, los demás profesores son encantadores...

—¿Y a ti se te ha dado bien? ¿Les has gustado?

—Sí, eso parece. Todo el sitio tiene muy buen ambiente. Supongo que es demasiado pronto para pensar en eso, pero... si me cogiesen a final de curso... sería ideal.

—¿En serio? ¿Entonces vas a buscar trabajo por aquí? —Su mente ya se había puesto en marcha, y ya estaba adaptando sus planes a los de ella. También podía buscar trabajo por aquella zona, si hacía falta; o podía seguir en la universidad y hacer el doctorado.

—Bueno, en realidad las dos —dijo Sarah—. Ya te conté que... Ronnie quiere montar un grupo de teatro.

—Es verdad. —Como siempre, le bajó el ánimo a los pies; pero estaba decidido a seguirles la corriente, así que se volvió hacia Veronica y le preguntó—: ¿Qué tal va la cosa?

—Va yendo. —Había vuelto a abrir *La casa del sueño*, y solo atendía a medias a la conversación—. De momento estoy tratando de sacarme de la manga gente que nos pueda financiar.

—¿Gente que os pueda financiar?

—Ya sabes, negocios y esas cosas. Últimamente se lleva la empresa privada.

—Ronnie lleva mucha ventaja —dijo Sarah en plan entusiasta— con eso de saber

tanto de economía.

Veronica se rio; no irónicamente ante aquel resumen de sus habilidades financieras, sino de algo del libro que, por lo visto, le había hecho gracia.

—*Traédme los vivos* —dijo—. *Los senderos de los prudentes. Envuelto en niebla morada.*

—¿Qué dices? —dijo Sarah.

—Son los títulos que vienen en la parte de atrás. *El caso de la chica pintada. Connie Morgan en el aserradero...* Guau, ese suena a auténtico clásico de la novela policiaca... Y mirad estos: *De esposa tan solo el nombre, En guerra consigo misma, El triángulo alegre...* Qué increíble, me parece que aquí hay material suficiente para una tesis. —Luego soltó una carcajada—. Mira, uno para ti, Robert: *Tú y tu mano*. Así lo lees mientras piensas en Sarah y en mí, ¿qué te parece?

—¡Ronnie! —Escandalizada, Sarah le dio una patadita por debajo de la mesa. Pero cuando Robert la miró a los ojos, vio que no lo estaba mirando a él, sino a su amante; y se reía, se reía alegremente y con una ligereza que era solo para ella: absolutamente privada, absolutamente exclusiva. Reprimió las lágrimas y bruscamente, por un instante, perdió la conciencia; cuando la recuperó, trajo consigo una frase muy clara pero inesperada:

... *En tus narcolépticos ojos hay esta noche una cierta ceguera...*

Veronica se levantaba para marcharse. Estaba diciendo algo.

... *la cruel indiferencia que ha hecho de mí...*

¿Qué era lo que había hecho de él? ¿Cómo se sentía?

—¿Qué hacemos, entonces?

Ahora oyó las palabras de Veronica.

—¿Cuándo vamos a mudarnos?

—Luego te veo —decía Sarah—. Ya hablaremos.

Veronica les dijo adiós a los dos y se fue. No se besaban delante de Robert.

El silencio se impuso. Sarah le ofreció una sonrisa de disculpa, y él hizo lo que pudo para devolvérsela.

—¿De qué hablabais? —dijo por fin—. ¿Os vais a vivir juntas?

Sarah asintió.

—Se viene a vivir a Ashdown. Vamos a coger el cuarto que tenía Geoff.

—Estupendo. —Algo más que tenía que asumir y con lo que tenía que vivir—. Qué bien.

—Sí. Creo que va a estar muy bien. Creo que va a funcionar.

—Fenomenal. —Abrió el ejemplar de *La casa del sueño*, hojeándolo sin leer nada en realidad—. Eso quiere decir que tu habitación queda libre, ¿no?

—Supongo. —¿Y ahora qué iba a preguntar? Esperaba que no albergara ningún deseo fetichista de irse a vivir allí—. ¿Por qué?

—Porque mi amigo Terry está buscando una habitación. ¿Te importa que se lo diga?

—No, nada —dijo Sarah, profundamente aliviada—. Por mí...

Otro silencio, esta vez más largo, más agobiante. Sarah intentó hablar de alguna banalidad. Unos cuantos comentarios bastante tontos murieron en sus labios.

—¿Este libro es de Slattery? —preguntó Robert, fingiendo aún estar leyendo la novela.

—Sí. Estaba ahí arriba. —Señaló el espacio vacío del estante.

—Este amigo mío..., Terry —dijo—, guarda un billete de diez libras en uno de esos libros.

—No me digas. ¿Para qué?

—Ya te imaginas... A modo de reserva. Por si acaso se queda sin pasta.

—Buena idea.

—¿Verdad que sí? Debe de haber una posibilidad entre un millón de que alguien se lo encuentre alguna vez. —Sarah no acababa de ver adónde llevaba todo aquello, y las siguientes palabras de Robert, torpes e inseguras, no se lo dejaron nada claro—. Sarah, si alguna vez quiero... dejarte algo, lo meteré aquí, en este libro.

—¿Qué quieres decir?

—Página... —Pasó las páginas al azar—. Página ciento setenta y tres. Así siempre sabrás dónde encontrarlo.

—¿Qué cosa? ¿Dinero?

—Puede ser dinero, o bueno..., cualquier cosa realmente. No sé. —Era cierto; apenas sabía por qué le estaba diciendo aquello. De alguna manera le parecía importante—. Te acordarás, ¿verdad?

—Robert... —empezó; pero no consiguió decirle que, al elegir aquel vehículo para esa misteriosa comunicación, se las había arreglado para dar con el libro que simbolizaba todo lo que Veronica y ella sentían la una por la otra: el símbolo de su amor. ¿Cómo iba a utilizar aquella ironía para mofarse de él? Era demasiado cruel—. Tengo que irme —fue lo único que dijo—. Perdona si..., bueno, si nos hemos reído de ti un poco.

Robert pasó un dedo por el lomo verde del libro y no dijo nada.

—Te veo en casa, ¿vale?

—Vale —contestó él. Y cuando Sarah se marchó, se quedó mirando como un tonto el espacio que ella había ocupado, esforzándose por reconciliarse con su ausencia por milésima vez.

Terry entró en el café unos diez minutos más tarde, y se encontró a Robert inclinado sobre un libro de ejercicios, sacando la lengua distraídamente entre los dientes, y con los hombros encorvados dando a entender melancolía y concentración a la par.

—Pareces alguien muerto de angustia delante del borrador de la nota donde dice que se suicida.

Roben soltó una risa triste y cerró el libro de golpe con una rapidez pasmosa. No

quería que Terry (ni nadie) supiese que había empezado a escribir un poema sobre Sarah.

—¿Te importa si te interrumpimos? —preguntó Terry.

—¿... imos?

—Sí, se supone que he quedado con una gente.

—No, no pasa nada. Siéntate. Tengo algo que decirte, de todas formas. Creo que he resuelto tu problema de alojamiento. —Entonces le contó lo de que la habitación de Sarah quedaba libre.

Terry había decidido hacía poco dejar la residencia del campus, por culpa del compañero de al lado, que montaba mucha bronca y no le dejaba dormir las catorce horas diarias que le hacían falta. Le apetecía la idea de mudarse a Ashdown, y todo quedó arreglado antes de que llegasen sus amigos. Eran dos estudiantes de cine: un tal Luke y una tal Cheryl; llevaban el típico uniforme de la escuela de cine, ropa negra usada de Oxfam; y, al igual que Terry, parecían necesitar desesperadamente unas cuantas comidas calientes y unas largas vacaciones al sol.

—¿Qué libro es este? —preguntó Luke, a la vez que cogía *La casa del sueño*.

Robert se estremeció al vérselo coger. Sintió como si estuvieran profanando una reliquia sagrada.

—Nada, estaba ahí en el estante —dijo. Trató de recuperar el libro, pero Luke lo tenía bien sujeto.

—¿Quién es el tal Frank King? —Miró una de las primeras páginas, y repasó la lista de las otras novelas que había escrito—. Aquí dice que se hizo una película de un libro suyo.

—Es cierto —dijo Terry—. Se llama *El resucitado*. Rodada en 1932, con Boris Karloff y Cedric Hardwicke.

—¿*El resucitado*? En mi vida la había oído.

—¡Ah! —Terry se sonrió en plan vanidoso—. Eso es porque se han perdido todas las copias. En Inglaterra y en Norteamérica, por lo menos.

Robert volvió a colocar discretamente el libro en el estante.

—¿Y tú cómo sabes de su existencia? —preguntó Luke.

—Bueno, he leído una cosa sobre películas perdidas. De hecho... —Terry se detuvo, satisfecho consigo mismo—... hasta he desarrollado una teoría sobre ellas. ¿Queréis oírla?

—Genial —dijo Cheryl—. Otra de tus teorías. —Pero lo dijo con una sonrisa.

Por lo visto, Terry había concebido su última teoría aquella misma mañana, tras un sueño especialmente tentador y escurridizo, algo relacionado con un manzano en flor y una mujer rubia, una ladera soleada y un sombrero de ala ancha. Tenía que ver con las películas perdidas y los sueños perdidos, y por una vez a Robert le encantó escuchar y que le soltaran el rollo, al menos para purgar el recuerdo de su último encuentro con Sarah y Veronica.

—Ya sé que es un tópico decir que las películas son como los sueños, como el

inconsciente colectivo —empezó Terry—, pero he estado pensando que nadie ha desarrollado nunca del todo esa idea. Hay distintas clases de sueños, ¿verdad? Y evidentemente hay películas de terror, que son como pesadillas, y películas guarras como *Garganta profunda* y *Emmanuelle*, que son como sueños eróticos. —Le dio un sorbo a su taza de costoso chocolate caliente mientras se iba entusiasmando con el tema—. Luego hay *remakes*, historias que no dejan de contarse una y otra vez, y esas son como sueños recurrentes. Y hay sueños reconfortantes y visionarios, como *Horizontes perdidos* o *El mago de Oz*. Pero cuando se pierde una película, y nunca ha sido proyectada, y se pierde la copia y nadie la ha visto nunca, ese es el sueño más bonito de todos. Porque esa es la clase de sueño que podría haber sido el sueño más bonito de tu vida, solo que se te escapa de la cabeza justo cuando te despiertas, y un poco después ya no puedes recordar nada.

—¿Pero pasa eso alguna vez? —preguntó Robert—. Quiero decir que, si alguien se toma todo el trabajo y se gasta todo ese dinero en hacer una película, luego no la van a meter bajo llave en un sótano y no enseñársela a nadie.

En beneficio de aquel ingenuo, los expertos en cine repasaron todo un inventario de películas perdidas que se les ocurrieron: la versión de ocho horas de *Avaricia*, *El día en que el payaso lloró* de Jerry Lewis, sobre un payaso que trabaja en los campos de concentración nazis, los rollos perdidos de *El cuarto mandamiento*, la legendaria *El otro lado del viento* de Orson Welles, *El bunker* (un drama de la Segunda Guerra Mundial con Peter Sellers de protagonista, rodada enteramente en un laberinto de búnkers subterráneos en la isla de Guernsey), la escena perdida de la cámara de gas de *Perdición*, las cuatro escenas suprimidas de *La vida privada de Sherlock Holmes...*

—Pero Wilder es un talento tan mediocre —dijo Terry—, que quién iba a molestarse en restaurar una película suya.

—Pues es mi director preferido —dijo Luke—. ¿Y el tuyo quién es?

Este era su juego favorito, evidentemente. Terry frunció los labios.

—No creo que tenga uno solo —dijo—. O, por lo menos, estoy seguro de que existe, pero todavía no lo he encontrado.

—Porque ¿seguro que es un tío?

—Tendría que ser alguien de una... integridad inalienable. Alguien que escriba además de dirigir. Para mí, hacer una película es sobre todo la expresión de la visión personal de un artista.

Si los demás pensaron que era un pedante, se lo callaron.

—A la larga, yo también quiero escribir. Y dirigir. De hecho, estoy escribiendo un guión.

Robert le dio un sorbo a su café, que se había quedado helado. Cheryl se puso a desenvolver un terrón de azúcar y Luke se miró las uñas.

—Os voy a contar de qué va, ¿vale? Es la historia de toda la vida de un tío, ¿entendéis?, y lo va a interpretar el mismo actor todo el rato y se va a rodar a lo largo de cincuenta años. Se le verá pasar de niño a viejo en el espacio de hora y media. Hay

un salto brutal de su cara a los veinte años, lleno de entusiasmo juvenil, a su cara de cuando tenga setenta, marcada por la amargura y la desilusión. Como una crónica vertiginosa a cámara rápida que vaya de la esperanza a la desesperación.

Se produjo una breve pausa. Luego Luke dijo:

—A la compañía de seguros no le va a gustar nada, me parece. —Y se levantó para pagar la cuenta.

Las navidades vinieron y se fueron, y a las pocas semanas Terry decidió que por fin había descubierto a su director favorito. La madrugada de un sábado, la BBC 2 emitió una copia subtitulada de *Il costo della pesca*, el drama neorrealista de Salvatore Ortese, de 1947, sobre dos familias del pueblo de pescadores de Trapani. Aunque le sonaba vagamente el nombre de aquel director italiano poco conocido, Terry no había visto ninguna película suya antes; y su impacto fue inmediato, revelador, como un trueno. La vio a solas, en la oscuridad de la sala de televisión de Ashdown, después de beberse media botella de vino tinto; antes de que empezara la película tenía los sentidos embotados y ganas de irse a la cama, pero a los cinco minutos estaba completamente despierto, y subió corriendo a su dormitorio para coger un cuaderno donde poder anotar sus sensaciones. Se quedó pasmado con los primerísimos planos de las caras viejas y curtidas de los pescadores («la cara como paisaje», escribió en su cuaderno), con la seca fotografía en blanco y negro de la austera costa siciliana («el paisaje como personalidad», añadió) y con la original simplicidad del drama y su rigurosa concentración en las dolorosas condiciones económicas de las vidas de los personajes («vigorosa concatenación de la ergonomía», escribió, cuando ya había liquidado el resto de la botella). A Terry le pareció que por fin había un director que, combinando una simpatía natural por las vidas de aquella gente corriente con un vocabulario cinematográfico simple pero muy ajustado, representaba todo aquello a lo que debía aspirar el medio según su opinión.

Luego, esa tarde, ese mismo sábado, llegó a la biblioteca de la universidad justo cuando estaba a punto de cerrar, y fotocopió la entrada de Ortese en el *Cambridge Companion to Film*.

ORTESE, SALVATORE (1913-1975). Director italiano que se dedicó al montaje y al doblaje desde mediados de los años treinta, y del que se dice que ayudó a ROSSELLINI (q.v.) con el guión de *Luciano Serra, Pilota* (1938). Dirigió numerosos cortos documentales durante la guerra, y se estrenó en el largometraje con *Il costo della pesca* (1947), que, junto con *Roma città aperta* de Rossellini y *El limpiabotas* de De Sica (ambas q.v.), marcó el surgimiento del neorrealismo. Sus películas de los años cincuenta, incluidas *Paese senza pietà* (1951) y la más optimista *Morte da fame* (1955), demuestran su constante compromiso con el movimiento al que, según él, habían traicionado

sus compañeros, especialmente De Sica, cuya sensiblería en *Umberto D* (1952) denunció públicamente. A medida que el cine italiano de los años sesenta se dejó llevar por la ola de comedietas eróticas y los llamativos excesos de Federico FELLINI (q.v.), la crudeza del punto de vista de Ortese sobre las relaciones económicas y humanas se intensificó, y su única película en color para un estudio importante de esa época, *E la vita!* (1964), tuvo que rodarse de nuevo, porque su final fue considerado excesivamente pesimista. (La película trata de una madre muy cariñosa que se hace prostituta para pagar el tratamiento médico de su hijo esquizofrénico. Al final se convierte en doncella de una rica pareja florentina, pero en la versión original de Ortese, justo cuando acaba de reunir el suficiente dinero para que su familia salga de su diminuto e insano apartamento, pierde las dos piernas en un extraño accidente con una aspiradora). La última película de Ortese nunca se ha proyectado públicamente. Una terrible y despiadada acusación contra las Fuerzas Armadas, según es bien sabido, y (en palabras de su director) «un himno a la degradación del espíritu humano», *Sergente Cesso* ([En USA *El ejército apesta*], 1972), no consiguió encontrar un distribuidor y, en realidad, solo la han visto unas cuantas personas, incluido un crítico italiano del que se dice que abandonó la proyección a los diez minutos y comentó a los periodistas que a Ortese «había que ponerlo a dormir como a un animal enfermo». Incapaz de reunir más dinero para sus proyectos cinematográficos, Ortese se pasó los tres últimos años de su vida prácticamente como un recluso en las montañas toscanas, donde murió de neumonía en el invierno de 1975.

¡Así que había una película perdida de Ortese! Terry se estremeció de repente mientras leía las últimas frases. Supo inmediatamente que iba a convertirse en una obsesión rastrear tanto la obra conocida como la desconocida de aquel director. El lunes por la mañana llamó al despacho de su supervisor, que le dio permiso para que la vida y la carrera de Ortese fuesen el tema de su tesis de tercer curso.

Las obsesiones, evidentemente, nunca se pueden compartir. Durante las semanas siguientes, siempre que trataba de explicarle a alguien sus sentimientos respecto a aquellas películas, o que conseguía pases privados para sus amigos en las salas de proyección del campus, se topaba con una sólida barrera de aburrimiento e incompreensión. Fue en una de esas ocasiones, a finales del último trimestre, cuando tuvo una pequeña discusión con Robert sobre cuestiones estéticas.

—¿Por qué no te gustan nunca las películas alegres? —le preguntó Robert, mientras dejaban la escuela de cine y atravesaban el aparcamiento del campus—. ¿Por qué solo te gustan las películas tristes y deprimentes? ¿Por qué no son tus películas favoritas las mismas que las de todo el mundo, como *Casablanca* o esa de James Stewart que pasa en navidades?

—Porque no son obras de auténticos artistas —dijo Terry—. Y no tienen ningún

misterio, no tienen enigma.

—Pero eso es muy elitista. La verdad es que eres el único elitista que queda, ¿no? Porque estás convencido que la única película que vale la pena ver es una que nadie ha podido ver nunca.

Era cierto que, a pesar de que había enviado más de veinte cartas sobre Ortese a archivos y centros de documentación de todo el mundo, hasta el momento Terry no había sido capaz de encontrar una sola reseña sobre su película más esquivada. De todas formas, eso no le había impedido trabajar en un ensayo de unas cinco mil palabras titulado «Proyectando lo improyectable: un historial de las respuestas del público a la película de Salvatore Ortese *Sergente Cesso*», que a su supervisora le había encantado, y que ahora se disponía a ofrecer (con su apoyo) a una prestigiosa revista de cine nacional llamada *Frame*.

—Y esa es otra —dijo Robert—. Me parece ridículo que hayas escrito un artículo sobre una película que ni siquiera has visto.

—¿Pero la ha visto alguien? Ahí está la cosa. ¿O es que ni existe?

—Me parece que te estás volviendo loco. Me tienes preocupado, ¿sabes? Me preocupa tanto tu salud mental como la física.

—Mira quién fue a hablar —dijo Terry. Habían llegado hasta su coche, y revolvió en sus bolsillos buscando las llaves—. Tú eres el que tienes una fijación bien rara. —Se dio cuenta de que aquello sonaba muy duro, y le preguntó con más delicadeza—: ¿Cuándo te vas a olvidar de ella, Robert?

—¿Y por qué voy a querer olvidarme de ella?

Terry suspiró y se acomodó en el asiento del conductor.

—¿No vienes conmigo entonces?

—No. Ha dicho que a lo mejor iba a comer a Jonah's. Creo que voy a acercarme hasta allí a ver si está.

—Esto va a acabar mal —dijo Terry a la vez que encendía el motor—. Te lo advierto.

Robert se acordó de una cosa.

—Esta mañana te andaba buscando un chico. Un chiquito muy raro con acento americano.

Terry hizo una mueca.

—No sería Joe Kingsley...

—Exactamente. Dijo que quería preguntarte algo importante.

—Seguro que puede esperar —dijo Terry, y se alejó por la carretera de circunvalación del campus a una velocidad de auténtico irresponsable, sin mirar el espejo retrovisor más que una vez para ver la figura de Roben allí de pie en el aparcamiento, inmóvil, desamparado.

Terry llevaba muchos años sin pensar ni un momento en la mítica película perdida de Salvatore Ortese. Pero cuando dejó la clínica el martes por la mañana y cogió el autobús que iba al campus, le sorprendió mucho lo rápido que le asaltaron aquellos recuerdos: la nitidez y la inmediatez con que experimentó, una vez más, aquella antigua avidez por el saber prohibido. Empezó a asaltarlo en cuanto entró en la biblioteca. Sus puertas se abrieron automáticamente con un ruido como una seductora exhalación (otra cosa que le hizo recordar inmediatamente su época de estudiante), y pronto se encontró junto a las antiguas y familiares estanterías: aquellos montones de filas de volúmenes con el lomo verde que en su día había estudiado tan fanáticamente que casi se los había aprendido de memoria: *Positivi Film Comment*, *Sight and Sound*, *Cahiers du Cinéma*. Fue allí, recordó, donde había empezado su búsqueda, donde había rastreado los anuarios de aquellas publicaciones e investigado a fondo hasta la más pequeña referencia a Ortese y su obra. Qué apasionado era en aquella época; qué vehemente. En su entrevista con el doctor Dudden la había descrito como un periodo de depresión, pero ahora se dio cuenta de que estaba equivocado. Puede que hubiera dormido casi catorce horas al día, pero al menos tenía un objetivo, una meta. ¿Cuándo se había disipado toda aquella energía? ¿Cuándo había dejado que se desvaneciese por puro azar?

Terry se puso a pensar en eso mientras sucumbía a una ilícita taza de café en el restaurante vacío pegado al Centro de las Artes del campus. Se había hecho ilusiones con una nostálgica visita a Jonah's, la antigua cafetería autoservicio, pero por lo visto había desaparecido. Se habían producido muchos cambios en la universidad en los últimos veinte años; aquel restaurante, por ejemplo, era nuevo, muy nuevo, brillaba por todas partes con sus superficies de espejo y sus muebles cromados y aquel cristal reflectante con varias pinturas abstractas llenas de color. El cine que había al lado también era nuevo, y había una sala de conciertos y un teatro igual de nuevos, que llevaban el nombre de Centro Stephen Webb: un detalle que habría dado que pensar a Terry si hubiera caído en la cuenta. Pero estaba demasiado ocupado reflexionando sobre el misterio de sus ideales perdidos, demasiado ocupado tratando de recordar, entre otras cosas, la última vez que había investigado sobre Ortese. Tenía que haber sido durante su viaje a Italia en noviembre de 1984. Terry había estado en Milán para escribir sobre el rodaje de una película (aunque *Frame* nunca utilizó el artículo) y luego había bajado hasta Roma para pasar allí unos días, donde consiguió entrar en los archivos de Cinecittà a base de cortejar diligentemente a una encantadora y sexy recepcionista de ojos castaños, que se encargó de mantener los gustos de Terry a raya. Pero al final le había permitido el acceso a la biblioteca de fotos fijas, y allí, tras pasarse más de doce horas metido entre diapositivas y fotografías en blanco y negro de diez por ocho, casi encontró (y sin embargo se había olvidado de eso; ¿cómo podía

haberlo olvidado?) lo que andaba buscando. Encontró, en cualquier caso, una prueba de que la película existía; una prueba de que era algo más que un producto del rumor y de la especulación periodística. Encontró una fotografía.

Una fotografía. Un pobre recuerdo, tal vez, de la película que para la imaginación calenturienta de Terry se había convertido en el equivalente artístico del Santo Grial; casi máspreciado por esa misma razón. ¿Y qué había sido de ella? Eso era lo más increíble: Terry apenas se acordaba. Se la había traído consigo de Italia, eso seguro, y tenía que haberla guardado como oro en paño en algún sitio, pero se había cambiado de casa por lo menos seis veces desde entonces, y no tenía ni idea de si la fotografía habría sobrevivido a todas aquellas mudanzas. De repente, le horrorizó la idea de que pudiera haberse perdido.

¿Cómo podía haberse andado con tan pocos miramientos con aquella reliquia que no tenía precio? Si *Sergente Cesso* duraba unas dos horas, a veinticuatro fotogramas por segundo, eso quería decir que, de 172 800 imágenes que habían constituido la película, él había conseguido (robado sería un término más correcto) lo que seguramente era el único vestigio que quedaba. Ese día, por primera vez en doce años, volvió a caer en la cuenta de la grandeza de aquel logro. Empezó a dudar de si podría esperar a que terminase su estancia en la clínica antes de volver corriendo a Londres y buscarla entre las cajas y archivos repletos de porquerías que en aquel momento hacían las veces de mobiliario de su piso.

Terry pidió otra taza de café, y luego se dio cuenta, para su sorpresa, de que no podía terminarla. Pensó que a lo mejor era demasiado amargo, y añadió un poco de azúcar, pero no le sirvió de nada. Notó que empezaban a temblarle las manos. Se sintió completamente despierto, pero con una excitación extraña, nerviosa y artificial, que interfería con el sosiego más asentado que había experimentado durante los últimos días. Decidió, en contra de sus costumbres, que era un buen momento para dar un paseo.

Se pasó casi toda la tarde caminando; al principio por la ciudad, buscando sus viejos sitios favoritos, aunque no le sorprendió comprobar que habían desaparecido hacía tiempo. El Café Valladon ya no existía, y en su lugar había una librería de la cadena Christian. El Planetarium también, remplazado por un centro de información turística y un escuálido museo de historia local interactiva. La biblioteca seguía allí, sin embargo, y también La Media Luna, y el Hotel Corona, donde se habían quedado sus padres a veces, y el cine, en el que ahora se proyectaban (se fijó con una pizca de interés profesional) *Toy Story*, *Una jaula de grillos* y *Como el agua y el vino 4*. Aquel sitio seguía teniendo un aire marchito, un olor a rancio como ese vago aroma a recuerdos tristes que te topas cuando abres un cajón que no usas hace tiempo. Enseguida empezó a sentirse profundamente deprimido. Así que cogió el largo sendero del acantilado, la ruta de regreso a Ashdown que siempre había despreciado perezosamente cuando era estudiante, pero que ahora le atraía de un modo irresistible con su promesa de ejercicio vigoroso y refrescante brisa marina. Terry calculó que, si

andaba a buen paso, llegaría con diez minutos de adelanto a su cita de las cinco con el doctor Dudden.

Mientras Terry avanzaba a grandes zancadas, muy decidido, a lo largo del acantilado en dirección a Ashdown, Sarah avanzaba más despacio, meditabunda, a través del parque, de regreso de la escuela a casa. Era el día siguiente a su encuentro con Ruby, y aún seguía absorta en los recuerdos que le había despertado.

El verano todavía no se había asentado del todo aquella última semana de junio. Unos cuantos días de sol, con los que nadie contaba, habían bastado para convencer a muchos londinenses de que había llegado una ola de calor, así que aquel día se veían chalecos, pantalones cortos y camisetas por todas partes, a pesar de que el cielo estaba nublado y una caprichosa brisa norteña amenazaba con dejar algunas gotas de lluvia. Sarah empezaba a tiritar, hasta con su ropa de trabajo; y lo primero que pensó cuando vio a Alison Hill sentada sola en el banco, fue que no solo tenía pinta de aburrida y de solitaria, sino de que también tenía frío.

Era el día dedicado al deporte en el colegio, de modo que no había clases aquella tarde. Sarah se había quedado viendo las primeras pruebas y luego había decidido que su presencia ya no era necesaria; y a aquellos alumnos que no tomaban parte en ellas les habían dado a elegir entre quedarse viéndolas o irse a casa. Se alarmó un poco al ver que Alison no había hecho ninguna de las dos cosas.

—Hola —dijo, deteniéndose junto a la pequeña y frágil figura del banco—. ¿Qué haces aquí tan sola?

—Nada —dijo Alison tranquilamente—. Estaba aquí sentada.

—¿Te importa si me siento contigo un momento?

A Alison no le quedó otro remedio que negar con la cabeza.

—Así que no te has quedado viendo las pruebas, —dijo Sarah mientras se ponía a su lado.

—No.

—Te parecen un poco aburridas, ¿no?

—Mm.

—¿Entonces... —Sarah se preguntó cuál era la mejor forma de abordar el tema— ... vives por aquí cerca? Debemos de ser casi vecinas.

—Bastante cerca —dijo Alison, y señaló una de las verjas del parque—. Vivimos allí. No *en* la carretera principal, pero casi.

—¿En Seven Sisters Road quieres decir?

—Sí.

—Pues no está lejos de mi casa —dijo Sarah. Técnicamente era mentira, pero lo requerían las circunstancias, pensó—. ¿Quieres que volvamos juntas? Es que este parque no es el sitio más adecuado para que te quedes aquí sola.

—Aún no puedo volver —dijo Alison—. Mamá estará trabajando.

—¿Pero no tienes una llave o algo así?

Alison dijo que no con la cabeza.

—Creía que sí, pero no la encuentro. Creía que la llevaba en la cartera, pero debo de habérmela dejado en casa.

—Pero... ¿a qué hora vuelve tu madre?

—A las siete, ha dicho.

Aún faltaban cuatro horas. Habiendo llegado rápidamente a la conclusión de que Alison no tenía ni vecinos ni parientes a quien acudir, Sarah tomó una decisión inevitable, aunque de mala gana. Dejando a un lado sus planes de darse una ducha, echar una siesta, y leer unos cuantos capítulos de una novela de Lorrie Moore, seguidos de un duro ataque a la declaración de la renta, le dijo a Alison:

—Oye, ¿y si te vienes a pasar la tarde a mi casa? Puedes venirte y tomarte un té y ver un poco la tele.

No demasiado emocionada con aquella oferta, Alison inclinó la cabeza y asintió.

—Vale.

—Vámonos entonces.

Se levantaron y caminaron en silencio hasta la verja del parque. Sarah se preguntaba por qué Alison no había hecho ninguna referencia a su padre, y trató de recordar los pocos detalles de sus antecedentes familiares que había entresacado de una conversación que había tenido lugar en la sala de profesores hacía unos meses, pero no se acordaba muy bien. En realidad, no había padre alguno, de eso estaba bastante segura. Habían estado dándole vueltas (sin llegar a ninguna conclusión, por lo que recordaba) a si alguna vez habría habido algún padre o si se habría largado hacía poco. Y en ese momento recordó aquel poema tan raro de Alison, y una sospecha empezó a cobrar forma.

—El poema que leíste el otro día en clase era muy bonito —dijo Sarah—. ¿De dónde sacaste la idea? ¿Tienes un telescopio? ¿Te gusta mirar las estrellas?

Alison negó tímidamente con la cabeza.

—No... Empecé a escribirlo y me salió solo...

—Era muy triste —dijo Sarah—. Me dieron pena aquellas dos estrellas que se quedaban tan solitas, después de que la grande se hubiese muerto. ¿Querías que fuera tan triste?

—Pues... —dijo Alison, pero no siguió.

Sarah se dio cuenta de que aquella manera de preguntar no la llevaba a ninguna parte, y también de que no podía soportar la idea de que Alison se pasase toda la tarde en su casa, sentada en el borde del sofá, deprimida y amedrentada, mordisqueando galletas o viendo la programación infantil, con los ojos vidriosos de puro aburrimiento. Así que, como medida provisional, se desviaron hacia el McDonald's más próximo, donde Sarah se tomó un café (o algo por el estilo) y Alison un *Fillet-o-Fish* y un batido de chocolate. Pareció que aquello la animaba un poco, aunque no se volvió más comunicativa; en un cuarto de hora, se les acabó la

conversación.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Sarah, a la vez que consultaba su reloj—. Pero, antes de nada, quiero que busques esa llave por última vez. ¿Estás *segura* de que no la tienes en la cartera?

Mientras Alison abría la cartera y rebuscaba con un aire resignado y obediente, Sarah vio algo que la dejó helada.

—¿Qué es eso? —preguntó amablemente, mientras se inclinaba hacia delante.

Alison abrió los ojos de par en par, con aire culpable, rogándole elocuentemente a Sarah que no fuese más lejos. Pero ya nadie podía impedirselo. Apartó los cuadernos de ejercicios y el jersey gris hecho un rebujo, miró en el interior de la cartera y comprobó, por desgracia, que no se había equivocado a primera vista: había un animal muerto en el fondo. Por un momento, llena de horror, creyó que era una rata; pero resultó ser un pequeño y leonado ratón de campo. Alison también había sacado de alguna parte un retazo de terciopelo verde, y envuelto como había podido al animal en él. No parecía que llevara muerto mucho tiempo; seguramente, menos de un día.

—Alison —dijo Sarah, mirándola muy seria a los ojos—, no debes llevar cosas muertas en la cartera nunca jamás. Pueden tener todo tipo de enfermedades. Te podrías poner muy enferma. No llevarás comida en la cartera, ¿verdad?

—A veces —dijo Alison—. Cuando mamá me prepara algún sándwich.

—Bueno, pues cuando llegues a casa, vas a tener que pedirle que te la desinfecte. O, mejor, la vamos a desinfectar juntas cuando lleguemos a mi casa. Y lo que vamos a hacer ahora no es sacarlo aquí en el restaurante, porque nos traería problemas; pero vamos a salir a la calle, y luego voy a envolverlo en pañuelos de papel y a tirarlo en el cubo de basura que nos quede más cerca.

—Pero él no es basura —protestó Alison, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En el colegio. Al lado del campo de fútbol.

—¿Y qué ibas a hacer con él?

—Llévame a casa y enterrarlo.

De repente, a pesar de los años, un recuerdo travieso surgió del pasado y asaltó la conciencia de Sarah, provocando (en un momento muy poco oportuno, la verdad) una sonrisa para sus adentros. Se acordó de la absurda conversación que había tenido con Robert aquel día (era la segunda vez que hablaban, en realidad) en que hablaron de su gata muerta, y ella creyó que él se refería a su hermana, y se quedó horrorizada al oír que su padre pensaba llevarla al jardín de atrás y enterrarla en un contenedor. De pronto aquel malentendido le pareció tan divertido que le apeteció echarse a reír; hasta se preguntó si valdría la pena compartirlo con Alison, para ver si aliviaba la tensión; pero le bastó una sola mirada a aquella cara inocente, con su expresión contenida (el labio inferior que empezaba a temblar, los ojos hinchados por las lágrimas derramadas —comenzaba Sarah a sospechar— durante muchas noches

seguidas), para descartar la idea. En vez de eso, se limitó a levantarse y a guiar a Alison hacia la puerta, pensando para sí misma, esta vez casi presa del pánico: *A esta niña le fascina la muerte. Está obsesionada con ella.*

Aún quedaban tres horas para las siete. Una vez se deshicieron del ratón, Sarah se puso a buscar otras excusas para retrasar el regreso a su casa silenciosa y hostil; y tras llevar un rato andando apareció una especie de salvación en forma de multicines. Sarah entró con Alison en el vestíbulo y se pusieron a mirar los carteles y las horas a las que empezaban las películas.

—¿Vas mucho al cine? —le preguntó Sarah.

—No mucho. A veces en vacaciones. En casa, alquilamos vídeos.

La mayoría de las películas eran muy poco adecuadas, y además estaban prohibidas para menores de quince o de dieciocho. Había una, sin embargo, que tenía mejor pinta: una comedia titulada *Como el agua y el vino 4*. El cartel anunciador no inspiraba mucha confianza; se veía a dos policías de uniforme apuntándose mutuamente unas pistolas enormes a la cara, bajo la leyenda: ¡HAN VUELTO — SON UN CASO— Y ESTÁN MÁS CHIFLADOS QUE NUNCA!». Pero esa era la película que Terry había puesto tan bien en el periódico de la semana anterior. «Diversión asegurada para toda la familia», ¿no era esa su conclusión? Pues, el resto de la tarde y para el caso, ella y Alison eran una familia, y la verdad era que les hacía falta divertirse un poco. Sarah compró dos entradas y entraron en el cine.

Cuando empezó la película, se dio cuenta enseguida de que había metido la pata hasta el fondo. Era tan repugnante en tantos aspectos diferentes que se lo habría pensado mucho antes de llevar a alguien a verla, y no digamos a una niña de nueve años sensible e inmadura. No se trataba tanto del tipo de humor, aunque Alison ni se movió, bastante confusa por lo visto, en las escenas que pretendían ser graciosas (por ejemplo, una secuencia donde a dos policías se les ordenaba escoltar a la mujer del presidente hasta una conferencia, pero al final, después de atracarse de alubias cocidas en comisaría, no paraban de tirarse pedos dentro de su limusina); tampoco se trataba del brutal tratamiento que se daba a las mujeres, uno de sus motivos recurrentes (había una trama paralela con un tendero al que se había arrestado por equivocación, y a cuya tímida y respetable esposa se la obligaba a realizar un striptease ante los dos policías para asegurarse de que sacarían a su marido de la cárcel; naturalmente, se excitaba con la experiencia y luego se dedicaba a ello profesionalmente). Lo que realmente alarmó a Sarah, lo que la hizo morir de vergüenza por haber llevado a Alison al cine aquella tarde, era el regodeo de la película sobre el tema de la muerte: su visión de la muerte como una caseta de feria, un carnaval, un motivo de chanza y una panacea cómica. A los personajes se les mataba, se les exterminaba, se les borraba del mapa, se les destrozaba a golpe de escopeta, en aras de un vulgar giro de la trama o, lo que era peor, de una gracia. Se cometían genocidios fortuitos de peatones con explosiones arbitrarias de coches y edificios. Al personaje simpático de la película, un negro adorable, tipo Tío Tom, que

era el compinche de los dos héroes epónimos, se le asesinaba alegremente para asegurarse unos segundos de patetismo. Aquella película, que no aspiraba a otra cosa que a una hilaridad insolente, estaba saturada de muerte; saturada y empapada de ella.

Y, lo que era peor, el café que Sarah se había tomado en el McDonald's no tardó en empezar a hincharle la vejiga.

—Ahora vuelvo —le susurró a Alison, a la vez que le apretaba el brazo; y luego, mientras se echaba agua fría en la cara en el lavabo de señoras, decidió que, pasara lo que pasara, bien podían irse del cine inmediatamente. No tenía sentido prolongar aquella experiencia tan penosa.

Sarah se secó la cara con unas toallas de papel y regresó a su butaca. Pero Alison se había ido.

—Qué puntualidad, señor Worth —dijo el doctor Dudden, mirando con aprobación su reloj mientras Terry se sentaba al otro lado de la mesa—. La puntualidad es la clave de la organización. Y la organización, la clave del éxito. Me alegra saber que está de acuerdo conmigo en este punto.

Apagó su reproductor de cassettes portátil (en el que había estado sonando una música de clavicémbalo neutra y sin personalidad) y añadió (seguramente para sí mismo):

—Este hombre se salta las pautas del metrónomo. Simplemente, se las salta.

Tras haberse desahogado, se acomodó en el escritorio y miró radiante a su paciente, que le devolvió la sonrisa tristemente. En honor a la verdad, Terry no se encontraba nada bien. Su paseo por el acantilado, lejos de refrescarle, lo había dejado agotado físicamente; no se había dado cuenta de que estaba en tan baja forma. La taza y media de café que se había tomado aquella mañana seguía haciéndole un poderoso efecto, y su cerebro le daba vueltas con una energía que no tenía nada que ver con el cansancio de sus extremidades; en particular, no conseguía olvidarse de la valiosa fotografía que podía estar o no escondida en alguna parte de su piso de Londres. Y además, para colmo de males, dos ideas alarmantes, referentes al doctor Dudden, empezaban a arraigar en su mente. Una era que, dadas las tremendas bolsas de sus ojos, parecía que el doctor no dormía muy bien. Y la otra resultaba aún más preocupante; porque tras aquel cumplido sobre su puntualidad, dicho en un tono mucho más afable y cordial de lo habitual, Terry tuvo la terrible sospecha de que empezaba a gustarle al doctor Dudden.

Y aquella sospecha se vio confirmada rápidamente por sus siguientes comentarios.

—Ya lleva usted aquí más de una semana, señor Worth, lo que me parece un momento oportuno para que nos replanteemos un poco nuestro *modus operandi*.

»Se lo digo porque, antes de que usted viniera, di por sentado que el primer beneficio de su visita (para mí, como investigador) sería la oportunidad de valorar

cómo afectaba al contenido de sus sueños la experiencia de ver tantas películas en un plazo tan corto de tiempo. Sin embargo, y dado que no ha soñado usted nada, eso no ha sido factible.

—Puede que no haya soñado nada —dijo Terry—, pero me siento distinto. Más descansado.

—Eso no me sorprende. Está empezando usted a dormir más. Anoche, por ejemplo, pasó ocho minutos en la segunda fase.

Terry asintió, sin comprender del todo.

—¿Diría usted que le resulta agradable esa sensación de estar descansado?

—Pues sí —dijo Terry, bastante sorprendido.

—Ya. —Parecía que aquella no era la respuesta que el doctor Dudden había previsto, ni la que se esperaba. En ese momento se echó hacia delante, y habló con cierto entusiasmo—. No me importa decirle, señor Worth, que ha contradicho mis expectativas, y ha resultado ser un espécimen mucho más extraordinario de lo que yo me imaginaba. Empiezo a preguntarme, de hecho, si su caso no será único en los anales de la investigación sobre el sueño. Y lo que me gustaría sugerirle (la *invitación* que me gustaría hacerle extensiva) es que permaneciera en esta clínica tanto tiempo como quisiera. Como invitado. Y que estas «entrevistas», como las he denominado de una forma bastante ortodoxa, fueran..., bueno, más informales.

—¿Más informales?

—Sí, más amistosas. Algo más parecido a una... charla. De esa manera...

—De esa manera espera usted congraciarse conmigo, de modo que decida quedarme. Y así, como investigador, tener acceso a mí como espécimen.

—Esa es una forma *bastante* cínica de verlo.

—Puede. —A lo mejor era simplemente porque se sentía tan débil y con tan pocos ánimos, pero Terry empezaba a ablandarse frente al doctor Dudden, a pesar de que no quería hacerlo—. Y esas charlas... ¿podemos considerarlas un intercambio de información? Se supone que estoy escribiendo algo sobre este sitio, al fin y al cabo.

—Por supuesto. Claro que sí. Me encanta saber que usted cree que nuestro trabajo puede ser de algún interés para el resto del mundo. Y, dentro de un orden, puedo permitirle libre acceso a nuestro material, siempre que se respete la intimidad de nuestros pacientes, claro...

—Por supuesto.

—Así que... ¿quiere usted preguntarme algo, para empezar?

—Pues sí —dijo Terry—. Muchas cosas.

—Pregunte entonces.

—De acuerdo. —Terry se enderezó en su silla, intentando adoptar una actitud de concentración—. Bueno, ha dicho que mi caso podría ser único, por ejemplo. ¿A qué lo estaba comparando usted exactamente?

—Solo me vienen a la cabeza dos comparaciones; una documentada desde un punto de vista profesional, y la otra no. Una enfermera de barrio jubilada de Londres,

de setenta años, conocida como la señorita M., pasó varias noches en un acreditado laboratorio del sueño y se comprobó que le bastaba con una hora de sueño por noche. Su actitud con respecto a la gente que dormía más que eso era bastante dura: le parecían holgazanes que perdían el tiempo. Tal vez tuviera algo de razón. —Se quedó un momento en suspenso, y luego retomó el hilo—. Aún más notable fue el aireado caso del director de un orfanato de Londres, que afirmó en 1974 que, desde la guerra, solo había dormido un cuarto de hora por noche. Nunca se confirmó lo que decía, sin embargo, porque se negó tajantemente a visitar un laboratorio. El récord de periodo más largo de vigilia ininterrumpida lo tiene un tal Randy Gardner de San Diego; en 1965, cuando tenía diecisiete años, estuvo sin dormir doscientas sesenta y cuatro horas. Al parecer, sus funciones físicas y motoras no se vieron impedidas en absoluto y, a las tres de la mañana de la última noche de su intentona, jugó un partido de baloncesto, que ganó. Pero me sospecho que usted, señor Worth, podría batir ese récord fácilmente, si es que no lo ha hecho ya sin darse cuenta. Sé perfectamente que lleva en esta clínica más de doscientas horas sin pasar de la segunda fase del sueño.

—Quizá debería explicarme en qué consiste esa segunda fase. No lo tengo muy claro.

—Es muy simple. La primera fase es la transición de la vigilia al adormecimiento, y durante la misma baja la tensión, el corazón empieza a latir más despacio y se produce un relajamiento muscular. En ese momento el cerebro emite ondas alfa con una frecuencia de siete o catorce ciclos por segundo. Esta fase suele durar normalmente de cinco a diez minutos como mucho. La fase dos comienza con la aparición de ondas zeta de tres y medio a siete ciclos y medio por segundo, junto con husos de sueño y complejos K. Al principio de la noche esta fase solo dura unos minutos, y entonces vemos empezar una lenta actividad de las ondas delta, que marca el comienzo de la inconsciencia propiamente dicha. La tercera fase es un estadio intermedio, cuando las ondas delta ocupan menos de la mitad del registro del electroencefalograma. La cuarta fase es en la que predominan esas ondas delta, hay muy poco movimiento corporal y cuesta despertar al durmiente. Es, por tanto, la parte más profunda del sueño y en la que se descansa más; algunos investigadores la llaman «el sueño esencial». Tras media hora o tres cuartos de hora de esta fase, hay movimientos corporales evidentes y cambios de postura. La cuarta fase se ha interrumpido, el durmiente retorna muy brevemente a la segunda o tercera fase, y luego entra rápidamente en lo que llamamos el sueño REM, o el sueño paradójico. En realidad se parece más a la vigilia que al sueño: desaparece el tono muscular, pero hay una frenética actividad cerebral y los ojos se mueven de un lado a otro bajo los párpados cerrados. Este ciclo completo, desde la primera fase hasta el sueño REM, ha durado una hora y media y se repite, con ciertas variaciones, unas cuatro o cinco veces durante la noche.

—¿Qué clase de variaciones?

—Al principio, predomina la cuarta fase. Luego, a medida que avanza la noche,

los periodos de sueño REM se hacen cada vez más largos, lo que lleva a pensar a algunos investigadores que la cuarta fase es lo que el cerebro realmente necesita para descansar, y que los sueños generados en el sueño REM (sobre todo los del comienzo de la mañana) son nada más que algo inventado por el cerebro para entretenerse mientras el cuerpo sigue descansando.

—Pero de momento no he pasado de la segunda fase, ¿no es cierto?

—Absolutamente cierto.

—¿Y cuándo se supone que voy a empezar a soñar otra vez?

—Cuando entre en el sueño REM, seguramente, si eso sucede alguna vez. —Dándole a Terry un momento de respiro para que asimilase aquella información, el doctor Dudden continuó—. Había dado por sentada otra cosa sobre usted, señor Worth (una ingenuidad, la verdad), antes de que llegara. Pensaba que, igual que mis otros pacientes, venía usted aquí con la esperanza de que yo le curase su insomnio: le recetara tranquilizantes, ciclopirolonas, algo así. No me había dado cuenta... —y ahora lo miró de otra manera, como examinándolo—... de que usted y yo tenemos la misma relación con el sueño. De que somos... aliados, por así decirlo.

Terry se sintió un poco violento.

—No estoy seguro de seguirle.

—Voy a decírselo de otra manera —dijo el doctor Dudden, mientras se frotaba los ojos, abstraído—. ¿Cree usted que habría llegado tan lejos como periodista si hubiese dormido ocho horas cada noche durante los últimos doce años?

—No, supongo que no. Como trabajo por mi cuenta, tiene una gran ventaja: puedo producir el doble que los demás.

—Exactamente. ¡Eso es! Mientras que *aquí*, señor Worth, tiene usted que morir de aburrimiento, ahí atado a la cama con todos esos electrodos.

—Sí, es un poco aburrido.

—Entonces, ¿qué opina? ¿Cómo se entretiene?

—Lo peor es no tener una tele en la habitación. Si tuviera una tele, no habría problema. Escucho mi walkman, escribo cosas sobre mi regazo. Y a veces leo.

—¿Qué lee?

—Libros de consulta, si los encuentro. Me gustan los libros con listas, los libros que te dan información en píldoras.

—¿No lee novelas, ni biografías?

—No. No me gustan las narraciones muy largas. No soy capaz de concentrarme.

—Pero le gustan las películas.

—Sí.

—Por cierto... —El doctor Dudden alargó el brazo y cogió un archivador del estante que tenía detrás—. El otro día me llamó mucho la atención que no fuese capaz de reconocer a Lorna, nuestra técnica, después de que se la hubiesen presentado dos veces. Se me ha ocurrido un pequeño experimento, con la ayuda de mis colegas del departamento de cine de la universidad. ¿Le importa si lo probamos?

—En absoluto.

El doctor Dudden abrió el archivador y sacó un fajo de fotografías.

—Quiero ver cuántas es capaz de identificar —dijo, y le pasó la primera—. Qué, ¿nada?

—No. Lo siento.

—Es el doctor Goldsmith, nuestro neurólogo. A ver esta.

La segunda fotografía no tenía pega.

—Steve Buscemi. Es el señor Rosa de *Reservoir Dogs*, y también uno de los secuestradores de *Fargo*.

—Estupendo. ¿Y esta otra?

Terry no consiguió identificar a la persona de la siguiente fotografía, que era Lorna.

—¿Y esta?

—Ray Liotta, de *Falsa seducción y Algo salvaje*.

—Solo un par de ellas más. ¿Quién diría usted que es?

Terry ya se había dado cuenta de por dónde iban los tiros, y se concentró todo lo que pudo en aquella foto. La cara le resultaba familiar, desde luego; por alguna razón, le parecía que debía de estar más arraigada en su conciencia que las otras dos. Pero, aun así, tuvo que admitir su derrota.

—Era la doctora Madison. Una más, para terminar. Me han dicho que esta iba a costarle bastante más.

A Terry no le costó nada en absoluto.

—Shelley Hack —dijo—. Fue uno de *Los ángeles de Charlie* una temporada, e hizo de ayudante de Jerry Langford en *El rey de la comedia*.

—Excelente, señor Worth. Excelente. Un verdadero alivio, si quiere que le diga la verdad. Se me había ocurrido que podía sufrir una pérdida grave de memoria; pero el problema está muy claro. ¡Doce años! —Devolvió las fotografías a su archivo, y miró a Terry con un brillo en los ojos: de triunfo, de apropiación de su caso—. Doce años, y su capacidad de recordar solo ha sufrido un daño selectivo. Espero que comprenda lo especial que eso lo hace a usted. Espero que comprenda lo *importante* que es.

—Pues no estoy muy seguro.

El doctor Dudden continuó sacudiendo la cabeza, maravillado. Durante unos instantes bastante enojosos, Terry creyó que iba a abalanzarse sobre la mesa y a abrazarlo.

—Voy a aprender tantas cosas con usted, señor Worth. Tantas, tantísimas cosas. —Se incorporó con elegancia—. Me gustaría enseñarle algo; algo que sé que va a interesarle.

Terry no tenía ni idea de adónde lo llevaba el doctor Dudden cuando dejaron el despacho y cruzaron el enlosado vestíbulo de entrada. Para su sorpresa, el médico abrió una puerta que había debajo de la escalera principal y bajaron al sótano, que Terry recordaba húmedo, descuidado y desagradable, y al que los estudiantes rara vez

bajaban. Sin embargo, ahora sus paredes encaladas y sus tubos fluorescentes lo hacían claro y limpio, hasta aséptico, y había todo un estruendo de lavadoras y secadoras.

—Decidimos poner aquí la lavandería —explicó el doctor Dudden—. Hasta en un templo de la ciencia, ve usted, hay que atender a las cuestiones prácticas. Pero esto no es lo que quería enseñarle.

Hizo pasar a Terry hasta el final del pasillo, donde una pesada puerta de metal, en la que ponía «ZONA RESTRINGIDA. SOLO SE PER

MITE LA ENTRADA A PERSONAL AUTORIZADO», les cerró el paso sin más miramientos. El acceso dependía de una cerradura electrónica en clave. El doctor Dudden apretó seis números en el teclado, y luego se detuvo.

—Supongo que usted no se considera un hombre sensiblero, ¿verdad? —le preguntó a Terry—. Ni remilgado o algo parecido...

—Pues no.

El doctor Dudden sonrió.

—Eso pensaba —dijo; luego apretó los dos números restantes, esperó que se oyera un clic y empujó la puerta.

A la playa no iba casi nadie, y solo se podía acceder a ella por un sendero empinado y estrecho cortado abruptamente en el escarpado acantilado.

Desde la playa se podía ver Ashdown, encumbrada en el borde, gris e informe a la luz del sol.

Desde las ventanas de Ashdown se podían distinguir siluetas en la playa, pero era difícil identificarlas.

Robert iba abriendo la marcha por el sendero, con su bolsa Sainsbury cargada de comida, bebida, libros y revistas. Sarah iba la última, con una pala en la mano, y una mochila con toallas y bañadores colgada del hombro. En medio iba Ruby; llevaba un cubo.

La tarea de escoltar a una niña por aquel sendero hizo que Robert se percatase de que era más peligroso y escabroso de lo que recordaba. De vez en cuando se volvía y cogía a Ruby de la mano, para ayudarla a salvar algún desnivel repentino, alguna brecha en el sendero donde el terreno seco y arenoso se había desmoronado. Hubo un momento en que ella perdió pie, resbaló, y casi se habría caído por el acantilado si él no la hubiese sujetado a tiempo; y a pesar de que pareció que el incidente no desalentó en absoluto a Ruby, hizo que Robert se preguntara otra vez si no se habrían pasado de listos trayéndola a la playa; si no se habrían metido en camisa de once varas. Era una experiencia totalmente nueva para él haber aceptado la responsabilidad (aunque fuera una responsabilidad circunstancial y compartida) del bienestar de aquel ser humano pequeño y vulnerable. La conciencia de su total y espontánea confianza en él le recorrió el cuerpo como un calambre: conmovedor y maravilloso.

Igualmente maravillosa era la circunstancia, totalmente inesperada, que había dado origen a aquel día Fabuloso: la ausencia de Veronica. Eran las minivacaciones de la mitad del trimestre en las escuelas del pueblo, y ella y Sarah habían estado cuidando voluntariamente a la hija de los conserjes de Ashdown, el señor y la señora Sharp. Necesitaban a alguien que cuidase de su hija de ocho años, Ruby, puesto que la señora Sharp había encontrado hacía poco trabajo como limpiadora en el pueblo de al lado. Las dos estudiantes se llevaban a Ruby a la habitación que ahora compartían y, mientras una trabajaba en el viejo escritorio de pino, encorvada sobre un montón de fichas o un libro de la biblioteca con el lomo roto, la otra ayudaba a la niña a hacer un puzzle, le leía en voz alta o se sentaba con las piernas cruzadas en el suelo junto a un juego de Snap o de Pelmanism o en el repecho de la ventana que daba al mar para jugar con ella a ceros y aspas^[5] en el cristal empañado.

Entretanto, sin embargo, Veronica había descuidado sus obligaciones como directora de escena de la obra de aquel trimestre, *Arturo Ui*, y ese día había decidido que no podía faltar más. Era un jueves de mayo, y el tiempo había cambiado de improviso; de repente hacía calor, tanto como un buen día de verano, no corría una

pizca de viento y el cielo estaba despejado y azul como la base de una llama. (Más tarde, rompiendo un largo silencio, Sarah levantaría la vista y citaría cuatro palabras de la novela que estaba leyendo: «tan quieta como la muerte», y durante muchos años Robert recordaría aquellas palabras, que nunca dejaban de reavivarle la esencia y la textura precisas de aquel día). A través de la ventana de su propia habitación, Robert llevaba un rato contemplando distraídamente el azul cuando oyó llamar a la puerta a Sarah (conocía perfectamente su forma de llamar), quien había aparecido en el umbral con Ruby cogida de la mano. Quería saber si podía cuidar de la niña un rato, solo una hora, mientras ella terminaba de tomar unas notas. Pero una hora les había bastado a él y a Ruby para trazar su plan de bajar a la playa, de modo que se presentaron ante Sarah con un *fait accompli* y después de preparar juntos unos sándwiches en la cocina mientras ella seguía sentada arriba, sin saber nada, dándole los últimos toques a su trabajo. Al principio Sarah había declinado la oferta; luego se fue ablandando, y al final la aceptó muy entusiasmada. La señora Sharp le había dejado las llaves de su casita de campo, una de las casas de una desconcertante y solitaria hilera, a casi un kilómetro de Ashdown por la carretera; y fue allí donde cogieron el cubo, la pala y el traje de baño de Ruby, antes de dirigirse al acantilado y emprender su peligroso descenso. Cuando llegaron abajo eran las dos y media y, como se podía haber esperado en una tarde entre semana fuera de temporada, la playa estaba completamente desierta.

Lo primero que hicieron fue desnudarse.

Ruby, por lo que se vio, era la más desinhibida de los tres. Permaneció tranquila y sumisa mientras Sarah le desabrochaba el vestido y la ayudaba rápidamente a enfundarse en su bañadorcito azul y blanco. El traje de baño de Sarah era azul marino, de una sola pieza, pero con un gran escote atrás que dejaba ver (tal como Robert había imaginado siempre entre gemidos) sus omóplatos perfectos y el moreno almizcleño, uniforme, de todo su cuerpo. Llevaba una larga falda de verano, como de gasa clara, que no se quitó. El bañador de Robert era viejo y le quedaba un poco pequeño; se había quitado los pantalones, no así la camiseta, y pronto se dio cuenta de que había cometido una equivocación, porque la sola visión de aquellas partes del cuerpo de Sarah al descubierto bastaron para provocarle una erección inmediata y descarada, que se vio obligado a ocultar a base de volverse torpemente de lado y ponerse una toalla que no venía a cuento sobre la parte superior de los muslos; lo que llevó a Sarah a preguntarle, riéndose:

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Estupendamente.

—Es que no parece que estés muy cómodo.

Sarah cogió a Ruby de la mano, dispuesta a llevarla hasta el mar. En cuanto se encontraron a una distancia prudente, Robert se quitó la toalla y se quedó mirando rabioso y con un odio cerval el bulto de su bañador hasta que desapareció. Cómo odiaba y despreciaba aquel órgano absurdo, con sus pautas de comportamiento

totalmente predecibles, sus respuestas invariables y robóticas a una gama de estímulos visuales demasiado familiar. Sarah tenía que haberse dado cuenta: no había duda. Le hormigueaba el cuero cabelludo y tenía la cara colorada.

La marea estaba muy baja aquella tarde. Apenas se podían distinguir las voces de Sarah y Ruby como una música lejana. Y no había brisa que las trajese hasta él.

Robert miró los libros que Sarah se había llevado a la playa. Había una novela de Rosamond Lehmann, cuyo nombre había descubierto hacía poco (Veronica era fan suya, hasta el punto de coleccionar las primeras ediciones de sus libros), y otro libro con una pinta muy rara, que parecía consistir sobre todo en párrafos cortos divididos en secciones bajo encabezamientos como «Desapego», «El ego» y «Aceptar el vacío». Leyó unas cuantas líneas y se enfrentó con un lenguaje denso, abstracto, difícil, en el que por lo visto se agazapaban una serie de epigramas espirituales y teológicos. Miró la entradilla. El libro era *La gravedad y la gracia* de Simone Weil, y bajo el título estaba escrito en tinta azul lo siguiente:

Para Sarah. Siento haberte bombardeado con tanto ejemplar obvio. Aquí va uno menos obvio. Con todo mi cariño, Ronnie.

Robert se puso a pasar las páginas rápidamente.

Parecía que Sarah y Ruby se dedicaban a chapotear en el agua. Sarah se había remangado la falda y adentrado un poco en el mar. Le daba patadas a la superficie para salpicar a Ruby, que chillaba y soltaba risitas. Luego hubo aún más chapoteo cuando Ruby medio se cayó, medio se tiró aposta. Más risitas. ¿Sabía nadar? No se le había ocurrido preguntárselo. Sarah se lo habría preguntado antes de llevarla hasta el mar. Estaba seguro de que no les pasaría nada a ninguna de las dos.

Robert pensó para sí mismo: Así debe de ser lo de tener una familia. Una mujer y una hija. Esta mezcla incesante de ansiedad y confianza.

Se topó con una sección del libro que se titulaba «Amor» y se puso a leerla. La mayor parte era bastante oscura, pero aun así las palabras parecían poseer un poder de convicción incómodo e hipnótico, y muy a menudo le impresionaba un pasaje de repentina lucidez:

... El día, si llega alguna vez, en el que te quieran de verdad no se dará una oposición entre tu soledad interior y esa amistad, sino más bien todo lo contrario. Hasta se podría decir que te darás cuenta por esa señal infalible...

El agua debía de estar fría; Sarah y Ruby ya habían salido del mar y regresaban hacia donde estaba él. Ruby corría como una loca en zigzag, cruzando una y otra vez por delante de Sarah.

... si llega alguna vez...

Robert se quedó mirando a Sarah mientras se le acercaba, y esta vez no sintió nada en la entrepierna. Se dio cuenta de que en realidad nunca la había visto andando. Tenía unas extremidades delicadas, bien formadas, y sus movimientos parecían poseer una ligereza y una elegancia increíbles. Hacía caso omiso de los intentos de Ruby por distraerla y sonreía a Robert mientras se aproximaba: una sonrisa seria y

pensativa en cierta forma. Aquella combinación de soltura y melancolía, ligereza y peso, le conmovieron profundamente y le costó devolverle la sonrisa.

—La gravedad y la gracia —dijo ella, al tiempo que se sentaba a su lado.

Era exactamente lo que él había estado pensando. Impresionado porque los manejos de su propia mente encontraran un eco tan cercano, se limitó a decir:

—¿Qué?

—Que estás leyendo mi libro: *La gravedad y la gracia*.

—Ah, sí. Sí, es verdad. Lo intento, por lo menos.

—Aún no lo he leído. Es un regalo de Ronnie.

—Ya lo he visto.

—¿No me lo vais a leer? —preguntó Ruby, de pie a su lado, mirando desdeñosa la portada, como si no esperase mucho de él.

—Este no, me parece —dijo Sarah.

—Menos mal. No me apetece que me lean un libro.

—¿Qué te apetece, cariño?

—La verdad es que estoy muy bien así... —empezó a decir Robert, y luego se paró, al advertir que la pregunta no iba dirigida a él. Bajo la mirada divertida de Sarah, se maldijo a sí mismo en silencio. ¿Qué demonios estaba pensando para imaginarse que podía haberse dirigido a él en aquellos términos? Estaba dejando que le pudieran sus fantasías. Había perdido el control.

—Me gustaría hacer castillos de arena —dijo Ruby.

—Muy bien —dijo Robert, para disimular su azoramiento, más que nada—. Si quieres te ayudo.

Caminaron juntos hasta el punto donde la arena seca, a la que nunca llegaba la marea alta, empezaba a oscurecerse por efecto de la humedad y resultaba más útil como material de construcción. Robert se limitó a mirar mientras Ruby escarbaba como una posesa y llenaba y volteaba su cubo dos veces para obtener dos montoncitos de arena, que se quedó admirando jadeante.

—Hala —dijo.

Robert asintió.

—Estupendo. —Alargó la mano y le cogió la pala—. Y ahora vamos a hacer un castillo de verdad. Venga.

Ruby observó cómo medía una zona de arena de dos metros cuadrados más o menos, y luego excavaba un hoyo de unos diez centímetros de profundidad. Después, Robert volvió a amontonar con la pala parte de la arena en aquella especie de cuenca para formar una isleta central de un metro cuadrado aproximadamente.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

—Todo esto va a ser el foso. Al final lo vamos a llenar de agua.

Le dijo a Ruby que cogiese todas las conchas que pudiese para tener con qué decorar las murallas y los terraplenes. Mientras tanto hizo otro montón de arena sobre la isleta, y empezó a darle forma al cuerpo principal del castillo a partir de ahí.

Decidió construir seis torres: cuatro torres redondas como tambores, una en cada esquina, y dos rectangulares en medio de las murallas de oriente y poniente. El portón principal daría al sur, al mar, y se llegaría hasta él por una calzada, interrumpida a medio camino por una barbacana octogonal. También habría dos puentes levadizos, uno para defender la barbacana y otro conectado con la propia fortificación de entrada.

Casi había completado su obra cuando Ruby regresó con su colección de conchas; en ese momento tomaron juntos la decisión de dejar de lado la lógica arquitectónica y seguir colocando una torre sobre otra, de modo que el castillo empezó a alzarse descaradamente hacia el cielo como una especie de tarta neogótica imposible. Robert tenía un pie en el foso y el otro en las murallas del castillo; y se ocupó de los pisos superiores mientras Ruby empezaba a decorar los muros inferiores con una variopinta capa de lapas y tróquidos, acteones y litorinas.

—¿Qué te pasó aquí? —preguntó, mientras se paraba un momento, con la atención puesta en el pie descalzo de Robert, colocado precariamente encima de la puerta del postigo. Le tocó el pie un poco, siguiendo la doble cicatriz, aún lívida (en forma de comillas bajas), que tenía donde se había cortado hacía unos meses con la maquinilla.

—¿En dónde? Ah —dijo, mirando hacia abajo—. Nada. Es que me corté afeitándome.

—Yo creía que los hombres solo se afeitaban la cara —dijo Ruby.

—Y es verdad —dijo él—, en general. Pero es que yo me estaba afeitando las piernas.

—¿Para qué?

—No sé, la verdad. Fue un experimento.

A Ruby aquello no le pareció nada raro. Miró un momento a Robert muy serio con los ojos muy abiertos y luego se puso otra vez manos a la obra.

Entre sus descubrimientos más interesantes había tres lapas con visos azules, un par de ostras en forma de silla de montar y una espléndida patella. Tenía montones de conchas, con sus ligamentos elásticos aún intactos, de modo que al abrir sus valvas gemelas parecían alas de mariposas. El color lo ponían las mercenarias, de las que había encontrado unas diez o doce; las abrió por la rendija y las colocó con sus vistosos interiores mirando hacia fuera, añadiendo un toque de púrpura real. Más sutilmente, fue colocando filas y más filas de cauríes, contrarrestando de cuando en cuando la sencillez de sus conchas como de pasta con una oreja marina, cuyo revestimiento iridiscente y tintado captaba los rayos del sol y los reflejaba, haciendo que toda la construcción titilara y reluciera al sol como un espejismo fantástico. Reservó sus terebratulas y sus turrítellas para las torres del castillo, donde hicieron las veces de astas de banderas que apuntaban retorciéndose hacia el cielo con alegre brillantez, lo que llevó a Ruby a pensar inevitablemente en parques de atracciones, toboganes en espiral y cucuruchos de helado.

Los dos quedaron convencidos de que el castillo era una obra maestra.

—Seguirá aquí mañana, ¿verdad? —dijo Ruby—. Mientras no llueva... Así que puedo traer a mis amigos para que lo vean. A Susie Briggs y a Jill Drew y a David.

—No creo —dijo Robert. Enderezó una de las conchas de navaja que habían puesto a modo de puente levadizo, y revolvió el agua salada y clara del foso, haciendo que se formaran pequeñas olas—. Ves, la marea va a subir hasta aquí enseguida, y cuando pase eso, se lo llevará por delante. La mayor parte, por lo menos.

—Ah. —Ruby se quedó muy desilusionada—. ¿Y por qué no lo has pensado antes?

—Pero si lo he pensado. Pero teníamos que hacerlo aquí, porque la arena estaba mojada lo justo. —Cogió el cubo y la pala y alargó la otra mano para que ella se la cogiera—. Venga. Vamos a contárselo a Sarah.

Ruby siguió haciendo comentarios, de mal humor, sobre el sitio que él había elegido mientras pasaban por encima de una barrera de algas frescas y emprendían la caminata de vuelta por la arena seca. Pero, a los oídos de Robert, su voz se desvaneció en la nada, se hizo una con el silencio sin viento de la playa, la absoluta quietud del aire del atardecer, mientras se acercaba hasta Sarah y se atrevía a sonreírle cuando ella alzó la vista del libro. Se había echado un jersey por encima de los hombros y enterrado los pies en la arena, y esa vez, mientras la miraba, supo con una certeza absoluta y emocionante que se había operado un cambio terrible en su vida; un cambio que había tenido lugar hacía meses, en su habitación, el día en que ella había entrado con el pelo aún mojado para intentar consolarlo. Pero solo adquirió su auténtico significado y su verdadera dimensión cuando se dio cuenta, en ese momento dilatado en el tiempo, de que no había nada en el mundo que no estuviese dispuesto a hacer por aquella mujer: ninguna búsqueda que no estuviese dispuesto a emprender, ningún sacrificio que no estuviese dispuesto a realizar de buena gana...

Tu gravedad, tu gracia se han vuelto en mí marea...

—Cuánto habéis tardado.

Las palabras se desvanecieron en su mente tan pronto y tan inexplicablemente como se habían formado. Empleó un tono ligeramente rabioso.

—¡Pero qué dices! ¿Tú has visto qué tamaño tiene ese castillo? Pero si es una auténtica obra de arte.

—La verdad es que tiene una pinta impresionante. ¿A ti que te parece, Ruby? ¿Te gusta?

Ruby asintió con la cabeza y se acurrucó a su lado, insistiendo:

—Yo he puesto las conchas.

—No sabía que ninguno de los dos tuvierais una vena artística.

—Ni yo tampoco —dijo Robert—. Me parece que la arena debe de ser mi elemento.

—¿Eres El Hombre de la Arena entonces? —preguntó Ruby.

—Puede que sí. Puede que te haga una visita esta noche cuando estés dormida.

Sarah se quedó mirando cariñosamente la carita de cansada y los párpados entrecerrados de Ruby.

—Me parece que no vas a tener que esperar hasta esta noche.

—Debo de haberla agotado —dijo Robert.

A Ruby le llevó muy poco tiempo quedarse dormida, y mientras ella se sumía dulce y fácilmente en la inconsciencia, reinó un silencio cálido y cómplice entre Sarah y Robert. Sentado a su lado en aquella playa vacía, no separados, sino más bien unidos, por el cuerpo de la chiquilla dormida, se dio cuenta de que nunca habían compartido un momento de tal intimidad. Bajo el calor del sol sus pensamientos se desdibujaron gratamente en una espesa calina, y no le apetecía leer: era feliz por estar sentado allí, saboreando aquellos momentos de cercanía, mirando al mar, hasta que le dolieron las retinas por culpa del brillo que despedía el agua chispeante. Tras un rato, se dio cuenta de que Sarah había dejado su novela y de que también estaba mirando al mar, con sus ojos medio azules medio grises brillando de puro contento, borracha de sol.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

Sarah hizo una pausa y retuvo el aliento.

—¿Sabes una cosa? No soporto cuando Ronnie me hace esa pregunta.

—Lo siento —dijo Robert—. No quería meterme donde no me llaman.

—He dicho que no lo soporto cuando me la hace *Ronnie*.

Algo se regocijó en el interior de Robert al oír aquellas palabras. Inmediatamente le entraron ganas de más.

—Pero no cuando te la hago yo...

—Cuando estoy a solas con ella —dijo Sarah despacio—, siento que continuamente está tratando de... leer mis pensamientos. Mientras que tú me das, no sé, espacio. Espacio para respirar.

Consciente de su propio atrevimiento, Robert le dijo:

—Eso es señal inequívoca de auténtico cariño. Según tu libro.

—No me digas.

—«Ningún enfrentamiento entre la soledad interior y la amistad». —Se había atrevido a tanto y ahora, temblando, aún dio un paso más—. ¿Pero seguirías prefiriendo estar con ella que conmigo?

Sarah le miró a los ojos un momento, luego sonrió y volvió la vista hacia el agua.

—Ya que lo preguntas, estaba pensando en Cleo. —¿En Cleo?

—Sí, en concreto estaba pensando... Estaba pensando que si yo tuviera una hermana gemela, y hubiese desaparecido cuando yo era muy pequeña, antes de que tuviera oportunidad de conocerla, no pasaría ni un día, ni un solo momento, sin pensar en ella. Sin preguntarme dónde andaría o qué estaría haciendo. ¿Es eso lo que se siente?

Robert no pudo responder. Esta vez, las palabras se negaban a acudir.

—Supongo —se obligó a decir al final.

—¿Habláis de ella alguna vez en casa? ¿Hablas de ella con tus padres?

—No —dijo él—. No, nunca. —Parecía que le incomodaba el tema, y volvió a coger el ejemplar de *La gravedad y la gracia*, diciendo—: Aquí pone otra cosa... — Buscó entre las páginas del libro, pero no consiguió encontrar la página en cuestión —. Una cosa sobre la pérdida: que cuando pierdes a alguien, cuando le echas de menos, sufres porque la persona que se ha ido se ha convertido en algo imaginario, algo irreal. Pero tu deseo no es imaginario. Y eso es a lo que tienes que agarrarte: al deseo. Porque es real.

Sarah frunció el ceño

—Pero tal vez la encuentres algún día. O te encontrará ella a ti; o te pondrás tú a buscarla.

—Puede. —Dio un soplido para quitarles unos granos de arena a las páginas del libro y lo cerró—. Sería un poco tonto, ¿no te parece?, pasarse toda la vida deseando algo y no hacer nada para conseguirlo.

—Pues estoy segura de que pasa.

—Sí. Yo también.

La sombra que arrojaba el acantilado iba aumentando, cerniéndose sobre ellos. Empezaba a refrescar, y Sarah tenía los brazos con carne de gallina. Ruby, que estaba tumbada y hecha un ovillo contra sus muslos, se revolvió un momento: cambió de posición y le dio unas pataditas a Sarah en las piernas, en un espasmo involuntario. De su boca brotaron unas palabras inconexas. Sonó a algo así como «galletas» o «deprisa» o «Timothy»^[6].

—¿Tú crees que está bien? —dijo Robert.

Las palabras se convirtieron en un torrente de murmullos, manso y desigual. Las frases se formaban y se disolvían; extraños polisílabos y neologismos indescribibles fluían y refluían de los labios apenas entreabiertos de Ruby. Tenía el cuerpo en reposo y los párpados cerrados, pero durante un rato continuó mascullando en sueños. Sarah y Robert escucharon su «somniloquio» juntos, inquietos pero curiosamente fascinados, hasta que se quedó callada.

—¿Crees que deberíamos despertarla? —dijo Robert entonces—. No le estará dando un ataque o algo así, ¿verdad?

—Está bien. —Sarah palpó la mejilla y la frente de Ruby. Su respiración era lenta y uniforme—. Puede que metiéramos la pata despertándola. De todos modos, será mejor que nos vayamos pronto. Luego la despertamos. —Suavemente, con mucho cuidado, se apartó del cuerpo dormido de Ruby y se puso de pie—. Supongo que será mejor que vaya a ver esa obra de arte vuestra. Antes de que se la lleve el agua.

—Quería hacerte de guía turístico...

—No. Tú quédate aquí cuidándola.

Robert la vio dirigirse hacia el castillo de arena, los colores pastel de su falda y de su cardigan se volvieron más grises y más azules por efecto de las sombras invasoras; la vio rodear el castillo para inspeccionarlo desde diferentes ángulos, con los brazos

cruzados; la vio agacharse junto a él mientras examinaba aquella labor de artesanía aún más de cerca, la decorativa disposición de las conchas y los detalles escultóricos de las almenas. Y mientras la observaba, alargó la mano para acariciar el pelo color langosta de Ruby dormida, y se puso a hablar. Muriéndose de ganas de contarle por fin a alguien lo que sentía por Sarah, de deshacerse de aquella carga emocional que apenas podía soportar, eligió a aquella niña menuda y dormida como el mejor receptáculo disponible de sus confidencias. Y dijo:

—No sé... cómo podría...

Ruby había llorado un poco al ver el castillo de arena medio deshecho, con sus torreones y su portón de entrada reducidos a una masa informe por el agua siseante e invasora; pero al final había demostrado ser muy valiente, y se puso a pensar y a hablar de otras cosas mientras Robert y Sarah la escoltaban de vuelta por el sendero del acantilado. Estaba muy cansada a esas alturas, y Robert la cogió en brazos el último tramo, donde el sendero se hacía más ancho y lo suficientemente llano como para permitirse ese lujo. Después de eso, el grupo se disolvió. Robert regresó a Ashdown, donde tenía intención de encontrarse con Terry, y Sarah recorrió con Ruby el callejón de una sola dirección que llevaba hasta la casa de sus padres. Estaba cayendo la tarde, y la niña le apretaba fuerte la mano.

—Espero que tu madre no esté preocupada —dijo Sarah—. Vamos a llegar un poco tarde.

—Qué va —dijo Ruby tan tranquila.

—¿Y te lo has pasado bien hoy?

—Sí. Mejor que nunca.

—Qué bien. Me alegro. Pero a lo mejor no teníamos que habernos quedado tanto rato.

—Pues yo creo que teníamos que habernos quedado *más rato* —dijo Ruby—. Que teníamos que habernos quedado a pasar la noche.

—No seas tonta. Pero si estás cansadísima.

—No estoy nada cansada.

—Por eso te has quedado dormida en la playa, ¿no?

Ruby se quedó un poco desconcertada; luego dijo, con un tono de cierta curiosidad:

—No sabía que me hubiera quedado dormida.

—Pues sí —dijo Sarah—. Y también hacías ruiditos.

—¿Ruiditos? ¿Quieres decir que hablaba?

—Supongo que se le podría llamar hablar. —La sorprendía que Ruby se lo tomara tan bien—. ¿Por qué? ¿Ya te ha pasado antes?

—Todo el rato, según mamá. Antes le preocupaba, y me llevó al médico, pero él dijo que no hacía falta.

—¿Y de qué hablas en sueños?

—Mamá dice que solo digo tonterías.

Doblaron una esquina, y aparecieron las casitas, solo a unos cuantos metros.

—Si tuviera una bici —dijo Ruby, a la vez que se volvía y se quedaba mirando hacia Ashdown, una silueta recortada en el horizonte—, a que podría ir a verte cuando me diera la gana...

—Pero no tienes bici —recalcó Sarah.

—He pedido una. Dentro de poco es mi cumpleaños.

—¿Y qué han dicho tus padres?

—Pues que es mucho dinero.

—Seguramente.

—Sí, pero yo la quiero *de verdad*. No es un capricho. Si tuviera una bici —dijo—, podría acercarme hasta tu casa, y tú y Robert podríais llevarme a la playa todos los días. Menos cuando fuera al colegio.

—Te aburrirías enseguida si fuéramos todos los días —dijo Sarah—. Pero ya iremos otra vez. La próxima puede que sea con Veronica.

—¿Sabe hacer castillos de arena? —preguntó Ruby.

—Seguro que sí.

—¿Tan bien como Robert?

—Seguramente más grandes y más bonitos.

Se notó que a Ruby aquello le parecía difícil de creer. De todos modos, nadie iba a conseguir fácilmente que dejara el tema.

—Bueno, pues *sigo* queriendo una bici —dijo—. Se la voy a pedir otra vez esta noche.

Sarah tuvo una idea: una idea bastante malvada. Se le ocurrió de repente, y luego se recreó en ella, le dio unas cuantas vueltas coqueteando con ella (ligeramente sorprendida consigo misma) hasta que llegaron a la verja trasera del jardín de los Sharp. Ruby abrió la verja de golpe y estaba a punto de salir corriendo hasta la puerta principal cuando Sarah la detuvo, y se sentó en uno de los muritos que había a cada lado del sendero del jardín, de manera que Ruby y ella se encontraron cara a cara, como si estuvieran conspirando.

—¿Qué? —dijo Ruby.

—¿Sabes lo que tienes que hacer —le susurró Sarah— si de verdad quieres esa bici?

Ruby aguardó jadeante.

—Tienes que pedirla *en sueños*.

Una pausa de puro desconcierto.

—¿En sueños?

—Sí. Tu madre te ha oído hablar en sueños, ¿no? —Mmm...

—Así que la próxima vez que entre de noche en tu dormitorio, tú *finjes* que estás hablando en sueños, ¿entiendes?, y dices cantidad de cosas sobre lo mucho que te

gustaría esa bici.

Ruby se quedó mirándola sin inmutarse.

—¿Y por qué no puedo pedirla despierta?

—Porque si hablas de ella en sueños, tu madre sabrá cuánta falta te hace. Se dará cuenta de lo importante que es para ti. Así que *tendrá* que comprártela.

La cara pecosa de Ruby empezaba a reflejar cierto entendimiento que iba ganando terreno poco a poco; así que Sarah apretó aún más las tuercas.

—Tiene que creerte. Sabrá que es verdad. Porque nadie... —y de todas las cosas raras que Ruby había oído ese día, esta sería la segunda que no olvidaría en su vida— ... diría nunca una mentira en sueños, ¿no te parece?

La otra cosa que Ruby no olvidaría en su vida era el sonido de la voz de Robert mientras hablaba con ella, al caer aquella tarde, creyendo que estaba dormida cuando en realidad se había despertado con el delicado movimiento de Sarah al ponerse de pie. El sonido de su voz mientras le hablaba, quedamente, en un tono casi inaudible, de algo que ella no entendía. El sonido de su voz mientras decía:

—No sé... cómo podría...

Y luego:

—Nunca he deseado nada...

Y después, tras respirar hondamente:

—Nunca he deseado nada tanto, Ruby... No te importa si te lo cuento, ¿verdad? ... Más vale que te lo cuente... mientras estás dormida, porque así... seguirá siendo un secreto... aunque me pregunto si será un secreto, para ella... o para cualquiera... Pero qué me importan los demás... ni lo que piensen...

»Ruby...

»Es que soy joven... aunque a ti debo parecerme mayor, muy mayor... pero yo me siento joven... o me sentía, hasta... hace poco... pero incluso así..., incluso así sé... o por lo menos me puedo imaginar...

»No me puedo imaginar... nunca... sin desearla...

»*Nunca*...

»Aunque a lo mejor... en un momento dado, al acabar el día...

»Pero *si ya* se está acabando el día...

»El caso es que...

»Tienes razón, claro... Soy joven, *puede* haber más... pero yo dudo... no sé... y de todos modos... no es eso lo que quiero..., yo quiero..., yo tengo *que ganar*..., que *ganármela* de alguna manera... y si...

»Mira... Si ahora no me quiere..., si no *puede* quererme como soy..., no pasa nada... porque yo tampoco..., si no puede quererme... no me puedo querer a mí mismo.

»Y esto no tiene límites..., ni uno, Ruby... No hay nada que yo no hiciese... para

conseguir que ella quisiera...

»¿Me entiendes? ¿Me crees? ¿Sabes lo que...?

Y entonces Robert se quedó callado, al mirar hacia abajo y ver que Ruby, a quien había creído dormida, no dormía en absoluto. Estaba echada muy quieta, pero tenía las extremidades rígidas y tensas, y los ojos abiertos, tan abiertos como una

Tercera fase



puerta e hizo pasar a Terry a una habitación a oscuras en la que dos sonidos trataban de primar el uno sobre el otro: un leve zumbido, como de algún aparato eléctrico inconcreto, y una especie de merodeo silencioso, el ruido constante de unos pasitos frenéticos que parecían provenir de todas partes. Entonces el doctor Dudden encendió las luces del techo y apareció el siguiente escenario.

La habitación no era demasiado grande (era más o menos como la de Terry que daba al mar) y contenía doce mesitas, dispuestas en tres filas de cuatro. Sobre cada una de las mesas había un depósito de cristal bastante grande. Terry miró más de cerca el que le quedaba más a mano. El fondo consistía en una somera cuenca de agua, y justo por encima, a dos o tres centímetros, había algo que recordaba un plato giratorio, de unos treinta centímetros de diámetro. El depósito estaba dividido en dos por un tabique de cristal, y a cada lado había una rata blanca con la cabeza repleta de electrodos conectados respectivamente a un solo ordenador que había en el centro de la estancia. El plato giratorio se movía despacio, de modo que las ratas tenían que desplazarse constantemente si no querían ser arrojadas al agua al entrar en contacto con el tabique de cristal. Parecía que el estado de salud de las dos ratas difería radicalmente: una estaba limpia, lustrosa y con los ojos brillantes; la otra tenía el pelo descuidado y ralo, y los ojos embotados y enrojecidos.

—Bueno, señor Worth, ¿qué le parece? —preguntó el doctor Dudden, radiante de orgullo mientras desfilaba entre los depósitos de cristal—. Su primera impresión es de sumo interés para mí.

—Interesante —dijo Terry con cierta cautela, a la par que se agachaba para observar a los pobres animales más de cerca—. Creo que nunca había visto nada... tan...

—El objeto del experimento es bastante obvio, supongo. Elemental, en realidad.

—Se olvida de que, a diferencia de usted, yo nunca he sido un hombre de ciencia. Va a tener que ayudarme un poquito.

—Cómo no. —El doctor Dudden encendió el monitor acoplado al ordenador, y en unos segundos la pantalla se llenó de unas líneas quebradas, que variaban constantemente y corrían horizontalmente contra un fondo azul—. Los veinticuatro animales de esta habitación han sido conectados al ordenador —explicó—, que registra los impulsos eléctricos de su cerebro, exactamente igual que la máquina que ha registrado cada noche su actividad cerebral. Esta, sin embargo, es un poquito más sofisticada. La importé personalmente de América y me costó un ojo de la cara. Controla a todos los animales simultáneamente. Tecleando un poco —dio unas cuantas órdenes en el teclado del ordenador para demostrárselo—, puedo pasar de un registro a otro.

—Sí, eso lo entiendo; ¿pero qué es lo que hace girar los platos? Algunos se mueven y otros están parados.

—Es un experimento muy sencillo, en cuanto se comprende su objeto. Y no me puedo atribuir el mérito de haberlo inventado; como la mayoría de las grandes innovaciones en la investigación del sueño, proviene de América. A ver si se lo explico. —Señaló la rata del depósito que parecía más sana—. Esta rata es el control. La otra es la de prueba. Cuando las dos están despiertas, el plato está quieto. Cuando la rata de prueba se queda dormida, el ordenador reconoce sus ondas cerebrales más lentas y el plato giratorio se activa automáticamente. Las dos ratas tienen que empezar a moverse, para evitar ser arrojadas al agua. *Pero* cuando el animal de prueba está despierto espontáneamente, sobre el plato quieto, el animal de control puede dormir, porque *sus* ondas cerebrales no activan el mecanismo. De modo que al animal de control se le permite una cantidad reducida de sueño, pero aun así significativa, mientras que al animal de prueba no se le permite dormir nada.

—Hasta que se muere, supongo.

—Exactamente.

—¿Y cuánto tarda?

—Normalmente dos o tres semanas. A esta pobrecita —dijo, a la vez que señalaba aquel animalito demacrado y con los ojos desorbitados— aún le quedan unos días. Mientras que a este —a la vez que se acercaba al depósito más lejano— ya no le queda casi nada, diría yo. Unas horas más: seis o siete como mucho.

Solo en ese momento Terry cayó en la cuenta de que no todos los depósitos contenían un par de ratas. En los cuatro de en medio había dos conejos blancos; y en los cuatro del fondo unos cachorros de perro labrador. Era a uno de ellos al que se refería el doctor Dudden: un animalito esquelético y babeante, con la mirada completamente perdida de puro agotamiento.

Terry tragó saliva.

—¿Y cómo no ladran? —preguntó.

—Una mera inyección neutraliza sus cuerdas vocales —dijo el doctor Dudden—. Una precaución que estropea ligeramente el experimento en el caso de estos animales, pero una precaución necesaria.

—Sigo sin entender muy bien —dijo Terry (ahora las palabras le salían con cierta dificultad)— el papel del animal de control en el experimento. ¿Por qué tienen que ser dos?

—Eso se explica muy fácil —dijo el doctor Dudden—. Venga conmigo.

Había dos puertas contiguas más al fondo del laboratorio. Del interior de su chaqueta el doctor Dudden sacó dos llavecitas doradas con una cadenita, y abrió la puerta de la izquierda. Se abrió de golpe para mostrar una estancia amplia y curiosamente amueblada. No había ninguna cama, y solo una silla, con un respaldo rígido y un cojín delgadito que no invitaba nada a sentarse en él. Pero, en cambio, disponía de numerosos aparatos gimnásticos: una rueda de andar, un aparato para

remar, una bicicleta estática, y hasta una canasta de baloncesto atornillada a una de las paredes. Otra pared estaba cubierta de estanterías repletas de libros y revistas, mientras que había más estantes llenos de juegos de mesa y de ordenador. También había una televisión, un vídeo, un equipo estéreo, junto con anaqueles de cintas de vídeo y compactos.

—Como probablemente ya habrá adivinado, esta es nuestra sala de privación de sueño —dijo el doctor Dudden—. Es donde experimentamos con seres humanos. No es demasiado espartana, ¿verdad?

—No, en absoluto.

—Se dará cuenta de que mi objetivo primordial al equipar esta habitación era encontrar maneras de estimular al sujeto. Es esencial, ¿entiende?, que tenga muchas maneras de mantener su mente y su cuerpo completamente ocupados.

—Impresionante —dijo Terry distraídamente; como de costumbre, sus ojos se habían fijado en el anaquel de vídeos, y estaba entretenido consultando los títulos.

—A primera vista —dijo el doctor Dudden—. Pero en realidad es un modo bastante primitivo de estudiar la privación de sueño. ¿Sabe por qué? Supongamos que, tras tres días aquí dentro, el sujeto tenga todos los síntomas del agotamiento físico. ¿Se debería a la falta de sueño, o a que ha pasado mucho tiempo en la máquina de remar? O que sus respuestas mentales sean lentas y desiguales. ¿Se debería a la falta de sueño, o a que se ha pasado ocho horas viendo la televisión? ¿Ve cuál es el problema? ¿Lo que lo ha agotado es la falta de sueño, o *la actividad necesaria para provocar la falta de sueño*? —Hizo salir a Terry del cuarto, y cerró la puerta con llave cuidadosamente tras él—. Ese es el problema —dijo, a la vez que volvía a señalar los doce depósitos de vidrio— que soluciona de una forma tan ingeniosa este experimento. A los dos animales se les estimula de la misma forma, pero solo a uno de ellos se le somete a una constante privación de sueño. De este modo, conseguimos aislar exclusivamente los síntomas resultantes de la privación de sueño.

—Sí, ya lo entiendo —dijo Terry—. Así que lo único que les hace falta es idear una versión del experimento que sirva para los seres humanos.

—Exactamente.

Terry señaló la segunda puerta; la que hasta ahora había permanecido cerrada.

—¿Me va enseñar lo que hay ahí dentro?

El doctor Dudden se sonrió, y jugueteó con la segunda llave dorada de su cadenita.

—¿Ha pensado ya en mi propuesta? —preguntó—. Cuando lo haya hecho (y si ha decidido que quiere quedarse aquí) me gustaría que firmáramos un contrato que me dé ciertos... derechos sobre su caso. Entonces puede que le enseñe lo que hay en esa habitación. Creo que le parecerá interesante. Mientras tanto, sin embargo —concluyó mirando su reloj—, veo que corremos el peligro de perdernos la cena.

Terry se alegró de dejar el laboratorio, pero cometió el error de echar un último vistazo, justo antes de que el doctor Dudden apagase la luz, a los doce depósitos de

crystal y a sus desgraciados ocupantes. Hasta él, que había prescindido alegremente del sueño los últimos doce años, podía darse cuenta de la crueldad de aquellos métodos. Seguramente, pensó, ningún torturador pagado por el Estado, ya fuese bajo el más despótico o vengativo de los regímenes, podría idear un castigo tan malévolo como aquel: un sistema en el cual fuese la mera manifestación de su necesidad de descanso (la aparición de las ondas cerebrales lentas asociadas al sueño) lo que condenase a aquellos animales a moverse constantemente y a una vigilia sin fin. Se estremeció ante aquella ingenuidad diabólica.

—Perdone que se lo pregunte —dijo, mientras subían las escaleras que llevaban a la planta baja—, ¿pero cómo convence a sus sujetos (a los seres humanos, quiero decir) de que tomen parte en estos experimentos? No creo que les resulte muy divertido.

—No es tan difícil —dijo el doctor Dudden—, si se para usted a pensarlo.

El comedor de Ashdown había servido de sala de juegos en los días de estudiante de Terry. Ahora quedaba el espacio justo para una larga mesa de roble que podía acoger a unos veinte comensales. Se suponía que era costumbre que todos los días, a las seis y media en punto, el personal y los pacientes se sentasen juntos a cenar, pero cuando Terry y el doctor Dudden llegaron, la mayoría de los comensales ya se habían ido; solo quedaba la doctora Madison, flanqueada a un lado por Maria Granger (que sufría de narcolepsia) y al otro por una sonámbula llamada Barbara. El doctor Dudden evitó a aquel grupo intencionadamente, y fue a sentarse al otro extremo de la mesa, donde a él y a Terry les sirvieron dos platos de sopa de tomate. Tras dar un par de sorbos, y añadir una buena cantidad de sal y pimienta, el doctor Dudden reanudó su explicación.

—Afortunadamente, la universidad nos proporciona una buena fuente de personas deseosas de participar. A muchos estudiantes la sala de privación de sueño ha terminado pareciéndoles un entorno bastante agradable, comparado con gran parte del alojamiento que puede ofrecer el campus. Y además, claro, les pagamos para que tomen parte en los experimentos. Les pagamos muy bien, diría yo.

—De todas maneras...

—Usted y yo, señor Worth (¿o puedo llamarle Terry a estas alturas?), fuimos educados en aquellos días felices en que los estudiantes recibían ayudas del gobierno con las que podían pagar sus matrículas y cubrir todos sus gastos. Éramos auténticos niños mimados. Pero desde entonces ha habido que tomar medidas; medidas necesarias, bajo mi punto de vista. Hoy en día los estudiantes no se cansan de decir que están condenados a la pobreza, y que les es muy difícil mantener ese estilo de vida suyo despilfarrador y hedonista. Seguro que lo lee usted en sus propios periódicos una y otra vez. Están repletos de relatos desgarradores de desventurados estudiantes que se ven forzados a fregar platos, a limpiar parabrisas, o cosas peores. A posar desnudos, por ejemplo. Encantadoras jovencitas de la Universidad de Londres que se ven obligadas a ganarse el pan en los topless del Soho. O a bailar sobre el

regazo de los hombres, o a hacer striptease; o algunas incluso a la prostitución. Los salones de masaje de esta ciudad están llenos de estudiantes, ¿sabe?, y debería ver lo que cobran.

—No me diga...

—Bueno, eso dicen —prosiguió el doctor Dudden rápidamente—. De todos modos, me parece que me he salido del tema... Y el tema era, ¿ve?, que ofrecemos una alternativa más que aceptable a esa clase de trabajitos. ¿Le apetece un poco de vino, por cierto?

Se sirvió generosamente una copa de borgoña, y le sirvió otra a Terry; olvidándose, por lo visto, esa noche de que se suponía que el consumo de alcohol de sus pacientes estaba estrictamente regulado. Entrechocaron sus copas, y Terry dijo:

—Así que cumple usted un papel social, dicho de otro modo.

—Pues sí. Soy un benefactor público. Un héroe de esta maldita comunidad, por no decirlo demasiado finamente. Ah... qué bien, estupendo. —Se frotó las manos de placer por anticipado, mientras Janet, una de las cocineras, le servía un plato de ternera, patatas asadas y judías pintas—. No hay nada como la carne roja, ¿verdad? Ternera escocesa. Dios, se me hace la boca agua solo con verla. ¿Y a usted, Terry? ¿Le gusta la carne? ¿Es usted un carnívoro convencido, a la antigua usanza? Juraría que sí.

—Totalmente. De todas formas, no he comido mucho de esto. En cantidad de sitios ya no la sirven, ¿sabe?

—¿Por lo de las vacas locas, quiere decir? Un montón de tonterías históricas inventadas por los miembros de la profesión más despreciable y poco escrupulosa del mundo: los periodistas. —Vació su copa de vino de un solo trago, y la volvió a llenar para alarma de Terry, a la vez que le tocaba el brazo en plan de broma—. Mejorando lo presente, claro. Pues ya ve que aquí no le hacemos ningún caso a esa clase de terrorismo tan poco científico. —Señaló con su tenedor a la doctora Madison, que estaba muy concentrada hablando con sus acompañantes, al otro lado de la mesa—. Evidentemente, la señorita Antipática estará zampándose sus chuletas de nuez, o cualquier alternativa igual de poco nutritiva que haya insistido en pedir esta noche, para satisfacer sus propias y aburridas necesidades ideológicas.

—Supongo —dijo Terry— que todo el mundo tiene derecho a...

—Hábleme de sus ideas políticas —le interrumpió el doctor Dudden—. Me imagino que será usted de izquierdas, claro, como toda la gente de los medios de comunicación últimamente.

—No me interesa la política, me temo. La derecha y la izquierda se han vuelto conceptos carentes de significado. El capitalismo ha demostrado ser invencible y, tarde o temprano, toda la vida humana se regirá por las fortuitas fluctuaciones del mercado.

—¿Y así es como debe ser?

Terry se encogió de hombros.

—Así es como es.

—Pero seguramente, si se tiene un líder político con la suficiente voluntad, la suficiente fortaleza de carácter... ¿No pensó ni por un momento que, con la señora Thatcher al frente, Inglaterra estuvo a un paso de recuperar su grandeza?

—Ha sido una mujer importante, evidentemente. Pero no podría hablarle de la política que llevó a cabo. Ni me enteré.

—Y sin embargo ustedes dos tienen algo en común.

—¿De veras?

—Totalmente. ¿Acaso no atribuyó ella su éxito al hecho de que solo necesitaba dos o tres horas de sueño? —El doctor Dudden volvió a darle otro lingotazo a su vino, y se quedó un momento abstraído, con un bocado de carne roja inmóvil delante de su boca semiabierta—. Le escribí, ¿sabe? Numerosas veces, la verdad. Preguntándole si se prestaría a unas pruebas muy sencillas. Su equipo siempre se tomaba la molestia de contestar. Unas negativas corteses. Educadas pero terminantes. He seguido intentándolo, de todas formas. Hoy en día debe de tener más tiempo libre. Acabará por entender lo que trato de hacer aquí —añadió, volviéndose hacia Terry e hinchando la voz—. Tendrá la suficiente vista.

—Estoy seguro —dijo Terry, pinchando una patata.

—Napoleón tampoco dormía mucho. Ni Edison. Si se pone uno a mirar, muchos grandes hombres. Se dice que Edison *despreciaba* el sueño, y en mi opinión llevaba razón. Yo también lo desprecio. Y me desprecio a mí mismo por necesitarlo. —Se inclinó hacia Terry y le hizo una confidencia—. He bajado a cuatro horas, ¿sabe?

—¿Cuatro horas?

—Cuatro horas por noche. He mantenido ese ritmo esta última semana.

—Pero eso no puede ser bueno para usted. Ahora entiendo por qué parece tan cansado.

—Me da igual. Mi objetivo son tres, y lo conseguiré. A algunos nos cuesta mucho, ¿sabe? No todos tenemos sus dones. Por eso le envidio tanto. Por eso estoy decidido a descubrir su secreto.

Terry le dio un sorbito a su copa.

—¿Por qué despreciarlo, de todas formas? No entiendo nada.

—Le diré por qué: porque el durmiente está indefenso, impotente. El sueño pone incluso a la gente más fuerte a merced de los más débiles. ¿Se puede imaginar lo que debe de ser para una mujer con el temperamento de la señora Thatcher, con su talla moral, verse obligada a adoptar todos los días esa postura de abyecta sumisión? El cerebro, incapacitado; los músculos, inertes y flácidos. Tiene que ser insoportable.

—Nunca se me había ocurrido verlo así —dijo Terry—. El sueño como lo que nos iguala a todos.

—Exactamente. Eso es: nos iguala a todos. Como los putos socialistas. —El vino, observó Terry, empezaba a agriar el carácter del doctor Dudden, y un estallido de risa gutural proveniente del extremo de la mesa donde estaba sentada la doctora Madison

bastó para atraer su venenosa mirada en aquella dirección—. Mire a esa bruja gritona —murmuró—, ahí apretujada con sus compinches femeninas en la otra punta de la habitación. ¿Se ha dado cuenta, Terry, de que esta mesa tiende a dividirnos según a qué sexo pertenezcamos? Es cosa de ella.

—Estoy seguro de que es pura...

—La doctora Madison, ¿sabe?, tiende a preferir la compañía femenina a la masculina.

Terry dijo en actitud razonable:

—Pero eso es aplicable a muchas mujeres, ¿no?

El doctor Dudden bajó la voz.

—Creo que no ha entendido del todo mi insinuación —dijo (equivocadamente, por cierto)—. La doctora Madison —explicó, ahora en un susurro— es una hija de Safo.

—¿De quién?

—Es —dijo el doctor Dudden, y su voz se volvió aún más sibilante y, en consecuencia, más fácil de oír— una hermana de Lesbos.

Terry no tenía ni idea de si aquel eufemismo era de uso corriente o si el doctor Dudden acababa de inventárselo.

—¿Quiere decir que es tortillera?

—Exactamente. Es una jodida bollera. O, mejor dicho, una bollera que no folla.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Terry.

—Hombre, por Dios, pero si no hay más que mirarla. Lo lleva en la sangre. Se le nota a la legua. Por ejemplo, ¿ha hablado con usted desde que llegó aquí?

—No, desde aquella primera noche, no.

—Pues claro que no. Y nunca cruza más de dos palabras conmigo si puede evitarlo. Es una de esas mujeres que prefiere ignorar a los hombres porque no le interesan sexualmente hablando.

—He notado cierto pique entre uste... —dijo Terry.

—Es una buena psicóloga —dijo el doctor Dudden—. En ese sentido la respeto. Pero, a nivel personal, no tenemos nada en común. Nada de nada.

—¿Tiene usted algo en común con alguno de sus colegas? A nivel personal, quiero decir.

—No, la verdad es que no. Entre mi personal se hacen amistades, pero tienden a excluirme de ellas. —Se inclinó hacia delante en plan confidencial—. Puede que le sorprenda, Terry. A mí, desde luego, me tiene asombrado. Pero la verdad es que en esta clínica no me quieren mucho. —Se echó hacia atrás con una sonrisa de mártir—. A ver si me lo puede explicar.

Desde que Terry había visto la segunda puerta cerrada al fondo del laboratorio del sótano del doctor Dudden, había ideado un plan concreto para aquella noche, y escuchar cosas de aquel calibre varias horas más era desgraciadamente parte fundamental de él. Tras la cena, se retiraron al cuarto de estar del doctor, donde se

servió coñac, se consumió, se volvió a servir; y al coñac le siguieron una segunda y una tercera botella de vino tinto. Terry se las arregló para reducir su ingesta al mínimo, pero ya estaba bastante atontado cuando el reloj de la chimenea dio las diez. Reparó en que no se había enterado de la mayor parte de la última diatriba del doctor Dudden.

—... las hacen de otra manera en Estados Unidos —parecía que estaba diciendo—. Allí la investigación sobre el sueño está mucho más avanzada. Mi clínica es la única en su género de toda Inglaterra y, sin embargo, hay un montón de ellas en América. Con muchos medios, un personal muy preparado, y equipadas con lo último en tecnología. En América, los programas de ordenador diseñados puramente para el polisomnógrafo se fabrican y se comercializan para su venta. Hasta pueden monitorizar a los pacientes que están durmiendo en sus propias casas, porque sus ondas cerebrales se transmiten al centro de investigación a través de la línea telefónica por medio de un módem. ¿Se lo imagina? ¡Piénselo un momento! Esa es la clase de iniciativa y de innovación que estoy tratando de promover aquí, pero el apoyo que recibo es absolutamente nulo. Por culpa de la puñetera manía de este país de hacer las cosas para nada, se lo advierto. Los americanos pueden permitirse hacer lo que hacen porque tienen un sistema eficaz de seguros médicos privados que soportan el peso de toda la estructura.

—Claro, claro —dijo Terry.

El doctor Dudden dejó su copa.

—No parece que esté usted muy bien —dijo—. Los dos hemos bebido mucho. Vamos a dar un paseo.

Antes de que a Terry le diese tiempo a protestar, ya habían cruzado el vestíbulo (deteniéndose únicamente a coger una linterna de uno de los armarios) y atravesaban resueltamente el terraplén iluminado por la luna, de camino hacia el acantilado.

—¿Adónde vamos? —dijo Terry—. ¿No está un poco oscuro para esta clase de...?

—No es que tenga nada que objetar a mi falta de reputación en esta colectividad —continuó el doctor Dudden sin hacerle caso—. No me importa que me consideren un extravagante, un excéntrico. Es lo que suele sucederles a los hombres con visión de futuro. No me importa que no me dejen entrar en su masonería, por ejemplo. Para empezar, yo no quería entrar en esa puta masonería. ¿Por qué iba a querer? Me importan un pito todas esas gilipolleces, porque sé perfectamente que, cuando me haya muerto, se recordará mi trabajo. Porque soy el *único*, ¿entiende, Terry? —Se volvió y se quedó mirándolo fijamente. Se había levantado un viento muy fuerte y el mar rugía a su paso—. Soy el *único* que está trabajando en este campo que considera el sueño lo que realmente es.

—¿Y qué es?

—Una enfermedad, evidentemente. —Empezó a abrirse paso por el sendero (que en aquel punto discurría peligrosamente cerca del borde del acantilado), mientras

seguía soltando su discurso por encima del hombro—. ¡Una enfermedad, Terry, la más extendida y la que acorta más la vida de todas! Olvídense del cáncer, de la esclerosis múltiple, del sida. ¡Si uno se pasa ocho horas al día en la cama, el sueño le acorta la vida en un tercio! Lo que equivale a morirse a los cincuenta años, y nos está pasando a todos. Esto es más que una enfermedad: ¡es una plaga! Y no se libra nadie, ¿se da cuenta? Nadie, excepto... —se volvió para mirar a Terry y para coger aliento, porque ahora jadeaba, ya fuese por la emoción o por el esfuerzo—... excepto usted.

—Gregory —dijo Terry (era la primera vez que empleaba aquel nombre, y solo le salió con un gran esfuerzo)—, ¿adónde vamos?

—Bueno, no sé usted —le respondió el doctor Dudden—, pero yo voy a darme un bañito.

Encendió la linterna y de repente, para alarma de Terry, pareció que desaparecía por el precipicio. El lugar al que habían llegado era, en efecto, un sendero empinado y estrecho cortado a pico en el acantilado; un sendero, recordó Terry, que llevaba hasta una playa arenosa, a la que había ido alguna vez cuando era estudiante. Se lo pensó un poco antes de emprender aquel descenso tan peligroso y luego empezó a seguir la luz oscilante de la linterna, maldiciendo en voz baja para sí mismo.

—Así que —continuó el doctor Dudden, desde alguna parte en la distancia envuelta en la oscuridad— que me tildan de excéntrico, ¿verdad? Estupendo. Pues lo único que hago es tratar de devolverle a la humanidad la tercera parte de su existencia, pura y simplemente. Solo trato de aumentar la esperanza de vida de todo hombre, mujer o niño de este puñetero planeta en un treinta y tres por ciento. Por el amor de Dios, ¿eso no justifica hacer sufrir a unas cuantas ratas, a unos cuantos cachorritos la mar de monos? —Se detuvo un momento para salvar un declive repentino, una brecha en el sendero donde el terreno seco y arenoso se había desmoronado. Ahora gritaba, para hacerse oír por encima del estallido de las olas—. Y aunque hubiera que lamentar alguna desgracia personal, si vamos al caso, alguna puñetera fatalidad, ¿sería un precio tan terrible?

Terry apenas le prestaba atención a aquel discursito, porque le costaba mucho no perder pie, y cada vez se rezagaba más. Al final, el terreno empezó a nivelarse y sintió la arena bajo los pies. Alcanzó por fin al doctor Dudden y descubrió, un poco sorprendido, que se había desnudado del todo.

—¿Qué? —dijo el doctor—. ¿Se anima o no?

—¿A qué?

—A darse un bañito, hombre.

—Pero hace un poco de frío, ¿no?

—Vamos, muchachote, déjese de escrúpulos. ¿Dos hombres maduritos, desnudos a la luz de la luna, no son algo digno de ver desde el cielo en una noche así?

—El mar está muy revuelto.

—No ando por ahí persiguiendo culos, ¿sabe? En ese terreno no tiene nada que temer.

—No sé nadar —alegó Terry. Era una mentira muy poco original, pero funcionó.

—Pues usted se lo pierde. Cuide de mi ropa.

Extraña petición esta, de madrugada en una playa vacía, pero Terry asintió con la cabeza y luego vio cómo su acompañante salía trotando hacia el agua. Tan pronto como aquel trasero pálido y peludo se perdió de vista, agarró la chaqueta del médico, buscó las dos llaves doradas y las sacó de su cadenita. Más le valió hacerlo rápidamente, porque en menos que canta un gallo el doctor Dudden estuvo de vuelta, temblando como un loco y resollando como nunca. Los labios se le habían puesto azules y el pene se le había reducido al tamaño de un champiñón.

—¡Madre mía! —gimió, mientras se ponía como podía sus calzoncillos húmedos, y metía a la fuerza sus pies rebozados en arena por las perneras de los pantalones—. Esto resucita a un muerto. Es de las pocas cosas que ponen a prueba el temple de un hombre.

—¿Está usted bien? —dijo Terry, mientras le ayudaba a ponerse la camisa. Al doctor Dudden le temblaban tanto las manos que apenas podía abrochar los botones.

—¿Quién, yo? ¿Que si estoy bien? Pues claro que sí. Los de Tayside somos muy duros, ¿sabe? No es la primera vez que lo hago.

—Pues puede que sea la última como no volvamos pronto.

—¡Qué tontería! —dijo el doctor Dudden. Pero, de todos modos, no perdió el tiempo en subir por el sendero, y seguía tiritando cuando llegaron al vestíbulo de Ashdown y por fin se despidieron.

—Va a llegar tarde a su dormitorio —dijo, chorreando agua salada sobre las losas—. Pídale disculpas a Lorna de mi parte. Dígale que le he entretenido hablando.

—Se lo diré.

—Y piénsese lo que le he dicho. Mañana me voy, solo un par de días; así que no tiene que precipitarse.

—De acuerdo —dijo Terry—. Me lo pensaré.

El doctor Dudden alargó la mano, bostezando aparatosamente.

—Buenas noches, entonces.

—¿Ya se va a la cama?

Consultó su reloj.

—Solo cuatro horas. Pondré el despertador para las tres. Para las eres y diez, exactamente. Sé que *se puede* hacer. Usted me lo ha demostrado.

Terry se sonrió, estrechó la mano del médico, y se quedó mirando cómo desaparecía por la escalera y por el pasillo del primer piso. Esperó un poco más, hasta que oyó cómo se abría y se cerraba la puerta de su dormitorio. Luego cruzó el vestíbulo y bajó sigilosamente las escaleras que llevaban al sótano.

Evidentemente, había tenido la precaución de memorizar la clave de ocho dígitos que abría la puerta del laboratorio, aunque le había costado mucho retenerla ante el ataque combinado del alcohol y del rollo que le había soltado el doctor Dudden. A esas horas la lavandería estaba desierta, y había un silencio sepulcral, bastante

asombroso, en el pasillo del sótano mientras tecleaba el número. Sintió la agitación propia del nerviosismo animal en cuanto abrió la puerta, pero trató de no mirar los depósitos mientras pasaba entre ellos. Oía el ruido de patitas cansadas contra los platos giratorios. Luego, cuando llegó a la pared del fondo, dejó de lado la puerta de la izquierda y se dirigió directamente hacia la que el doctor Dudden había rehusado abrir ese mismo día. Se abrió fácilmente, y cuando la cerradura hizo clic, una luz cenital se encendió sola.

Al principio, Terry no comprendió lo que veía, porque parecía estar contemplando una especie de habitación dentro de otra habitación. Justo delante de él había un grueso panel de plexiglás, y unos tres metros más allá un tabique (por la pinta, de contrachapado) con tres objetos alineados: una nevera, un lavabo y un retrete. Dos o tres centímetros por debajo del tabique, había una amplia plataforma semicircular de madera, como a medio metro del nivel del suelo. La zona que separaba la plataforma del suelo estaba llena de agua clorada y azul.

Lo que Terry estaba contemplando, se dio cuenta de repente, era un enorme depósito o una enorme jaula de plexiglás, casi tan grande como la habitación que la albergaba. Se podía rodear por completo el recipiente, descubriendo al hacerlo (tal como había esperado) que se hallaba dividido en dos cámaras idénticas, cada una de las cuales contenía el equipo básico diseñado especialmente para que pudieran ocuparlas seres humanos. En lo alto del tabique se había hecho un agujero, del que colgaba a cada lado una maraña de alambre rematada por un juego de electrodos. En resumen, se trataba de una versión a gran escala de los aparatos del laboratorio, con un plato giratorio lo suficientemente amplio como para acoger a dos seres humanos.

—Está loco —susurró Terry para sí mismo, mientras completaba su tercera vuelta al tanque, escrutándolo con una mezcla de temor reverencial y estupefacción—. Completamente loco...

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una nota arrugada: el anónimo que le habían mandado, hacía casi una semana, a modo de flecha de papel: «PREGÚNTELE POR STEPHEN WEBB». Instintivamente, Terry supo que existía una conexión entre aquel mensaje y la monstruosa estancia en la que ahora se encontraba. Stephen Webb (fuera quien fuese) había estado allí, había tomado parte en uno de los experimentos del doctor Dudden. ¿Y luego qué? Un accidente, tal vez, o incluso una fatalidad (sí, el doctor Dudden había empleado aquella palabra) que alguien animaba ahora a Terry a investigar. El médico tenía enemigos en aquella clínica (muchos enemigos probablemente) y a Terry se le pedía que se pusiese de su lado. Parecía que, en cierto sentido, contaban con él.

Abandonó la estancia y salió del laboratorio, cerrando ambas puertas tras él. Decidió intentar olvidar el código de ocho dígitos. No quería volver a bajar allí.

Mientras subía de puntillas las escaleras que llevaban a la planta baja, Terry pensó, en cambio, en su fotografía perdida. Pensó en la posibilidad de que tal vez pudiera volver a dormir y a soñar. Sin la menor duda, había una importante historia

que contar sobre Stephen Webb; pero él era crítico de cine, no un reportero. Sencillamente, no era el hombre adecuado.

Además, ya se había retrasado una hora en irse a la cama.

ANALISTA: Hábleme de lo que sentía por Robert

ANALIZANTE: Era la única persona con la que podía ser completamente sincera. Confiaba en él y [...] se lo podía contar todo.

ANALISTA: Y, aun así, ¿nunca fue su novio?

ANALIZANTE: No. Era más bien como una hermana para mí. Quiero decir un hermano.

ANALISTA: Ha dicho una hermana.

ANALIZANTE: Quería decir un hermano.

ANALISTA: ¿Tiene usted algún hermano o hermana? Nunca me habla de ellos.

ANALIZANTE: Una hermana, sí. Es ocho años mayor que yo, y se fue de casa cuando yo tenía trece. Fue una decisión bastante repentina.

ANALISTA: Y Robert, me parece, también desapareció súbitamente de su vida.

ANALIZANTE: De golpe y porrazo, sí.

ANALISTA: Bueno, vamos progresando.

Desde el sendero del acantilado, vieron a Terry sentado junto a la ventana de su dormitorio, encorvado sobre su mesa, mientras su flexo emitía un destello parecido al rayo de un faro diminuto. Le saludaron con la mano, pero no los vio, o no le apeteció responderles.

Siguieron andando. De cuando en cuando, Robert se atrevía a mirar los ojos de Sarah; no porque le apeteciese mirarla directamente (aunque nunca se cansaba de hacerlo), sino porque quería mencionarlos en su poema, y no acababa de encontrar la forma de describirlos.

En tus ojos (no sé cómo) hay...

En sus ojos... ¿dulces y tiernos? ¿Cálidos y chispeantes? ¿Claros y presentes? ¿Sanos y cordiales?

No, aquello no servía. Trató de apartar el problema de su mente y concentrarse en lo que ella estaba diciendo: algo sobre no sé qué prenda que Veronica había comprado hacía poco, que parecía que a Sarah no le gustaba nada; y algo sobre una carta que Veronica había recibido, y que luego había escondido, negándose a hablar de su contenido. Sarah estaba bastante nerviosa con aquel par de novedades, por lo visto. Y Robert hacía lo que podía por entender por qué.

—¿Se lo has contado a alguien más? —preguntó.

—Pues claro que no. Eres la única persona con la que puedo hablar. ¿A quién se lo iba a decir?

—Me parecía que le podías haber contado algo a Terry.

Sarah se rio sin ganas.

—No podría conseguir que atendiese a *nada* que no fuese una película. No se lo irás a contar, ¿verdad?

—Claro que no —dijo.

—Es que sé lo amigos que sois.

Volvió a mirarla a los ojos y trató de decidir si eran azules o grises. Azules, definitivamente.

En tus ojos azules y no sé qué más...

Subieron la escalerita de piedra y llegaron a una bifurcación en el sendero. Un camino llevaba hasta la ciudad (a una distancia de unos tres kilómetros) bordeando el acantilado. El otro salía a la carretera principal, donde se podía coger un autobús. Decidieron que era demasiado tarde para ir andando, y se encaminaron hacia la carretera.

¿Tus sempiternos ojos azules?

No, las montañas eran azules y sempiternas, no los ojos. Además, seguramente eran más grises que azules.

—Estoy seguro de que no tiene nada de particular —dijo.

—Tienes razón. Creo que me estoy pasando de la raya.

—Al fin y al cabo, lo único que ha hecho es comprarse algo de ropa sin pedirte opinión. No tiene nada de malo.

—Sí, pero era un *traje*, Robert. Un horrible trajecito de etiqueta, corriente y vulgar. Sabe perfectamente que es la última cosa que me gustaría que se pusiese.

Era esta clase de detalles (los pequeños detalles) lo que a Robert le costaba soportar. La idea de que Sarah y Veronica hasta se vestían para adaptarse al gusto de la otra le volvía loco, y se dio cuenta de que no podía contenerse:

—De todos modos, es una cuestión bastante tonta, ¿no?

—No, Robert, no es ninguna *tontería*. —Toda su dureza, la parte de ella que a la vez le daba más miedo y le fascinaba más, salió a relucir de golpe—. Es un síntoma de algo. Es señal de que nos estamos alejando cada vez más. He puesto todo lo que tenía en esta relación y está empezando a venirse abajo... No sé qué debería hacer.

—Seguro que no está empezando...

—Esto no es un *ligue* corriente y vulgar, ¿sabes, Robert? Estamos hablando de mi futuro. Salir con Ronnie fue una decisión muy importante para mí. La más importante que he tomado nunca.

—Ya lo sé.

En tus ojos grises y reflectantes...

¿Reflectantes? ¿Reflexivos? Ninguna de las dos cosas era especialmente adecuada, ahora que lo pensaba.

—Quiero decir que no es cuestión solo de ese maldito traje —continuó Sarah—. Últimamente no nos comunicamos en ningún terreno. Todas esas ideas para el año que viene... Parece que no consigo que le interesen lo más mínimo.

Sarah aún tenía esperanzas de encontrar trabajo en una escuela del pueblo, y de

alquilar una casa con Veronica que, en teoría, trataría entonces de sacar del anonimato a su famoso grupo de teatro. El curso se había terminado oficialmente, ya habían pasado los exámenes finales, se habían entregado las notas y, en unos días, todo el mundo se iría de Ashdown para siempre. Se les acababa el tiempo: no solo a Sarah y a Veronica, sino también a Robert.

Para obviar aquella idea, y el pánico que le producía, dijo:

—Bueno, no creo que tengas que preocuparte por eso. Parece que está más metida en el teatro que nunca, por lo que se puede ver. La última vez que hablé con ella (hace unos días en el Café), no sabía hablar de otra cosa. De esa mujer que le había dado un cursillo en el Laboratorio de las Artes... De la tal Celia no sé qué...

—¡Celia Blake! —Sarah se volvió contra él y casi gritó el nombre. Se sobrecogió al darse cuenta de lo tensa que estaba últimamente, de lo rápido que se enfadaba por nada—. Ya sé, anda muy entusiasmada con *ella*. Tan entusiasmada como para irse hasta Londres la semana pasada a verla en no sé qué obra; y quedar con ella después de la función, supongo.

—¿Pero quién es?

—Fueron juntas al colegio. Tres años o algo así. Y ahora Celia es medio famosa, así que vino a dar ese cursillo, y cuando terminó Ronnie se le acercó y la otra se acordaba y ahora están enrolladísimas.

—¿Pero la tal Celia es gay?

—Me imagino.

Pasaban pocos coches por la carretera. Sarah se apoyó contra la parada del autobús, suspiró profundamente y alzó la cara hacia el sol poniente. Ahora sus ojos no parecían ni azules ni grises. Casi tenían un tinte verdoso.

En tus ojos policromos...

No, eso era horrible. Aunque le gustaba bastante el ritmo que tenía: le gustaba la idea de usar una sola palabra de cuatro sílabas en vez de aquellas dos más ligeras y sin peso específico.

En tus ojos polimorfos...

En tus diatónicos ojos...

La cosa iba más por ahí. Pero antes de que pudiese pensar otras alternativas, Sarah se había vuelto de nuevo hacia él; seguía dándole vueltas al comportamiento de Veronica y tenía una expresión intolerante y acusadora.

—Mierda, por eso se compró el traje, ¿entiendes? Para ir a verla a Londres. Juraría que se emperifolló toda para poder entrar en los camerinos de algún teatro del West End, y luego en algún restaurante pijo.

—¿Lo llevaba puesto cuando se fue?

En tus antisépticos ojos...

—Esa mañana no la vi. Ni tampoco cuando volvió.

—¿Se quedó a pasar allí la noche?

—Con su prima. O eso dijo.

O incluso...

En tus narcolépticos ojos...

Sí, era una posibilidad. Aún no estaba muy seguro de que Sarah padeciera narcolepsia, pero se le había venido la idea a la cabeza un par de veces, cuando había considerado sus extrañas pautas de sueño, sus curiosos sueños alucinatorios, y su tendencia a dormirse de cuando en cuando en algunos momentos del día. En cualquier caso, aquella palabra encajaba muy bien en esa línea de conducta.

—Quiero decir... suponiendo que la carta fuera de ella.

Ahora él ya no la seguía: le había fallado la concentración.

—¿Qué?

—Suponiendo que la carta fuera de ella, de Celia —dijo Sarah, con una voz tensa de pura exasperación.

—Bueno... —Robert sabía que no era muy honesto por su parte alimentar aquella sospecha, pero se dio cuenta de que no podía evitarlo—. Supongo que sí. ¿Te fijaste en el matasellos?

—Si casi ni vi el sobre... Se lo arrancó a Terry de las manos en cuanto se lo trajo a la cocina, y luego se lo guardó en el bolsillo. Después, cuando subí y la encontré leyendo la carta... —Todo empezaba a encajar: era todo horriblemente verosímil—. Sí, seguramente *era* de ella. Estaba toda colorada, radiante. Nunca he visto a nadie tan feliz.

—¿Y luego qué pasó?

—Le pregunté de quién era, claro. Y se limitó a decirme que ciertas cosas eran privadas y la guardó en su escritorio. A propósito. No me apetecía tener una pelea, así que le dije que solo se lo preguntaba porque había pensado que podía tener algo que ver con el grupo de teatro. Sabía que había estado escribiendo cartas pidiendo ayuda económica. Y, evidentemente, no sabía por dónde salir porque se puso a divagar y acabamos hablando, ya ves tú, de...

—¿De historia?

Sarah se rio, con aquella risa burlona que empleaba para reírse de sí misma y que él conocía tan bien, pero que nunca dejaba de pillarle por sorpresa; resultaba extraña y veleidosa aquella habilidad para volverse contra ella misma en un momento, con independencia de su estado de ánimo. Era una cualidad que, por lo visto, solo las mujeres poseían, y a Robert le daba mucha envidia.

—¡Dios mío! —dijo ella, sonriendo—. Me estoy convirtiendo en un auténtico coñazo, ¿verdad? Seguro que ya te lo he contado todo antes. Y ahora me vas a decir que ya tuvimos esta misma conversación hace un par de días, exactamente con las mismas palabras, y que me has estado tomando el pelo.

—No, no es eso. Para nada. Solo que Terry dijo algo ayer... Creo que era que le habías hecho una pregunta muy curiosa. Algo sobre los *Zeitgeists* y... y las coyunturas históricas, o algo así.

—Es cierto. Tuve que preguntarle qué era un *Zeitgeist*. Qué vergüenza. Casi tanta

—reflexionó— como salir con alguien que usa palabras así todos los días. De todas maneras, de repente parece que ese es el principal problema para sacar el grupo de teatro adelante. El *Zeitgeist*. Según Ronnie, puede que esta no sea la coyuntura histórica adecuada, y cito literalmente.

—¿Se lo está pensando?

—Por lo que yo sé, no tiene nada que ver con pensárselo o no. La historia está contra ella; así de simple. Están cambiando las prioridades. Y los valores también se encuentran en un permanente estado de cambio.

—¿«En un permanente estado de cambio»? ¿Dijo eso?

—Increíble, ¿no? Me pregunto si estaría colocada, la verdad. Pero era un poco temprano hasta para ella. —La ligereza de su tono era forzada. La cortó de golpe—. Dios mío, Robert, ¿qué voy a hacer?

Apareció un autobús en el horizonte, que se acercó traqueteando hasta ellos. Estaba casi vacío, así que Robert tuvo que privarse del placer de sentarse junto a ella, que, en cambio, se sentó enfrente de él, con la espalda apoyada contra la ventanilla, las piernas estiradas en el pasillo, y la mirada perdida.

—¿Crees que debería echarle un vistazo a esa carta sin que ella me viera? —preguntó.

En tus narcolépticos ojos. Robert pensó que aquella era justo la expresión. Aún no sabía que resultaba totalmente precisa (médicamente hablando) en el caso de Sarah, pero el ritmo y el sonido eran perfectos. Lo que significaba, en último término, que el poema estaba terminado. Le había costado meses, pero ahora podía llevarlo al Café, y pedirle a ella que lo buscara entre las páginas de aquel libro tan especial. Se vería forzada a ir allí en los días siguientes, aunque solo fuera por los viejos tiempos.

—Sí —dijo; y se preguntó de paso si alguna vez se le quitaría aquel vicio: aquella manía de decirle lo que ella quería oír—. Dado el caso, creo que está totalmente justificado.

—Muy bien. —Le recompensó con una amplia sonrisa de agradecimiento—. Pues entonces es lo que haré.

En el tren, Terry trató de concentrarse en buscar equivocaciones y erratas en su artículo para *Frame*, cuyas galeras le habían llegado aquella mañana. Pero le distraía demasiado la presencia de su amigo, Joe Kingsley, que estaba sentado al otro lado de la mesa. Por una razón: aquella maldita gorra. Si había una clase de gorra que Terry despreciase por encima de todas, era la gorra de béisbol. No pasaba nada porque la llevaran los niños, claro, pero cada vez que veía una en la cabeza de un adulto parecía que simbolizaba todo lo que odiaba más de América, con más fuerza incluso que la figura del ratón Mickey o los últimos anuncios de Coca-Cola o las hordas de gigantescas emes amarillas que hasta empezaban a avanzar sobre Inglaterra como un virus descontrolado. Y, lo que aún era peor, Kingsley *la llevaba puesta al*

revés. Aquello, sin lugar a dudas, era el colmo de la imbecilidad. Solo por eso, a Terry le daba vergüenza estar sentado con él. Y la otra cosa que le distraía era cómo Kingsley iba leyendo una revista de cine (bueno, no exactamente una revista, sino una de esas que te regalan en los cines, llenas de fotos en color y articulitos sacados de gacetillas de prensa). Movía los labios mientras leía, y cuando escudriñaba un párrafo especialmente denso decía las palabras más difíciles en voz alta, susurrándolas lentamente.

—Oye, Kingsley —dijo Terry, incapaz de soportarlo un minuto más—, ¿quieres hacer el favor de callarte? Estoy tratando de trabajar.

—No estaba diciendo nada.

—Mascullabas para ti mismo. No me puedo concentrar.

Kingsley lo miró furioso, luego se puso a leer otra vez su revista, diciendo:

—¿Por qué no te relajas un poco? Te estoy haciendo todo un favor.

Terry era consciente de eso, pero no estaba dispuesto a mostrar su gratitud. Se rebeló ante la idea de estar en deuda con Kingsley, que había sido su *bête noire* personal ya desde su misma llegada al departamento de cine, al principio del segundo trimestre. Joven, sin afeitar, granujiento y dotado de un gañido chillón muy particular, era el hijo de un ejecutivo norteamericano que trabajaba en ese momento en Inglaterra con un contrato de seis meses. Kingsley hijo, que se había quedado a medio camino de un curso de dirección de cine en alguna universidad de poca monta del Medio Oeste, había aprovechado la oportunidad para acompañar a su padre en el viaje, y había sido acogido inmediatamente en la universidad durante dos trimestres: acuerdo asegurado, como era bien sabido, por la donación de unos fondos muy sustanciosos para una nueva residencia. Era gritón, engreído, incoherente, rico y universalmente despreciado por los demás estudiantes. También había hecho ya (y ahí era donde entraba en juego una pizca de envidia) dos cortos en su país, financiados en parte por su padre; y a juzgar por las copias en vídeo que se había traído a Inglaterra, daban todas las muestras (por lo menos a un nivel técnico) de ser bastante buenos, para mortificación ajena. De hecho, el segundo, una película de treinta minutos, con un clímax ruidoso y violento, había impresionado incluso a la selecta camarilla de eruditos pelicularos a los que les gustaba reunirse en torno a la mesa de la esquina del Café Valladon; con la sola excepción de Terry, que sostenía que toda aquella espectacular secuencia final no era más que «un montón de edificios estallando», y que la película, considerada como un todo, no reflejaba «ninguna visión coherente». (Si los demás creían que se daba importancia, no dijeron nada). Así que aún estaba más enfadado consigo mismo por haberse emborrachado una noche en el bar del sindicato y haberle contado a Kingsley lo de su ambición de escribir un guión que abarcase un periodo de rodaje de cincuenta años. De aquella breve conversación teñida de alcohol, Kingsley había sacado la impresión de que Terry era una especie de visionario y, a partir de aquel momento, insistía en referirse a él simplemente como «el guionista» cada vez que salía a relucir su nombre. Y esa

era la razón, por lo visto, de que le hubiera pedido verse con él, tan inesperadamente, hacía unas semanas.

—Mi padre se ha hecho medio amigo de este productor —le había explicado—. Parece que está en Londres para rodar una película, y papá le ha enseñado mis cosas, y ahora quiere conocerme.

—Eso es estupendo, Kingsley. Me alegro por ti. ¿Pero por qué querías contármelo?

—Porque ahora necesito un guionista. Aunque la cosa sea de Joe. De Joe Kingsley.

—Sigo sin ver para qué te hago falta.

—Tú eres guionista, ¿no? Escribes guiones.

—Bueno, sí, ¿pero qué...? No te estarás refiriendo a mi guión, al del que te hablé...

—No, el tío este ha comprado los derechos de un par de cosas. Solo nos hace falta un guionista. Alguien que escriba guiones.

Terry aún no tenía muy claro por qué había aceptado aquel ofrecimiento. Estaba convencido de que acabaría siendo un desastre. Al final había sucumbido a la presión de Robert y Sarah, que hicieron lo imposible para convencerle de que, como mínimo, le proporcionaría la oportunidad de mostrar algo de su propio trabajo a una figura influyente de la industria; por lo que un día entero en compañía de Kingsley parecía, bien pensado, un precio bastante bajo.

—¿Por qué te quedas mirándome?

Terry se revolvió, culpabilizado, en su asiento, consciente de que hacía un rato que contemplaba, como hipnotizado, aquel objeto vergonzante: la gorra.

—Lo siento —dijo—. Estaba pensando en otra cosa.

Kingsley soltó un bufido y pasó una página de su revista. Al poco rato dijo, frunciendo el ceño:

—Aquí dicen no sé qué de *El tercer hombre*. ¿Sabes algo de eso?

—Sí, es una película.

—No había oído hablar de ella. Tiene que ser muy antigua.

—Del cuarenta y nueve.

—Jo. Será muda, entonces.

—No, no es tan antigua. Me sorprende que no hayas oído hablar de ella. Es muy famosa. Dirigida por Carol Reed.

—Ni siquiera sabía que ya había mujeres directoras en esos años.

En realidad, a Terry no le sorprendía nada que no hubiera oído hablar de ella. La profunda ignorancia de Kingsley en lo que a historia del cine (previa a *El padrino*) se refería nunca dejaba de fascinarle.

—Por cierto, quería preguntarte —dijo— qué opinas de Hawks.

Kingsley dejó la revista, al parecer contento de que por fin fueran a tener una conversación como mandaban los cánones.

—Me gustan —respondió tras pensárselo un poco—. Los halcones^[7], las águilas ratoneras... y sobre todo las águilas reales. Todas las aves de presa, me parece.

—Ajá. —Terry tamborileó los dedos contra la mesa, y luego esperó un poco antes de preguntar—: ¿Y no te parece que Welles está bastante sobrevalorado?

—Desde luego que sí. El mes pasado estuve allí con papá, y Bath es mucho más bonito. No tiene ni comparación.

—Tienes toda la razón. —El tren atravesó una estación a toda velocidad—. Oye, Kingsley, ¿tú crees que la respuesta a la crisis de la industria cinematográfica inglesa está en una vuelta a los principios del Free Cinema?

Esa tuvo que pensársela.

—No tiene por qué —dijo por fin—. Creo que a la gente hay que hacerle pagar^[8] por sus butacas como en cualquier otra parte.

Terry soltó una carcajada.

—Desde luego eres la monda...

—¿Pero de qué me estás hablando?

—Hawks y Welles son directores de cine —dijo Terry, riéndose aún—. Y el Free Cinema es el nombre de un movimiento que tuvo mucha influencia en los años cincuenta.

—Y tú, —dijo Kingsley, mientras se ponía de pie, enfadado, y le hacía un corte de mangas— eres un presumido de mierda. —Y salió, furioso, hacia el vagón-restaurante.

Encantado de que lo dejaran solo un rato, Terry dirigió su atención hacia las galeradas de su artículo.

Tenía buenas razones para sentirse orgulloso de su primera incursión en el periodismo: *Frame* no solo había aceptado publicar su artículo inmediatamente, sino que además el consejo de redacción le había ofrecido un empleo de redactor fijo en la revista, a la vuelta de unas semanas, a principios de septiembre. Parecía que estaban lo suficientemente satisfechos con que, a pesar de su completo fracaso a la hora de encontrar una copia de *Sergente Cesso* o por lo menos alguna foto de producción o un ejemplar del guión, Terry hubiese escrito un interesante y valioso artículo donde por primera vez se recopilaba una gran cantidad de información anteriormente dispersa. Estaba, por ejemplo, el caso curioso de un crítico de cine inglés que había volado hasta Italia para un pase privado de la película solo para que lo encontraran muerto doce horas más tarde en la habitación de su hotel a las afueras de Roma, con un tiro en la cabeza, un revólver junto a él y una nota en la mano, en la que estaba garrapateado este breve mensaje: «La vida no se puede aguantar». *Variety* había hecho referencia al incidente esa misma semana, bajo el titular «Una película asquerosa acaba con un crítico brillante», y aunque había añadido que cabía otra explicación del suicidio (al crítico lo habían abandonado recientemente su mujer y sus hijos), parecía que no había duda de que el exponerse al nihilista *tour de force* de Ortese había sido un factor determinante. Terry se quedó desconcertado y fascinado

por aquella noticia, que aun así proporcionaba muy poca información sobre lo que se veía exactamente en la película o por qué podía haber producido un impacto tan profundo y directo en uno de sus espectadores. Igual de misterioso era un artículo de hacía ocho años de una revista universitaria canadiense llamada *La Revista Trimestral de la Medicina Urinaria*. En ella se reseñaba el caso clínico de un representante (ya retirado) de una distribuidora italiana, que había visto la película y, a la vez que se había negado firmemente a revelar su contenido, había sufrido a partir de entonces una extraña dolencia de vejiga, que le hacía incapaz de orinar en presencia de otros hombres.

Cuanto más leía Terry sobre aquella película, más fascinado quedaba. ¿Qué perversa mezcla de escatología y política radical podía haber tramado Ortese para dar lugar a todos aquellos mitos y rumores tan extraños? No era la primera persona que se interesaba por el tema, pero parecía que los investigadores anteriores habían descubierto muy pocas cosas. El supuesto director de fotografía de la película se había negado desde entonces a reconocer cualquier relación con ella; su montador sostenía tenazmente que no existía; el diseñador de vestuario, que actualmente pasaba ya de los ochenta años y no estaba en posesión de sus facultades mentales, creía que se habían destruido todas las copias pero la recordaba como «una película fundamentalmente tierna y romántica»; mientras que en 1973 su protagonista (por lo visto, en respuesta a la experiencia de haber rodado la película) había entrado en una remota orden monástica que observaba un estricto voto de silencio.

El tema seguía ocupando el pensamiento de Terry a la hora de la comida.

—No, no he visto nunca esa película —dijo el productor, que resultó ser un hombre delgado, enérgico, y de aspecto afable, de unos treinta y tantos años. Se llamaba Bruce Logan. Había hecho esperar a Terry y a Kingsley un cuarto de hora en el bar del Atheneum, y los había llevado a un restaurante de Mayfair, a la vuelta de la esquina—. He oído hablar de ella, claro. Me sé todos esos cuentos. Pero una vez vi en París la versión sin censurar de *Salo* y ya me llegó. —Se sirvió un poco de chapata y les ofreció a ellos—. Es una película con una gran influencia de Ortese, claro. Hasta me contaron que se usó parte de su metraje. —Se volvió hacia Kingsley—. ¿Te gusta el Pasolini?

—La verdad es que iba a pedir una hamburguesa. —Estaba estudiando el menú con mucho detenimiento.

—¡Qué gracioso es! —dijo Terry, riéndose sin entusiasmo y dándole una patada a su acompañante por debajo de la mesa.

Logan movió la mano con un gesto etéreo y despectivo.

—Así que este chaval nunca ha oído hablar de cierto director italiano marica, que hizo unas cuantas películas bastante repipis. Pero qué más da... Las películas europeas de arte y ensayo ya han pasado de moda, de todas formas. Diez años más y no quedará ni rastro. Otros diez y nadie será capaz de encontrar un solo miembro de ese público de pago que sepa decirte quién era Renoir. Además, no estoy aquí para

poneros a prueba, chavales. Esto no es ningún examen.

—Pues él no tiene ni puñetera idea de películas americanas —dijo Kingsley, con su peor gañido—. Ni siquiera ha visto entera *Los cazafantasmas*. Se salió a la mitad.

Terry pegó un bufido.

—Esa birria de peliculita para menores, más falsa que...

—¿Te gustó, entonces? —le preguntó Logan a Kingsley.

—La he visto siete veces. Es un peliculón. Un peliculón de los que hacen época. Tiene unos efectos especiales impresionantes.

—Sí. Creo que en esa el Multicomp se lució.

—¿El Multicomp?

—El Sistema Multiplano Computerizado —explicó Kingsley—. Se usa como una cámara *matte* sobre un sistema de rodaje panorámico inclinado. Dicen que es mucho mejor para la proyección trasera que la *Automatte*. —Se volvió hacia Logan—. Los efectos de esa película son tan *limpios*; parece increíble. ¿Cómo lo harían?

—Creo que la rodaron en sesenta y cinco milímetros y luego la montaron en treinta y cinco milímetros anamórficos. Eso fue lo que yo entendí, por lo menos.

—Jo. Eso lo explica todo.

—Parece que este caballero está esperando que le pidas algo —dijo Terry, señalando hacia un camarero a la espera.

—Ah. —Kingsley cogió su menú—. Aún no me he decidido del todo.

Terry se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué pedir.

—¿Te gustan los *tortellini*? —preguntó.

Kingsley se quedó mirándolo en plan desafiante.

—Pues claro —dijo—. Sobre todo las primeras, en blanco y negro.

Mientras esperaban que les sirviesen el primer plato, Logan esbozó su propuesta. Trabajaba para uno de los estudios más importantes de Hollywood, y en aquel momento intentaba sacar adelante unos diez o doce proyectos, todos ellos con vistas al principal mercado americano. Tras ver los dos cortos de Kingsley y quedarse muy impresionado, sobre todo por su manejo de las secuencias de acción, y habiendo oído hablar de las cualidades creativas de Terry, profusamente alabadas por su compañero de estudios, esperaba que accedieran a trabajar para él en uno de los dos proyectos de los que había adquirido los derechos: el primero era una tira cómica muy famosa, llamada *El espía y su hijo*, que quería adaptar a la pantalla.

Los ojos de Kingsley se iluminaron cuando oyó ese título, aunque Terry nunca lo había oído, ni tampoco sabía nada del supuestamente famoso libro de cómics en el que salían.

—¿No sabes quiénes son *El espía y su hijo*? —dijo Kingsley—. Pero si son estupendos; no me creo que aquí no los conozcáis. Pues el tipo ese es como un James Bond a la americana. Pero hay una diferencia: es viudo, y tiene un hijo de treinta años, muy listo y muy gracioso, que lo acompaña en todas sus misiones.

—Exactamente —dijo Logan—. Su mujer muere en un accidente de coche antes

de que empiece la película; evidentemente de eso no sale nada, porque no vamos a empezar en plan dramón. Así que, para que nos entendamos, se trata de una especie de James Bond americano de los ochenta, solo que más real.

—¿Más real? —repitió Terry, casi sin énfasis.

—Exactamente. Porque se trata de un tipo que no descuida sus responsabilidades familiares, ¿vale?, así que la mayor parte del tiempo se la pasa por ahí, arriesgando su vida por su país y derrotando al comunismo y lo que sea, pero al final del día tiene tiempo de volver a casa con su hijo y compartir una pizza o ver un partido. Como una familia de verdad.

—Lo curioso del caso —dijo Kingsley— es que, cuando salen por ahí, siempre es el chico el que derrota a los malos. Como la vez en que dos espías rusos quieren perseguirlos, pero pisan una especie de chicle y se les quedan los zapatos pegados al suelo. —Logan y él se echaron a reír como locos—. O como cuando está disparando contra un montón de árabes, pero lo que les dispara son pelotas de ping pong y se les quedan a todos encajadas en la boca.

—¿Te das una idea del tipo de película? —preguntó Logan—. Es una cosa muy visual. Muy cinematográfica.

Terry aspiró hondo.

—No me vengáis con rollos —dijo.

Logan se quedó mirándolo con curiosidad, pero si se sintió ofendido, no lo traslució.

—Está bien —dijo—. A lo mejor esta es más de tu estilo. Tengo los derechos de una novela que trata de dos policías de Nueva York que trabajan en los mismos casos. Pero puedes hacer lo que te dé la gana con el libro, porque lo único que quiero conservar es el título: *Como el agua y el vino*. ¿A que es un título estupendo? Así es como se llaman, ¿entiendes?: el oficial Chalk y el oficial Cheese^[9].

»Y la gracia está en que no solo trabajan en los mismos casos, sino que, cada uno por su cuenta, siempre contestan los mismos anuncios del periódico, así que acaban viviendo juntos en el mismo piso.

—Es genial —dijo Kingsley—. Me encanta.

—Uno es un poco mayor y, ya te imaginas, un poco excéntrico, un poco inconformista, un poco gilipollas...

—Algo así como... ¿Jim Belushi?

—Exactamente. Muy bien. Y el otro es más joven, más ingenuo; es un idealista y respeta las reglas del juego...

—Pongamos entonces como... ¿Tom Cruise?

—Podría ser. Podría ser perfectamente. Y para mí la película sería una especie de cruce entre...

—... entre *La extraña pareja* y *Harry el Sucio*, por ejemplo.

—Genial. Me has entendido estupendamente. Y por supuesto también está el jefe, que es, mmm... duro pero simpático. Firme pero legal.

—Y negro, evidentemente.

—Ni que decir tiene.

—Una especie de... James Earl Jones.

—Justo. Y luego nos hace falta una especie de rollo romántico-sexual...

—Ya, así que Tom Cruise tiene una novia, ¿no? Un poco mayor que él, con un poquito más de experiencia. Un papel que le iría muy bien a Jamie Lee Curtis, por ejemplo...

—Sí, con un vestido negro ajustado.

—Un vestido negro muy, pero que muy ajustado. Con las tetas saliéndose un poco.

—Hablamos el mismo idioma, Joe. Solo que Tom Cruise no sabe que ella es puta y que Jim Belushi se la ha estado tirando.

—¿Y Tom Cruise también se la tira?

—Pues claro que Tom Cruise se la tira.

—O ella también podría dedicarse al striptease.

—Puede ser. Sí, podría dedicarse al striptease.

—¿Pero él se la seguiría tirando?

—Pues claro que él se la seguiría tirando. Y Jim Belushi *también*. Se la tira todo el mundo.

—¿Y el jefe? ¿También se la tira?

—Oye..., ¿no hemos dicho que era negro? No vayamos a joder las cosas, Joe, por el amor de Dios. —Logan se volvió hacia Terry, que hasta el momento no había tomado parte en aquella conversación sobre un guión improvisado—. Si no te importa que te lo diga, no has hecho ni una aportación. Por lo visto, Joe y yo lo tenemos que hacer todo.

Terry estaba recostado en su silla, con los brazos cruzados.

—Me parece una idea horrible —dijo—, creo que ya he visto esa película como veinte veces.

Se produjo un largo silencio, roto tan solo por los ruidos de Kingsley mientras intentaba meterse un gigantesco ovillo de pasta en la boca.

—Así que te parece horrible, ¿eh? —Ya fuera consciente o inconscientemente, Logan también se recostó en su silla y cruzó los brazos, imitando la postura de Terry—. Bueno, pues si se te ocurre alguna idea mejor, me encantaría oírla. Aquí Joe me ha dicho que estabas trabajando en un guión original tuyo, de hecho.

—Pues sí, es cierto —dijo Terry, bastante dubitativo.

—¿Me puedes contar de qué va?

—Claro. Trata de..., bueno, es sobre un hombre y... su vida, sobre todo.

—¿Su vida? —Logan alzó las cejas—. Suena bien. Y... ¿le pasa algo en su vida que haya que saber?

—Pues sí. —Terry se enderezó y se limpió las comisuras de la boca con una servilleta—. Pasa..., bueno, ya me entendéis..., *madura*, por decirlo así... de ser

joven a..., bueno, en principio, a ser un hombre de mediana edad.

—Ajá. ¿Y qué más?

—Bueno, luego se hace viejo, y al final, supongo..., se muere. —De alguna manera, al contarlo, aquel guión no sonaba ni la mitad de impresionante de lo que Terry se había imaginado siempre—. La cosa está en que... ¿sabéis?... lo que tiene de original es que el personaje lo interpreta siempre el mismo actor.

—¿No me digas? ¿Y a quién tenías en mente? Porque, con una peli así, Hoffman y Nicholson y Redford se van a dar de leches por ese papel. Va a ser tremendo.

—Bueno, evidentemente, hace falta desarrollarlo un poco; de momento...

—¿Sabes qué problema tengo con esa idea, Terry? Uno de los muchos, en realidad. A mí todo me suena un poco cutre... Un poquito inglés.

—Pero eso...

—No me interpretes mal. No tengo nada contra lo inglés. De hecho, soy medio inglés. ¿Has oído hablar alguna vez de un tipo llamado Henry Logan?

—Pues claro, también era..., también era productor, ¿no?

—Exactamente. Es mi padre. Se dedicó a escribir, a dirigir, a producir... Un auténtico artesano. Se fue a los Estados Unidos a finales de los años cuarenta, principios de los cincuenta, con idea de quedarse una temporada, y se casó con su primera mujer, es decir mi madre, pero la mayor parte de su vida trabajó en Inglaterra. Hizo un montón de comedias, un montón de *thrillers* de la serie B. No aspiraba a grandes... logros artísticos, ¿sabes?, pero hizo películas y, de cuando en cuando, se le coló alguna buena. Acabó haciendo películas «S» en los setenta... Era el único trabajo que le ofrecían.

—Qué pena —dijo Terry, sin saber muy bien adónde llevaba todo aquello.

—Bueno, hay una razón para que fuera lo único que le ofrecían. ¿Sabes cuál?

Terry negó con la cabeza.

—La gente como tú.

De repente golpeó la mesa con el puño y mandó la cubertería a paseo. Terry y Kingsley casi salieron disparados de sus sillas.

—*Dios mío*, la gente como tú me toca las pelotas, Terry. Aún tendríais una industria porno como Dios manda si no fuera por la gente como tú. Cuando empezasteis a llegar vosotros (¿cuándo fue eso?, ¿a finales de los cincuenta?), fue el principio del fin. Los intelectuales, los jóvenes airados: John Osborne, Woodfall Films, los izquierdosos de clase media. De repente todos teníamos que andar por ahí proclamando que hacer cine era un arte (como si a nadie se lo hubiera parecido antes), y todas las películas las hacía algún romántico que había estudiado en un instituto, para darnos su visión de la vida que llevaba la clase obrera. Y, desde entonces, siempre igual. ¡Cielo santo, en mi vida he conocido un país donde se reverencie a la gente que se las da de artista como en Inglaterra! ¡Y no hablemos de los escritores! ¡A los escritores es que los adoráis! ¿Por qué, si no, alguien como tú iba a tener semejante concepto de sí mismo? Porque, por lo que puedo deducir, lo

único que has conseguido escribir hasta el momento cabría en el remite de un sobre, ¡y aún sobraría espacio para el discurso de Lincoln en Gettysburg!

Terry se puso de pie.

—¿Ha terminado? —dijo—. Porque pensaba ir de compras aprovechando que estaba en Londres.

—No, Terry, no he terminado —dijo Logan—. Ni Joe tampoco, en realidad. Pero creo que *tú* sí has terminado. Por lo menos, por lo que a mí me toca, así que si quieres irte...

—Si alguna vez llegan a hacerse esas películas tuyas —dijo Terry, esforzándose por quedar por encima—, será un día triste para el cine.

—¡Y si llega a hacerse la *tuya*, será de puñetero milagro!

—¡Imagínate que todos los productores fueran así! —Terry se volvió hacia Kingsley, mientras señalaba a Logan con un dedo acusador—. No habría habido un Eisenstein, ni un Mizoguchi, ni un Wenders...

La cara de Kingsley, salpicada de *carbonara* como estaba, no dejó traslucir mucha emoción al respecto.

—Piénsatelo un momento. ¿Te puedes *imaginar* siquiera la historia del cine sin un Wenders?

—Pues no —dijo Kingsley sinceramente—. Alguien tiene que vender la Coca y las palomitas^[10].

Logan soltó una carcajada de puro placer.

—Sois tal para cual —dijo Terry, y salió del restaurante lleno de razón; sensación que se intensificó mientras recorría las calles de Mayfair en dirección a la estación de metro más cercana, y que siguió invadiéndolo las muchas horas en las que fue sentado, a solas, en el tren que lo devolvía a la costa.

ANALISTA: ¿Y por qué le parece que sintió que tenía derecho a leer la carta de su amante?

ANALIZANTE: Porque sabía que me había engañado.

ANALISTA: ¿No sería simplemente porque Robert le había dado su bendición?

ANALIZANTE: Desde luego que no. Eso no tuvo nada que ver.

ANALISTA: ¿Y qué sintió cuando leyó la carta?

ANALIZANTE: [...] No sé cómo describirlo. Fue como si todo quedara patas arriba, o de repente no tuviera ningún sentido, al ver que creías conocer a una persona y que, sin embargo, no la conocías en absoluto. Supongo que es lo que debe de sentir una mujer cuando abre un armario y ve que su marido ha escondido una muñeca hinchable o un montón de revistas sadomaso. O una madre que se da cuenta de que su hijo es un violador o algo parecido.

ANALISTA: ¿No le parece que exagera?

ANALIZANTE: No. Aún fue peor. Peor que cualquier cosa de esas.

Sin acabar de decidirse, Sarah aún esperó tres días más antes de seguir el consejo de Roben, y de dejarse llevar por sus propios celos y leer la carta de Veronica. Esperó hasta el viernes por la mañana, el día de la fiesta de despedida.

Atravesó el dormitorio de puntillas, a pesar de que la casa, que ella supiera, estaba vacía, y a pesar de que sabía que Veronica no volvería en todo el día. Se quedó sentada un rato en la cama, haciendo acopio de fuerzas. El tiempo había cambiado: rachas de lluvia salpicaban la ventana, y podía oír cómo rompían las olas con un rugido largo y apagado. Eran las once de la mañana.

Por fin, abrió el escritorio y sacó la carta. Estaba franqueada pero no llevaba sellos, y el matasellos era de Londres. El nombre y la dirección de Veronica venían escritos a máquina. La habían abierto limpiamente, con un cuchillo, y dentro solo había una hoja de papel grueso con un adorno en relieve.

Arriba de todo llevaba un membrete impreso, de un conocido banco comercial de Londres. La carta decía:

Estimada Srta. Stuart:

Gracias por venir a vernos el jueves pasado. Nos alegramos de poder ofrecerle un puesto como distribuidora ayudante en nuestro departamento de divisas extranjeras, con un salario inicial de 43 725 libras al año, más las comisiones y primas de las que ya hablamos.

Contamos con que se presente usted aquí a las ocho y media de la mañana del lunes 3 de septiembre, y nos gustaría expresarle nuestros mejores deseos al comienzo de lo que esperamos sea una larga y provechosa carrera en los servicios financieros.

Lo primero que pensó fue que iba a vomitar. Sintió náuseas en la garganta y se echó hacia delante, agarrándose el estómago para salir corriendo hacia el baño. Pero se le pasó pronto. Volvió a colocar la carta en el escritorio de Veronica y se acercó a la ventana, para quedarse mirando el mar tratando de ahogar aquella rabia, aquella cólera ardiente por haber permitido que la engañaran, de modo que pudiese ver más allá de aquel sentimiento e intentar recordar cualquier pequeño detalle, cualquier indicio potencial que pudiera haberle advertido que algo así iba a ocurrir.

No consiguió recordar nada. Lo único que pudo recordar fue que Veronica y ella habían quedado en el Café Valladon a las tres de la tarde. Tenía que ser la última vez que fueran allí, pero Sarah supo ahora que no acudiría. No tenía sentido tener una discusión. No tenía sentido romper con alguien.

Terry se despertó a la mañana siguiente.

Cosa bastante corriente para la mayoría de la gente quizá, pero no para él. Terry no había tenido la sensación de pasar del sueño a la vigilia en más de diez años, y aunque ese día no pudo identificarla con absoluta certeza, por lo menos fue consciente, en cuanto el amanecer empezó a insinuarse por los bordes de la pequeña ventana de su dormitorio y de la gruesa cortina que la tapaba, de que algo nuevo y excepcional había ocurrido. Se sintió profundamente renovado, convencido de que había permanecido inconsciente mucho más tiempo del habitual. Tras despegar y desenredar los electrodos con mucho cuidado, abandonó su dormitorio, le dio los buenos días a Lorna (que estaba encorvada, con los ojos legañosos, sobre la pantalla de su ordenador y una taza de té) saludándola con la mano, y salió a la terraza para ver cómo se alzaba el sol sobre el promontorio. Eran las cinco de la madrugada. Le hervía el cerebro de pura energía, como una pila recargada; sentía que tenía las extremidades fuertes y flexibles, y todos los sentidos despiertos, alerta. La vida nunca le había parecido tan rebosante de fuerza.

El doctor Dudden, por otro lado, no salió de su dormitorio aquella mañana. Había bebido demasiado vino tinto y demasiado coñac la noche anterior y, tras dormir de un tirón hasta que le sonó el despertador a las tres y diez, se sumió en un sueño profundo y uniforme las nueve horas siguientes (con lo que por poco pierde el tren que se suponía tenía que coger por la tarde). Así que fue la propia Lorna, con sus resmas de papel continuo ondeando por el efecto de la brisa marina, quien salió a informar a Terry de que en un determinado momento de la noche había pasado nada menos que ochenta y siete minutos en la tercera fase del sueño: su primera incursión auténtica y reparadora en una fase de ondas delta.

—Parece que empieza a normalizarse —dijo—. Yo diría que, por lo que respecta a sus pautas de sueño, está a punto de unirse al resto de la raza humana de nuevo. ¿Cómo lo va a celebrar?

—Con una excursión a Londres, me parece —dijo Terry alegremente—. Tengo que buscar una cosa.

Sarah durmió mal, al pasar la mayor parte de la noche repasando en su mente los momentos más tensos de su conversación telefónica con la madre de Alison. La discusión había terminado con la promesa de que presentaría una queja oficial ante la directora del colegio sobre el comportamiento de Sarah a la mañana siguiente. Así que a Sarah no le sorprendió encontrarse con una nota esperándola en la sala de profesores tan pronto como llegó al colegio.

—Sé perfectamente para qué me has llamado —dijo, al entrar en el despacho de

la señora Palmer, cuando la invitó a sentarse en una silla—. Es por Alison, ¿verdad? Ya te ha llamado su madre.

—Sí. Hace diez minutos. Parecía bastante nerviosa.

—¿Qué te ha dicho?

—Como estaba tan nerviosa, es todo bastante confuso, la verdad. No sé qué de que habías llevado a Alison a ver una película porno. Cosa que, tengo que confesar, no me acabo de creer. Será mejor que escuche primero tu versión.

En el transcurso de su relato, Sarah fue relajándose poco a poco. Recordó que Eileen Palmer siempre la había tratado con justicia y generosidad; y que, en tres años que llevaban trabajando juntas, habían peleado codo con codo por tantas cosas, habían trabajado tan duro por abrirse mutuamente un camino a través de la nueva jungla legislativa y administrativa que había brotado en torno a ellas, que habían forjado una alianza indisoluble. Sabía que si decía la verdad, no tenía nada que temer.

—Me encontré a Alison Hill sentada a solas en un banco de Finsbury Park ayer por la tarde —comenzó—. Le pregunté qué hacía allí y me contestó que no podía irse a casa porque su madre no volvía de trabajar hasta las siete y ella había perdido la llave. Visto lo cual, pensé que no me quedaba más remedio que llevármela a casa conmigo. Entramos en un café y luego pasamos por delante de un cine, y se me ocurrió que igual le apetecía ver una película. Me acordaba del título de una de las películas por una crítica del periódico, en la que se venía a decir que era adecuada para toda la familia. También estaba clasificada para todos los públicos. El caso es que, cuando entramos y empezó la película, me pareció muy sexista, muy violenta, y... que se le podían poner muchos peros a todos los niveles. Fui al cuarto de baño y luego volví, dispuesta a llevarme a Alison de allí, pero había desaparecido. Había salido corriendo.

Eileen escuchaba atentamente. Tenía el ceño fruncido, pero era un ceño alentador: un gesto de concentración.

—¿Y entonces qué pasó?

—Entonces fue cuando me di cuenta de que había sido estúpida. Lo primero que tenía que haber averiguado era la dirección de Alison, pero no lo había hecho. Así que tuve que volverme hasta aquí, hacer que Derek me abriera la secretaría y mirarla en el fichero. Llamé a casa de Alison desde aquí, y me contestó su madre. Se la había encontrado sentada en las escaleras de la entrada cuando volvió de trabajar..., muy alterada, por lo visto. Parecía que la película le había afectado mucho y estuvo llorando un rato. Así que su madre se puso a decirme de todo, y me acusó de haber metido la pata hasta el fondo, y yo le dije que, evidentemente, no cuidaba de su hija como debía si yo me la había encontrado rondando a solas por un parque público durante tres horas, sin que nadie la vigilara; y la cosa se puso... bastante desagradable, supongo.

—Bueno, evidentemente se ha sentido atacada. Por lo que yo sé, es una mujer muy combativa.

—Ah, entonces..., ¿conoces a la señora Hill?

—Sí, así prefiere que la llamen, creo. Sí, ha venido a varias reuniones de padres este curso.

—¿Y el señor..., quiero decir, su marido, su compañero o lo que sea?

—No. No sé nada de él. Ni siquiera sé si existe.

—Yo tengo la sensación... —Sarah se inclinó hacia delante, ahora más segura de sí misma, arrastrada por el misterio que rodeaba a aquella familia—. Tengo la sensación de que debe de haber muerto. De que debe de haberse muerto hace poco.

—¿En serio? ¿Y qué te hace pensar así?

—No sé, algo en Alison... No sé qué le pasa con la muerte. Nos leyó un poema que había escrito en la clase de Norman el otro día, y era...

—¿Morboso?

—Más que morboso..., desolador, diría yo. Era sobre una estrella que se moría y se convertía en un agujero negro, y dejaba a otras estrellas desamparadas y solas. Y luego, ayer, la pillé con un ratón en la cartera. Un ratón muerto. Se lo había encontrado en el recreo, y me dijo que quería llevárselo a casa y enterrarlo.

—Eso parece confirmar tu hipótesis —dijo Eileen. De cuando en cuando hacía aquellos comentarios bastante secos. En ese momento consultó su reloj y se puso de pie; casi era la hora de la reunión matinal—. Bueno, Sarah, voy a escribirle a la señora Hill esta tarde, para decirle que he hecho averiguaciones sobre el asunto del que se ha quejado, y que me alegro de que mi profesora se haya portado perfectamente en esta ocasión.

—Gracias.

—En tu caso, me habría sorprendido mucho lo contrario. —Sonrió efusivamente—. Por otro lado, estaría bien que trataras de arreglar las cosas con ella por tu cuenta. Sobre todo, si te da una oportunidad de satisfacer nuestra curiosidad sobre su familia.

—¿Quieres decir...? —Sarah decidió arriesgarse a decir una inconveniencia—. ¿Quieres decir que debería presentarme en su casa y echar un vistazo?

—Algo así —dijo Eileen, e hizo salir a Sarah al pasillo, repleto ya de niños que se dirigían chillando, en desorden, hacia la sala de reuniones.

Aquella noche, Sarah había llegado a la casa de Rebecca Hill cargada de prejuicios: prejuicios de clase, sobre todo, porque nunca habría pensado que una mujer que fuese tan irresponsable a la hora de cuidar a su hija pudiese ser tan rica. Se había preparado para algo parecido a la miseria y, en cambio, se había encontrado las típicas muestras del gusto de la clase media. Mientras esperaba, a solas, en el cuarto de estar de Rebecca, su sorpresa inicial enseguida dio paso al remordimiento; y luego otra sensación aún más inesperada fue apoderándose de ella. Se dio cuenta de que empezaba a sentirse a gusto (más a gusto incluso de lo que se había sentido nunca en su propia casa, desde que Anthony se había marchado) y no podía entender por qué.

Al fin y al cabo, solo llevaba sentada allí un ratito, a la espera de que Rebecca apareciera con el vino que le había ofrecido fríamente, de mala gana, en cuanto Sarah le dijo quién era y ella consiguió asimilar la impresión que le había causado que se presentase en su propia casa. Desde luego era absurdo sentirse tan a gusto en la casa de una desconocida en tan cono espacio de tiempo, cuando aquella desconocida, además, parecía gozar de un nivel de vida mucho más alto que el suyo, y cuando se podía prever una conversación sumamente difícil. Con todo y con eso, había algo en el mobiliario, en los colores de las paredes, en los cuadros, en el juego de la luz procedente de los ventanales sobre la alfombra, en las filas de libros encuadernados, en los jarrones con gypsofilas y espuelas de caballero, que producía en Sarah una sensación de familiaridad y un efecto tranquilizador envolventes e inexplicables. Hasta se preguntó por un momento si no estaría experimentando un *déjà vu*, o si habría visto aquella habitación años antes en uno de aquellos sueños suyos tan reales. Pero le parecía que no. La explicación de aquella sensación acogedora (no cabía otro calificativo), tan extraña y agradable, yacía en las profundidades de su mente.

—Solo es un Sainsbury's, me temo —dijo Rebecca, ofreciéndole sin mucha cortesía una copa de vino australiano amarillo verdoso—. Alison está arriba haciendo los deberes. Le puedo decir que baje, pero supongo que será mejor que liquidemos este asunto solas.

Sarah se asustó ante la idea de liquidar algo con aquella mujer. Ya se había fijado en la colección de libros de derecho de los estantes y había adivinado que Rebecca debía de ser abogada. Le dio tres sorbos rápidos y nerviosos a su vino.

—¿A qué ha venido exactamente? —le preguntó Rebecca sin más miramientos—. Esta mañana me he quejado a la directora del colegio. Creía que el asunto estaba ahora en sus manos.

Sarah medio se rio, medio boqueó, ante la audacia de aquel golpe de efecto.

—Bueno, parece que ella no opina lo mismo, y sinceramente yo tampoco. Más bien *nos* preocupa el hecho de que yo me encontrara a su hija sentada en un banco de Finsbury Park ayer por la tarde, sin poder entrar en casa, ni meterse en ningún otro sitio, durante casi cuatro horas.

Rebecca suspiró.

—Mire, eso me tiene tan preocupada como a cualquiera. No tenía por qué haber pasado. Tuve que salir de Londres por un asunto de trabajo, y Alison me dijo que estaría viendo a los demás niños hacer deporte hasta las cinco. Creí que podría volver a casa con algunos de sus amiguitos y entrar tranquilamente. Pero la muy tonta perdió la llave. —En un tono más bajo, como para sí misma, añadió—: Últimamente parece que lo pierde todo.

—Lo siento —dijo Sarah—, pero tampoco hubiese sido una solución. Porque la verdad es que no estoy muy segura de que Alison tenga ninguna amiga en el colegio. Me parece que no le es muy fácil hacerlas. Y no me sorprende que pierda cosas continuamente, porque es evidente que está pasando una época muy mala que la

convierte en un ser muy vulnerable.

—Dejando de lado esa psicología barata —dijo Rebecca secamente—, me gustaría saber qué tiene que ver todo eso con su decisión de hacerle ver una película que, por lo que me ha contado, era violenta y desagradable de sobra como para herir la sensibilidad de cualquier niña de su edad.

El tono de su voz se había hecho más agudo y había subido el volumen. A Sarah no le apetecía nada que el ambiente se caldease tan pronto.

—No es cuestión (o no debería serlo) de quién tiene la culpa —dijo—. A las dos nos interesa el bienestar de Alison, así que no se olvide de que estamos del mismo lado. Dicho lo cual —y aquí dejó que se le escapase un matiz más duro—, necesito que me prometa que no volverá a ocurrir. Si no, voy a tener que dar parte.

—Pues claro que no. —Y esta confirmación fue dada de mal humor, sin ningunas ganas; y Rebecca inmediatamente añadió—: Y a mí me gustaría que usted se lo pensase mejor antes de hacerle más..., de llevar a mi hija a espectáculos tan poco adecuados.

Sarah se quedó callada un momento, porque le pareció una respuesta más que adecuada. Luego preguntó:

—¿Está el padre de Alison en casa?

—El padre de Alison no vive aquí —dijo Rebecca.

—Ah. ¿Y a qué se dedica su marido, si no le importa que se lo pregunte?

—¿Mi qué?

—Su marido.

—Yo no tengo marido.

—¿Su amante entonces?

—Mi amante —dijo Rebecca, poniendo un acento neutral en la palabra— murió.

Era exactamente lo que Sarah había esperado oír. Pero, aun así, aquellas palabras le impresionaron, tanto por su carácter tajante, como por la franqueza relajada, casi desprovista de emoción, con que fueron dichas. Incluyó la cabeza.

—Lo siento.

—Bueno... Así es la vida. —Rebecca le dio un buen trago a su vino.

—Supongo que eso explica... un par de cosas. —Sarah alzó la vista—. ¿Ha visto el poema que escribió en clase? ¿El de las estrellas?

—Sí.

—Supongo..., supongo que, en cierta forma, Alison lo escribió por su padre.

Rebecca le lanzó una mirada cortante, mordaz, impaciente.

—El padre de Alison no ha muerto.

—¿Ah, no? Pero creía que había dicho...

—He dicho que su padre no vivía aquí. Pero está vivito y coleando. De hecho, es mi hermano.

A Sarah le estaba costando asimilar todo aquello.

—¿Su hermano? Pero entonces... ¿cómo va a...?

—No se preocupe. No se ha topado con un caso de incesto: con algo más sobre lo que dar parte a la Asistencia Social. Mire, yo no soy la madre biológica de Alison. Técnicamente hablando, soy su tía.

—Su tía. Ya. Y entonces... ¿quién es su madre biológica?

—Mi amante. Que, como ya le he dicho, murió.

Sarah trató de que la cabeza le fuera más rápido. No acababa de entender por qué empezaba a sentirse tan lenta, tan inepta.

—Entonces su amante era una mujer.

—Sí. —Rebecca se levantó y se puso a mirar por la ventana—. No estoy nada convencida de que tenga que contarle todo esto, ¿sabe?

—Claro, claro. Tiene razón. No tiene por qué.

—No sé..., pero no me parece usted la clase de persona que pueda entender todo esto perfectamente.

Sarah hizo caso omiso de aquel comentario; o, mejor dicho, ni siquiera lo oyó.

—¿Cuánto tiempo duró esa relación? —preguntó.

—Habrían sido once años este agosto. Murió hace casi un año.

Ninguna de las dos dijo nada durante un rato y, cuando Rebecca se sentó otra vez, Sarah creyó percibir una suavización, un claro aflojamiento de su tensión. Pensó que a lo mejor había habido muy pocas personas a quienes Rebecca les hubiera hecho aquellas confidencias tan dolorosas en los últimos meses. Cuando le hizo la siguiente pregunta, su voz adquirió un tono prudente, amable, como si le estuviera ofreciendo un regalo muy frágil.

—¿Y cómo murió?

—De mala manera —dijo Rebecca. Pero este fue su último intento de hacerse la valiente. De golpe, se le cayó la máscara, la expresión de su cara se vino abajo, y no quedó más que sufrimiento puro y duro—. Se suicidó. —Aun así, no se permitió echarse a llorar.

Al principio, Sarah no dijo nada. No consiguió preguntarle nada más. Sabía que lo demás vendría solo.

—En los periódicos tienen una expresión hecha para eso —prosiguió Rebecca de repente—. El típico agotamiento de los *yuppies*. Es todo un síndrome, por lo visto. Trabajas como un burro en la City durante diez años, haces un montón de pasta, y entonces, un día, te pones a pensar en tu vida y no consigues recordar qué objetivo tenía todo aquello. Ella fue un caso de libro. Dando vueltas con el coche por el sur de Londres un viernes a última hora (Dios sabe qué estaba haciendo por el sur de Londres), de pronto se topa con un estupendo callejón sin salida con un muro de ladrillo al fondo, pone el coche a ciento cincuenta por hora, y se lanza directamente contra él. Siniestro total del BMW. Siniestro total de ella misma, además.

—Qué... Qué horrible —dijo Sarah, medio avergonzada de aquellas palabras tan poco adecuadas—. No me lo puedo ni imaginar. Quiero decir que no me puedo ni imaginar... que me vinieran con esa noticia.

—No fue tan de golpe. —Rebecca cambió de postura y sonrió con dureza—. Creo que voy a servirme otra copa de vino, ya que estamos. ¿Usted también quiere?

—Me encantaría.

—Entonces será mejor que me traiga la botella.

La dejó sola un ratito, lo suficiente como para que la comprensión se adueñase de Sarah despacio, aguardando el momento propicio, demorándose; de modo que la iluminación, cuando se produjo, fue mucho más brutal, mucho más demoledora. Empezó con aquella vieja sensación de familiaridad: al principio, indeterminada; luego más relacionada con las formas, las texturas y los colores, antes de que las cosas concretas comenzasen a insinuarse. Al principio fueron los libros. Se le fue la vista a la fila de novelas de Rosamond Lehmann: encuadernadas, primeras ediciones sin lugar a dudas, con sus sobrecubiertas forradas de plástico; pero entre las que faltaba un título: *Invitación al vals*. Sí, siempre había dicho que había una difícil de encontrar... Y cuando se le vino a la cabeza aquel pensamiento, todo lo demás le siguió de golpe; le quedó muy claro de repente que todo aquello era cierto aunque pareciera imposible, y el mundo entero dio un vuelco en una décima de segundo... La figura africana de la repisa de la chimenea, recuerdo de un viaje familiar a Ghana... La diminuta fotografía enmarcada de la librería, donde rodeaba con los brazos a Rebecca, radiante de alegría, una pareja feliz... Y justo fuera de su campo de visión, aunque no acabara de creérselo, pero como una presencia inexorable, otro libro, *el libro*, aquel lomo verde del que se acordaba tan bien... Todo era suyo. Eran sus cosas. Aquella había sido su casa, su cuarto de...

Rebecca regresó con la botella. Sarah apenas pudo distinguirla entre la niebla.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Qué?

—Se llamaba Veronica, ¿verdad?

Y todo lo demás quedó en blanco, hasta que se recuperó y se encontró en el sofá, sollozando sin poder parar. Rebecca la sujetaba con sus brazos tensos, en un abrazo torpe que demostraba que no entendía nada. Por un momento pareció que nunca iba a ser capaz de parar de llorar, y la explicación que le ofreció a Rebecca, a pesar de sus lágrimas, debió de ser totalmente incoherente, porque tuvo que repetírsela una y otra vez, y hubo vacíos en esa explicación, pausas, como cuando Sarah tuvo que ir al baño para sobreponerse, o cuando apareció Alison, atraída por los ruidos y las voces, y Rebecca tuvo que llevarla arriba y meterla en la cama.

A medida que fue anocheciendo, las cosas se fueron calmando. Cuando la luz empezó a menguar en el exterior, Rebecca trajo unas velas y las colocó por toda la habitación. Abrió la segunda botella de vino y se pusieron a hablar de Veronica.

Lo que le pareció más increíble a Sarah fue que, en todos los años que Rebecca y Veronica habían pasado juntas, no se hubiese mencionado su nombre ni una sola vez.

—Pero es que ella era así —insistió Rebecca—. Absolutista, ¿no te parece? Por ejemplo, cuando salía contigo, ¿te habló alguna vez de las otras novias que había

tenido?

—No, creo que no.

—Nunca se explayaba. Estaba menos atrapada por su pasado que nadie que yo conozca. Yo también intenté ser así mientras estuve con ella. En realidad, solo ahora me he parado a preguntarme si esa será forma de vivir la vida.

—Bueno... La conociste mucho mejor que yo, evidentemente. La verdad es que yo no llegué a conocerla. Solo salimos juntas..., pues unos nueve meses. En cierta forma, tiene que parecerle muy extraño... Te preguntarás por qué me ha alterado tanto.

—No. Qué va, para nada. —Sus ojos se encontraron un momento, pero Rebecca los apartó rápidamente, y se retiró de la cara un mechón de pelo rojizo con un gesto bastante teatral—. ¿Por qué rompisteis, de todas formas? ¿Estabais de acuerdo en dejarlo?

—No —dijo Sarah—. No, fue todo culpa mía. Tiene gracia, ¿verdad?, seguir hablando de culpa a estas alturas. Pero *fue* una estupidez romper con ella: eso es lo que pienso ahora. Ni siquiera fue por cuestiones personales. Más bien... políticas, casi. Era el signo de los tiempos.

—El *Zeitgeist*: la palabra favorita de Ronnie.

—Sí —dijo Sarah, y se sorprendió a sí misma al sonreír—. Sí, era una de sus favoritas. Solía reírme de ella en aquella época pero, en cierta forma, yo era la que... se tomaba más en serio esa clase de cosas. Todo el mundo se equivoca con los ochenta, ¿verdad? Creen que lo que primaba era el dinero, y puede que así fuera para alguna gente; pero para la gente con la que yo solía moverme, los estudiantes y la gente así, había otra escala de valores, igual de rígida e intolerante, en realidad. Estábamos tan *obsesionados* con la política todo el tiempo: con la política sexual, la política literaria, la política cinematográfica... Hasta había una expresión hecha, ¿no?, una expresión horrible: «lesbiana militante».

—¿Y eso era lo que te considerabas?

—Superficialmente, a lo mejor. Dios mío, puede que incluso me definiese así ante alguna gente. Y la verdad es que leíamos a Julia Kristeva y a nuestra Andrea Dworkin, y no dejábamos pasar una oportunidad de quejarnos del patriarcado, pero... ¿sabes?, esa no fue la verdadera razón. Ya ni siquiera recuerdo cómo empezó todo. Solo recuerdo que Veronica me gustaba de verdad... Me parecía una persona fascinante y encantadora. Cosa por la que todavía resulta más ridículo que fuese *mi* puritanismo político lo que, en definitiva, nos separase. No pude soportar la idea de que fuese a trabajar en un banco. Me pareció un insulto, una afrenta a todas las cosas que defendíamos como pareja... Se suponía que iba a montar un grupo de teatro, además. Ese había sido siempre el plan.

—Aún seguía hablando de ese asunto. Nunca dejó de hablar de eso. —Los ojos avellanados de Rebecca brillaron con el reflejo de la luz de las velas; aquella rememoración la estaba emocionando—. Era una de las cosas que la animaba a seguir

adelante.

—¿No le gustaba trabajar en la City, entonces? Siempre pensé que no iba a durar mucho, de alguna manera.

—Tenía que gustarle un poco..., o por lo menos a una parte de ella misma tenía que gustarle un poco. Estoy segura de que el trabajo le entusiasmaba, a pesar de que también lo despreciase. Creo que le divertía en la medida en que era un juego sumamente abstracto, sumamente intelectual, pero probablemente sabía (seguro que lo sabía, supongo, pensando lo que hizo al final) que aquello era una ficción, y que había perdido algo al tratar de sostenerla tanto tiempo: algo de sí misma. Y, claro, evidentemente detestaba a toda la gente con la que tenía que trabajar. De eso me di cuenta ya desde el principio. Nos conocimos en una horrible fiesta oficial (yo trabajaba para su banco en ese momento), y nos fichamos inmediatamente, nos pusimos a hablar, nos dimos cuenta de que éramos almas gemelas, nos fuimos pronto y... así fue la cosa. Todo surgió de ahí.

—¿Y Alison? Tuviste que..., quiero decir que Veronica tuvo que tenerla muy poco después. Cosa que me asombra, porque nunca, *nunca*, me dijo nada de que quisiera tener niños, ni siquiera de que le gustaran.

—Sí, lo decidimos de golpe. Sabía el peligro que corría, ¿entiendes?, al hacer aquel trabajo: sabía lo que iba a suponerle. Y Alison fue una especie de seguro contra eso. Pensó..., pensamos..., que si teníamos un niño, nos sería más difícil perder de vista... los valores fundamentales, por decirlo así. ¿Suenan muy raro?

—No, no me lo parece.

—Así que, lo primero de todo, teníamos que encontrar un donante, lo que no nos costó mucho trabajo. Mi hermano nos ayudó en eso. Pero luego las cosas empezaron a salir mal. Fue un paño tremendo (veinticuatro horas en la sala de partos; por poco le hacen la cesárea), y luego Ronnie tuvo una depresión enorme que le duró..., le duró años, en realidad. En esa época no perdió su trabajo de milagro.

—Pobre Veronica... Ahora lo entiendo: lo del parecido. Saltaba a la vista, claro. El otro día me puse a pensar en ella, sin ninguna razón aparente, pero ahora ya sé por qué: porque me había fijado en una cosa de Alison hacía poco: un gesto de la boca...

—Se parecían en muchas cosas. Lo que desgraciadamente resultaba bastante irónico, porque Ronnie nunca le cogió cariño a Alison, nunca se llevó bien con ella. Fui yo quien se encargó de cuidarla, de ayudarla en la guardería, de meterla en el colegio; yo, la que jugaba con ella, la que le leía cosas; hasta dormía con ella muchas noches. Me parecía que era lo que tenía que hacer (y, en cierta forma, era lo único que se podía hacer; quiero decir que alguien tenía que ocuparse de la niña), pero nunca me di cuenta de lo que eso estaba suponiendo para nosotras dos; lo nerviosa que se estaba volviendo Veronica, lo distante... De repente todo se había ido al traste. Así que empezamos con los trucos habituales... Nos mudamos a esta casa hace un par de años, creyendo que eso a lo mejor nos servía para volver a empezar, pero..., bueno, ya era demasiado tarde.

Rebecca apuró el vino que le quedaba.

—Lo siento —dijo, a la vez que vaciaba la botella en su copa; salieron unas gotitas—. Siento haber estado tan desagradable antes contigo. Te subestimé. Una da por sentado que todo el mundo va a portarse de una forma convencional y a ponerse a criticarla.

—No te preocupes. —Sarah miró su reloj—. Tengo que irme, de todos modos. Tengo que rellenar unos impresos para mañana. La pesadilla de siempre.

—Ya, claro.

Mientras estaban allí paradas en el centro de la habitación, cara a cara, parecía que no había una manera clara de rematar aquella noche tan poco corriente. Por fin Sarah recordó lo que en principio la había llevado hasta allí.

—No sé si nos habremos dejado algo en el tintero —dijo—. Me refiero a Alison.

—Siento haberme quejado de eso, oye. Me he pasado de...

—No, mejor así. Ahora las dos nos andaremos con cuidado. Seguro que se pondrá bien.

—Eso espero —masculló Rebecca—. Hago lo que puedo. —Aguardó un momento, tímidamente, antes de confesar—: Hay una cosa, sin embargo... Una estrella en el horizonte.

—¿Y eso?

—Creo que he encontrado a una persona. Una persona nueva.

—¿Ah, sí? —De pronto Sarah sintió cierta decepción: la frustración prematura de una esperanza inconcreta.

—Trabaja en una editorial —dijo Rebecca—. De momento solo nos hemos visto unas cuantas veces, pero... ha estado bien. Nos lo tomamos con calma, ¿sabes?

—Eso es estupendo —dijo Sarah; y lo decía de verdad.

Se quedaron calladas hasta que Rebecca añadió alegremente, cambiando de tema:

—Me gusta tu pelo, por cierto.

—¿De veras? —Sarah se sintió halagada, y se puso roja; no estaba acostumbrada a los piropos—. Siempre estoy pensando en teñírmelo, pero parece que a la gente le gusta así.

—Es precioso.

Se acercaron juntas hasta la puerta principal y se despidieron en los escalones de entrada con un abrazo: más largo, seguramente, y más cargado de significado de lo que ninguna de las dos había pretendido. Era una noche cálida, húmeda y estrellada. Sarah dijo que iría andando hasta su casa. Solo le llevaría un cuarto de hora o así.

Justo cuando se iba, Rebecca le preguntó:

—¿Qué ha sido lo que...? ¿Qué ha sido exactamente lo que te ha hecho caer en la cuenta de que se trataba de ella? Has dicho que habías reconocido algunas de sus cosas...

—Ha sido un libro —dijo Sarah—. Tienes un libro en la estantería que se llama *La casa del sueño*. Lo releíamos juntas. Era parte de nuestra complicidad.

Rebecca titubeó.

—¿Me lo buscas? No conozco muy bien sus libros.

Así que volvieron a entrar, y Sarah se puso de puntillas para alcanzarle el ejemplar de la novela de Frank King.

—Es este.

Se lo tendió, pero Rebecca hizo un gesto de rechazo.

—No lo quiero —dijo—. Me gustaría que te lo quedaras. Deberías tener algo de ella y, si era especial para las dos, pues...

Sarah no dijo nada; se limitó a estrechar el libro fuertemente contra el pecho.

—Llámame, ¿no? Y que sea pronto.

—Sí —dijo Sarah—, te llamaré.

Y mientras echaba andar por aquella calle flanqueada de árboles, abarrotada de coches aparcados a esas horas de la noche, y con los tejados centelleando por el resplandor plateado de las farolas, pensó que Veronica no podía haberla olvidado, por lo menos del todo, en aquellos años, porque no le habría sido fácil encontrar un ejemplar de ese libro: tendría que haberlo buscado diligentemente en las librerías de viejo. «Estaba menos atrapada por su pasado que nadie que yo conozca», había dicho Rebecca, pero una vocecita en el interior de Sarah quería saber hasta qué punto era verdad. En contra de su voluntad (porque el hecho de que se hubiera suicidado seguía resultándole intolerable, inconcebible), se encontró imaginando a Veronica aquella noche, la última noche de su vida: el coche lanzándose contra el muro del callejón sin salida, blanco y brillante a la luz de los faros. En ese preciso instante, ¿se le habría pasado por la mente el más leve recuerdo de su relación: algún destello evocador? A Sarah volvieron a llenársele los ojos de lágrimas mientras se preguntaba

Cuarta fase



preguntaba dónde podía estar. Habían quedado en el Café Valladon a las tres en punto, pero cuando Veronica llegó, el local estaba vacío. Se sentó en una mesa cerca de la puerta, se fumó dos pitillos y se bebió una taza de café.

Sarah no solía llegar tarde.

A las cuatro menos cuarto, Veronica decidió que sería mejor volver a Ashdown. Al día siguiente era sábado, el día en que se marcharía todo el mundo, de vuelta, en general, a la casa paterna, para pasar allí los comienzos del verano. Tenía que hacer las maletas y prepararse para la fiesta de despedida de esa noche. A lo mejor, con el jaleo y el lío de la organización, Sarah simplemente se había olvidado de que habían quedado; pero no dejaba de ser sorprendente, dado que las dos estaban de acuerdo en que existían unas cuantas razones sentimentales de peso para una última visita al Café, el sitio donde se habían conocido, hacía ya tantos meses.

En cualquier caso, estaba claro que no iba a venir. Veronica se acercó a la barra y dejó caer una moneda de cincuenta peniques en el azucarero que había al lado de la caja registradora.

—Quédate con el cambio —dijo, como de costumbre.

Slattery, absorto en un ejemplar de las *Consecuencias del pragmatismo* de Richard Rorty, levantó la vista y le dio las gracias con un gruñido.

Veronica se detuvo cuando llegó a la puerta.

—Echaré de menos nuestras conversaciones —dijo.

No obtuvo respuesta.

—Los dimes y diretes —añadió—. El toma y daca. Las buenas réplicas.

Derrotada, al fin, por su silencio, empezó a girar el tirador de la puerta, cuando le oyó decir:

—¿Te vas, entonces?

Ella giró en redondo, incrédula, con una sensación de pequeña victoria.

—¿Qué?

—Te vas de la ciudad. Has acabado.

—Exactamente. Todos nosotros.

Slattery había hecho algo increíble: había dejado su libro y se había puesto de pie. Veronica se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía así. Era asombrosamente bajo.

—Llévate algo si quieres —dijo—. Un recuerdo.

Veronica se sospechó alguna broma inescrutable típica de Slattery.

—¿Lo dices en serio?

—Un libro o algo así.

Ella se quedó mirando aquella cara impasible y con barba de unos cuantos días, y

decidió que lo decía de verdad.

—¿El libro que yo quiera?

Él movió el brazo, en un gesto que los incluía a todos.

Sin tener que pensárselo dos veces, Veronica se acercó al estante que había encima de la mesa donde solían ponerse y cogió *La casa del sueño* de Frank King.

—Siempre ha sido mi favorito —explicó.

—Es tuyo —dijo Slattery.

Ella abrió la puerta y salió, guiñando los ojos por la luz del sol, y fue caminando por High Street con el libro apretado contra su corazón, que, no sabía muy bien por qué, le latía como loco.

Tenía intención de contárselo a Sarah, pero no lo hizo nunca. Cuando abrió la puerta de su dormitorio, Sarah estaba sentada en la cama, mirándola fijamente. En la mano tenía la carta del banco.

Veronica aspiró hondo y dijo:

—Vamos a intentar hablar de esto con calma, ¿vale?

ANALISTA: ¿Por qué le cuesta tanto hablar de esa noche?

ANALIZANTE: No me cuesta hablar de ella.

ANALISTA: ... Pues yo tengo la impresión de que se está guardando algo.

ANALIZANTE: No me estoy guardando nada. La verdad es que no me acuerdo muy bien.

ANALISTA: Hay muy poca diferencia entre olvidarse de una cosa y reprimir el recuerdo que tenemos de ella. [La respuesta de la ANALIZANTE no está grabada.]

Ya hacía algún tiempo que Robert no se quedaba de pie cuando iba al wáter. Hasta en momentos así, cuando tenía prisa y se moría de ganas, y probablemente había alguien esperando fuera, prefería sentarse y tomarse su tiempo. La idea de quedarse de pie junto al retrete, apuntando en la vaga dirección de la taza, salpicándolo todo, le repugnaba. Solo pensarlo le daba asco.

Se sentó en el retrete con la cabeza apoyada en las manos, inclinado hacia delante, meciéndose un poco. Había sido una noche muy larga, y de muchos excesos: todo el mundo parecía pasado de rosca, y todo el mundo había bebido demasiado. Los más sensatos se habían ido a la cama hacía ya un rato. Terry estaba ahora en la cocina, rodeado de admiradores, desgranando su repertorio habitual de chistes, que cada vez eran más guarros y más graciosos. Oía las risas desde allí. La de Sarah entre ellas.

Pero Sarah y Veronica habían roto, eso era lo increíble. Ella se lo había contado esa noche. Se había acabado. La historia de las dos, y el sufrimiento de él, se habían

acabado.

¿En qué situación le dejaba aquello exactamente? Mientras volvía a la cocina, su intención era quedarse en el umbral un momento, asimilar la escena con un mínimo de objetividad y decidir si quería sumarse a ella de nuevo o si era el momento de irse a la cama sin llamar la atención. Pero ahora le pareció que no tenía mucho sentido permanecer allí de pie, ni allí ni en ninguna parte; en el momento en que trató de quedarse quieto, o de resistir el impulso de echarse a andar, se dio cuenta de que estaba a punto de desmayarse; así que, dejando a un lado la conciencia de que se encontraba *muy* borracho, más borracho seguramente que en toda su vida, volvió dando tumbos hasta la mesa de la cocina y se desplomó, agradecido, en el asiento contiguo al de Sarah. Aún quedaban por lo menos diez o doce personas en torno a la mesa, y estaba abarrotada, de modo que Sarah y él estaban sentados muy apretados, casi uno encima del otro por culpa de la borrachera, mientras Terry seguía con sus cuentos y cundían las risotadas por todas partes.

así que decide comprarle a su mujer un regalo de aniversario; es su décimo aniversario, y él dice: Ya sé, le compraré un animalito...

La mesa se hallaba cubierta de botellas y vasos medio vacíos. Robert no conseguía recordar cuál era el suyo. Probó el líquido que había en el fondo de un vaso, vio que era whisky, y lo volvió a llenar. Sabía increíblemente amargo.

conque entra en una pajarería y el dueño le dice: Bueno, ¿por qué no le compra un cachorrito?, y él le contesta: No, ya tiene uno; así que el hombre le dice: ¿Y qué me dice de un loro?, y él le contesta: No, ya tiene un loro...

Fue consciente de que el brazo de Sarah rozaba con el suyo, y de que su hombro se apoyaba pesadamente contra él, mientras alargaba el brazo para coger una botella. Estaba bebiendo ginebra a palo seco; hacía tiempo que se habían acabado los refrescos. Ella ya estaba echada hacia delante, como anticipándose al final del chiste de Terry, con la boca tirante de risa contenida; pero tenía los ojos sombríos, cansados.

—... así que le dice: Bueno, y esto ¿qué le parece?, y saca un animalito y lo pone sobre el mostrador. Y el tipo dice: Pero ¿qué es?, y el dueño se lo cuenta, y él le contesta: Estupendo. Así que el otro lo mete en una caja y él se lo lleva a casa para su mujer...

Veronica estaba sentada al otro extremo de la mesa donde se encontraba Sarah, así que no se miraban mucho. Tampoco se habían dirigido la palabra en toda la noche; pero las dos habían decidido claramente anotarse un punto quedándose hasta el final. Veronica bebía agua del grifo. De cuando en cuando, sin que nadie se diera cuenta, se quedaba mirando fijamente a Robert y a Sarah, apretujados sobre sus bebidas.

conque llega a casa y le da el regalo y ella lo desenvuelve, y allí sentada en la caja hay una enorme rana verde, con la boca muy grande y los labios hinchados, que se la queda mirando sin moverse...

Robert quería irse. Se moría de ganas, pero no conseguía apartarse de Sarah.

¿Cómo habían llegado a estar así sentados? ¿Quién lo había decidido?

—... así que ella le echa un vistazo y dice ¿Qué *coño* es esto? Y él le contesta: Esto, querida, es una rana chupapollas sudamericana...

Todo el mundo se reía a esas alturas, pero Sarah era la que más. Su risa sonaba casi histérica. Robert la miró, vio su mandíbula batiente, sus hombros convulsos, y de repente se asustó. Algo no funcionaba.

y ella dice: ¿Y qué hago yo con esto? Y él le contesta: Bueno, le puedes enseñar a cocinar, y luego que te den por culo.

Con el nuevo estallido de risas, la segunda oleada, a Sarah y a Robert los empujaron uno contra otro y, por un momento, se quedaron así apoyados, muertos de risa; pero, cuando él trató de levantarla, de apartarse un poco, se dio cuenta de que su cuerpo estaba inerte. Le colgaban las extremidades, y se desplomó sobre él como una muñeca rota, con los ojos muy abiertos y la boca congelada en un rictus de risa. Se puso a sacudirla.

—¡Sarah! Sarah, ¿qué te pasa?

En torno a la mesa, empezaron a apagarse las risas a medida que la gente fue fijándose en aquel cuerpo flácido en los brazos de Robert.

—Dios mío, creía que era yo el que estaba borracho —dijo alguien; pero aquella gracia no obtuvo ningún eco.

—¿Se ha desmayado?

Veronica se levantó y acudió en ayuda de Robert.

—Se pondrá bien. Ya le ha pasado otras veces. No le durará mucho. —Se sentó junto a Sarah, la cogió de un brazo y, juntos, la pusieron derecha con mucho cuidado, de modo que quedó bamboleándose entre los dos—. Traed un poco de agua. Agua fría. —Luego le susurró al oído—: No pasa nada, Sarah. Venga. No pasa nada. Despiértate...

Poco a poco, tan solo unos segundos después, los ojos de Sarah empezaron a cobrar vida de nuevo, y el cuerpo se le tensó a medida que fue recuperando el control de sus músculos. Parpadeó y bostezó, igual que alguien que se despierta en pleno sueño.

—Dios mío... Pero qué malo era ese...

—¿Estás bien? —le dijo Robert, inclinándose sobre ella—. ¿De verdad que estás bien?

—¿Sabes lo ha pasado?

—Pues claro que sabe lo que ha pasado —dijo Veronica—. Pero es...

—Sí, oía lo que decíais. Pero no podía hacer nada. No podía moverme. —Apoyando las dos manos en la mesa, se puso de pie con mucho tiento—. Oye, siento estropearos la fiesta, pero... me parece que tengo que acostarme.

Ya fuera porque el extraño comportamiento de Sarah había echado a perder el ambiente que se había creado, o por una sensación más general de que la velada había llegado a su término, todos echaron sus sillas hacia atrás y se pusieron en pie para

seguirla, con bostezos y gestos de asentimiento y murmullos de aprobación; así que, en poco tiempo, la fiesta se había acabado, y la gente se dispersó por los pasillos en grupos desordenados, sin apenas despedirse.

Mientras subía las escaleras que llevaban al segundo piso, Sarah vio que Robert y Veronica seguían flanqueándola solícitamente, a pesar de que ya no parecía más débil ni más mareada que los demás. Terry iba un poco más atrás.

En lo alto de las escaleras, Sarah se volvió hacia Veronica y dijo, un tanto aturullada por la tensión:

—Creo que esta noche no hay nadie en la habitación de Michéle. Dormiré allí.

Veronica murmuró algo inaudible y se marchó en dirección a su cuarto. Luego Terry les dio las buenas noches, añadiendo que hablaría con ellos por la mañana antes de irse. Y entonces se quedaron solos.

La casa estaba en silencio. Parecía que a nadie le había llevado mucho tiempo acostarse.

—Ha sido una noche estupenda —dijo Robert débilmente, cuando el silencio comenzó a resultarle agobiante.

Sarah había empezado a mirarle de una manera rara: con la típica intensidad movediza de los pájaros. No daba señales de que le apeteciera moverse. Robert trató de recordar dónde quedaba la habitación de Michéle, para poder acompañarla hasta allí. De pronto se acordó de que estaba al final de las escaleras: justo donde se encontraban, en realidad.

—¿Seguro que ya estás bien? —le preguntó.

—Sí, gracias. Estoy mucho mejor —dijo Sarah, sin cesar de mirarlo.

—Estupendo. Nos has dejado muy preocupados. Pero ya te ha pasado antes, ¿no?

—Una o dos veces, sí.

—Tendría que verte un médico.

—No es nada, de veras. Pierdo un poco la conciencia si me río demasiado.

Aún andaba alguien por allí: se oyó un golpecito y ruido de cristales rotos en la cocina, y luego se apagó una luz del pasillo de abajo.

—¿Quieres que te ayude a meterte en la cama?

—No exactamente —dijo Sarah. Ahora estaba bastante oscuro, pero sus ojos seguían brillando, iluminados por un destello pálido y apagado—. Me gustaría que te metieras en la cama conmigo, en realidad.

Las siguientes palabras de Robert, aunque nunca sería capaz de recordarlas, fueron:

—Puede que no sea muy buena idea.

La luz de los ojos de Sarah se extinguió de golpe.

—No —dijo, y aquella palabra se quedó flotando entre los dos en la oscuridad y en un silencio final, irrevocable.

—Quiero decir —dijo Robert— que puede que no sea el momento más adecuado o que...

Sarah había alcanzado la puerta, la había abierto suavemente y estaba a punto de desaparecer.

—Buenas noches, Robert —dijo.

Él gritó su nombre; o eso se imaginó. Luego la puerta se cerró, pestillo incluido.

Mudo de asombro, Robert se quedó allí a oscuras, mirando la puerta. No salió ni un rayo de luz por la rendija de abajo; Sarah no había encendido ninguna de las luces de la habitación. Él no sabía si acercarse y llamar con los nudillos, o darse la vuelta y marcharse a su cuarto. Giró en redondo y dio unos cuantos pasos por el pasillo; luego se detuvo, y volvió a quedarse perplejo en la oscuridad, temblando, paralizado por la indecisión, cerrando y abriendo los puños. Dio unos cuantos pasos hacia atrás, se volvió, y entonces se acercó de puntillas hasta la puerta de Sarah. Se quedó junto a ella, escuchando, conteniendo la respiración. Tras unos segundos empezó a sospechar (y después se convenció) que ella estaba al otro lado, apoyada también en la puerta, escuchando sus pasos indecisos en el pasillo. En ese momento le pareció rarísimo no poder alargar el brazo y tocarla, separados como estaban tan solo por unos cuantos centímetros de madera. Escuchó atentamente, y creyó que oía su respiración: su respiración profunda y agitada. El roce de una mano, de un cuerpo, contra el panel de la puerta: la textura de la ropa contra la madera. Pero entonces otro ruido (un golpe procedente del fondo de la habitación, que podía haber sido algo chocando contra una cama, o el ruido de un zapato al caer al suelo) le hizo recapacitar. Alzó la mano para llamar a la puerta; se preguntó qué iba a decir cuando ella respondiera; desechó este pensamiento por neurótico e irrelevante; hizo como que llamaba y luego vaciló. Sus nudillos, en lugar de llamar a la puerta, entraron en contacto con su globo ocular, y se lo frotó vigorosamente. Un sollozo le estremeció el cuerpo; estaba tan borracho, y tan cansado... Se dio la vuelta y se alejó rápidamente por el pasillo, en dirección a su habitación.

La siguiente sensación que pudo recordar fue un dolor agudo en su mano izquierda. Se miró la mano y vio que tenía la profunda marca de un mordisco. Estaba sentado en la cama individual de su habitación y se había estado mordiendo la mano, hundiendo sus dientes en el montículo del pulgar; tanto, que casi se había hecho sangre. Había apagado la luz y se había quitado los pantalones. Estaban tirados en el suelo, cerca del armario.

Se levantó, pero se tambaleó, en parte porque estaba borracho y en parte de pura incredulidad. La escena que acababa de interpretar con Sarah se resistía a cualquier intento de comprensión: la mitad de él quería borrarla de su memoria inmediatamente, mientras que la otra mitad luchaba por revivirla y regodearse en cada detalle. ¿Le había pedido aquello *de verdad*? ¿De verdad que se lo había pedido? ¿Y de verdad que él se había negado?

Nunca volverá a suceder, se dijo. Nunca te lo volverá a pedir.

Cogió sus pantalones. ¿Debía ponérselos otra vez y regresar a su habitación?

¿Dónde estaban sus zapatos?

Vuelve.

Pero se dijo: No; y en cuanto se lo dijo, aquella sugerencia desapareció del todo.

Te hace falta otra vida...

Metió como pudo una pierna por la pernera de los pantalones: luego, al meter la otra, perdió el equilibrio, pegó un salto y se cayó. Al caer, dio con la cabeza contra la esquina de la mesilla, y de repente sintió un dolor muy fuerte en el cráneo y en el cuello. Se desplomó en posición fetal en el suelo, se tocó la sien, entre el ojo y la oreja, y notó que se había hecho sangre.

Para seguir el rastro de ese oscuro secreto...

—No hay vuelta atrás —se dijo a sí mismo, en voz alta.

Se deshizo de sus pantalones, sacó un pañuelo de uno de los bolsillos y se lo puso sobre el corte mientras se sentaba en la cama. Era una magulladura superficial y pronto se le secó la sangre. Mientras tanto, se le había pasado la borrachera; con una rapidez increíble, le pareció. Temblando, y sin pantalones, sintió una súbita necesidad de escribir algo, y con esa idea en la cabeza se acercó a su escritorio, cogió un rotulador y abrió su cuaderno por la primera página en blanco, donde terminaban todos los demás esbozos de su poema.

Fue el ver todos aquellos esfuerzos literarios, probablemente, lo que hizo que se concentraran su dolor, su confusión, su cansancio; que se fundieran todos al final en una sola emoción: rabia. Todas aquellas declaraciones dificultosas y provisionales, aquellas primeras versiones, revisiones, alteraciones y reestructuraciones, meditadas, descartadas y reescritas, que tanto le habían angustiado, le parecían ahora a Robert dignas de desprecio. ¿Qué sentido tenía toda aquella labor secreta, aquel trabajo de chinos interiorizado que exigía tanto tiempo, cuando le habían puesto en bandeja la oportunidad de actuar según sus deseos, y él ni había tenido el coraje ni la presencia de ánimo necesarios para aprovecharla?

Se quedó mirando las palabras de aquella página hasta que le parecieron garabatos fortuitos sin ningún significado; hasta que no tuvieron ningún sentido.

Cogió el rotulador y trazó una línea gruesa sobre la versión completa del poema. Luego trazó otra línea, haciendo una «X». Esta vez apretó tan fuerte que, a pesar de que se trataba de un rotulador de punta blanda, rasgó la hoja. Le gustó el ruido y la sensación de la hoja al rasgarse. Garrapateó obscenidades sobre las primeras versiones del poema, y volvió a rasgar las hojas con la punta del rotulador; y luego, al final, rompió el cuaderno entero en dos con las manos y desperdigó las hojas por el escritorio y por el suelo.

Con el rotulador aún bien agarrado, se levantó, dio un bandazo y chocó con la pared. No estaba tan sobrio como creía.

Sarah ya estaría echada en la cama, a unos cuantos metros por el pasillo, dormida seguramente, con la habitación a oscuras y la puerta cerrada con pestillo. Y nunca se lo volvería a pedir.

Estúpido, estúpido, estúpido...

Se dio de golpes con la cabeza contra la pared, suavemente, mientras decía eso, y la manchó de sangre. Debía de habersele abierto otra vez la herida. Volvió a garrapatear la palabra en la pared con su rotulador.

JODER JODER JODER JODER JODER

Ya había llegado cerca del armario cuando escribió por última vez la palabra con unas mayúsculas temblorosas, y entonces sintió que le fallaban las piernas y se dio cuenta de que resbalaba por el costado del armario hacia el suelo. Miró de reojo la cama y, con un último esfuerzo, consiguió impulsarse hasta ella. Luego perdió el conocimiento.

Robert se despertó solo unas horas más tarde, con una sed tremenda. Si hubiera sido un bebedor más experto, habría sabido que aquel no era precisamente el momento de levantarse, que no era más que una interrupción momentánea del proceso de descanso, momento de beber varios vasos de agua antes de volverse tambaleando a la cama y dormir otra vez unas tres o cuatro horas, hasta mediodía como pronto. Pero confundió aquel entusiasmo febril y antinatural con el que percibió la luz matinal con un despenar auténtico; y, además, se sintió atraído por las voces que oyó abajo, en la cocina. Se salpicó la cara con agua fría, se quitó la ropa del día anterior y se puso otra limpia. Poco antes de abandonar la habitación, vio las palabras que había escrito en la pared unas horas antes. Avergonzado, agarró el pesado armario de teca, pegó el cuerpo a él, y lo arrastró unos cuantos centímetros hacia la ventana. Las palabras quedaron tapadas, y ya pudo bajar tranquilamente.

En la cocina se encontró con tres de sus compañeros de juerga de la noche anterior, que estaban preparándose tostadas y café, y hasta había alguien especialmente intrépido que se estaba haciendo un auténtico desayuno; pero todos tenían la misma expresión como de neurosis de guerra, y los ojos con un brillo anormal. Después de que le preguntaran qué le había pasado en la cara, y de que él les hubiera contestado que nada, la conversación se redujo a unos cuantos vocablos proferidos con voz ronca. Ni Terry ni Sarah habían aparecido todavía, pero Veronica fue la siguiente en hacer acto de presencia, saludando cortésmente a Robert con la cabeza y dirigiéndose directamente a la nevera, donde vació en un abrir y cerrar de ojos un cartón de zumo de naranja.

—¿Tenías mucha sed? —le dijo, como un estúpido, cuando ella ya se lo había terminado.

Ella ignoró la pregunta y se limitó a decir:

—¿Te pegó alguien anoche?

—No. Me tropecé.

—Creía que podía haber sido una amante despechada —dijo Veronica, y se puso a cortar unas gruesas rebanadas de pan.

Entró Terry en pijama.

—Acabo de vomitar —proclamó, sin destinatario concreto.

—Estás perdonado —dijo Robert.

—Encima del teléfono. Intentaba llamar a casa.

Terry no era el único residente de Ashdown al que se suponía que debían recoger sus padres aquella mañana. Algunos esperaban que alguien los acercase hasta su casa; otros tenían su propio coche, e intención de hacer las maletas y marcharse en cuanto se encontraran un poco bien. Bajo aquella sensación de debilidad y malestar general se escondía una especie de aprensión porque sabían que solo iban a pasar unas cuantas horas más juntos antes de irse; tal vez para no volver a verse nunca.

—Me hace falta un poco de aire fresco —dijo alguien, después de que el calor acumulado al freír los huevos y el beicon hubiese empañado las ventanas de la cocina.

—Buena idea. Vamos a dar una vuelta.

Eran ocho los que se fueron abriendo paso por el sendero del acantilado hacia el promontorio más alto. A Robert se le ocurrió que aún era demasiado pronto para contar con que los efectos del alcohol se les hubieran pasado; de modo que, técnicamente hablando, seguían todos borrachos. Una bruma cálida y húmeda flotaba en el aire, y brillaba pálidamente un sol, sofocado por las nubes, que solo conseguía arrojar una luz clara y débil, amarilloverdosa, sobre el mar restallante.

Mientras Robert caminaba a zancadas a la cabeza del grupo, Terry lo alcanzó y le dijo:

—¿Así que... Sarah se encontraba bien anoche?

—Creo que sí.

Terry meneó la cabeza.

—Curioso lo suyo. ¿Qué te ha pasado en la cara, por cierto?

Robert no respondió; y Terry titubeó, como temeroso del impacto que podrían causar sus siguientes palabras.

—¿Y te dijo algo..., hizo alguna alusión a lo que habíamos... acordado?

—¿Acordado? —preguntó Robert demasiado rápido.

—¿No te lo ha dicho?

—No sé de qué me estás hablando.

—Bueno..., ya sabes que empiezo a trabajar para *Frame* en septiembre.

—Sí.

—Y que voy a alquilar el piso ese en Londres.

—Pues claro. —Daba la casualidad de que Robert había rechazado la oferta de Terry de ocupar una habitación que le sobraba, prefiriendo averiguar antes los planes de Sarah.

—Y ya sabes que Sarah y Veronica han roto, así que ya no van a buscar casa por aquí.

—Al grano, Terry, por el amor de Dios.

—Bueno... —Le echó una última y penetrante mirada a su amigo, y luego

prosiguió como pudo—. Va a venirse a vivir conmigo.

Robert se quedó mirándolo horrorizado.

—¿Que se va a ir a *vivir* contigo? ¿Qué quieres decir?

—Que va a instalarse en una de las habitaciones que me sobran.

—Pero... ¿cuándo lo habéis decidido?

—Ayer por la noche, antes de la fiesta. —Agarró a Robert por el hombro, y se lo sacudió torpemente—. No es ninguna conspiración. No pasa nada. Y lo mejor de todo es que aún queda sitio para que tú también te vengas con nosotros. Hay tres dormitorios. Será exactamente como en Ashdown, solo que en Londres. —Robert aún seguía mudo de asombro. Terry vio que no iba a conseguir sacarle mucho más por el momento—. Piénsatelo —concluyó—. Ya hablaremos más tarde.

Siguió andando, y pronto se le unieron los demás, pasando por delante de Robert mientras él se quedaba allí parado en medio del camino, de espaldas al mar, con la mirada fija en las torres grises de aquel caserón. Al poco rato, Sarah salió por la puerta principal. Él se volvió y echó a andar en dirección contraria, pero despacio, de forma que a ella no le costó mucho alcanzarle. Como llevaba el pelo sin lavar, parecía más oscuro y más denso. Se había quitado el maquillaje de la noche anterior, y no se había vuelto a maquillar. Su cutis parecía más pálido, y le estaba saliendo un herpes en el labio superior. Sus ojos habían perdido el brillo, y tenía los párpados hinchados. Llevaba la misma cazadora vaquera de siempre, una blusa gruesa de algodón y unos pantalones de pana de color verde botella.

—Gracias por esperarme —dijo, sin mirarle a los ojos.

Los demás habían aminorado un poco la marcha, y no iban muy lejos.

—No tienes muy buena pinta —dijo Robert.

Sarah se rio.

—¿Que no tengo muy buena pinta? Pues tú...

—Yo me he dado un mamporro contra un mueble.

Sarah no le prestó mucha atención. Parecía que estaba incómoda, casi aturdida.

—Hoy todo el mundo tiene una pinta horrible —añadió Robert—. A lo mejor no fue la mejor manera de rematar el curso.

Se unieron al grupo, pero de alguna manera consiguieron mantenerse al margen, de modo que conservaron su intimidad, a pesar de que sus amigos fuesen hablando sin orden ni concierto a ambos lados.

—Anoche... —comenzó Robert.

Sarah le cortó.

—Quería decirte algo sobre eso. ¿Te importa que hable yo primero?

—Pues claro que no. Dale.

—Bueno... —Hizo aquel gesto otra vez; se pasó una mano por el pelo, para acabar cogiéndose un mechón y tirar un poquito de él. Como siempre, Robert se conmovió: un súbito ataque de ternura—. Solo quería darte las gracias, en realidad.

—¿Darme las gracias?

—Robert... —Se apartaron del grupo suavemente, casi sin que los demás se dieran cuenta—. Sé lo que sientes por mí. Lo sé perfectamente. Lo he sabido siempre. Hasta creo que lo sabe todo el mundo.

—Vaya. ¿Y por qué no iban a saberlo?

—Así que... en cierta forma fue una crueldad por mi parte decirte... lo que te dije anoche.

—¿Por qué? ¿No lo decías en serio?

—Sí, sí lo decía en serio. Por lo menos en ese momento.

—Ya.

—Estaba muy borracha. Y tú también. —Se volvió y se quedó mirando al mar—. Así que lo que quiero decirte...

—Sé lo que quieres decirme. Crees que habría sido una metedura de pata descomunal, y quieres darme las gracias por no haber dejado que pasara.

—Sí. —Sarah asintió tristemente—. Eso es lo que quería decirte, supongo.

—No te engañes tanto —dijo Robert—. No fue una cuestión de fuerza de voluntad. En realidad, fue pura debilidad.

—No me lo creo. Tú no eres una persona débil.

—Sí que lo soy. Débil e indecisa.

Los demás habían emprendido el camino de regreso a la casa. Veronica pasó a su lado, sin poder evitar lanzarles una mirada celosa y curiosa a la vez. A pesar de que ya no podía oírles, Sarah bajó mucho la voz.

—Menos mal que nos vamos de aquí. Hemos llegado a conocernos demasiado bien. Hemos intimado demasiado.

—¿Pues me quieres decir cómo encaja con eso lo de compartir un piso en Londres con Terry?

—Eso no es más que un recurso. Algo provisional. No sé si va a funcionar. —Se volvió hacia él, desesperada—. Por favor, Robert, no *puedes* tener celos de mí y de Terry.

—Sí que puedo.

—De todos modos, ¿qué te impide venirte tú también? Sigue quedando una habitación libre en el piso. Sería estupendo que tú también vivieras allí.

Robert negó con la cabeza.

—Eso no es lo que quiero.

—Entonces ¿qué quieres? ¿Volver a vivir con tus padres?

—No. Pensaba quedarme aquí una temporada.

—Pero estarías más solo que la una. Sería horrible.

—Puede.

En aquel punto no había valla que separase el sendero del borde del acantilado, sino unos cuantos cantos rodados y un par de tristes y perseverantes matas de brezo sobresaliendo de la hierba. Robert se acercó de puntillas hasta el borde y se quedó mirando el agua, que golpeteaba lánguidamente contra la cara del acantilado, sin ton

ni son.

—¿Qué hiciste anoche? —preguntó.

—¿Qué dices?

—Después de que nos despidiéramos. Me gustaría saberlo.

—Quítate de ahí —insistió Sarah—. Estás demasiado cerca del borde. Es peligroso. —Robert se quedó donde estaba; así que ella suspiró y dijo, un poco enfadada al principio—: Pues entré en el cuarto de Michéle y me senté en la cama. Me pareció oírte fuera. Creí que ibas a llamar a la puerta.

—Por poco llamo. —Se sentó, con las piernas cruzadas, en la hierba del brezo—. ¿Y qué habrías hecho?

—Por favor, Robert, no me lo preguntes. No tiene ningún sentido. —Se sentó a su lado—. *Habríamos* metido la pata, ya lo sabes. No sé por qué me dio por ahí. Solo trataba de utilizarte.

—¿De utilizarme?

—Sí, de herir a Veronica, supongo. Seguramente, no podría haberlo hecho. Ni siquiera me gusta acostarme con hombres. —Lo miró con un cariño repentino—. Con ningún hombre; así que estoy segura de que habría sido un desastre. Lo habría estropeado todo.

—Nuestra amistad, por ejemplo —dijo Robert tajante.

—Exactamente. Nuestra amistad. Y para mí es *muy importante*, Robert, sobre todo ahora. Me hace mucha falta un amigo. Un buen amigo. Y tú siempre has sido mi mejor amigo: el mejor que he tenido nunca, de alguna manera.

—Pues qué pena —dijo él, apartando los ojos—, porque no quiero ser amigo tuyo. Ya no puedo más.

A Sarah le llevó unos segundos asimilar aquello. Luego dijo:

—Pues tendrás que poder. Porque no hay más. Ni lo habrá nunca.

—¿Nunca?

—Nunca. —Le puso una mano en la rodilla. Él sé quedó mirándola, sin acabar de creérselo, pero sin sentir ninguna emoción—. No es que Ronnie y yo nos entendamos muy bien últimamente —continuó—, pero siempre le deberé una cosa. Porque... hizo algo asombroso, la verdad. Me hizo ver... mi auténtica naturaleza.

—Estás segura de eso, ¿no?

Pareció que pasaba mucho tiempo antes de que Sarah contestara:

—Sí que lo estoy.

Robert asintió, y se puso a cortar briznas de hierba con los dedos.

—Creía que podía haber sido..., no sé, cosa de una sola vez.

—No. Al final no era la persona adecuada para mí. —Sarah se sonrió—. Estas últimas semanas he pasado mucho tiempo deseando que se pareciese más a ti.

—¿A mí?

—Claro. Serías el ideal para mí, ¿no crees? Si no fuera por... un pequeño detalle, claro.

—No juegues conmigo, Sarah. Por favor. No me siento con fuerzas.

—No estoy jugando. Lo digo en serio. Me pareces maravilloso; siempre me lo has parecido. Lo sabes de sobra, además. —Le dio un apretón en la rodilla y él volvió a mirar hacia abajo, como un gato somnoliento que responde a una caricia, curioso pero perplejo—. ¿Sabes?, tendría que ser yo quien se pusiese a buscar a Cleo. Imagínate... Tu hermana gemela: tú en mujer. ¿A que sería mi pareja ideal?

Ahora Robert se quedó mirándola. La contempló con calma, escrutadoramente, durante un buen rato, mientras ella le devolvía la mirada, azorada, con la esperanza de encontrar una chispa de diversión en sus ojos. Pero en la mirada de Robert no había ni rastro de humor. Difícilmente podría haberla mirado con un aire más solemne, más intenso; aunque, si hubiera sabido cuánto tiempo pasaría antes de poder volver a mirarla detenidamente, seguramente lo habría intentado.

—Deberíamos volver —dijo Sarah por fin—. Empieza a hacer frío.

—Vete tú —dijo Robert—. Yo me voy a quedar aquí un rato.

Ella se incorporó con dificultad.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Le notó la preocupación en la cara—. No temas —dijo—. No voy a tirarme.

Sarah se inclinó y le besó en la coronilla.

—Me alegro.

Antes de que ella se hubiera alejado unos metros, Robert la llamó.

—¡Sarah!

Ella se volvió.

Estuvo a punto de hablarle del poema; de decirle que fuese a buscarlo al Café, dentro del libro, en la página 173. Pero se dio cuenta de que era inútil. Lo había dejado allí demasiado tarde.

—Nada, adiós —fue lo único que dijo.

Ella sonrió de nuevo, y siguió andando hacia la casa.

Terry volvió muy tarde de Londres aquella noche. Buscar la foto le había llevado más de cinco horas, al final de las cuales estaba sin resuello y al borde de la desesperación. Sin embargo, la había encontrado; por algún malvado capricho del destino, se había ido colando hasta el mismísimo fondo de la caja de cartón más remota del segundo de sus dos trasteros atiborrados. Cuando por fin se topó con la foto, la cogió como si fuese la mano de su amigo más querido, perdido de vista hacía mucho tiempo, y tuvo que reprimir unas lágrimas de triunfo y alivio. Luego miró su reloj, hizo un cálculo rápido y se dio cuenta de que tenía el tiempo justo para coger el último tren hacia la costa, aunque eso significara dejar su piso cubierto de basura, en un estado lamentable, como si acabasen de saquearlo los servicios de seguridad o un hatajo de ladrones poco competentes. Las ganas que tenía de volver a Ashdown aquella noche le pillaron por sorpresa. Cuarenta minutos más tarde iba sentado en un tren que traqueteaba hacia las afueras de Londres, y llevaba la foto sobre su regazo, ante él, puesta a buen recaudo entre las páginas del último número de *Sight and Sound*; de cuando en cuando abría la revista y le echaba un vistazo a aquel símbolo redescubierto de toda su vida que era tan valioso, tan merecedor de aquella búsqueda frenética. Había decidido que nunca volvería a traspapelarlo ni a dejárselo olvidado en ninguna parte.

Tuvo que esperar un rato en la estación a un taxi, y cuando lo dejaron frente a la escalinata de entrada de Ashdown ya eran más de las once. A esas horas de la noche, contaba con que la casa estuviese oscura y silenciosa, con todos los pacientes descansando en sus respectivos dormitorios, sin más actividad que el frenético garrapateo de las plumillas del polisomnógrafo mientras trazaban sus gráficos eléctricamente determinados (además, claro, del tamborileo incesante —igual de frenético, pero oculto— de los desmotivados participantes en el experimento del doctor Dudden). Sin embargo, le aguardaba una escena bastante diferente: había tres mujeres sentadas en el exterior de la terraza brillantemente iluminada, y el cálido aire nocturno repicaba con sus voces risueñas y el entrechocar de vasos y botellas. Las mujeres eran la doctora Madison, Maria Granger y Barbara Daintry, la sonámbula.

Al verlo subir los peldaños, Maria lo llamó:

—¡Eh, Harry! ¿Qué haces?

—Me llamo Terry —dijo, mientras se acercaba hasta ellas.

—Terry..., Harry..., qué más da; ¿qué haces entrando a escondidas a estas horas de la noche?

Maria era una londinense alegre y extrovertida, de mediana edad, que ya había intentado trabar amistad con Terry varias veces en los últimos días. Se trataba de una mujer grandota, con mucha papada y una boca que parecía estar siempre a punto de esbozar una sonrisa subversiva. Tenía mucha barriga y unos pechos enormes. Le

habían dicho que, en parte, su talla era producto de las medicinas que se veía obligada a tomar para contrarrestar los síntomas de su narcolepsia crónica; pero Maria también era la primera en admitir que su marcada debilidad por el chocolate, los donuts y la tarta de queso con fresa constituía un factor a tener en cuenta. A Terry le caía bien; como a todo el mundo en la clínica, con la excepción del doctor Dudden.

—Me he pasado el día en Londres —dijo.

—Ya entiendo: haciendo novillos.

—Se podría decir así, sí.

—¿Vas a tomarte una copa con nosotras, entonces? Podemos soportar alguna compañía masculina.

—¿No se supone que teníamos que estar todos en la cama?

—Es que no está aquí... el doctor Muerte. Esta tarde se ha ido a un cursillo. Y además esta noche es mi última noche aquí, así que lo estoy celebrando. Ya sabes... mientras el gato está fuera... los ratones pueden relajarse un poco —concluyó Terry. Y, pensando en la doctora Madison, añadió—: Igual que las ratas, espero. —Ella no contestó, y su cara no reflejó ningún tipo de complicidad—. Está bien —dijo—. Me llevaré todo esto arriba, y luego bajaré a unirme a vosotras.

Cuando regresó, la doctora Madison había desaparecido.

—Se ha ido a la cama —dijo Maria.

—Trabaja demasiado esa mujer —dijo Barbara—. Ese tipo va a acabar con ella.

Maria le pasó a Terry un vaso de papel, y lo llenó casi a rebosar con vino blanco.

—Entonces —dijo él, tras el primer sorbo—, ¿te apetece reintegrarte al mundo real?

—Me apetece volver a ver a mis niños. Y a mi marido. Les he echado de menos. Pero me lo he pasado muy bien aquí, la verdad. Quince días a la orilla del mar. Ha sido muy divertido.

—Le encanta reírse —dijo Barbara, y las dos se rieron como tontas—. Deberías ver cómo se pone cuando se ríe. Es una cosa graciosísima.

—Por favor, no empecemos —dijo Maria, mientras las risitas daban paso a una cosa más gutural, más profunda—. No te pongas a contarme chistes. Ya sabes que no lo puedo soportar.

—¿Por qué? —dijo Terry—. ¿Qué pasa cuando te ríes?

—Que se le afloja todo —dijo Barbara—. Se le afloja todo, es una cosa rarísima. Como cuando se dice que alguien no puede controlar la risa, ¿sabes? Pues eso es lo que le pasa.

—No me provoques —dijo Maria, esforzándose ya por controlar sus músculos faciales—. Ni se te ocurra hacerme estallar con uno de esos chistes tuyos.

—¿Qué te parece ese que me contaste? —dijo Barbara—. El del tipo con el plátano. —Se volvió hacia Terry—. Resulta que hay un tipo que tiene tres plátanos, ¿sabes? Y se mete en un autobús abarrotado en plena hora punta, pero no quiere que se los aplasten, así que se pone uno en el bolsillo de la pechera, otro en un bolsillo

lateral y otro en el bolsillo de atrás...

Con lo que pareció un serio esfuerzo de voluntad, Maria ahogó su propia risa e interrumpió a Barbara enérgicamente diciendo:

—Venga, déjalo, haz el favor. Dame un descansito. No me apetece ponerme así delante de Harry.

—Terry.

—De Terry, quiero decir. No me hace ninguna gracia, ¿sabes? No me gusta que la gente me vea así.

—Lo siento, cariño —dijo Barbara, sumisa y arrepentida—. Me pareció que le interesaría.

—Es que no soy ninguna atracción de feria. —Pensando en Terry, explicó—: Cuando eres narcoléptica, ¿entiendes?, padeces una cosa que se llama catalepsia. Así que, cuando te ríes (sobre todo a mandíbula batiente), es como si te desmayaras. Pierdes el control. Y te das cuenta perfectamente de lo que te pasa. A mí me llevaba pasando treinta años o más, pero solo averiguaron cuál era la causa hace un par de años. Así que ahora tengo que evitar reírme a carcajadas, porque me agota eso de ponerme así de rara siempre. A todos mis amigos, a mi familia y eso, les parece tronchante lo de ver cómo me caigo de narices y me desmayo; siempre me están provocando para ver si estallo, si me echo a reír. Y encima para mí es una manera de vivir, claro. Siempre lo ha sido. Me encanta reírme. ¿Cómo, si no, íbamos a poder con la vida? Hay que reírse para sobrevivir...

Y Terry se acordó en ese momento de aquella fiesta de despedida en Ashdown hacía ya tantos años; y de pronto cayó en la cuenta de lo que le había sucedido a Sarah esa noche, cuando reaccionó de una forma tan extraña ante sus chistes y todos dieron por supuesto que se había desmayado de tanto beber. Y de golpe aquel recuerdo del pasado se introdujo en su presente, coloreándolo, transformándolo, de modo que a Terry le sucedió algo que no le había sucedido en años: se produjo un cambio en su interior, y fue capaz de mirar a Maria y de compadecerse de ella (de sentir auténtica compasión, tras todo ese tiempo, por otro ser humano) al ver su cara y leer en ella una mezcla de tristeza y alegría, y al pensar en lo que debía de ser desear reírse, desearlo más que nada en el mundo y, sin embargo, no permitirte nunca, sabiendo que era tu forma de destruirte, igual que las ratas de los platos giratorios del doctor Dudden se veían obligadas a privarse del sueño cada vez que suspiraban por él...

—¿Y te ha ayudado? —preguntó—. ¿Te ha ayudado venir aquí?

—Bueno, me han dado algunas medicinas nuevas —dijo Maria—. No sé qué tal me irán. Lo importante es poder hablar de ello. Cleo se ha portado estupendamente, la verdad. Me he pasado horas hablando con ella. Se le podía contar cualquier cosa.

—Perdona —dijo Terry—, ¿quién se ha portado estupendamente? ¿Quién has dicho?

—Cleo. La doctora Madison.

Terry se quedó mirándola un buen rato.

—Oye, tengo que irme a la cama —dijo al final—. Me he pasado casi todo el día de viaje, y son más de las once y media. Tengo que acostarme, de verdad.

Echó su silla hacia atrás y se fue hacia la casa dando traspiés, y hasta la mañana siguiente (tras una noche en la que se sumió en la cuarta fase del sueño durante más de una hora, y hasta experimentó, por un momento, las primeras y vagas sensaciones de un sueño) no se permitió pensar de nuevo en aquel nombre, analizar la vertiginosa sensación de asombro que le había provocado. Luego recordó lo que significaba, y por qué, durante la última semana, la cara de la doctora Madison le había resultado vagamente familiar.

Se fue a buscarla inmediatamente.

Mientras Terry recorría los pasillos de Ashdown buscando a la doctora Madison aquel jueves por la mañana, Sarah se estaba comiendo una tostada y mirando con cierto recelo el ejemplar de *La casa del sueño* que descansaba sobre la mesa de su cocina como una bomba sin estallar. Aún no lo había abierto.

Era absurdo, se decía a sí misma, ser tan supersticiosa con aquel libro. ¿Qué peligro había en hojearlo otra vez, en leer unas cuantas páginas? ¿Creía en serio que aquella historieta, que para Veronica y para ella había sido siempre como una broma deliciosa, podía haber adquirido el misterioso poder de herirla?

Miró el reloj; solo le quedaban cinco minutos antes de salir para el trabajo.

Se limpió la mantequilla de los dedos con un trapo de cocina, cogió el libro y lo abrió despacio. Pareció que se abría de una forma muy natural por una página determinada, un poco más allá de la mitad, y cuando se abrió, cayó una hoja de papel. Una hoja doblada de papel rayado, escrita a mano por una sola cara.

No se le había ocurrido que fuera el mismo ejemplar. Ni tampoco que ni Veronica ni Rebecca se hubiesen molestado en abrirlo en aquellos doce años.

Desdobló la hoja de papel con manos trémulas y reconoció la letra de Robert inmediatamente. Sus palabras, olvidadas hacía tanto tiempo (completamente olvidadas), retornaron a su mente.

Si alguna vez quiero dejarte algo, lo pondré aquí. En este libro. Página 173.

Así siempre sabrás dónde encontrarlo.

Dejó el papel sin leer nada de lo que ponía en él y aspiró profundamente. Sintió que todos sus músculos se quedaban sin fuerza, sin capacidad de respuesta. Apenas podía mover los brazos. Cada vez se doblaba más sobre la silla.

No. Podía detener aquello. Podía controlarlo.

Se sentó muy derecha. Obligó a su mano a coger la hoja de papel otra vez. Obligó a sus dedos a agarrarla, a darle la vuelta. Iba a leerla. La leería rápidamente, de un tirón, y ya estaba.

Cogió aire de nuevo. Y luego:

Tu gravedad, tu gracia... Sí, claro, era el libro que habían estado leyendo en la playa; habían hablado del afecto, y de la pérdida, de lo que uno hacía si perdía a alguien... *tus narcolépticos ojos...* Pero ¿cómo podía haber escrito eso? ¿Cómo podía haberse enterado? Nadie lo sabía entonces..., *la cruel indiferencia...*, *la cruel indiferencia que ha hecho de mí...*, se refería al Café, a la época del Café, cuando ella y Ronnie se habían —mofado de él..., «*quieta como la muerte*»..., la playa otra vez, ella había leído aquella línea en voz alta, era de Rosamond Lehmann..., *un olvido tan total y profundo que acabe... ahogando así todos estos fantasmas...*, *otra vida... Te hace falta otra vida...*

Terminó de leer y se le cayó el papel de la mano. Se quedó mirando al frente, sin ver nada. Se olvidó de que se suponía que tenía que salir para el colegio. No tenía conciencia del paso del tiempo. Parecía que el tiempo estaba en suspenso.

De hecho, transcurrió casi media hora antes de que atravesara la habitación y levantase el auricular del teléfono de pared, para marcar un número que estaba escrito en un bloc de notas junto al teléfono.

Una voz desconocida atendió la llamada tras diez o doce timbrazos.

—Quería hablar con Ruby, por favor. Ruby Sharp.

—Espere un momento. Voy a ver si está.

La acústica al otro extremo de la línea hacía pensar en un vestíbulo o en un pasillo. Sarah oyó pasos y voces distantes. Se imaginó un edificio oficial más bien feo, con un suelo de parqué barato y notas clavadas en un tablón de corcho. Luego oyó unos pasos aproximándose, y el chasquido del auricular cuando alguien volvió a cogerlo.

—¿Sí, dígame?

—Ruby, soy Sarah. Sarah Tudor.

—Anda... —Una pausa, de alegría y sorpresa—. Hola, Sarah. Me alegro de oírte. —Luego otra pausa más larga, de desconcierto y expectación—. ¿Sarah? ¿Estás bien?

—Tengo que hablar contigo.

—Cómo no. —Ruby esperó—. ¿De qué?

—Tengo que verte.

—Oye, ¿ha..., ha pasado algo? ¿Hay algún problema?

Sarah rompió su largo silencio diciendo:

—Tenías razón.

—¿Que tenía razón? ¿Que tenía razón en qué?

—Decías que él me quería de verdad. Pues tenías razón.

—¿Quién te quería de verdad?

—Robert. Me lo dijiste el otro día y no te creí; no quería creerte. Pero ahora me he acordado.

—Sarah... —Ruby suspiró, irritada—. Qué cosas más raras me estás diciendo. Creo que deberías...

—He encontrado una cosa suya.

—¿Qué has encontrado?

—Una cosa que me escribió. Que escribió *para* mí.

—¿Quieres decir... hace poco? ¿Que te la escribió hace poco?

—No. Hace años. Oye, ¿puedo ir a verte? ¿Podemos quedar hoy en algún sitio?

—¿No tendrías que estar en el colegio?

—Ay, sí. Es verdad. —Alicaída, Sarah miró el reloj de pared. Se pasó una mano por los ojos—. Esta noche entonces. ¿Te puedo ver esta noche?

—Es que hoy me voy a casa. Me quedaré con mi madre todo el fin de semana. — Pudo sentir la decepción de Sarah—. Lo siento.

—No pasa nada. Será mejor que me vaya al colegio. —Pero Sarah no se movió; y Ruby tampoco. Cuando Sarah consiguió hablar otra vez, fue en un tono más bajo, como si ahora estuviese hablando consigo misma o pensando en voz alta—. ¿Cómo pudo largarse así? Sin decir palabra. Escapándose de noche. —Luego pareció recordar que Ruby la seguía escuchando—. Esa fue la última vez que lo vi. Y antes (unos cuantos años antes de eso) solo me mandó una carta. Una carta.

—¿Qué decía la carta?

—Nada.

—¿Nada de nada?

—Prácticamente nada. Me comentaba un sueño que había tenido, pero aparte de eso... ni siquiera me decía desde dónde me escribía. O lo que estaba haciendo. En aquel momento me pregunté si...

—¿Si qué?

—¿Sabías que Robert tenía una hermana gemela?

—No. No lo sabía. No lo conocía muy bien.

—Tenía una hermana gemela que se llamaba Cleo. La habían dado en adopción cuando los dos solo tenían unas semanas de vida. Nunca la volvió a ver. A lo mejor se puso a buscarla. Siempre decía que algún día lo haría.

Ruby no entendía nada.

—Oye, Sarah, tengo que irme. Tengo que irme, de veras.

—Es verdad. Perdona.

—Volveré después del fin de semana. Me acercaré a verte, ¿vale? El lunes por la noche.

—No hace falta. No sé por qué te estoy dando tanto la lata con esto. Es que... me hiciste revivirlo todo, al hablarme el otro día de él. —Se sorbió los mocos, se frotó los ojos y empezó a recobrar la compostura—. Lo siento de veras. No es cosa tuya.

Entonces, suavemente, Ruby dijo:

—No, sí que es cosa mía. —Y colgó.

A pesar de que al doctor Dudden le costó dejar la clínica en manos de la doctora Madison dos días, no se habría perdido su cursillo por nada del mundo. Hingleton

Pendlebury era una de las empresas de asesoría de dirección más importantes del país, y aquel cursillo intensivo, con alojamiento incluido, «Motivándose para cambiar», prometía lograr algo que, en su opinión, debería haberse hecho mucho antes: dar a conocer a algunos miembros destacados de la profesión psiquiátrica unos cuantos conceptos empresariales básicos, de acuerdo con la dolorosa pero inevitable transición de la sanidad pública a un sistema empresarial.

Junto con los demás delegados, había llegado a primera hora de la mañana del miércoles al hotel de Londres elegido. Era un hotel de cinco estrellas y, desgraciadamente para él, sus habitaciones habían sido diseñadas con todo lujo de comodidades, pensando en el descanso y en el relax. La cama tenía un mullido colchón de plumas de ganso, y las butacas eran rechonchas y estaban bien tapizadas. Para no desalentarse, el doctor Dudden se había instalado en el suelo sobre las doce de la noche, con los últimos resultados de su laboratorio esparcidos ante él, y había decidido dedicarse a trabajar hasta las cuatro y media como mínimo. Pero nunca iba a saber cuánto tiempo consiguió quedarse despierto. Se despertó a las nueve y cuarto, despatarrado en el suelo, con la espalda dolorida y una tortícolis tremenda. Justo cuando Ruby, por lo tanto, colgaba el auricular de su teléfono al otro lado de Londres y se volvía pensativa a su cuarto, el doctor Dudden corría por los pasillos del hotel, sin afeitarse, sin lavar y con la ropa de la noche anterior, tratando de localizar desesperadamente la sala principal de conferencias.

A pesar de su fatiga y de su aspecto desaseado, aguardaba la sesión de apertura de aquel día con muchísimo más entusiasmo que los demás participantes; todos los cuales, por lo visto, se encontraban allí por algún que otro tipo de obligación. La mayoría eran psiquiatras afincados en Londres, cuya presencia parecía ser una exigencia de su contrato, en la que habían insistido rigurosamente los jefes y directores administrativos de sus nuevas compañías hospitalarias.

—Esto es ridículo —estaba diciendo uno de ellos cuando el doctor Dudden entró en la sala—. He tenido que cancelar cinco conferencias y seis consultas, y todo por orden de un mocoso contable que cree que sabe lo que me viene bien.

En ese momento aparecieron los dos profesores del cursillo. Tenían cara de jovencitos inmaduros, y llevaban dos trajes Jaeger idénticos, muy ajustados. Andarían por los veintitantos años y tenían los ojos brillantes e inexpresivos de los fanáticos evangélicos.

—Hola. Yo soy Tim Simpson —dijo el primero.

—Y yo Mark McGuire.

Tim Simpson explicó que acababa de volver de pasar un año en Minnesota, donde se había especializado en Cambio Organizacional por la Universidad de Duluth. Mark McGuire, por otro lado, se enorgullecía de su diploma en Relaciones de Grupo, Planificación de Reuniones y Desarrollo de Recursos Humanos por la Universidad de Milton Keynes.

—Y estamos aquí para hablar del cambio —dijo Tim Simpson. Volvió la primera

página de un cartapacio, y señaló la palabra «CAMBIO», que estaba escrita en mayúsculas de unos treinta centímetros de altura.

—Exactamente —dijo Mark McGuire—. La palabra «cambio» es una palabra aterradora. Y para muchos de ustedes corren tiempos aterradores. —Volvió la página siguiente del cartapacio, y señaló las palabras «TIEMPOS ATERRADORES».

—A muchos de ustedes les dará miedo el cambio —dijo Tim Simpson—. A algunos hasta les indignará. Pero nuestro mensaje para ustedes durante los dos próximos días va a ser: *utilicen* ese miedo; pongan a funcionar esa *rabia*; y sobre todo...

Le echó una mirada a Mark McGuire, que volvió a pasar una página del cartapacio mientras los dos entonaban al unísono:

—«APROVECHEN EL CAMBIO.»

—Como facilitadores cualificados —dijo Mark McGuire—, nuestra tarea durante estas sesiones consistirá en entretenerlos con una serie de juegos de intercambio de papeles y de procedimientos para aumentar su creatividad.

—Estos métodos han sido probados y aprobados por parte de las sociedades más pujantes de América —dijo Tim Simpson.

—Los ejercicios que realizarán ustedes no deben ser considerados como un programa de entrenamiento *per se* —dijo Mark McGuire.

—Nuestro objetivo es simplemente que tengan una mente más abierta.

—Así como estimular el pensamiento creativo...

—Atraer su atención...

—Fijar puntos y conceptos clave con vistas a que los retengan a largo plazo...

—Y sobre todo...

Una página más del cartapacio, y luego, al unísono:

—«MOTIVARLES PARA EL CAMBIO.»

—Y, ahora —dijo Tim Simpson—, ¿alguien quiere preguntar algo?

La mayor parte de los allí congregados parecían demasiado aturdidos y perplejos como para preguntar algo a aquellas alturas, así que los facilitadores los dividieron en grupos de cinco y les explicaron que el primer ejercicio consistiría en un relajado fórum en el que se podría proceder a las presentaciones.

—Lo único que tienen que hacer —dijo Mark McGuire— es dirigirse al grupo, decir su nombre (y su edad, si les apetece) y describir su trabajo como les parezca pertinente.

—¿Eso es todo, Mark? —dijo Tim Simpson—. Suena bastante aburrido y convencional.

—Tienes razón, Tim. Me he olvidado de una cosa —dijo Mark McGuire—. ¿Y sabes de qué me he olvidado?

—Creo que sí, Mark. Creo que te has olvidado... —Y en ese momento Tim Simpson sacó una caja de cartón de detrás del cartapacio, mientras los dos exclamaban—:... de LOS GORRITOS.

Y entonces extrajeron de la caja una serie de gorritos de fiesta y de trajes de disfraces, que distribuyeron al azar entre los sorprendidos delegados, mientras Mark McGuire explicaba que les resultaría más fácil y más liberador asumir el papel adecuado a cada gorrito en el momento de presentarse.

Los cinco miembros del grupo del doctor Dudden se sentaron en círculo, se calaron sus respectivos gorros y se miraron los unos a los otros lastimeramente antes de proceder.

—Bueno, supongo que yo mismo podría empezar —dijo un delegado con gafas, de pelo cano, que llevaba en la cabeza un casco de policía de cartón piedra—. Soy el doctor Christopher Mayers, tengo cuarenta y ocho años y soy catedrático de psiquiatría de grupo.

—Yo soy —dijo la mujer que estaba sentada a su lado, que llevaba un casco de valquiria, cuernos incluidos— la doctora Susan Herriot, psiquiatra del Consejo de Investigaciones Médicas, tengo cuarenta y dos años y una cátedra de psiquiatría perinatal.

—Yo soy Russell Watts —dijo el siguiente hombre, que lucía un gorro de cazador de ciervos—. Consejero y psicoterapeuta independiente. Tengo treinta y nueve años.

—¡Al abordaje, muchachotes! —gritó el doctor Dudden, al tiempo que golpeaba la mesa con una violencia que sobresaltó a todos los demás. Llevaba un gorro de pirata—. ¡Izad la bandera negra, arriad la vela mayor, todos a popa! ¡Quince hombres sobre el pecho del muerto, yo-jo-jo y una botella de ron! —Sus colegas se quedaron mirándolo, pasmados, así que remató diciendo en un tono más normal—: Soy G. K. Dudden, psiquiatra del Consejo de Investigaciones Médicas. Fundador, administrador y director de la Clínica Dudden. He cumplido ya los treinta y seis. Servidor de ustedes.

Por lo visto, a los demás no les interesó lo suficiente su nombre de pila como para preguntárselo. Además, aquella referencia a la clínica bastó para despertar una vaga sensación de reconocimiento en el último miembro del grupo, que comentó antes de dirigirse a todos los demás:

—¡Ah!, el hombre del sueño. —Era el mayor de los cinco, tenía una melena de pelo blanco y una cara afilada y aguileña, oculta en parte en aquel momento por el velo que le colgaba de su pamelita de boda, rematada por un adorno de varios pisos de rosas de plástico rojas y azules—. Me llamo —dijo despacio— Marcus Cole, psiquiatra miembro del Colegio Real. Tengo cincuenta y ocho años, soy catedrático de psiquiatría forense, y he tenido que cancelar una reunión en el Ministerio del Interior para estar aquí hoy. ¿Y ahora ya nos podemos quitar estos gorritos tan ridículos?

A medida que fueron desarrollándose las actividades de la mañana, las tensiones entre los cinco miembros del grupo parecieron aumentar en vez de menguar. Por lo visto, el profesor Cole y Christopher Myers ya se conocían muy bien; se trataban mutuamente de tú y con evidente respeto. Los dos se dirigían con manifiesto recelo a

Russell Watts, sin embargo, y con una notable frialdad al doctor Dudden. El juego siguiente, en el que debían encontrar maneras de poner seis cerillas para conseguir diferentes combinaciones de triángulos equiláteros, se desarrolló casi sin ningún incidente. Tras él, con objeto de desbloquear sus canales de creatividad latente (en palabras de McGuire), se les pidió que hiciesen algunas esculturas originales con limpiapipas, lo que despertó cierta controversia, porque a la escultura de Russell Watts se la tildó de obscena e insinuante; como lo fueron, en efecto, los gestos que empezó a hacerle con ella a la doctora Herriot, y que la psiquiatra trató de ignorar como pudo. Al final, antes de comer, jugaron a un juego llamado «¡Modifica ese paradigma!», en el que cada uno de ellos tenía que cortar en trozos un anuncio en colores de un periódico o una revista, y colocarlos formando un *collage*. Los cuadros resultantes, les dijeron, debían ser más figurativos que abstractos.

—¿No se te ocurre nada mejor? —dijo el doctor Myers al final, al ver el *collage* del profesor Cole.

—¿Qué quieres decir? —dijo el profesor de mal humor. Tenía los dedos llenos de pegamento.

—Bueno, es un poco simple, ¿no?

—Es un cuadro estupendo de un avión, si quieres que te lo diga. —Echándole una mirada despectiva al logro del doctor Myers, añadió—: Por lo menos, el mío se sabe lo que es.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Que eso qué es? ¿Se supone que es un elefante o algo parecido?

—Por Dios... Es un caballo.

—Pues está mal.

—¡Cómo que está mal! Está... perfecto; perfecto, sí, señor. Por lo menos me he arriesgado un poco. Cualquiera puede hacer un avión.

—No jodas, Myers. Siempre has ido un gilipollas presumido.

Su disposición, en general, no mejoró mucho durante la comida. Tras quitarse el pegamento de las manos, el profesor Cole se mostró un poco menos displicente, se limitó a quedarse allí sentado con una expresión resignada y melancólica en la cara, mientras comía en silencio. El doctor Myers estaba más protestón.

—Esto es como volver a la guardería —se quejó—. ¿Cuánto les pagarán a estos payasitos por hacernos perder así el tiempo? ¿Es que alguien ha oído hablar de esa compañía... Higgledy Piggledy^[11] o como se llame?

—Hingleton Pendlebury —dijo el doctor Dudden— es una empresa con una considerable reputación dentro del mundo de los negocios. A mi modo de ver, las actividades de esta mañana han resultado altamente estimulantes. No deberíamos despreciar estos métodos solo porque al principio parecen un tanto infantiles. El éxito de la empresa americana se basa en cosas así.

—¡Menuda tontería! —dijo el doctor Myers—. En primer lugar, el proporcionar asistencia médica no es un negocio. Y en segundo, el éxito de la empresa americana

es un mito. No hay más que ver su deuda exterior. Ni a los alemanes ni a los japoneses se les ocurre andar enredando con cerillas y limpiapipas en sus horas de trabajo. Al contrario, estas cosas demuestran perfectamente qué tienen de malo los americanos: ese infantilismo suyo tan patético.

—¿Qué opina usted, profesor? —preguntó la doctora Herriot. Estaba sentada al lado de Russell Watts, y se apartaba todo lo que podía de él.

El profesor Cole dejó el cuchillo y el tenedor, y dijo distraídamente:

—En dos años, me retiro. Y llevaré en la profesión más de veinticinco; en todo este tiempo he visto que la psiquiatría, para la opinión pública, pasaba de ser una ciencia médica seria a convertirse en una rama desacreditada de las prestaciones sociales; la cabeza de turco de cualquier mal que surja de esta sociedad. Me parece totalmente adecuado rematar mi carrera haciendo *collages* con papel y pegamento, bajo la supervisión de un hombre diez años más joven que mi hijo pequeño. Hoy —prosiguió, mientras los demás escuchaban muy concentrados de puro asombro— debería reunirme con los representantes del Ministerio del Interior y con los gerentes de mi empresa para discutir el caso de un joven esquizofrénico de una de mis salas. Soy la única persona cualificada para dar una opinión médica sobre ese caso, pero la reunión tendrá lugar sin mi presencia. Esa es la realidad de la práctica psiquiátrica en Londres hoy en día.

—Los gerentes querrán darle el alta, supongo —dijo el doctor Myers.

—Sí. Hay escasez de camas y, en estas últimas semanas, se ha estabilizado.

—¿Definitivamente?

—No. Solo gracias a nuestros esfuerzos.

—No van a dejarle salir, ¿verdad?

—Espero que no. Pero es posible.

—¿Es peligroso?

—Mucho. —El profesor Cole se puso de pie cansinamente y dijo—: Me parece que me voy a echar un rato. Les veré dentro de media hora o así.

Cuando ya se había ido, el doctor Dudden se puso a servirle café a todo el mundo y bufó:

—Ese tío parece un dinosaurio. Le hace falta ponerse al día.

Cristopher Myers se ofendió.

—Debería recordar —dijo— que no todos nosotros hemos abrazado el libre mercado con el mismo entusiasmo que usted, doctor Dudden.

—Ya lo harán —contestó él—. No les quedará otro remedio.

—La clínica debe de ir estupendamente, por lo que veo.

—Vamos tirando.

—¿No le han hecho mucha publicidad en contra?

El doctor Dudden dejó de revolver su café.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Me preguntaba si, el año pasado, les habría supuesto mucha molestia el caso

del jovencito aquel, ¿cómo se llamaba? Webb, ¿no?

—Stephen Webb se mató en un accidente de carretera. No tuvo nada que ver con mi clínica.

—Ya, claro. Sin embargo, se armó bastante revuelo, ¿sabe?

El doctor Dudden se encogió de hombros.

—No me sorprende. Ni me inquieta nada, si he de serle totalmente sincero.

—Puede que no. —El doctor Myers titubeó, como si estuviera a punto de sacar a colación un tema delicado—. De todos modos, creo que debería saber que me han pedido presidir un comité que investigue ese accidente. Pronto se lo comunicarán oficialmente, por carta.

El doctor Dudden se quedó quieto, con la boca abierta, cuando iba a darle un sorbito más a su café. Tenía la cara blanca.

—Ya —dijo en voz baja.

Al ver el silencio que se había adueñado de la mesa, la doctora Herriot se volvió hacia Russell Watts y le pidió que le pasara el azúcar. Él le alargó el cuenquito de bolsitas de azúcar blanco y moreno, y le pasó la mano intencionadamente por el muslo.

—Le advierto —le susurró— que tiene el coño ardiendo.

—Creo que es hora de volver a la sala de conferencias —dijo la doctora Herriot, a la vez que se levantaba de golpe, sobresaltada. Su voz sonó muy fuerte y cargada de tensión.

Aquella tarde, la mayor parte del tiempo se la pasaron jugando a un juego muy largo y complicado, llamado «Bebés alienígenas». Con ese fin, Tim Simpson y Mark McGuire habían formado varios círculos con cordeles en el suelo de la sala de conferencias. Eran de unos tres metros y medio de diámetro, y en el centro de cada uno había un cubito lleno de bebés de gelatina.

—Puede que les parezcan golosinas vulgares y corrientes —dijo Tim Simpson—, pero en realidad son los embriones de una forma de vida alienígena. Acaban de aterrizar en el jardín trasero de su casa y, dentro de media hora, van a salir del cascarón y a convertirse en unos monstruos enormes y asesinos, capaces de destruir el mundo.

—Y lo que es peor —dijo Mark McGuire—, ya están emitiendo una poderosa y mortífera energía radiactiva; lo que significa que a cualquiera que caiga dentro de uno de estos círculos lo matará.

—Solo hay una forma de destruir a estos alienígenas —dijo Tim Simpson—. No son inmunes al agua. Sumérjanlos en agua y morirán instantáneamente.

A cada grupo le dieron un cubo de agua y cinco cuerdas de dos metros y medio. Luego les dijeron que tenían media hora para encontrar una manera de trasladar los bebés de gelatina de un cubo a otro, sin pisar el peligroso campo radiactivo, sin tocar el cubo de los alienígenas ni sacarlo del círculo.

El doctor Dudden se puso al mando de su grupo.

—No nos precipitemos —dijo—. Vamos a conservar la sangre fría, y a darnos cinco minutos para pensar una estrategia.

—Pues para mí está muy claro —dijo el doctor Myers—. Uno de nosotros entra en el círculo y los vuelca directamente en el cubo de agua.

—Pero se morirá —dijo el doctor Dudden.

—¿Y qué? Habrá salvado a toda la población mundial. Vale la pena morir por eso, ¿no?

—Vamos a echarlo a suertes —dijo la doctora Herriot—. O a jugárnoslo a cara o cruz.

—Pero se morirán en cuanto pisen el círculo.

—No nos han dicho que te mueras en el acto. Puede que te queden diez segundos, o treinta, o hasta un minuto de vida.

El doctor Dudden lo consultó con Mark McGuire, quien le dijo que, en cuanto alguien pisara el círculo, la muerte sería instantánea; además, los sacrificios individuales no concordaban con el espíritu del juego. Entonces regresó para encontrarse al profesor Cole haciendo un nudo en su cuerda.

—¿Qué hace?

—Está clarísimo —dijo el profesor—. Vamos a tener que echarles el lazo a los cubos. Atamos uno al cubo de agua y tiramos de él hasta ponerlo en el centro del círculo. Luego cuatro de nosotros tienen que echarle el lazo al cubo lleno de bebés de gelatina, y si todos tiramos fuerte de las cuerdas, a lo mejor somos capaces de levantarlo e inclinarlo, de modo que podamos echarlos al agua. Mire. —Señaló a los demás grupos—. Ellos ya han empezado.

El doctor Dudden frunció el ceño, pensativo.

—Puede que funcione —dijo.

Pero era una operación sumamente difícil, y ya habían pasado más de veinte minutos antes de que tuvieran bien sujeto el cubo con cuatro cuerdas, y se preparasen para tirar fuerte de ellas bajo la supervisión del doctor Dudden.

—Muy bien —dijo—. Ahora, cuando yo cuente tres, vamos a levantar el cubo, y luego...

—¿Puedo decir algo antes? —dijo Russell Watts.

—¿El qué? —le espetó el doctor Dudden. Sudaba copiosamente, y tanta actividad empezaba a parecerle estresante—. Solo nos quedan seis minutos, ¿sabe?

—Es que estaba pensando que a lo mejor lo estábamos haciendo mal.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, que estamos dando por hecho que hay que destruir a esas criaturas.

—Pero a lo mejor deberíamos tratar de razonar con ellas. Christopher Myers y Susan Herriot soltaron sus cuerdas y se miraron desesperados. El profesor Cole, por otra parte, parecía no estar escuchando. Su cara había recuperado aquella expresión somnolienta. Pensaba, de hecho, en la reunión a la que no había podido acudir aquella tarde; en el paciente esquizofrénico al que llevaba semanas tratando, y se preguntaba

qué ocurriría si los gerentes del hospital decidían darle el alta.

el agresor medía uno ochenta y cinco, llevaba unos vaqueros negros y una cazadora militar verde

—¿Razonar con ellos? ¿De qué me está usted hablando? —¿Podría tratarse de nuestro primer contacto con una civilización extraterrestre, y nos los vamos a cargar sin siquiera intentar comunicarnos con ellos?

se paseaba de frente y de espaldas por el andén, mascullando cosas para sí mismo y chillando de vez en cuando

—Por el amor de Dios, son bebés de gelatina, hombre, no alienígenas de verdad. Solo es un juego.

—Pues si solo es un juego, ¿por qué nos tomamos las reglas tan en serio?

—Vamos a volcar esos malditos bichos en el agua y acabemos de una vez.

la hoja de su cuchillo destelló a la luz del atardecer

—¿Y cómo sabemos que el agua acaba con ellos, por cierto?

—¿Qué?

—Acaban de aterrizar en nuestro jardín trasero. No sabemos nada de ellos. ¿Cómo vamos a saber que el agua los mata?

la víctima permanece en coma, tras haber recibido numerosas cuchilladas en el pecho y en la garganta

—Venga, agarre bien la cuerda y no pongan tantas pegas. —Sí. Déjese de niñerías.

—¿Está listo, profesor Cole?

se dio de alta al paciente en contra de mi opinión profesional, y en contra de la advertencia contenida en mi memorándum para el Ministerio del Interior

—Marcus, ¿está listo?

ya que parece que no hay perspectivas de mejora en el estado de su hijo, solo puedo mostrarle mi condolencia por el dolor que debe de haberles embargado a usted y a su familia

El profesor Cole se dio cuenta de que hablaban con él, y alzó la vista hacia las caras expectantes de sus colegas. Resulta que estaba sentado en el suelo de la sala de conferencias, aunque no sabía cómo había llegado hasta allí. Antes de ponerse penosamente en pie, sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó las gotas de sudor que le corrían por las mejillas y por la frente.

El profesor Marcus Cole, psiquiatra miembro del Colegio Real, dijo de mala gana:

—Sí, estoy listo.

Entonces los cuatro ocuparon sus puestos respectivos, cuerda en mano, y el doctor Dudden contó hasta tres con mucha parsimonia pero nervioso. Cuando ya habían llevado a cabo con éxito su tarea, se les permitió comer bebés de gelatina empapados de agua.

No se trataba de que Terry le hubiese pegado, tal como Sarah se cuidaba siempre de subrayar, cuando hablaba más tarde del incidente con sus amigos o con su analista. De todas maneras, tenía miedo. Nunca había visto a nadie tan furioso, ni siquiera a Gregory la noche que habían roto. Había aporreado mesas y paredes; emitido ruiditos de rabia agudos e inarticulados; había dado patadas a algunos muebles pequeños, dejándolos desperdigados por toda la habitación.

—Yo no tengo la *culpa* —había protestado Sarah una y otra vez—. No tengo la culpa. No lo pude evitar.

Terry se pasó una semana sin hablarle después de aquello. El piso que compartían no era grande, y habría sido difícil esquivarse del todo, pero él hizo lo que pudo llevándose sus libros y sus papeles del cuarto de estar, donde solía trabajar, y montando un estudio provisional en la habitación, oscura y sin calefacción, que les sobraba. No le sirvió de mucho, de todas formas, porque, al final de esa semana, le llamaron al despacho del director para decirle que estaba despedido; y como él había estado pagando el alquiler de los dos, aquello dio al traste con el piso compartido. Solo había trabajado en *Frame* tres meses.

Unos días más tarde, se fueron de allí; Terry a inaugurar una larga época de ir durmiendo en las casas de sus amigos, y Sarah (que aún no había encontrado un trabajo de profesora) a quedarse en el cuarto de invitados de una tía que vivía en Crouch End y que no le caía nada bien. Pero, a esas alturas, la rabia de Terry ya había amainado. Fue capaz de ver que el incidente tenía, si no un lado gracioso, por lo menos cierta dimensión irónica que él fue saboreando cada vez más a lo largo de los años. Y se mantuvo en contacto con Sarah, y siguió invitándola a tomar copas y a comer, y hasta, de cuando en cuando, pidiéndole que le volviese a contar aquella historia, solo para poder aclarar cómo había ocurrido aquel desastre.

—Fue un sueño, Terry. Debí de soñar que lo había hecho.

—¿Pero cómo es posible? Nadie tiene sueños así.

—Sí que los tienen. Yo los tengo. Los he tenido toda mi vida.

E incluso ahora, al recordar ese día, a Sarah le resultaba imposible distinguir entre el sueño y la realidad: seguía sin haber ninguna costura entre una cosa y otra. Las dos se caracterizaban por los mismos rasgos: la delicada luz vespertina, ensombreciendo o iluminando la superficie de su escritorio a medida que iban pasando las nubes; el traqueteo de los trenes que pasaban por allí cada pocos minutos; y más allá de las vías del tren, en las lindes del cementerio, las copas de los árboles ondulando, como el mar, con la brisa. Estaban a mediados de noviembre. En el piso reinaba un silencio sepulcral hacía ya dos días, puesto que Terry se había ido a Italia. Desde entonces ella no había hablado con nadie, aparte del propio Terry cuando la llamó por teléfono esa misma mañana, desbordante de historias sobre el famoso director al que le habían

mandado entrevistar, y queriendo saber si ya habían llegado las galeradas del discursito de Henry Logan. Sí, dijo Sarah, han llegado con el correo de hoy. Y Terry había dicho: Estupendo, porque hay una cosa que quiero cambiar.

Frame era por entonces, durante el último año de su existencia, una publicación austera, con un aspecto que intimidaba bastante, y un número de lectores, especializados y corrientes, pequeño pero influyente. Los artículos solían ser largos, sin muchas ilustraciones pero cargados de pesadas notas a pie de página. Por regla general, su consejo de redacción nunca había contemplado la posibilidad de publicar algo tan frívolo y anecdótico como el texto de un discursito de sobremesa de Henry Logan; pero aquel infame magnate y ex productor inglés había anunciado recientemente que se retiraba del negocio cinematográfico y simultáneamente (por razones que él sabía muy bien) había acudido al rescate de la revista durante su última crisis financiera, casi fatal. Y ahora que era su benefactor y su mayor accionista, ni se planteaban la posibilidad, desgraciadamente, de si tenían que publicar el manuscrito manchado de restos de comida que había dejado caer orgullosamente sobre la mesa del redactor jefe un lunes por la mañana. «Fragmentos de una vida en el cine» era su inspirado título, y el aspecto de estas páginas había supuesto que todos los miembros de la redacción trataran de cargarle inmediatamente a otro el muerto, a medida que fueron declinando la tremenda responsabilidad de darles alguna forma. Al final, esa responsabilidad recayó en Terry, al ser el empleado más reciente y el de menos categoría. Se dio cuenta enseguida de que no había mucho que hacer con la esencia del discursito, que se componía de la esperada mezcla de recuerdos triviales e insufrible autobombo. De todos modos, hizo lo que pudo por dejar a un lado la antipatía personal que le había despertado el hijo de Logan durante su breve encuentro, y se aplicó a lo que parecía, en este caso, la tarea editorial más útil: el añadido de notas a pie de página, para dotarlo de ciertos tintes biográficos y para hacerles más inteligibles las referencias culturales específicamente inglesas a los lectores extranjeros.

Con la diligencia de un recién llegado, Terry se pasó al menos una semana trabajando en aquellas notas, y aún seguía torturándose con cuáles serían necesarias y cuáles superfluas cuando le llamaron de la revista para decirle que se había puesto enfermo un periodista de plantilla. Terry iba a tener que sustituirle, y eso implicaba la agradable tarea de volar hasta Milán y realizar un reportaje in situ del rodaje de una prestigiosa coproducción angloitaliana. Antes de salir, había presentado una versión más o menos definitiva de su manuscrito anotado, a pesar de lo cual le quedaban todavía algunas dudas bastante incómodas. Para despejar una de ellas, había telefoneado a Sarah desde Italia aquella mañana y le había preguntado si habían llegado las galeradas.

—Y ahora escúchame bien —dijo—, porque tienes que mandarlas por correo esta noche, y sin falta. Así que primero tienes que leerlas a ver si hay erratas. Y luego, ¿me oyes bien?, quiero que suprimas la tercera nota. —Pronunció aquellas palabras

lo más claro que pudo, mientras la línea telefónica crepitaba y chisporroteaba—. La tercera nota a pie de página. Suprímela. No hace falta. Es una pedantería y no añade nada nuevo.

—De acuerdo —dijo Sarah—. No es muy difícil. Lo puedo hacer perfectamente.

—Ya, pero asegúrate de hacerlo bien —dijo Terry—. Tienes que reenumerar todas las notas. Asegúrate de que se corresponden.

—Está claro, Terry. No te preocupes.

Entonces él había colgado, ya más tranquilo, mascullando algo de que había quedado para comer con Marcello Mastroianni.

Sarah esperó hasta primera hora de la tarde, cuando ya había hecho la compra y había mejor luz en el escritorio del cuarto de estar. Tras prepararse una taza de café, sacó las hojas de papel del sobre y las colocó bien apilados delante de ella. Las notas a pie de página de Terry venían en una hoja suelta; había que suprimir la tercera y volver a numerar las demás, pero en un principio las dejó a un lado, y decidió mirar primero el grueso del texto (cinco páginas en total) y leérselo con cuidado por si había incongruencias o erratas. Eso le llevó aproximadamente veinte minutos. Luego se fijó de nuevo en una frase del principio. «¿Quién iba a pensar», había escrito Logan, «que, justo el año pasado, me convertiría en director gerente de un importante club de campo y centro de ocio nuevo, a un tiro de piedra de esos mismísimos estudios, en Teddington, nada menos?». Tras la palabra Teddington había un diminuto tres escrito encima, que remitía al lector a una sencilla nota aclaratoria en la hoja suelta, donde decía: «Un apacible y respetable barrio de Londres, a orillas del Támesis, justo al sur de Richmond». Esa era la nota que Terry quería suprimir. Ella no acababa de entender por qué, a aquellas alturas, pero, al fin y al cabo, era cosa de él. Así que tachó aquel tres pequeñito del texto, puso una nota muy clara para el empleado de la fotocomposición en el margen, y se puso a cambiar todos los números que le seguían: el cuatro se convirtió en un tres, el cinco en un cuatro, y así sucesivamente. Esa vez dejó las notas mismas tal cual. Era un trabajo fácil y mecánico, y el piso estaba tan silencioso mientras lo hacía que hasta oía el roce de su bolígrafo contra la hoja, y cada vez que sorbía delicadamente el café le parecía hacer añicos el silencio.

Acababa de cambiar el dieciséis final por un quince cuando se oyó un ruido en la entrada: alguien había echado algo por la rendija del buzón. Era tarde, pero no tanto, para el correo vespertino. Fue a mirar y vio que había una carta en el suelo. Era un sobre blanco y corriente, con un sello de «urgente», dirigido a ella con la que reconoció inmediatamente como la letra de Robert. Temblando, lo rasgó con el índice y se quedó en el vestíbulo leyéndolo.

No había sabido nada de Robert desde el día en que se habían marchado; el día en que lo dejó sentado en el acantilado, con las mejillas magulladas e hinchadas por algún extraño accidente sin concretar que había tenido de madrugada en su dormitorio. Él no la había seguido hasta la casa, y una hora más tarde habían llegado

los padres de Sarah para llevársela, junto con todas sus cosas, definitivamente de Ashdown. Desde entonces, nada.

Dos cartas que le había escrito a Robert a Ashdown no habían recibido contestación. Luego, seis o siete semanas después del final de curso, Sarah llamó a la casa, y un hombre cuya voz no había oído nunca le dijo que Robert se había ido, hacía ya más de un mes. Llamó a sus padres y le dijeron que estaba de vacaciones, viajando por Europa con Interrail. La vez siguiente, le dieron una dirección bastante inverosímil, una ciudad que no le sonaba nada, a más de trescientos kilómetros de Londres. No tenía teléfono. Ella le escribió pero él nunca le contestó. Terry también le escribió, pero tampoco le contestó nadie. Sarah se dio por vencida. Robert había dicho que no le interesaba su amistad, al menos de momento. Parecía que iba en serio. Solo le quedaba hacer un gran esfuerzo, para el que estaba preparada.

Y, ahora, aquella carta.

No llevaba remite, y solo consistía en una hoja de papel que parecía haber sido garrapateada a toda prisa. Por lo visto, no iba a tener muchas noticias de él. Decía:

Querida Sarah:

No me fue bien en Ashdown. Mala idea. Solo me quedé una semana o así. Demasiados fantasmas.

Luego me pasé una temporada en casa. Discusiones con mi padre (nunca nos hemos llevado bien), y muchos días en cama. No era muy divertido, así que me fui a hacer un viajecito. Tampoco me divertí nada.

Aquello era penoso, pensó Sarah. O peor que penoso. Pero el párrafo siguiente parecía más largo, por lo menos.

¿Te conté alguna vez un sueño que tuve cuando era niño? Seguro que sí; te lo he contado todo, en un momento u otro. Yo estaba en una carretera, una carretera muy polvorienta y en la que hacía mucho calor, con una mujer vestida de enfermera que me señalaba algo a lo lejos, un edificio con pinta de hospital. Ella estaba parada delante de un letrero escrito en un idioma extranjero.

Por fin he averiguado el significado de ese sueño. Lo que trataba de decirme.

Así que aquí estoy. Ya te darás cuenta por el matasellos, pero no quiero volverte a ver en una temporada. No creo que te resultara una compañía muy agradable.

De momento, Sarah, no tengo nada más que contarte. Pero ya sabrás de mí algún día. Te lo prometo. Y espero que todo te vaya bien hasta entonces.

Te quiero más que nunca.

Robert

—¿Qué *decía* la carta? —le preguntaba siempre Terry.

—Nada —le contestaba Sarah—. Prácticamente nada. No me contaba ni dónde estaba, ni lo que pensaba hacer... Nada. —¿Y luego qué pasó?

—Bueno, creo que... me acuerdo de que me llevé la carta al cuarto de estar y me senté en algún sitio, para leerla otra vez. Pero, cuando iba por la mitad, me eché a temblar, y sentí que me ponía mal, pero no pude hacer nada por evitarlo, y luego debí de... desmayarme, supongo. —¿De desmayarte? ¿Pero cómo?

—He notado que me pasa de vez en cuando, ¿sabes? Como una especie de desmayo, solo que sigo consciente; se me quedan los músculos sin ninguna fuerza, y no me puedo mover hasta que se me pasa... Ya me ocurrió en la fiesta, ¿no te acuerdas? —Estabas borracha.

—Todos estábamos borrachos. Y yo no estaba más borracha que los demás. Sé lo que es estar borracha, y esto es distinto. Para empezar, me deja completamente agotada. Normalmente lo único que quiero hacer después es dormir.

Y eso era lo que había hecho, solo un poco más tarde, estirada completamente en el sofá, con la carta de Robert estrujada bajo su cuerpo. Sarah se había quedado dormida esa tarde y había tenido un sueño; y como la mayoría de los sueños que tenía cuando estaba alterada o emocionada por algo, este también estaba inspirado en los acontecimientos que lo habían precedido. Soñó con las correcciones del artículo de Terry. Soñó, desgraciadamente, que las había terminado. Hasta soñó que las había repasado. Así que, cuando (¿pocos minutos después? Imposible saberlo) se despertó con los ojos engurruñados, se incorporó, miró a su alrededor, dejó la carta de Robert a un lado y volvió al escritorio, ni siquiera les echó un vistazo a aquellas páginas antes de meterlas en un sobre que ya tenía los sellos y la dirección puesta, de cerrarlo y de salir corriendo hacia el buzón que había en la otra acera de la calle.

Pero no había corregido las notas mismas, y tampoco las había vuelto a numerar. Y así fue como aquel discursito que Henry Logan se había largado después de la cena provocó, al menos, siete demandas por difamación, tuvo un efecto devastador sobre la carrera de Terry y, con el tiempo, pasó a la historia del periodismo como «el artículo que provocó el cierre definitivo de *Frame*».

Fragmentos de una vida en el cine

Productor, realizador y *bon vivant*, Henry Logan echa una mirada melancólica a los altibajos de una larga carrera.

Ahora que me he quitado un buen peso de encima con un retiro muy merecido, me parece increíble haberme metido en este maravilloso negocio de locos hace casi cincuenta años, en 1935, cuando me contrataron como mensajero en los estudios Twickenham. La primera película en la que trabajé fue *A Fire Has Been Arranged*, con aquel tronchante dúo cómico, Bud Flanagan y Chesney Allen^[12]; con una pareja chiflada como esa en el *set*, ya se pueden imaginar que uno no se aburría nunca. Aunque no es un clásico, claro, tampoco es una mala película, y entre los últimos nombres del reparto se puede leer el de un joven

actor llamado Alastair Sim, que pronto se convertiría en protagonista de cosas más importantes^[13].

Pero la vida, por lo que he visto, da muchas vueltas. ¿Quién iba a pensar que, justo el año pasado, me convertiría en director gerente de un importante club de campo y centro de ocio nuevo, a un tiro de piedra de esos mismísimos estudios, en Teddington, nada menos? Este club, buque insignia de mi cadena, debo añadir, ya ha acogido a unos cuantos visitantes ilustres, y se jacta de contar en sus instalaciones con nada menos que dos campos de golf de dieciocho hoyos, bastante estimulantes^[14].

Pero a esos estudios les tengo cariño también por otros motivos, porque fue en Twickenham, hace tan solo unos años, donde conocí a mi adorable (y quinta) mujer, Marsha, que estaba rodando allí en ese momento. Hoy en día una actriz destacada, por supuesto, Marsha es encantadoramente sincera respecto a los comienzos de su carrera, y nunca ha ocultado el hecho de que debutó, bajo mi dirección, como protagonista de una serie de films sexys^[15]. Lo que mucha gente no sabe de ella, sin embargo, es que también es una mujer profundamente religiosa y una católica devota. Entre los tesoros más preciados de nuestra biblioteca se encuentran varios libros que le recomendó, durante una audiencia, el papa Pablo VI, quien dijo que se contaban entre las obras más inspiradoras e influyentes que había leído nunca^[16]. Francamente, nunca he visto nada malo en las películas que presentan la belleza del acto sexual de una forma abierta, sincera y directa. Tampoco veo ninguna contradicción entre eso y mi anterior reputación como enérgico defensor de las películas para toda la familia, que ni siquiera se pueden cuestionar. A finales de los años cuarenta, por ejemplo, intenté crear una productora angloamericana para la realización de películas familiares que interesasen en todo el mundo. Con un montón de libros excelentes cuyos derechos podíamos comprar, me pasé muchos meses en Hollywood tratando de organizar las cosas, sin ningún resultado. Tal vez mi error consistiera en insistir en la inclusión de una estrella en concreto (porque había descubierto a un actor joven y guapo, entonces en los comienzos de su carrera, que respondía al nombre de Dean Martin); ¡una elección bastante rara para papeles de héroe, ahora que lo pienso^[17]! De todos modos, la cosa quedó en nada.

Si en alguna ocasión me desanimo con fracasos así, simplemente me pongo a reflexionar sobre mis humildes comienzos y me asombro de la enorme distancia que he recorrido desde entonces. Mi padre tenía una pequeña tienda de golosinas en Market Harborough, y hay una historia muy divertida relacionada con ella que, aunque ya se ha contado muchas veces, volveré a contar a riesgo de ser pesado. Recuerdo que una tarde (de finales de 1929 o 1930, creo) se detuvo delante de ella un Rolls Royce enorme, del que se bajó un niño para comprarse medio penique de barritas de regaliz, que se comió con mucho gusto. «Un día», le dijo a mi padre, «voy a ser muy rico y muy famoso, pero siempre me acordaré de esta

tienda y de estos caramelos tan ricos». Y así fue; treinta años más tarde mi padre fue llamado a Buckingham Palace: ¡porque aquel niño no era otro que Felipe, el futuro duque de Edimburgo^[18]!

Por supuesto, además de golpes de suerte, también ha habido tragedias en mi familia. Recuerdo perfectamente la terrible noche de agosto de 1959 en la que mi hermano Jack, que se encontraba entonces en mi casa, recibió una llamada de la policía para comunicarle que sus tres hijos pequeños habían desaparecido. Después se averiguó que a su querido hijo Jimmy (el mayor de los tres hermanos) lo había raptado y asesinado un maníaco sexual^[19]. Siempre he admirado la enorme fortaleza de carácter de la que Jack hizo gala para superar esta desgracia y labrarse una próspera carrera como político y como hombre de Estado; sin perder ni una sola vez su integridad en esa arena a veces corrompida. (Como ejemplo de su criterio intachable, le recuerdo susurrándome cariñosamente una vez el siguiente comentario respecto a un político mayor, del que, por su propia modestia, no diré el nombre: «Solo hay tres personas de las que me fío en la vida pública; y él es una de ellas.»^[20])

Supongo que, a estas alturas, ya se habrán dado cuenta de que provengo de una familia muy unida, y que los valores familiares tradicionales de lealtad y ayuda mutua siempre han sido muy importantes para mí. A pesar de que estoy separado de mi primera mujer (americana), mantengo un estrecho contacto con mi hijo Bruce, que es ahora un productor de éxito en Hollywood. La mujer que nos inculcó estos valores, y a la que todos seguimos recordando con inmenso cariño, fue mi querida madre: una mujer entrañable con una tremenda vitalidad, que vivió su vida en medio de un halo dorado de alegría. De hecho, también murió como había vivido: riéndose; en este caso, de un chiste que estaba contando un humorista en la televisión (ojalá me acordase de su nombre), sobre una mujer que le describía su nuevo aparato de televisión a la vecina: «Es un consuelo que mida dieciocho pulgadas», me parece que decía. «Bueno», contestaba la vecina, «supongo que dieciocho pulgadas consolarían a cualquiera»^[21]; con lo que mi madre estalló en carcajadas, se atragantó con un pedazo de carne de cerdo y murió en menos de media hora.

He hablado de mi familia, pero también debería hablar de mis amigos. Una de las cosas que más me gustan de este mágico negocio de locos es la extraordinaria variedad de gente con talento que se congrega bajo su benigno paraguas, y que me ha obsequiado, a lo largo de los años, con su amistad y su afecto. Hace tan solo dos semanas, volví a darme cuenta de ello cuando un grupo de conspiradores (incluidos, me alegra decir, muchos de los ilustres invitados presentes esta noche) aunó fuerzas para organizar una fiesta sorpresa en mi honor, en la National Portrait Gallery de Londres. ¡Qué lista tan distinguida! Tras ser recibido en la puerta por el viejo y querido amigo Jeffrey Archer^[22], a quién dirían que distinguí primero (contemplando con un gesto de ceja entre divertido y escéptico un nuevo

retrato suyo al óleo) si no a ese valiente hombre de letras llamado Kingsley Amis^[23]. Tuvimos una bonita charla sobre asuntos culturales y políticos (he de decir que sus recuerdos de un reciente encuentro con Larry Olivier fueron concisos pero fascinantes)^[24], pero tuve que interrumpirle demasiado pronto para renovar mi amistad con la deliciosa Vera Lynn^[25].

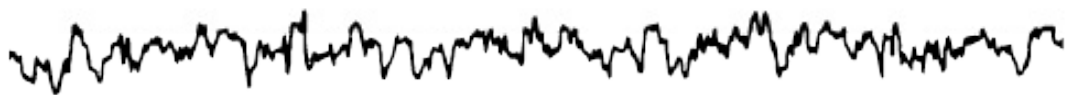
Finalmente, mantuve una encantadora conversación con alguien a quien admiro hace tiempo, y cuyo trabajo en el cine no ha obtenido nunca, en mi opinión, el reconocimiento que se merece: ese gran trabajador de la canción y músico para todos los públicos, Cliff Richard^[26] ^[27].

En resumen, pues, una velada memorable, pero en muchos aspectos típica de lo que he llegado a esperar de este maravilloso mundo de locos llamado cine.

Terry y Sarah siguieron en contacto aproximadamente un año después de haber dejado el piso. Sus comidas en restaurantes quedaron reducidas a copas, que a su vez se redujeron a llamadas telefónicas. Ella percibía en él una frialdad creciente. Meses después de que lo hubieran despedido de *Frame*, consiguió encontrar trabajo en una revista de programación televisiva, donde una de sus tareas consistía en escribir reseñas cortas y llamativas de las películas de la semana, ya fuera *Los caraduras* o *La regla del juego*. Un trabajo degradante, habría pensado Sarah, pero no pudo menos que notar, las últimas y escasas veces que le vio, que parecía aplicarse a la tarea con una decisión y una energía aún más compulsiva. Sus ojos, siempre semicerrados por el peso muerto de sus catorce horas de sueño nocturno, estaban de pronto enrojecidos y alerta. Reconocía que ya no le hacía falta dormir tanto, ni mucho menos. Reconocía que su interés por Salvatore Ortese, *Sergente Cesso* y todo aquel asunto de las películas perdidas empezaba a menguar. Sus sueños visionarios, esquivos y paradisíacos comenzaban a ser cada vez menos frecuentes: primero uno a la semana, y luego uno al mes, si acaso. Ya no le encontraba ningún sentido a pasarse la mitad de la vida durmiendo. Se quedaba despierto la mayoría de las noches, hasta el amanecer algunas veces, viendo películas de la tele o en vídeo. ¿Qué clase de películas?, le preguntaba Sarah; y Terry se encogía de hombros y decía: En realidad, da igual.

Tras perder contacto, Sarah desapareció de la vida de Terry, al ser la enseñanza una de las profesiones más anónimas. Pero en cambio ella continuó viendo su nombre en las revistas, y luego en los periódicos, cada vez en letras más grandes, mientras sus artículos iban alcanzando poco a poco la cabecera de la página. A veces, incluso lo veía en televisión y, a pesar de que su interés por el cine desde un punto de vista teórico siempre había sido muy relativo, sabía lo suficiente como para darse cuenta de que se había convertido en uno de los principales comentaristas de una manera de plantearse la crítica que tiraba por tierra todos los conceptos de importancia que todo el mundo había tenido por buenos unos años antes, Terry incluido. Aparte de eso, ella no tenía ni idea de en qué clase de persona se había convertido, o de qué tipo de vida llevaba en la actualidad. A veces le gustaba creer

Sueño REM



creer que puede que conociera a su hermano.

Por un momento, pareció que se encendía alguna lucecita en los ojos de la doctora Madison (una pizca de prudencia que rayaba en la alarma), pero se controló rápidamente y dijo:

—¿De veras? ¿Conoció usted a Philip?

Ahora fue Terry el que se sorprendió.

—No, a Philip no; a Robert. A su hermano Robert.

—Mi hermano se llama Philip. Es especialista en genética. Vive en Bristol.

Aquello no era muy prometedor.

—¿Estudió aquí? —preguntó Terry.

—¿En esta universidad? No. Fue a Cambridge.

—El chico al que me refiero —dijo Terry, insistiendo— estudió aquí. Era uno de mis mejores amigos. Se parecía muchísimo a usted, y decía que tenía una hermana gemela, Cleo, a la que habían dado en adopción cuando él era muy pequeño.

La doctora Madison se sonrió.

—Bonita historia —dijo—, pero creo que son imaginaciones tuyas. Lo del parecido, quiero decir. Nunca he tenido un hermano gemelo.

—¿Pero la adoptaron?

La doctora Madison consultó su reloj.

—Terry, tengo que dar un seminario.

Se lo encontró otra vez, al anochecer, sentado en la terraza con un bloc de notas y un lápiz sobre el regazo.

—¿Otra crítica de cine? —le preguntó, a la vez que acercaba una silla y se sentaba junto a él.

—No, estaba tomando algunas notas, en realidad. Recuerdos, impresiones, esas cosas... No sé por qué.

—¿Y dónde has dejado el ordenador? ¿Está recargando las pilas?

—No, me apetecía escribir, para variar.

—Ah. —La doctora Madison cruzó las piernas, luego las descruzó y se sentó más al borde de su silla. Parecía que estaba perdiendo su compostura habitual—. Esta mañana te he mentado —dijo ahora, inesperadamente—. Sí me adoptaron. Me adoptaron cuando tenía tres semanas. Mis padres adoptivos me llamaban Sally, pero siempre odié ese nombre y, cuando pasaron los años, me dijeron cuál era mi nombre de verdad, así que he usado ese desde entonces. Y también tenía un hermano gemelo que se llamaba Robert.

Terry meneó la cabeza sin poder dar crédito no a esta historia, sino a los golpes de azar que los habían juntado a los dos.

—Sabía que eras tú —dijo—. Sabía que tenías que ser tú. Hacía tanto tiempo que no me fijaba en las caras, ¿sabes?, que no era capaz de reconocer a la gente. Y anoche fue la primera vez que oí tu nombre. Pero..., pero, bueno..., ¿qué pasó? ¿Has conocido alguna vez a tus padres o a Robert?

Cleo asintió.

—Sí, al final les seguí la pista. La curiosidad hizo que saliera a relucir lo mejor de mí. —Por el momento, pareció que no tenía más que decir al respecto—. ¿Has dicho que erais buenos amigos?

—Sí, bastante íntimos.

—¿Y os mantuvisteis en contacto después de dejar la universidad?

—Le escribí un par de veces. Pero creo que, por alguna razón, no le apetecía saber nada de ninguno de nosotros. Desapareció del mapa.

—¿Y alguien supo dónde se había metido? ¿Alguien se lo preguntó alguna vez?

—Sí, estoy seguro de que sí.

Cleo se quedó mirando el mar. Sus gafas tenían un toque de color, y los cristales se fueron poniendo más oscuros a medida que la luz del atardecer fue pegando directamente contra ellos, de modo que no había forma de adivinar la expresión de sus ojos. Algo en su reticencia empezaba a hacer que Terry se pusiera nervioso; y le asaltó una sospecha siniestra e inexpresable.

—Sigue..., sigue vivo, ¿verdad?

Tras una larga pausa, ella dijo:

—No.

Terry inclinó la cabeza. De alguna manera, había contado con ello; y aquella confirmación tuvo un efecto más paralizante que revelador.

—Mierda —dijo, y suspiró profundamente—. ¿Sabes una cosa?, siempre he pensado..., algunas veces me he preguntado si habría acabado haciéndolo.

—¿Haciendo qué? —dijo Cleo, un poco nerviosa.

—Matarse.

—Yo no he dicho semejante cosa.

—¿Pero no es la verdad?

Ella se quedó mirando al infinito, sin responder.

—¿Y supiste por qué?

Siguió sin responder.

—¿O cómo?

—Creo que tuvo que ver con una mujer —dijo ella; tan despacio, con tanto esfuerzo, que casi no se entendieron sus palabras—. Una mujer de la que estaba profundamente enamorado. Y sobre cómo lo hizo... —Se quitó las gafas, se frotó los ojos, y luego prosiguió a toda prisa—. Se estrelló una noche con su coche contra un muro. En una calle del sur de Londres. No dejó ninguna nota, ni se despidió de nadie... Nada.

—Pobre Robert —musitó Terry; luego se sumió en un silencio impotente. Sabía

que aquella conversación, o su recuerdo, acabaría despertando en él algún sentimiento: algún vestigio de dolor, de remordimiento; pero de momento su mirada siguió fija en el horizonte, y no dejó entrever nada. Cuando un rayo de sol escapó de detrás de una nube, le deslumbró su reflejo en el agua y, fugazmente, tuvo una visión; el muro de un callejón sin salida del sur de Londres, blanco y brillante a la luz de los faros del coche de Robert mientras se lanzaba contra él. Se preguntó si se le habría pasado por la mente el más leve recuerdo de su amistad: algún destello evocador...

—¿Cuándo pasó eso? —dijo Terry por fin.

—Hace ocho años.

—¿Y ya hacía mucho que le conocías?

—No. Nos habíamos visto por primera vez hacía unos meses.

—Eso tuvo que ser increíble —dijo Terry, intentando, por él mismo tanto como por Cleo, inyectar un tono más alegre en la conversación—. Conocer a tu hermano gemelo (tu otra mitad, tu complemento) después de tantos años. Debías de tener... ¿veintiséis, veintisiete años?

Dejó de hablar cuando Lorna salió a toda prisa a la terraza con un recado para la doctora Madison.

—Hay una chica muy rara en recepción. He intentado hablar con ella, pero dice que quiere verla a usted personalmente.

—¿Y para qué quiere verme?

—Quiere pasar la noche aquí. Dice que ha estado hablando en sueños, y que está preocupada.

—¿Y quién la ha mandado aquí?

—Nadie, me parece. Vive cerca, y se ha venido hasta aquí a ver qué pasaba.

—Pues dile que no. Aquí no puede ingresar nadie sin referencias.

—Ya se lo he dicho. —Lorna hizo una pausa, y luego comentó—: Pero tenemos una habitación libre. Por la cancelación esa.

—Es igual —dijo la doctora Madison.

—Ya, pero es que esta chica... —Lorna insistió, dubitativa—... dice que la conoció hace poco y que usted le dio su tarjeta y le dijo que podía venir aquí.

Cleo se acordó en ese momento de la chica que se había sentado junto a ella en la playa, el día que volvió de vacaciones. Ahora que lo pensaba, había metido la pata al darle su tarjeta y suponer que la tiraría inmediatamente. Incluso ahora, a pesar de que le alegraba que se hubiera plantado allí, le impresionaba un poco que hubiera tenido el atrevimiento de presentarse sin avisar.

—También me ha pedido que le dijera su nombre —dijo Lorna.

—¿Su nombre?

—Sí. Me ha insistido mucho en eso.

Cleo frunció el ceño.

—Pues no sé por qué. ¿Y cómo se llama?

—El lenguaje es un traidor, un agente doble que, en plena noche, cruza fronteras

a hurtadillas sin previo aviso. Es una avalancha de nieve en un país extranjero, que sepulta las formas y los contornos de la realidad bajo un manto de nebulosa blancura. Es un perro lisiado, que nunca es capaz de ejecutar las gracias que le pedimos. Es una galleta de jengibre que, de tanto mojarla en el té de nuestras esperanzas, se desmigaja y se disuelve en la nada. Es un continente perdido.

Russell Watts miró a su público, tratando de impresionarlo. Parecía que había conseguido captar su atención. La doctora Herriot y el profesor Cole estaban sentados en unos sillones que había a ambos lados de su cama; y el doctor Dudden, en la misma cama, igual que el doctor Myers, que era a quien se le había ocurrido la idea de aquel seminario informal.

—Es absurdo —había dicho en la cena— que nos hayamos reunidos cinco médicos destacados y lo único que hagamos sea jugar con bebés de gelatina y limpiapipas.

Había sugerido que debían rematar el día con una discusión en grupo sobre un tema serio relacionado con su trabajo; y en ese momento había intervenido Russell Watts y los había invitado a su habitación para leerles un caso que tenía intención de presentar en un congreso de analistas lacanianos, en París, la semana siguiente. Se titulaba «El caso de Sarah T., o un ojo por “yo”»^[28].

Los demás aceptaron esta invitación con diversos grados de interés; la menos entusiasta (con diferencia) fue la doctora Herriot. Tampoco pareció que le apeteciera mucho al profesor Cole, que una vez más no estaba de muy buen humor. Acababa de llamar al hospital justo antes de la cena, y le habían informado de que no solo le habían dado el alta al paciente esquizofrénico, sino que se la habían dado aquella misma noche; lo habían devuelto a su piso de protección oficial en Denmark Hill, donde no había nadie en absoluto (que el profesor Cole supiera) que pudiese cuidar de él. Agobiado por aquel alarmante desarrollo de los acontecimientos, no estaba muy predispuesto para escuchar con interés la conferencia de Russell Watts. La verdad era que se había pasado toda su vida profesional trabajando para destacados hospitales docentes de Londres, y le resultaba sospechoso aquel supuesto inconformista, con su dudoso estatus profesional. Esos factores, combinados con el típico escepticismo inglés, pragmático y puntilloso, respecto a la metodología lacaniana, bastaban para que en los ojos del profesor brillase una chispa de beligerancia.

—Esta es una historia —prosiguió Russell Watts (leyendo la pantalla de su ordenador portátil)— sobre el lenguaje y sobre cómo juega con nosotros; sobre cómo se confabula con el inconsciente; sobre la impía alianza entre el orden signifiante y los contenidos reprimidos de la mente neurótica.

»Sarah T. es una mujer joven a la que le aconsejaron una psicoterapia. Su médico opinaba que se encontraba al borde de un ataque de nervios. Su matrimonio estaba en crisis y la habían despedido hacía poco de su trabajo de maestra. No dormía bien, lo que a su vez alteraba el sueño de su marido y exacerbaba los problemas de su

relación. Ella tenía sospechas de que él le era infiel.

»En nuestra primera sesión me contó cómo había perdido su trabajo. Agotada por la falta de sueño, se durmió mientras daba una clase. Cuando su directora entró en el aula sin avisar, poco después, la encontró profundamente dormida con toda la clase alborotada. Ese incidente le supuso el despido. Parecía que se habían producido otros similares. En la clase de Sarah había dos alumnas en las que ella confiaba, y que ya se habían acostumbrado a despertarla cada vez que se quedaba dormida en momentos así. En esta última ocasión, sin embargo, decidieron aprovecharse de la situación y dejarla dormir mientras la clase disfrutaba de un rato de recreo sin que nadie la supervisara. Le pregunté si le había contado ese detalle a su directora, y me respondió que no porque quería “proteger a sus pupilas”. Me pareció una expresión muy curiosa, pero naturalmente no hice ningún comentario. Como Lacan ha expresado de una forma tan elegante: ¹ Debemos reconocer no que el analista no sepa nada, sino que él no es el objeto de su saber. Así que no le es posible decir lo que sabe».

»En nuestra segunda sesión, tras unos cinco o seis minutos, Sarah se quedó profundamente dormida hasta el final. Y lo que resulta aún más interesante, cuando se despertó daba toda la impresión de haber mantenido un diálogo muy animado en esa hora. ¿Había soñado ese diálogo?, me pregunté forzosamente. Era demasiado pronto para llegar a alguna conclusión, pero decidí alentarla en ese fascinante engaño cobrándole mi tarifa fija por una sesión de una hora.

»Durante nuestros siguientes encuentros, nuestra conversación giró, de un modo bastante aleatorio, en torno a tres temas centrales: los sueños de Sarah, la constante desintegración de su matrimonio, y su historia sexual.

»Los sueños de Sarah eran de dos tipos diferentes. Muchos carecían absolutamente de elementos fantásticos, y estaban totalmente enraizados en la realidad y en detalles mundanos, a menudo domésticos. Sin embargo, al ser tan mundanos también podían resultar muy vívidos, y a veces le costaba distinguir los acontecimientos que vivía en sueños de los que vivía en la vida real. Le pedí un ejemplo, y me contó que una vez se había quedado dormida mientras corregía las galeradas de un artículo para una revista, y soñó que había mandado a “paseo” una de las notas a pie de página, cuando en realidad no era así. Me contó también las consecuencias tan desagradables que había tenido ese sueño, pero eran menos interesantes, en mi opinión, que el que hubiera elegido una palabra tan ambigua como “paseo”, que, como muy bien se darán cuenta, puede también referirse al hecho de salir a pasear con un presunto amante (en muchos casos, el preludio del acto sexual), o incluso a darle “el paseo” a alguien; es decir a asesinarlo.

»Por otro lado, Sarah también tenía otros sueños más extraños e imaginativos, que rayaban en la pesadilla: con frecuencia tenían que ver con lagartos, culebras y, sobre todo, con ranas.

»“¿Le dan miedo las ranas?”, le pregunté una vez.

»“Puede que sí”, me contestó Sarah. “Me dan asco, pero también me dan pena”.

»“¿Y por qué le producen una reacción tan compleja?”, le pregunté.

»“Por los ojos”, dijo. “No me gustan esos ojos saltones. Hacen que sean feas y vulnerables”.

»Entonces me contó un extraño incidente de sus tiempos de estudiante. En una fiesta de fin de curso, uno de los estudiantes había estado haciendo reír a un grupo de amigos con un chiste verde sobre una rana que practicaba felaciones. Había descrito a la rana, según Sarah, con todo lujo de detalles. Cuando llegó el final del chiste, Sarah ya se había sumado a las carcajadas del grupo, pero de repente perdió el control y le entró una especie de desmayo. Una vez más, evité hacer ningún comentario sobre esta historia, aunque lo que se podía deducir de ella estaba muy claro.

—Evidentemente... Sarah era narcoléptica —dijo el profesor Cole.

Russell Watts levantó la vista, sorprendido.

—¿Decía?

—Un caso clarísimo de narcolepsia. Con tres de sus síntomas clásicos.

—No le sigo.

—Excesiva somnolencia durante el día; vividas alucinaciones hipnagógicas; y catalepsia provocada por la risa. Tres de los síntomas principales de la narcolepsia. ¿O alguien no está de acuerdo...?

Miró alrededor, buscando confirmación. El doctor Myers asintió enérgicamente, y la doctora Herriot dijo:

—Sí, totalmente.

—¿Y usted, doctor Dudden? Al fin y al cabo, usted es el especialista en sueño.

Parecía que el doctor Dudden tenía otra cosa en mente en ese momento. Se le había ido el color de la cara, y le daba sorbitos nerviosos a su vaso de agua. Pero, al advertir que se dirigían directamente a él, se las apañó para decir algo de este tenor:

—Sí, sí... Narcoléptica... Sin ninguna duda. —Tras lo cual, en un tono de voz aparentemente despreocupado, le preguntó a Russell Watts lo siguiente—: Supongo que, por una cuestión de secreto profesional meramente, habrá cambiado usted todos los nombres de este caso.

Russell Watts se quedó mirándolo intrigado y dijo:

—Pues la verdad es que no. No es mi costumbre. Cuando te dedicas a una disciplina que se ocupa tan minuciosamente de cuestiones lingüísticas y de nomenclatura, el estudio de los casos suele perder todo su sentido si se cambian los nombres.

—¿Y les deja eso claro a sus pacientes? —preguntó el doctor Myers.

—Por supuesto. —Se volvió hacia el profesor Cole—. Respecto a lo de la narcolepsia de Sarah, supongo que tiene usted razón. Su médico debería haberse dado cuenta.

—Me asombra que no se la diera.

—Piense que ocurrió hace varios años. Entonces no se sabía tanto de esa enfermedad.

—¿Pero a *usted* tampoco se le pasó nunca por la cabeza?

—Es que no es ese el aspecto del caso que más me interesa —balbuceó Russell Watts, evitando la mirada del profesor y volviendo la vista de nuevo a la pantalla de su ordenador—. En realidad este es un caso..., una historia..., como ya he dicho antes, una historia sobre el lenguaje y..., y sobre el discurso... Como ya se verá, si me dejan continuar sin más interrupciones.

—¡Pues claro que sí! —dijo el doctor Myers—. Siga. Es muy interesante.

—De acuerdo. —Retrocedió y avanzó varias pantallas, tratando de centrarse—. ¿Dónde estábamos...?

—En que lo que se podía deducir estaba muy claro —dijo el profesor Cole sin inmutarse.

—Ah, sí. Muy bien. Entonces, resumiendo:

»A Sarah le costó muchísimo hablar de la noche en que le contaron ese chiste, y se mostró muy reticente cuando la animé a preguntarse por qué. Al final, sin embargo, salieron a relucir algunas cosas interesantes. Había dos personas presentes en la fiesta: una, la mujer con la que había mantenido hacía poco una relación sexual; y la otra, un hombre que no se contentaba con ser uno de sus mejores amigos y deseaba ardientemente convertirse en su amante. Este hombre se llamaba Robert, y había desaparecido de su vida de una forma bastante brusca y misteriosa poco después de la noche en cuestión.

»Ahora que ya sabía que Sarah había mantenido relaciones tanto con hombres como con mujeres, estaba claro que íbamos progresando; y, a medida que me fue contando detalles de su amistad con Robert, empezaron a encajar muchas cosas. Me explicó, por ejemplo, que de estudiantes habían compartido un cuarto de baño, y una vez, poco después de que se conocieran, ella entró de golpe y, no solo se lo encontró en la bañera, sino con una maquinilla en la mano y el agua llena de sangre.

»“¿Qué sintió cuando lo vio así?”, le pregunté.

»“Me alteré mucho.”

»“¿Porque pensó que intentaba suicidarse?”

»“No”, me contestó Sarah. “No pensé eso.”

»De hecho (aunque ella nunca fue capaz de reconocerlo), a mí me quedó claro que Robert había sospechado el secreto de la sexualidad de Sarah, con lo cual (o eso supuso ella) trataba de castrarse para resultarle atractivo a la vertiente homosexual de su naturaleza.

»A esas alturas del análisis, el matrimonio de Sarah entró en crisis. Ella había llegado a la conclusión de que su marido la engañaba sin ningún género de dudas. Lo que la enfureció más fue descubrir que su marido no había conocido a aquella mujer por casualidad, inesperadamente, sino que había puesto un anuncio en la columna de “contactos” de la revista *Private Eye*; un método bien conocido de establecer relaciones adúlteras entre personas de la clase media de Londres. Sarah y su marido tuvieron una discusión muy violenta, hasta el punto de que ella le agredió; tras lo cual

hizo las maletas y abandonó el hogar familiar.

»“¿Cómo le agredió usted exactamente?”, le pregunté.

»“Le di un rodillazo en las pelotas”, me contestó.

»Le pedí que me lo repitiera y me lo dijo otra vez, con mucho énfasis, llena de satisfacción: “Le di un rodillazo en las pelotas.”

»Les invito a recordar estas palabras y a calibrarlas con mucho cuidado, porque contienen, en esencia, la clave de la neurosis de Sarah.

»Mientras tanto, se iban desvelando más detalles de su relación con Robert en cada sesión. Me habló repetidas veces, por ejemplo, de una tarde que pasó con él en la playa, en compañía de una niña que había quedado a su cuidado ese día. En esa ocasión, por lo visto, Robert construyó un complicado castillo de arena con ayuda de la niña, y ella le llamó “El Hombre de la Arena”; un apelativo que parecía habersele quedado muy grabado a Sarah.

»Fue este último detalle lo que me hizo decidir que ya era hora de que Sarah se enfrentase con su obsesión: una obsesión que para mí ya estaba muy clara (como lo estará para mi distinguido público), pero que ella seguía ignorando completamente. Evidentemente, Sarah estaba obsesionada con sus ojos; obsesionada con su vulnerabilidad, temerosa de que sufrieran algún daño. ¿No era esa la raíz fundamental de sus intensos y ambivalentes sentimientos con respecto a las ranas? ¿No explicaba perfectamente que hubiera escogido unas palabras tan poco habituales para hablarme de sus alumnas: “Quería proteger a mis pupilas”? ¿No era esa la razón de que se sintiera tan cruelmente traicionada por el modo en que su marido había cometido adulterio, al poner un anuncio en una revista llamada *Private Eye*? Le planteé estas preguntas, y le pregunté, como una cuestión de urgencia, si recordaba alguna experiencia traumática que hubiera tenido que ver con sus ojos, especialmente en un contexto erótico o sexual. Tras un cuidadoso sondeo, no tardó mucho en salir a relucir la verdad.

»En la época que pasó en la universidad, me contó Sarah, había mantenido una estrecha relación con un estudiante de medicina llamado Gregory. Fue su primer... Perdone, doctor Dudden, ¿se encuentra usted bien?

Los demás volvieron la cabeza para mirar a su colega, que de pronto parecía que se estaba atragantando con su vaso de agua. La doctora Herriot le dio unos golpecitos en la espalda, mientras el doctor Myers cogió un pañuelo de papel y trató de empapar el líquido que se había derramado sobre la colcha.

—Sí, sí, estoy bien —dijo con la cara roja y tratando de respirar—. Es que se me ha ido un poco de agua por el otro lado.

—¿Puedo seguir, entonces?

—Bueno, la verdad —dijo el doctor Dudden, que ya había recuperado completamente el habla—, todo esto empieza a parecerme un poco disparatado. ¿No es hora de que escuchemos a alguien cuyos métodos sean un poco más rigurosos, un poco más... científicos?

—Casi he terminado. Solo quedan unas páginas.

—Creo que deberíamos dejarle acabar —dijo la doctora Herriot—. A mí me ha enganchado, la verdad.

El profesor Cole y el doctor Myers se mostraron de acuerdo con ella, y Russell Watts continuó con su lectura.

—Fue su primer novio en realidad, y yo le pregunté si durante los comienzos de su relación habían sido felices.

»“Sí”, me respondió Sarah. “Me sacaba a cenar, y me llevaba a los conciertos. Me gustaba que me sacara de paseo.”

»Sin embargo, algunos aspectos del comportamiento de Gregory empezaban a asustarla. Le gustaba contemplarla mientras dormía, por ejemplo, y le fascinaba especialmente la actividad que afirmaba ser capaz de percibir bajo sus párpados durante la fase REM del sueño. A veces ella se despertaba de repente para encontrárselo enfocándole una luz en los ojos, o incluso tocándole los párpados y apretándoselos con los dedos. Sus pautas de sueño, que nunca habían sido muy normales ni en sus mejores tiempos, se alteraron definitivamente a partir de ese momento.

»Sarah había perdido su virginidad precisamente con Gregory, y el sexo empezó a jugar un papel cada vez más importante en su relación. Me contó que, como amante, él era muy vigoroso, pero más bien torpe y poco satisfactorio...

Esta vez, de la boca del doctor Dudden salió disparado todo un chorro de agua, que aterrizó en los pantalones del profesor Cole. El profesor se incorporó de un salto con un grito de enfado, y se puso a secarse los pantalones con el pañuelo de su bolsillo.

—Pero, hombre, por el amor de Dios, ¿se puede saber qué le pasa? —gritó—. ¿No se lo puede usted beber como todo el mundo?

El doctor Dudden corrió a ayudarle, y sacó su propio pañuelo para secarle los pantalones al profesor.

—Lo siento de veras, oiga —dijo, con una voz trémula de pura humillación—. No tengo perdón de Dios. Es que... no sé cuánto tiempo voy a poder tolerar... el manifiesto amateurismo del enfoque de este hombre.

—Usted haga el favor de dejarle acabar —le espetó el profesor Cole—. Para eso estamos aquí. Ya habrá tiempo de discutir después. Y ahora siéntese y escúchele con atención.

El doctor Dudden recuperó dócilmente su posición sobre la cama; y tan pronto como se restauró la calma, o algo parecido, Russell Watts leyó en voz alta la última parte de su caso.

—Me contó que, como amante, era muy vigoroso, pero más bien torpe y poco satisfactorio. Lo que es más, pronto empezó a incorporar su fascinación por los ojos de Sarah a su realización del acto sexual mismo. En su manera de hacer el amor era esencial algo a lo que acabaron llamándole “el juego”, en el que él le tocaba los ojos

con los dedos extendidos, apretándolos cada vez más a medida que se acercaba al orgasmo, mientras acompañaba invariablemente este proceso con la repetición de la frase: “Te espío con mi ojito”. (La palabra “espía”, como no habrá necesidad de señalarles a estas alturas, es prácticamente un sinónimo de “ojo privado”^[29])»

«¿Le hizo daño alguna vez?», le pregunté.

»“No”, me respondió Sarah, “la verdad es que no”.

»“¿Pero usted pensaba que se lo *podía* hacer?”

»“Puede que en el fondo sí.”

»“¿Y él lo sabía? ¿No estribaba el juego precisamente en eso?”

»“Sí, supongo que sí.”

»“¿Para él? ¿O para los dos?”

»Sarah fue incapaz (o no tenía ganas) de contestar esta última pregunta, pero eso no tuvo importancia, porque yo ya estaba al tanto de todos los hechos, y convencido de que la causa y el alcance de todos sus problemas habían quedado claros. Y, así como habría sido un auténtico irresponsable si hubiera compartido cualquiera de mis intuiciones con mi propia paciente, concluiré mi lectura con un esbozo de los puntos más destacados, en beneficio de mis oyentes.

»El “ojo” no es únicamente el instrumento a través del cual contemplamos el mundo; también es el “yo” el yo más íntimo, que radica en su centro. Al erotizar los ojos de Sarah, al vincularlos indisolublemente en su psique con la expectativa del placer sexual, Gregory le había despertado un deseo de violación, de penetración de su “ojo”: la violación de su yo más íntimo, que ni él ni ningún otro hombre o mujer habían sido capaces nunca de satisfacer... —*Por favor...* —dijo la doctora Herriot.

—Déjele acabar —dijo el doctor Myers cansinamente—. A ver si llegamos de una vez al final.

—Sarah no lo sabía, evidentemente —prosiguió Russell Watts—. Y, en cierta forma, le daba miedo el deseo masculino; le daba miedo, de hecho, el propio falo y su imponente y delirante poder. Por eso dormía tan mal de noche en la cama con su marido: por el temor de que, igual que Gregory, él esperase a que el sueño la dejase indefensa, y luego tratase de penetrar su «yo». ¿Pero no había otro nivel en el que eso era precisamente lo que más deseaba? ¿Por qué, si no, se quedaba dormida a veces por el día, en presencia de desconocidos? Por ninguna otra razón más que por ponerse a su merced, por postrarse ante ellos en actitud de sueño; para invitarlos, tanto a hombres como a mujeres, a jugar su propio juego de «Te espío con mi ojito».

—Sí, me temo que Sarah era bastante puta.

—Bueno, ya está bien —dijo la doctora Herriot—. No tengo por qué escuchar más sandeces.

Pero Russell Watts se había dejado atrapar demasiado por su retórica como para admitir más interrupciones. Ni siquiera se dio cuenta, por ejemplo, de que el doctor Dudden se había inclinado hacia delante, con los dientes apretados, y los nudillos blancos de agarrar tan fuerte aquel vaso de agua que amenazaba con hacerse añicos

en cualquier momento.

—Evidentemente —continuó, elevando la voz mientras el ritmo de su dicción se convertía en una especie de galope alocado—, solo había habido un hombre que, al menos en sus fantasías, podría haber satisfecho su anhelo de violación: Robert, el ausente, el perdido, el Otro misterioso que había desaparecido completamente de su vida. No es de extrañar que se quedara horrorizada, tras sorprenderlo en el baño aquella tarde, al pensar que se había castrado, dejando a un lado el falo, el magnífico y prolífico signifiante de su sexo. Porque era a Robert a quien había deseado en toda su apasionante gloria masculina; ¿por qué iba a darle un nombre tan altisonante como «El Hombre de la Arena»: esa figura legendaria a quien los niños le permiten todas las noches *penetrar en sus ojos* y dejar tras sí rastros de su invasora presencia?

»Y yo podía estar muy seguro de eso por una simple razón: porque *la propia Sarah me lo había dicho*. Porque recuerden: el lenguaje es una amante pérfida y cruel; es un jugador fullero que nos reparte una baraja llena de comodines; es una flauta lejana en una noche de niebla, que nos atormenta con melodías medio olvidadas; es la luz del interior de la nevera, que nunca se apaga mientras la miramos; es una bifurcación en la carretera; es un cuchillo en el agua.

»¿Qué me había dicho Sarah, en definitiva, cuando le pregunté cómo había agredido exactamente a su marido infiel? «*Le di un rodillazo en las pelotas* me dijo. ¿Se refería realmente a su pelea doméstica en ese momento? Evidentemente no; si así fuera, muy bien me podría haber dicho: “Le di una patada en la entrepierna”. Pero lo que hizo en ese momento fue *articular su deseo del falo*. Cuando empleó la expresión “le di un rodillazo”, no quería decir “le agredí con la rodilla”, sino *necesito, anhelo, deseo*^[30]. Y cuando se refirió a “las pelotas”, no quería decir los testículos; no se refería a los órganos genitales, magullados y machacados, de su marido, sino a los *globos oculares*^[31], a sus propios globos oculares, aquellos anhelantes globos gemelos que se habían convertido, en su extraño, privado y optoerótico universo sexual, en nada menos que dos vaginas que algún capricho de la naturaleza había situado a ambos lados de su nariz.

»Sí, la desgracia de Sarah (su tragedia, se podría decir) era haber iniciado su vida sexual bajo la perversa tutela de un hombre que no solo había hecho de sus ojos un fetiche, sino que demostró ser incapaz de satisfacer los ardientes deseos que había despertado de ese modo en ella. Como todas las mujeres, Sarah albergaba un deseo de placer sexual que también era un deseo de muerte; de ahí sus fantasías de asesinato, de mandar las cosas a “paseo”. Al principio de su relación con Gregory, le gustaba que la sacara de “paseo”, pero, cuando la relación cobró una dimensión sexual, parece que ya no le dio “el paseo” nunca más, ya no la asesinó más; su pene, por lo visto, era todo menos letal. Así que la raíz de su problema residía en el carácter insatisfactorio de su primera relación sexual: en la impotencia de Gregory, en la debilidad de su falo, en la redundancia de su pistola, en su fracaso a la hora de disparar otra cosa que no fueran balas de fogueo, en su aplastante incapacidad, en

suma, para hacerle alcanzar un orgasmo o cualquier cosa parecida...

Russell Watts se interrumpió bruscamente cuando el doctor Dudden se puso de pie de un salto con un grito final de desprecio y se dirigió hacia la puerta. Cuando se volvió para dirigirse a sus cuatro colegas, se quedaron impresionados al ver que tenía la cara roja de rabia, y que le sobresalían las venas del cuello y de la frente como cordones anudados.

—Ya sé de qué va todo esto —dijo, señalándolos a todos con un dedo trémulo—. ¡Ya sé de qué va, cabrones! ¡Lo habéis preparado juntos, tristes, patéticos y envidiosos... mediocres de mierda! Y ya sé por qué, también. Porque sabéis lo que intento conseguir. Sabéis lo que estoy *a punto* de conseguir. Y creéis que me vais a poder parar, ¿verdad? Creéis que podéis echarme para atrás, que podéis humillarme. ¡Pues no! Por mucho que lo intentéis. Por enrevesados que seáis. Porque si hay algo de lo que estoy seguro, indiscutiblemente seguro, es de que el nombre de Gregory Dudden será recordado mucho después de que *los vuestros* hayan sido olvidados. ¿Lo habéis oído bien todos? Completamente... —(y aquí abrió la puerta)—... totalmente... —(y en ese momento dio un paso hacia fuera, cogiendo aire para soltar la última palabra)—... ¡OLVIDADOS!

Después de que hubiera pegado un portazo y salido furioso al pasillo, los demás se quedaron callados un momento, absolutamente desconcertados. La doctora Herriot fue la primera en hablar. Un rayo de entendimiento empezaba a iluminar su cara, haciéndole esbozar una sonrisa.

—Gregory Dudden dijo, ¿no? —Se volvió hacia el profesor Cole—. ¿No dijo que se llamaba Gregory?

Pero los demás aún no habían caído en la cuenta. El doctor Myers se limitó a menear tristemente la cabeza y a comentar:

—Creo que cuanto antes empiece esa investigación, mejor.

Ashdown a oscuras, donde Ruby Sharp yace acostada en el dormitorio número tres. Tiene la cabeza festoneada de electrodos, y se revuelve y da vueltas en la cama, inquieta. De cuando en cuando, borbotean, inconexas, unas cuantas palabras en su boca. Encima de la cama hay un micrófono recogiendo todas, y en el cuarto de observación adyacente, una cinta magnética se desliza entre dos carretes. Pronto las palabras aumentarán hasta transformarse en un caudal reposado y desigual, como un murmullo. Durante un rato, Ruby le desvelará sus secretos al micrófono y al magnetofón. Por la mañana, Lorna los transcribirá, y la doctora Madison los leerá. Pero, para entonces, Ruby ya habrá abandonado la clínica, sin dar explicaciones, sin despedirse siquiera.

A oscuras el dormitorio número nueve, donde Terry yace acostado, con una sonrisa beatífica. Tras sus párpados cerrados, sus ojos no paran de moverse; se ha sumido en la fase REM del sueño, y un sueño exquisito se está desarrollando en su

cerebro. Es un sueño a la par sensual y cerebral; le transporta planeando, sin el menor esfuerzo, hasta cumbres de placer físico e iluminación intelectual que jamás podría imaginar despierto. Nada de lo que le ocurra en las horas de vigilia podrá compararse jamás con el placer, la intensidad, la alegría de este sueño. Por la mañana, lo habrá olvidado casi completamente.

A oscuras también el cuarto de día número nueve (el cuarto de día de Terry), donde Cleo Madison está sentada ante el escritorio, mirando el mar, como ha hecho todas las noches de la última semana, desde que se descubrieron esas palabras curiosas e inexplicables, escritas detrás del armario. La ha alterado la conversación que ha mantenido ese día con Terry. La mentira que le ha contado sobre su hermano Philip ha sido ridícula y banal, una burda improvisación, nacida de la confusión y de la prisa. Las mentiras que le ha contado sobre Robert, en cambio, estaban bastante más pensadas; y, sin embargo, también se arrepiente de ellas casi igual de profundamente. En resumen, no sabe qué hacer con Terry. No acaba de decidirse a contarle la verdad.

Aún no se ha fijado en la foto que él ha colocado en la estantería que tiene detrás; la fotografía por la que registró de arriba abajo el archivo cinematográfico italiano; la fotografía por la que ha viajado hasta Londres para poder recuperarla: el único fragmento que ha sobrevivido de la película perdida de Salvatore Ortese que en su día fue su gran obsesión. Una sencilla fotografía en blanco y negro, donde se ve una carretera, un paisaje árido y polvoriento, y una mujer; una mujer vestida de enfermera, que señala algo a lo lejos, delante de un letrero que consiste en una sola palabra escrita en un idioma extranjero. Tal vez cuando Cleo se fije en ella, eso la ayude a decidirse.

Finales de otoño, 1984

Todo en aquella ciudad era diferente. Esa había sido la idea, pero a la vez era lo que le resultaba tan descorazonados tan difícil de sobrellevar. La gente era distinta; las bromas, el humor, el acento; los autobuses eran de diferente color; la cerveza sabía distinto; el cielo era diferente: de alguna manera, más amplio y más gris; las casas estaban más apiñadas de lo que nunca le habría parecido posible; los días parecían más cortos, y las noches más largas; los nombres de algunas de las tiendas más grandes le resultaban nuevos y desconocidos; los cines tenían carteles poco familiares y el periódico vespertino parecía estar escrito en algún código inescrutable; hasta el té era diferente, y las pastas que se servían con él en el café del mercado.

Intentaba acostumbrarse a aquel café, sin embargo. Intentaba acostumbrarse a sus mesas de formica y sus botellas de plástico manchadas de ketchup y de salsa HP. Intentaba perdonarle que no fuera el Café Valladon.

En el mercado siempre parecía haber mucha actividad los miércoles por la tarde. Robert se sentaba a una mesa junto a la ventana y observaba a la gente que pasaba por allí, sus sufridos rostros curtidos por el viento y sus manos rudas. Quería consolarse con toda aquella humanidad bulliciosa, pero, en cambio, le abrumaba, le hacía sentirse aún más pequeño, más insignificante, más perdido.

Mientras miraba por la ventana del Café, pensaba en lo que le había dicho el psiquiatra.

Robert ya llevaba más de siete años de tratamiento psiquiátrico cuando Sarah empezó su propio psicoanálisis con Russell Watts; y había tenido la suerte de encontrar un médico que le ayudó más. El doctor Fowler era accesible y simpático; escuchaba con atención pero también era generoso a la hora de dar consejos y ánimos. Había tenido una cita con él todos los miércoles del último mes, desde que a Robert lo habían remitido allí urgentemente, tras su tercera llamada, la más desesperada, a Los Samaritanos. Y ahora, aunque no estuviese recuperándose exactamente, a) menos sus sentimientos de desesperación y de odio a sí mismo empezaban a estar bien enfocados; comenzaba a entenderlos, y casi podía llegar a imaginar, al final de ese túnel particular, la luminosa posibilidad que podían albergar.

El doctor Fowler sabía que Robert había sido rechazado por una mujer, y ahora quería investigar por qué le había llevado a tener aquel concepto de sí mismo: por qué había empezado a considerar que no era digno de que le amasen. Quería que Robert tratase de aislar aquel aspecto concreto de sí mismo: ¿qué era lo que ella nunca había amado de él, y lo que él, en consecuencia, había empezado a odiar?

Esa tarde, la respuesta había quedado clara. Odiaba su sexo: su cuerpo.

Eso era lo único que Sarah nunca había amado de él.

—¿Se odia a sí mismo por ser un hombre? —dijo el doctor Fowler.

—Sí, creo que siempre me ha pasado, en realidad. Toda mi vida.

—¿Ha tenido alguna vez la fantasía de ser una mujer? ¿De vivir como una mujer?

—No, no la he tenido. Al menos, hasta ahora.

Esa noche, de repente le pareció una solución evidente. Una solución pasmosamente fácil. Ebrio de excitación (y ebrio de dos botellas de vino blanco que se habían convertido hacía poco en su bebida nocturna), le escribió a Sarah por primera vez. Le escribió sobre el sueño que había tenido de niño, y cómo había llegado a comprender lo que quería decirle. Le contó que estaba seguro de que se volverían a encontrar. Le contó que la amaba más que nunca.

En su siguiente cita, sin embargo, el doctor Fowler le explicó que la solución del problema no era tan fácil como él parecía haberse imaginado. No era posible operarse así porque sí, con cualquier pretexto, le señaló. Para empezar, a no ser que tuviera dinero para hacerlo por su cuenta, había una lista de espera de dos años como mínimo. Y además, tenía que demostrar (hasta que el doctor Fowler quedara completamente convencido) que eso era lo que quería realmente.

Robert se aplicó a la tarea con bastante entusiasmo.

La ropa que comenzó a usar era más andrógina que específicamente femenina.

Se maquillaba poco, y seguía llevando el pelo corto, pero se había hecho la permanente y unas mechas. La gente empezó a decirle que se parecía a Annie Lennox.

Se suponía que las hormonas que le habían recetado debían ensancharle las caderas y aumentarle el pecho, pero fundamentalmente parecía que solo iba ganando peso. Cada vez que salía a la calle, llevaba un sujetador con relleno.

La electrólisis sistemática le ayudó a mantener el vello facial a raya.

Empezó a hacer traducciones técnicas para las empresas de la ciudad, ansioso de enfrentarse a los nuevos retos que planteaba la Comunidad Europea. Más tarde, al sentirse más seguro bajo su disfraz de mujer, se puso a dar clases particulares de francés y de alemán. No gastaba mucho y se mantenía a sí mismo.

Judi fue su primer gran éxito. Tan pronto como decidió empezar a vivir como una mujer, se mudó a otra parte de la ciudad, donde Judi (una ayudante de dentista) resultó ser su vecina de enfrente. Jamás sospechó que él fuese un hombre. Se hicieron amigos íntimos y, aunque raras veces la invitaba a su piso, salían juntos a menudo, de copas o a algún club. Judi denominaba a aquellas ocasiones «las salidas de las chicas», y cuando se echó un novio y empezó a dejar de verse tanto con Robert, él se dio cuenta de que la echaba muchísimo de menos.

Para Judi, para el dueño de su piso, y para sus estudiantes, Robert se llamaba ahora Cleo Madison. Lo de «Madison» fue fácil de decidir, porque había sido el apellido de soltera de su madre; y respecto a lo de «Cleo», ¿cómo iba a haberse puesto otro nombre? En definitiva, se trataba del nombre que Sarah había soñado

para él.

Nunca supo de dónde había salido; de qué época de su vida anterior, o de qué rincón poco visitado de su inconsciente, se lo había sacado, de modo que pudiese jugar un nuevo papel transformador en sus sueños. Tampoco sabía qué era exactamente lo que él le había dicho, hacía más de un año, durante aquel largo y arrebatado encuentro confesional en la terraza de Ashdown, que había llevado a Sarah a soñar algo tan inexplicable como la existencia de una hermana gemela de la que le habían separado poco después de nacer. Le había hablado (y eso, al menos, sí lo podía recordar) de que tenía una *contrapartida* femenina, de que en el mundo existía alguna alma gemela femenina con la que anhelaba unirse. En realidad se refería a posibles novias, posibles compañeras (e incluso entonces ya pensaba secretamente en Sarah), pero ¿habría sido ese el comentario que había provocado aquel sueño funesto? Probablemente, nunca lo sabría. Lo único que sabía era que había dado un paso irreversible, un paso que cambiaría radicalmente su vida, cuando Terry y Lynne le habían contado ese sueño y en vez de negarlo, en vez de mofarse como ellos de Sarah y de sus cómicas fantasías (que era lo fácil), salió en su defensa. Se había inventado a Cleo para proteger a Sarah de sus burlas. Pero entonces Sarah también se la inventó. Aquella falacia la habían concebido juntos, era su hija, y durante todo el año la criaron y la engordaron juntos, alimentándola con anécdotas, viéndola crecer fuerte y sana con la dieta de sus conversaciones. Y ahora Robert estaba preparado para dar un paso más.

Se convertiría en Cleo. Se convertiría en la alucinación de Sarah. Conseguiría, en el sentido más literal de la expresión, que sus sueños se hicieran realidad. ¿No era eso lo máximo que podía ofrecer un amante?

Verano, 1986

El doctor Fowler dijo:

—Déjeme repetirle que, si hace esto, lo hace por propia decisión, asumiendo su propio riesgo, y bajo su propia responsabilidad respecto a la autoridad civil, es decir la policía. ¿Me comprende?

—Sí, le comprendo.

—Muy bien. Y ahora quiero que me escuche con atención, porque lo que voy a decirle es importante tanto a nivel médico como legal. Dos cosas más. Le hagan lo que le hagan, legalmente usted no será una mujer. No puede cambiar su partida de nacimiento, porque esa es una descripción de su sexo conforme a su nacimiento, por mucho que se contradiga con lo que usted piense ahora de sí mismo. Y, además, se consideraría un delito que intentase casarse con otro hombre, biológicamente hablando.

—Sí, ya lo sé.

—Bien. En ese caso (si esto le hace completamente feliz, si está usted totalmente

decidido), le remitiré a mi cirujano.

Robert sonrió: una amplia sonrisa de alivio. No lo pudo evitar.

—No dispone usted de medios económicos para costeárselo personalmente, ¿verdad?

—No.

—Entonces me temo que va a tener que esperar una buena temporada.

—No pasa nada —dijo Robert, con la sangre latiéndole muy fuerte mientras frotaba una carrera de sus medias—. Eso da igual.

Otoño, 1988

No tardó mucho en hacerse amigo de las enfermeras; desde que había decidido convertirse en mujer, se había dado cuenta de que su trato social había mejorado considerablemente. Había una llamada Rachel que le caía especialmente bien. Fue la que vino a despedirse de él la noche antes de la intervención.

—Así que mañana es el gran día —gorjeó, sentada a los pies de su cama. Se le acababa el turno, y llevaba un impermeable sobre el uniforme. Fuera diluviaba.

—¿Qué tal estás?

Sin responder, Robert alargó el brazo y cogió un libro de la mesilla. La verdad era que estaba aterrado.

—¿Lo has leído alguna vez? —le preguntó.

Rachel miró el título; se trataba de *La gravedad y la gracia* de Simone Weil. Negó con la cabeza.

—Es uno de esos libros —dijo Robert— con los que da igual la situación en la que estés; solo tienes que abrirlo al azar y leer una o dos páginas, y siempre... Mira, escucha esto; es lo que he leído esta mañana.

»“Aceptar un vacío en nosotros mismos es sobrenatural. ¿De dónde se puede sacar la fuerza para un acto que no tiene nada que lo compense? La fuerza tiene que venir de otro lado. Pero primero debe darse... —Levantó la vista hacia Rachel—... un desgarrar, tiene que ocurrir algo desesperante, hay que crear ese vacío”. —Robert cerró el libro—. ¿Qué te parece?

Ella se esforzaba en comprenderlo.

—No lo sé. No sé lo que quiere decir.

—A veces —dijo él— he pensado que no iba a ser capaz de soportar estos últimos años. Pero espera, aquí hay otra cosa que he leído esta mañana: «Hay que pasar un tiempo sin ninguna recompensa, ya sea natural o sobrenatural».

A Rachel le pareció mejor moverse en terreno más seguro.

—Me han dicho que antes has tenido algunas visitas.

—Una visita —dijo Robert, mientras volvía a dejar el libro en la mesilla—. Era mi madre. —Ah.

—Ha venido a quedarse; ya sabes, solo mientras yo esté aquí. Reservó habitación

en un hotel.

—Eso está muy pero que muy bien. No aparecen muchos padres por aquí para esta clase de operación. No os animan mucho normalmente.

—Ella se ha portado fenomenal.

—¿Y tu padre qué? ¿Él no...?

—Se murió el año pasado.

—Ah, lo siento.

—Llevaba años sin verle. No fue ninguna pérdida. No sabía nada de... todo esto.

—Robert se quedó quieto un rato, escuchando la lluvia—. Es curioso: siempre pensé que, de alguna manera, me odiaba, pero me dejó un montón de dinero. Parece que lo había estado ahorrando para mí.

—Supongo que eso sí lo podrás soportar —dijo Rachel—. ¿En qué te lo vas a gastar?

—Si hay suerte, volveré a la universidad. Quiero estudiar psicología.

—Te pega cantidad. Así podrás ayudar a la gente..., a la gente como tú. Les podrás aconsejar.

—Puede. Aunque no es el campo al que quiero dedicarme. Me interesa más el sueño.

—¿El sueño?

—Los trastornos del sueño. Sobre todo, la narcolepsia. Una vez tuve una amiga que era narcoléptica. En aquel momento yo no lo sabía, pero he estado leyendo libros desde entonces, y es muy evidente que ese era su problema. Es una de las cosas que quiero decirle cuando la vuelva a ver.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo la vas a ver?

—Pronto —dijo Robert, consiguiendo por fin sonreír—. Muy pronto.

La luz fluorescente pasando por encima de él en destellos cegadores mientras lo llevan en camilla hasta el quirófano.

El jaleo de médicos y enfermeras. El brillo de la luz eléctrica sobre el instrumental quirúrgico.

Los ojos del anestesista, neutros e inexpresivos mientras se dispone a insertar la aguja en la muñeca de Robert.

Una cierta ceguera... o tal vez algo peor

La dulce contemplación de la oscuridad, la pérdida de control, mientras aspira profundamente, y cierra los ojos, y empieza a

... rogar un olvido tan total y profundo que acabe...

... transformándome.

Cuando Cleo se despertó, sintió un dolor en la garganta, en el pecho, en el abdomen y entre las piernas, que nunca habría imaginado que se pudiera soportar.

Fue incapaz de andar durante más de un mes. El dolor y la náusea, el sangrado y las hemorragias, continuarían durante varios meses más.

Esa fue la peor época. Tuvo que hacer acopio de todas sus reservas de paciencia. Pero había esperado tanto tiempo que ahora no tenía sentido apurarse. Quería encontrarse perfectamente bien cuando volviese a ver a Sarah. Quería estar lista para ella.

Primavera, 1989

Una lluvia fina e inútil salpicaba el parabrisas mientras Cleo conducía un coche alquilado por la carretera de la costa que, en su día, le había resultado tan familiar. Había dejado la ciudad atrás y empezaba a remontar el promontorio. Al pasar por delante de la fila de casas de campo donde había vivido (y a lo mejor aún vivía) Ruby Sharp con sus padres, se preparó para la oleada de emociones que la visión de Ashdown iba forzosamente a provocarle. En cualquier momento doblaría una curva y surgiría ante su vista.

Y allí estaba: enorme, gris e imponente, un sólido y maltratado gesto de desafío al mar y a todos los rigores e inclemencias que amenazase con traer tierra adentro. Al ver aquella construcción de piedra tan típica, sus ángulos, contornos, curvas y líneas características, Cleo frenó el coche de golpe y trató de reprimir sus lágrimas. ¿Quién iba a pensar que una mera forma, una mera arquitectura, pudiese provocar tal desbarajuste de emociones? Se quedó un rato indecisa, con el coche parado en medio de la carretera desierta, escuchando los chillidos lastimeros de las gaviotas y tratando de resistir la marea de nostalgia y pesar que la embestía.

Siguió conduciendo hasta la casa y aparcó delante de la puerta principal.

Había decidido presentarse allí el Viernes Santo, sabiendo que la casa estaría vacía durante la Semana Santa. La puerta estaba cerrada con cerrojo, naturalmente, pero eso no era ningún problema, porque seguía conservando un juego de llaves; nunca se las había devuelto a las autoridades de la universidad y, como pronto comprobó, no se habían cambiado las cerraduras en los cinco años transcurridos.

Cleo se paseó por las glaciales estancias y los laberínticos y resonantes pasillos tan solo un rato. No intentó entrar en ninguno de los dormitorios, porque, en realidad, lo que quería volver a ver era la cocina en forma de L. Encendió la cafetera y se preparó una taza de café instantáneo; luego se quedó junto a la mesa y miró a su alrededor pensando: Sí, este es el sitio. Aquí es donde tiene que suceder.

De vuelta en la ciudad, en la habitación de su hotel, se sentó en la cama junto al teléfono y abrió su agenda de direcciones. Con todo, el plan podía fallar, pensó. Si los padres de Sarah ya no vivían en aquella dirección, tendría que ponerse a buscarla. Tal vez le llevase semanas, incluso meses. Pero, no sabía por qué, no creía que se hubieran mudado. Le parecía que por fin tenía la suerte de su parte.

Su llamada la cogió un contestador automático, que invitaba a la gente a dejar

mensajes para Michael y Jill Tudor. Cleo colgó sin decir nada, y pensó cuidadosamente lo que iba a decir. Luego volvió a marcar. Dijo que trataba de ponerse en contacto con su hija Sarah. Llamaba porque tenía noticias de Robert, un viejo amigo de Sarah de su época de estudiante. Ese fin de semana iban a tener una pequeña reunión. Se disculpó por avisar con tan poco tiempo, pero ¿Sarah podría estar en Ashdown aquel domingo, sobre las siete de la tarde?

Estaba segura de que le darían el recado. Estaba segura de que Sarah acudiría.

A la mañana siguiente, Cleo fue andando hasta el supermercado para elegir la comida que le prepararía a Sarah; y, de paso, le hizo una visita al Café Valladon. Parecía que había cambiado de dueños (en cualquier caso, el sitio de Slattery detrás de la barra lo ocupaba ahora una mujer amable y charlatana), pero, por lo demás, había cambiado poco. El interior seguía estando oscuro; el café seguía siendo fuerte; y las paredes seguían cubiertas de libros de segunda mano. Buscó en vano el ejemplar de *La casa del sueño*, sin embargo; tal vez Sarah se lo hubiera llevado después de todo. Mañana lo averiguaría. Mientras tanto, cogió el ejemplar de Terry de *Grandes esperanzas*, y se alegró al ver que había un billete de diez libras escondido en la página 220. Dejó el dinero donde estaba, y leyó las últimas páginas de la novela mientras se terminaba su rebanada de *cake*. Luego volvió a colocar el libro en su estante y se despidió del Café por última vez.

Una niebla fría y plateada había velado la tarde, y la luna aún no estaba lo bastante alta como para despejarla. Pero las estrellas brillaban tras la niebla, y la luna se iba alzando, y no era una noche oscura.

Desde la ventana del rellano del primer piso, Cleo pudo ver el haz de los faros que se acercaban, incluso cuando el coche se encontraba a unos dos kilómetros de distancia. Oyó el chirrido de los neumáticos contra la gravilla del paseo de entrada, y lo vio frenar junto al suyo en el patio delantero. Luego surgió de él una figura solitaria. Era ella: Sarah. Se le estaba poniendo el pelo blanco (de eso se dio cuenta a pesar de la oscuridad del crepúsculo), pero Cleo no pudo distinguir muchas más cosas en el breve lapso que a Sarah le llevó cerrar el coche y subir las escaleras hasta la puerta abierta de la entrada principal.

Cleo se volvió, echó a correr por el pasillo y bajó a toda prisa por la escalera estrecha y raramente utilizada que daba a la puerta trasera de la cocina. Cuando llegó hasta allí, Sarah ya estaba en el vestíbulo, gritando:

—¡Hola! ¿Hay alguien por ahí?

—¡Hola! —respondió Cleo.

Sarah se asomó al umbral de la cocina.

—¿Robert? ¿Eres tú? ¿Estás ahí?

La cocina parecía vacía. La única luz provenía de tres velas que parpadeaban cálidamente sobre la mesa, y un resplandor más nítido y fantasmagórico procedente de la otra esquina; seguramente era de la luz que había encima del horno. Un olor a comida muy agradable y aromático inundaba la estancia.

—¿Robert? —dijo Sarah, avanzando un poco más—. ¿Qué pasa? ¿Dónde están los demás?

—Entra —dijo Cleo—. Hay una copa para ti sobre la mesa.

—Ya, ¿pero dónde estás?

—A la vuelta de la esquina. —Oyó cómo se acercaban los pasos de Sarah—. No vengas, por favor. Espera un momento.

Los pasos se detuvieron.

—¿Que no vaya? ¡Pero qué dices!

—Por favor, Sarah. Quédate donde estás.

—Pero, por el amor de Dios, quiero *verte*. Llevo cinco años sin verte.

—Enseguida salgo —dijo Cleo—. Esto está quedando exquisito. Tenemos hibisco y arroz con cardamomo y cilantro.

—Estupendo... Eso suena fenomenal —dijo Sarah, con un toque de impaciencia—. Pero, en este momento, lo que más me importa no es la comida precisamente. No he venido hasta aquí para cenar. —No hubo respuesta a la vuelta de la esquina—. ¿No podías haberme dejado un recado un poco menos misterioso? ¿Por qué tanta historia?

—Cinco años es mucho tiempo —dijo Cleo—. Me pareció que hacía falta algo especial.

Sarah suspiró de mal humor, luego cogió una de las copas de vino tinto que había sobre la mesa y bebió un poco.

—Robert, esto es una estupidez —dijo, a la vez que se acercaba más a la zona de la cocina—. Me he hecho todo el camino en coche desde Londres y estoy agotada. Ya estoy harta de juegucitos. Ya sé que hace siglos que no nos vemos, y que... tenemos que ponernos al día, pero deja que nos *veamos* por lo menos.

—¡No! —gritó Cleo, y tal fue la urgencia de su voz que Sarah dio varios pasos atrás. Con una voz más controlada, pero igual de seria, Cleo añadió—: Es que he cambiado mucho en estos años, Sarah. Te vas a llevar un susto cuando me veas, y quiero que estés preparada. Siéntate un momento, y luego salgo para hablar contigo.

—Está bien —dijo Sarah, y se sentó junto a la mesa, mientras barajaba rápidamente todas las interpretaciones posibles de aquellas siniestras palabras—. No..., no estarás enfermo, ¿verdad, Robert? Quiero decir... ¿Estás bien? No será eso por lo que has querido verme tan de repente, ¿no?

—Estoy bien —respondió Cleo—. De hecho, nunca he estado mejor. —Ya no se podía concentrar en lo que estaba cocinando, y se apoyó de espaldas contra el horno, respirando hondo—. Tengo que contarte tantas cosas. Tantísimas cosas.

—Yo también —dijo Sarah.

—Tenemos toda la noche, ¿no? No tendrás que volverte a Londres hoy mismo, ¿verdad?

—No sé qué voy a hacer. ¿Va a venir alguien más a esta... reunión?

—No. Solo tú y yo. No te parecerá mal...

—No. Era a ti a quien quería ver. —Sarah bebió más vino y miró alrededor. Era una situación tan extraña, estaba tan tensa y tan incómoda que empezó a hablar de nuevo solo para tranquilizarse—. Es una sensación muy extraña estar aquí otra vez, la verdad. En esta casa. En esta cocina.

—«Después de tantos años —citó Cleo— es extraño que nos volvamos a encontrar así, aquí, donde nos conocimos». —Cogió el cuchillo de cocina, y se puso a picar perejil—. ¿Te acuerdas de aquella noche, Sarah, en que estabas tomándote una sopa en bata?

—Sí, me acuerdo —dijo—. Claro que me acuerdo. Apenas ha pasado un día, en estos cinco años, en que no me haya acordado.

—¿En serio? ¿No me has olvidado, entonces?

—Dios mío, Robert, ¿por qué cortaste la relación? —Alzó la voz, de pronto llena de resentimiento—. Fue horrible despedirme así de ti en el acantilado. Y luego cómo desapareciste, sin contestar mis cartas ni nada...

—Pero si te escribí una vez.

—Sí, pero no contabas nada. No decías ni dónde estabas, ni qué habías estado haciendo. ¿Y resulta que *ahora* mis padres me dan este recado tuyo tan raro, me vengo hasta aquí a toda *pastilla*, y ni siquiera me vas a dejar verte?... Es todo tan... extraño...

—Enseguida lo entenderás todo —dijo Cleo.

—Eso espero.

—Estás teniendo mucha paciencia, Sarah. Te lo agradezco de veras. Sarah le dio un sorbo a su vino, bastante calmada pero no del todo.

—He tenido que dejar una cena para venir aquí esta noche, ¿sabes?

—¿En serio? Qué detalle.

—Con mis futuros suegros, habría que añadir.

El ruido de Cleo picando perejil paró de golpe.

—¿Qué has dicho?

—Los padres de mi novio.

—¿Los...? ¿Quieres decir que te vas a casar?

—Exactamente. Dentro de tres meses.

—¿Con un hombre?

—Pues claro.

—Pero...

—Pero ¿qué? —dijo Sarah, cuando el silencio empezó a parecerle interminable.

—Yo creía que eras lesbiana.

—¿Lesbiana? ¿Y de dónde te lo sacaste?

—Bueno..., pues de todo aquel lío con Veronica.

—Bueno, sí, pero antes había salido con Gregory, y ahora..., ahora salgo con Anthony. La verdad es que es encantador. Seguro que te gustaría. Veronica fue..., bueno, no una *fase* exactamente, porque eso le quita importancia, y *fue* importante, pero... yo qué sé. Es tan difícil...

—Pero tú decías, Sarah (te recuerdo diciéndolo), que Veronica había cambiado tu vida. Que te había hecho darte cuenta de tu verdadera naturaleza; esas fueron exactamente tus palabras.

—Bueno, evidentemente no me conocía muy bien cuando dije eso. Quiero decir que era muy joven, Robert. Los dos éramos muy jóvenes.

—Y entonces... aquello que me dijiste de quién sería tu pareja ideal..., ¿te acuerdas de eso?

—Vagamente...

—Dijiste que sería como yo, pero en femenino. Mi hermana gemela. Eso fue lo que dijiste.

—Precisamente quería preguntarte sobre eso —dijo Sarah. Cleo oyó cómo echaba la silla hacia atrás y se levantaba—. ¿Te pusiste a buscarla? ¿La encontraste?

—Espera un momento —dijo Cleo—. Es que tengo que... Es que voy a sacar un momento la basura.

Se escabulló por la puerta trasera de la cocina, recorrió a tientas un pasillo a oscuras y, al final, llegó hasta otra puerta, esta vez con el cerrojo echado. Le pareció que pasaban siglos antes de localizar la llave (estaba metida en la cerradura) y descorrer aquel cerrojo un poco duro; tras lo cual Cleo se encontró en el descuidado jardín de la cocina, bajo un cielo lleno de estrellas. Cerró de un portazo, se dobló por la cintura casi inmediatamente y vomitó sobre las losas. Se puso a cuatro patas y continuó teniendo náuseas y arcadas hasta que las convulsiones se confundieron con los sollozos.

Incorporándose como pudo, tanteó el bolsillo de sus vaqueros. Gracias a Dios las llaves del coche estaban allí.

Salió corriendo hasta la entrada de la casa. Vio la cara de Sarah por la ventana de la cocina, iluminada desde atrás por la luz dorada de las velas. ¿Sarah podría verla? ¿Habría distinguido aquella absurda figura de mujer sin aliento, desvariando del shock, con el maquillaje corrido por las lágrimas, mientras se abalanzaba sobre el coche y se peleaba con la puerta?

Cleo pegó un acelerón, dio marcha atrás con un chirrido y salió a toda velocidad por el paseo, justo cuando Sarah se dio cuenta de lo que pasaba y bajó corriendo las escaleras de la entrada.

Condujo kilómetros y kilómetros, sin saber qué dirección había tomado. Se moría de ganas de lavarse, de secarse los ojos y la cara, pero no se atrevió a detenerse hasta que estuvo segura de que no la seguían.

Al final ya no pudo esperar más y aparcó el coche en un parking de carretera.

El mar yacía azul y somnoliento a sus pies, y no había nadie más en la carretera; ni rastro de Sarah. Se iba levantando una niebla nocturna y, a la luz sosegada de aquella amplia extensión que dejaba entrever, Cleo no vio ni sombra de otro posible encuentro con ella.

El doctor Dudden no asistió al segundo día del cursillo. Hacía solo veinticuatro horas le había parecido muy importante, pero ahora se daba cuenta de que todo aquello era inútil y banal. Había cosas mucho más urgentes de las que ocuparse. Su carrera, su trabajo, su reputación, la continuación de sus investigaciones en la clínica Dudden, corrían grave peligro. Las fuerzas que se habían aliado contra él (las fuerzas de la ignorancia, de la envidia, de la reacción) empezaban a movilizarse. La conspiración iba ganando terreno.

Todo eso le había quedado muy claro al doctor Dudden durante la noche; se la había pasado paseando de acá para allá por las calles de Londres. No había dormido nada, y eso le hacía sentirse mejor; de hecho, aquella mañana estaba completamente seguro de que nunca más querría volver a dormir. Hizo un puchero con la boca, en un gesto involuntario de desprecio, cuando miró a su alrededor en el vagón del tren y vio cuántos pasajeros ya estaban medio dormidos (¡a esas horas de la mañana!), o echando un sueñecito, o dando cabezadas, o sesteando, o durmiendo, con la boca colgando estúpidamente, la cabeza bamboleándose y los párpados entrecerrados. ¿Aquella gente carecía de dignidad y de amor propio? ¿Tanto detestaban la vida que tenían que aislarse de ella a la menor oportunidad? A veces se preguntaba si merecía la pena salvar a criaturas así; pero eso ya no le preocupaba. La idea de que tenía una especie de misión para salvar a la humanidad había sido una tontería, ahora que caía en la cuenta. Era uno de los espejismos que le habían hecho contenerse, cuando la auténtica cuestión (tan sencilla, tan evidente de pronto) se podía resumir en unas cuantas palabras. Sí, la auténtica cuestión era esta: que el doctor Dudden estaba en lo cierto y todos los demás estaban equivocados. *Él* podía darse cuenta y ellos no. La cosa se reducía entonces a una lucha entre el bien y el mal. Se trataba de Dudden *contra* el resto del mundo.

Ahora que lo veía en esos términos, un horrible descontento por todos sus errores, componendas y postergaciones anteriores empezó a apoderarse de él. Había perdido demasiado tiempo en entrevistas fútiles y pacientes imbéciles; demasiado tiempo ofreciéndoles un tratamiento paliativo a aprensivos, neuróticos, hipocondríacos y quejicas. La primera cosa que haría cuando llegase a la clínica sería dar el alta a los pacientes. A todos. Llamaría a una flotilla de taxis y se desharía de ellos: una depuración total. No eran más que una distracción, un obstáculo grotesco para lo que se traía entre manos. Todo lo que tenía importancia en aquel edificio sucedía escaleras abajo, en el sótano; e, incluso allí, había desperdiciado demasiadas energías. Tenía que haber abandonado aquellos experimentos con animales hacía meses; ya hacía tiempo que había aprendido todo lo que se podía aprender del comportamiento de ratas, perros y conejos. A partir de ahora, trabajaría con seres humanos. Era la única manera de avanzar. Nunca debía haber dejado que aquel estúpido accidente le

desalentara. Era vergonzoso que se hubiera dejado asustar por las murmuraciones, los rumores maliciosos, el cotilleo ignorante. Aquel aparato era totalmente seguro, y lo demostraría. Lo demostraría enseguida; abiertamente, irrefutablemente, de la única manera posible: usándolo él mismo.

A medida que los pensamientos del doctor Dudden se iban acelerando, el tren que lo devolvía a Ashdown empezó a aminorar la marcha, haciéndole sudar de pura frustración e impaciencia. Se producían unas paradas largas e inexplicables entre las estaciones. A la tercera o la cuarta, se levantó, se arrancó los auriculares con los que había estado escuchando una de sus grabaciones favoritas de las *Variaciones Goldberg* y tiró su *diskman* despectivamente por la ventanilla más cercana. Hasta sus anteriores gustos musicales le repugnaban ahora. «¡Paparruchas!», gritó, mientras se volvía furioso a su asiento. «¡Paparruchas sin pizca de pasión! ¡Cagadas soporíferas!». Ignoró las ansiosas miradas de soslayo de los demás pasajeros. Le importaba un pito la opinión de aquellos idiotas somnolientos. Ya no le preocupaba lo que el mundo pensara de él; total, estaban todos confabulados... Todos. Myers y Cole había tramado una especie de plan contra él (de eso estaba seguro), con Russell Watts a modo de complaciente secuaz; y probablemente también había un espía, algún topo en la clínica que les ayudaba recogiendo información sobre él, intrigando a sus espaldas. La doctora Madison, con toda seguridad; aquella odiosa cerda siempre le había tenido manía. ¿Y qué decir de Worth, el periodista? Tampoco había que fiarse de él. No le sorprendería nada enterarse de que los dos estaban compinchados. Ahora que se acordaba, la noche que Terry había llegado, él y la doctora Madison se reunieron clandestinamente en la terraza y, a la mañana siguiente, Terry se mofó de él informándole de que se habían hecho «un poco» amigos, y hasta tuvo el valor... (sí, ahora que se acordaba, todo encajaba perfectamente)... hasta tuvo los santos *huevos*, el muy cabrón, de mencionar a Sarah. Así que estaban compinchados, no cabía la menor duda. Evidentemente, desde entonces (que él supiera) Terry y la doctora Madison apenas se habían visto o habían vuelto a hablar; ¿pero eso no era una vulgar estratagema, que demostraba aún más claramente (si es que todavía hacía falta) la existencia de un entendimiento furtivo y tácito, de una siniestra alianza...?

Y en ese preciso momento las sospechas del doctor Dudden se vieron confirmadas de la forma más sorprendente. Mientras su tren se encontraba parado, aislado entre dos estaciones, otro tren con destino a Londres pasó traqueteando en dirección contraria. Se quedó mirándolo y, durante escasos segundos, pudo distinguir el convoy y a sus ocupantes. Y allí iban los dos: sentados juntos en un vagón medio vacío, riéndose, gesticulando, y dando todas las muestras de mantener una animada conversación. Las dos personas que precisamente tenía en mente.

Terry Worth y Cleo Madison.

—¿Has visto eso? —preguntó Cleo, girando el cuello para poder seguir viendo el

tren parado.

—¿El qué?

—Era el doctor Dudden. Estoy segura. Iba sentado en ese tren.

—Creía que tenía que estar en el cursillo.

—Y yo.

—¿Tú crees que nos ha visto?

Cleo se encogió de hombros.

—No estoy segura. ¿Por qué lo dices?

—Bueno, no creo que le alegre mucho —dijo Terry— saber que su ayudante ha salido corriendo para Londres y su paciente favorito se ha dado el alta a sí mismo.

Cleo observó cómo el otro tren retrocedía en la distancia, y luego se retrepó de nuevo en su asiento.

—Si quieres que te sea sincera, ya no me importa nada lo que le alegre o le deje de alegrar. Me interesa mucho más *esto*. —Cogió la foto de Terry de la mesita que había entre ellos y se quedó mirándola asombrada—. ¿De verdad que está sacada de una película que nadie, nadie absolutamente, ha visto en su vida?

—Puede que dos o tres personas como mucho —dijo Terry—. Y, aun así, no hay pruebas de ningún tipo.

—¿Pero puede haber alguien que tenga otra copia de esta foto?

—Lo dudo. Desde luego, nunca la he visto publicada en ninguna parte.

Cleo se la devolvió; le temblaban las manos. Incluso pasadas doce horas (en las que había estado demasiado nerviosa como para poder dormir), seguía tratando de hacerse a aquella idea tan novedosa e increíble: a la posibilidad de que aquella imagen, que había vislumbrado por primera vez en su infancia y la había fascinado desde entonces, tal vez no fuera en absoluto una creación de su mente dormida; que podía tener una existencia independiente. Y a pensar que pudiese resurgir ahora, justo cuando Ruby Sharp había aparecido en la clínica (para desaparecer otra vez), dejando detrás nada menos que un extraordinario torrente de palabras, que parecía contener mágicamente los secretos pasados y futuros de la propia vida de Cleo. Estaba demasiado confusa y demasiado alterada como para saber exactamente qué podían significar todos aquellos acontecimientos, pero, de todas maneras, había tomado una rápida y firme decisión: tenía que abandonar su trabajo en la clínica aquella mañana, con una apresurada nota para Lorna y la promesa de que volvería en cuanto...

¿... en cuanto qué, en realidad?

Terry siguió hablando de la película mientras el tren ganaba velocidad y corría por una campiña sin ningún rasgo destacable.

—Tengo la teoría —estaba diciendo— de que a lo mejor anduve buscando donde no era. Si existe una copia en algún sitio, puede que no sea en Italia; puede que sea en Francia.

—¿Y por qué en Francia?

—Por esta palabra. —Levantó la foto: tras la figura de la mujer madura vestida de

enfermera, que señalaba algo a lo lejos, había un letrero, oculto en parte por su cuerpo. Parecía que constaba de una sola palabra: *fermer*—. Eso es francés, ¿no? Quiere decir «cerrar». Así que a lo mejor también se rodó una versión francesa de la película, y esa es la que ha sobrevivido.

Cleo examinó la foto más de cerca.

—No creo —dijo—. Eso no tendría ningún sentido, porque *fermer* es un infinitivo. De todos modos, la imagen está cortada, así que no se puede ver bien el comienzo de la palabra; y puede que vengan más letras después, detrás de la mujer. Así que yo creo —le echó otro vistazo— que pone *infermeria*.

—¿«Infermeria»? ¿Y eso qué quiere decir?

—Es italiano; quiere decir «enfermería», claro. Eso es lo que está señalando: un hospital.

Una lenta sonrisa de reconocimiento iluminó la cara de Terry.

—¿Cómo no se me ocurrió antes?

—No digo que sea el único significado posible —añadió Cleo; pero antes de que Terry pudiese expresar sus dudas acerca de aquel misterioso comentario, ella le preguntó—: Así que vas a ponerte a buscar esta película otra vez, ¿no? ¿Va a ser la obra de tu vida?

—La verdad es que no. —Terry metió la fotografía en un sobre de papel manila y la dejó sobre la mesa—. No creo que tenga ya ningún sentido. Prefiero saber que está por ahí, en alguna parte..., esperándome, a lo mejor... No lo sé... Mientras tanto, de todas maneras, tengo que pensar a ver qué hago conmigo: en algo que valga la pena.

—Pero el periodismo merece la pena, ¿no? Si uno se lo toma en serio.

Terry meneó la cabeza.

—Últimamente he tenido momentos (estas dos últimas semanas, supongo) en que me he puesto a pensar en mi trabajo, y casi me hace sentirme un ser... rastrero; me hace odiarme a mí mismo. ¿Has tenido alguna vez esa sensación? Supongo que no, con un trabajo como el tuyo.

—Sé perfectamente lo que quieres decir —dijo Cleo—. Trabajar para Gregory Dudden no te garantiza sentirte bien contigo misma, te lo puedo jurar.

—No, supongo que no. ¿Y entonces por qué fuiste a pedir trabajo ahí antes que en ningún otro sitio?

—Bueno, es que la Clínica Dudden es única. Casi es el único sitio que puede ofrecerle trabajo a alguien con mi especialidad. —Recordó el día, ya hacía más de dos años, en que el anuncio del doctor Dudden había aparecido por primera vez en el *British Journal of Clinical Psychology*; el ataque de emoción cuando vio que aquel trabajo parecía hecho para ella, y luego la incredulidad, la agitación, cuando se dio cuenta de dónde estaba situada la clínica: en el único sitio del mundo al que se había jurado no volver.

—Trabajar en Ashdown —dijo Terry— tiene que resultarte muy extraño. Tantos recuerdos...

—¿Qué recuerdos? —Se puso a la defensiva inmediatamente.

—De Robert. No porque lo conocieras entonces, claro, pero debe de... traértelo a la cabeza.

—Ah —dijo Cleo—. Sí, sí. A veces sí.

Esto era absurdo, se dijo a sí misma. Tarde o temprano iba a tener que decirle la verdad a Terry; de hecho estaba pasmada de que aún no hubiera caído en la cuenta. ¿Debería contárselo durante aquel viaje en tren tal vez? ¿O dejarlo para cuando llegaran a Londres, e invitarlo a tomar algo en el café de la estación? ¿O solo debería dejarle su dirección y su teléfono, y esperar unos días, esperar a que todo hubiera pasado, esperar hasta que hubiese seguido las instrucciones de Ruby y la hubiera encontrado de nuevo...? Eso suponiendo que fuera capaz de armarse del valor necesario...

—De todas formas —dijo, reprimiendo aquellos pensamientos rápidamente—, tu carrera y el futuro de la Clínica Dudden puede que tengan alguna conexión.

—¿Cómo?

—Bueno, ¿se lo *has* preguntado alguna vez?

Terry frunció el ceño.

—¿Que si le he preguntado qué a quién?

—Al doctor Dudden, naturalmente; lo de Stephen Webb.

—No, directamente no; pero sí le pregunté... —Se interrumpió cuando le quedó claro lo que implicaba aquella pregunta—. Así que fuiste tú, ¿no?, la que me tiró aquella nota en la terraza.

—Me pareció que una pequeña pista igual te ayudaba a ponerte en el buen camino, nada más.

—Pues supongo que sí. —Terry se estremeció al revisitar mentalmente la escena que, desde hacía dos días, trataba de olvidar por todos los medios—. Una noche, hace un par de días, me llevó al sótano, ¿sabes?

—¿Donde experimenta con ratas?

Él asintió.

—¿Has estado allí abajo?

—Un par de veces.

—¿Y has visto alguna vez... el otro aparato que usa?

—¿Qué aparato?

Terry se frotó los ojos, intentando desterrar la visión de aquellas paredes encaladas, la enorme jaula de plexiglás...

—Es una historia que me queda demasiado grande —dijo—. El lunes voy a ir a la redacción a contárselo a los que se encargan de este tipo de noticias. Ellos sabrán cómo enfocarlo.

—Pero es *tu* historia, Terry. Tú te enteraste primero.

—Pero es que... no soy esa clase de periodista. No es por otra cosa.

—Sí, pero tú detestas el tipo de periodismo que haces. Esta es la oportunidad de

cambiar. —Se daba cuenta de que Terry quería oír aquello. Estaba a punto de creerla—. Quiero decir que te podrías dar a conocer de verdad con esta historia. ¿Tienes idea de lo que pasó allí abajo o de lo que puede ir la cosa?

—Lo único que sé —dijo Terry— es que Stephen Webb estudiaba en la universidad, y que tomó parte en un experimento de privación de sueño del doctor Dudden. *Supongo* que, de resultas de este experimento, sufrió... un accidente de algún tipo. ¿Un accidente fatal? Pero nadie ha establecido todavía una conexión directa entre su muerte y el tiempo que pasó en la clínica.

—Fue un accidente de coche —dijo Cleo—. La mañana que terminó el experimento, Gregory no tenía ninguna cama disponible, ningún sitio donde pudiera recuperarse, así que lo mandaron directamente a casa. Cuando volvía hacia el campus, se salió hasta el medio de la carretera y lo atropellaron. Murió en el acto. —Rebuscó en la bolsa de viaje que estaba sobre el asiento de al lado y sacó dos historiales—. Pero da la casualidad de que alguien *sí* ha establecido una conexión directa. Hubo otra estudiante que tomó parte en el experimento; alguien que sobrevivió a él, y no sé por qué me imagino que Gregory le pagó y la despidió, porque dejó la universidad y nadie ha vuelto a saber nada de ella. Pero *alguien* debe de haberle dado el chivatazo al Colegio Real de Psiquiatras, porque esta mañana ha llegado una carta de allí. Por lo visto, quieren abrir una investigación.

—¿Cómo se llamaba esa otra estudiante?

—Bellamy. Karen Bellamy. —Le alargó a Terry los dos historiales—. Los encontré en el despacho de Gregory y saqué unas copias. Tómalos. Son tuyos. Haz lo que puedas con ellos.

Durante el resto del viaje, Terry fue leyendo la documentación que había sobre aquellos dos desgraciados estudiantes. A partir del historial de Stephen Webb pudo elaborar un retrato bastante completo de un joven sociable, brillante, dotado para los estudios, que también era un actor tremendamente ambicioso y con mucho talento. Su participación en el experimento del doctor Dudden parecía provenir de la necesidad económica, de la curiosidad intelectual, o de una combinación de ambas. La información sobre Karen Bellamy era más sucinta, lo que la convertía en una figura más indefinida y, en conjunto, más problemática. En su caso, parecía que existían unos antecedentes muy claros de apuros económicos. Provenía de un barrio pobre de Londres; sus padres habían vivido en Denmark Hill y, por lo visto, ese era el último sitio en el que se la había visto, hacía ya más de seis meses. Terry anotó aquello mentalmente, pero se dio cuenta de que su concentración iba menguando a medida que iba leyendo el historial de Karen Bellamy. Imágenes esporádicas pero muy vívidas del sueño que había tenido la noche anterior seguían relampagueando en su mente, y se encontró agarrándose a ellas ilusionado, solo para verlas retroceder en un espacio en blanco cada vez mayor, o sentir cómo se escurrían entre sus dedos, igual que arena. Era una sensación desesperante y, al mismo tiempo, una fuente de consuelo inexplicable e inconmensurable. Un par de veces, cuando tuvo el privilegio

repentino de una visión un poco más concreta, un poco menos efímera que el resto, cogió la pluma y garrapateó unas cuantas palabras en los márgenes de la página que estaba leyendo: «un prado», escribió en cierto momento; «una jovencita riéndose; la voz de una mujer tarareando algo a mi lado entre la hierba crecida; el convencimiento de que puedo volar; agua fresca». Tras registrar aquellas impresiones dispersas, alzó la vista y vio que Cleo le miraba y se sonreía.

Mientras Terry estaba entretenido con los historiales, Cleo rebuscó en su bolsa y sacó la transcripción que Lorna le había preparado: la grabación del extraño monólogo nocturno de Ruby Sharp. Lo leyó por decimoquinta vez, pero aún le costaba creer que fuese verdad, o que los milagros que auguraba fuesen a suceder en alguna ocasión; y aún seguía desconcertándola su relación (¿profética?, ¿casual?) con la fotografía de Terry, con aquella imagen imborrable de un sueño que recordaba tan bien. Buscando una explicación racional, volvió a pensar en el comportamiento de Ruby: que no le hubiera dicho su nombre cuando se habían encontrado en la playa hacía dos semanas; que se hubiera presentado inesperadamente en la clínica el día anterior, y que se hubiese marchado con tanta precipitación aquella misma mañana; porque se había ido sin dejar ninguna nota (ni pagar nada). A no ser que hubiera que considerar la propia transcripción como una especie de mensaje.

Y si así era, ¿se podía fiar de él?

Sí. Sí, claro que sí. Cleo llegó a esta conclusión justo cuando el tren se adentraba en las afueras de Londres, y su razonamiento fue bastante simple; porque en medio de toda aquella confusión, aquellas convergencias inquietantes del pasado y del presente, al menos subsistía una verdad irrefutable.

Nadie miente en sueños.

Terry no tenía nada que hacer. Media hora después de despedirse de Cleo, no sabía en qué emplear el tiempo. Estaba inquieto, desasosegado. La idea de regresar a su piso le deprimía. Eran las tres de la tarde y no era capaz de afrontar la perspectiva de una noche entera a solas, en casa, con su televisor y su vídeo por única compañía.

Se compró un *Time Out* y ojeó la lista de cines, pero, de alguna manera, los títulos no le decían nada y, al poco rato, se deshizo de él tirándolo sobre un banco del exterior de la estación por si alguien quería cogerlo.

Abrió su maletín y sacó el sobre de papel manila que contenía su fotografía y los dos historiales que Cleo había fotocopiado para él. Luego regresó a la estación y dejó su maletín en consigna.

Cogió el metro hasta otra de las estaciones principales, y luego, desde allí, un tren de enlace hasta Denmark Hill.

El propio Terry no habría sabido explicar su decisión. Obedecía meramente a la intuición (surgida seguramente tras haber visto una buena cantidad de películas sobre el tema) de que eso era lo que hacían los periodistas (¿o eran los detectives?) cuando

empezaban a investigar un caso. Si querían seguir un rastro, si querían seguir los movimientos de alguien, el primer paso consistía en crear una relación de empatía con su presa, poniéndose en su pellejo. Nunca había estado en Denmark Hill y, oscuramente, tenía la sensación de que aquello suponía cierta desventaja en su nueva tarea, que consistía en localizar a Karen Bellamy y descubrir la verdad sobre los experimentos de privación de sueño del doctor Dudden. Albergaba la esperanza de que visitar la zona donde ella se había criado, y donde había sido vista por última vez, pudiese depararle algo así como una pista: un encuentro casual con un amigo, quizá, o una conversación con un vecino charlatán en el pub del barrio.

Terry se vio forzado a admitir, tras varias horas de vagar sin propósito por las calles, de matar el tiempo en los cafés y beber a solas numerosas jarras de cerveza, que aún tenía que aprender unas cuantas cosas sobre el periodismo de investigación. No se sentía más cerca de Karen Bellamy que cuando había empezado; y ahora, además, estaba abrumadoramente cansado. Se moría de ganas de acostarse, y nada le apetecía más a esas alturas que la perspectiva de una retirada a tiempo (apagar la luz a las diez, digamos), seguida de un buen sueño de doce horas. Tal vez si dormía mucho esa noche soñase más cosas, y cupiese la posibilidad de que las recordara por la mañana.

Regresó andando a la estación de Denmark Hill y bajó corriendo hasta el andén, pero justo en ese momento se marchaba el tren. Los pasajeros que se habían bajado fueron desapareciendo, subiendo cansinamente las escaleras que llevaban hasta la zona de venta de billetes, y dejaron a Terry con todo el andén para él, una solitaria figura que se paseaba por delante de la máquina de aperitivos. Terry ya se había fijado en aquel hombre mientras se aproximaba a la estación desde la carretera. Distraídamente, se había preguntado por qué no se había subido al tren con todos los demás. ¿Qué hacía allí, después de todo, si no estaba esperando un tren que lo llevara hasta el centro de Londres? Decidió caminar hasta la otra punta del andén, para rehuir a aquel voluminoso desconocido en la medida de lo posible. La verdad era que se comportaba de una manera bastante rara. Medía aproximadamente un metro ochenta y cinco, llevaba unos vaqueros negros y una cazadora militar verde. Se paseaba de frente y de espaldas por el andén, mascullando cosas para sí mismo y chillando de vez en cuando. La hoja de su cuchillo destelló a la luz del atardecer.

Unas horas antes, esa misma tarde, Lorna había terminado de hacer sus compras en la ciudad, y luego, al subir la colina hacia Ashdown, vio algo muy raro. Siete taxis de la parada del pueblo pasaron ante ella en dirección a la estación; le pareció que, en cinco de ellos, iban pacientes y, en los otros dos, personal de cocina y de limpieza. Se quedó mirando los taxis, perpleja, y tuvo una premonición repentina y horrible: supo que algo malo, muy malo, pasaba en la casa. Apuró el paso colina arriba y, cuando llegó hasta la verja de Ashdown, casi corría.

Adivinó, en cuanto entró en el vestíbulo, que la casa estaba ahora completamente vacía; tenía un aire fantasmal y de abandono, y la puerta de entrada había quedado abierta a merced del viento. Pero, a pesar de estar vacía, no había ningún silencio, porque en alguna parte debajo de ella (en alguna parte del sótano) sonaba una música muy alta. Asombrosamente alta, porque Lorna no solo la oía, sino que hasta la sentía bajo sus pies. El suelo entero temblaba a causa de la potencia de aquella música. Lorna la reconoció inmediatamente; nadie habría dudado en reconocerla, era una de las arias más famosas del mundo, cantada también por uno de los tenores más famosos del mundo. Mientras dejaba las bolsas de la compra en el suelo, llena de miedo, indecisa, la música se paró pero empezó otra vez casi al instante. Alguien había puesto un compact, con la tecla de repetición pulsada.

A Lorna le llevó un rato (en el que el aria terminó y volvió a empezar) hacer acopio del valor necesario. Por fin, tras mirar en el despacho del doctor Dudden, en el comedor, y en la cocina en forma de L, se forzó a abrir la puerta que daba al sótano y bajó despacio las escaleras. Cuando llegó hasta la lavandería, que quedaba a unos diez metros de la puerta semiabierta del laboratorio donde nunca se le había permitido entrar, la música era ya completamente ensordecedora. Se metió los dedos en los oídos mientras avanzaba con cautela por el pasillo brillantemente iluminado; y luego, tras apoyarse contra la pared y aspirar unas cuantas veces profundamente, empujó suavemente la puerta hasta abrirla del todo y entró.

Lorna no habría sabido decir cuánto tiempo se quedó allí, horrorizada, incapaz de moverse, esforzándose en comprender la escena que tenía ante ella. Tal vez fueran solo unos segundos. Parecía que en la habitación había doce mesas, cada una con un depósito de cristal encima. Algunos de los depósitos estaban volcados; un par de ellos se habían roto en pedazos; cuatro contenían ratas muertas, y tres, perros también muertos. Además, había varios perros, ratas y conejos correteando aturdidos por la habitación, con aspecto de estar mal alimentados, maltratados y exhaustos. Había asimismo cables esparcidos por todas partes. Lorna se abrió paso entre los animales, contemplándolos recelosa, con una mezcla de pena y asco, y encorvándose de vez en cuando para mirarlos de cerca, pero sin animarse a tocarlos.

Lo prioritario, en cualquier caso, era localizar la fuente de la música y apagarla. Al parecer provenía de un cuarto que había al fondo del laboratorio, y se abrió camino rápidamente hasta allí, consciente de que no sería capaz de pensar con claridad hasta que reinase el silencio.

La habitación en la que pronto se encontró era bastante grande, pero no tenía más mobiliario que una silla con un respaldo muy derecho y pinta de incómoda, una televisión, un equipo de sonido y una variedad de máquinas de ejercicios. Adivinando que se encontraba en una especie de centro de privación de sueño, Lorna se tapó los oídos aún con más fuerza y se arrodilló junto al reproductor de compact, tratando de ver por dónde se apagaba. Mientras lo hacía, le entró un escalofrío, y se quedó helada en el preciso momento en que iba a darle al botón. Percibió, brusca pero muy

claramente, una presencia humana a sus espaldas, en el umbral, a muy poca distancia.

Se volvió, vio al doctor Dudden, y gritó como una loca.

No era solo que estuviese casi desnudo (solo llevaba un bañador de competición). Ni tampoco el brillo demencial y hostil de sus ojos, aunque eso ya daba bastante miedo. Lo que más aterrorizó a Lorna del aspecto del doctor Dudden aquella tarde fue cómo tenía el pelo. Parecía haberse descontrolado solo, haber adquirido una lunática vida propia. Debía de habérselo engominado profusamente, porque lo llevaba muy tieso, dividido en cuatro o cinco mechones puntiagudos, y se había colocado un montón de electrodos al azar por toda la cabeza: algunos metidos entre el pelo, otro pegado a la oreja, y todos conectados a una red de gruesos cables multicolores que colgaban tras él por el suelo; tantos metros y metros de cable que se perdían de vista. Parecía un cruce entre Medusa y un punk trastornado.

—No la apague. —Controló fríamente la voz, a pesar de que gritaba para hacerse oír por encima de aquella atronadora aria que se repetía sin cesar—. Haga lo que le dé la gana, pero no la apague.

—Pero es que está tan alta...

—¿Qué hace usted fisgoneando por aquí, además?

Lorna se levantó, pero no se acercó al doctor Dudden. Le impedía el paso al laboratorio, su única vía de escape.

—Quería saber de dónde salía el ruido —gritó.

—¿Ruido? —repitió el doctor Dudden—. ¿Le llama a esto *ruido*?

—Bueno, es que sonaba tan distinto de... de lo que usted suele escuchar...

—¿Pero qué le pasa, mujer? ¿Le da miedo un poco de pasión..., un poco de emoción?

—Doctor Dudden..., ¿se encuentra usted bien? —le preguntó—. ¿Dónde están los demás? ¿Qué ha pasado con los pacientes?

—¡Los pacientes! ¡Ja! —bufó y, para alivio de Lorna, le dio la espalda y se fue, con todos aquellos metros de cable arrastrándose tras él. Lo siguió hasta el laboratorio, esforzándose por escuchar lo que decía, pero solo conseguía oír algunas palabras—... pacientes... inútiles... pérdida... cretinos... —Entonces, sin previo aviso, giró en redondo y se encaró con ella. Había agarrado un trozo de cable suelto de una mesa, y ahora lo estiraba con las manos para luego enrollárselo en los dedos y comprobar su tirantez con aire perverso. Lorna retrocedió unos pasos, hasta que dio con la espalda en la pared.

—Oiga, doctor... ¿no le parece que estaría mucho más cómodo con..., con algo de ropa encima?

Él hizo caso omiso de aquella sugerencia, y siseó:

—¿Quién es Ruby Sharp, entonces? —El aria se terminó, y empezó inmediatamente otra vez, esta vez más alto que nunca—. Encontré un «electro» en el despacho sobre una tal Ruby Sharp. No la conozco de nada.

—Era..., era una paciente —dijo Lorna, sin dejar de mirar el cable y sus manos

nerviosas—. Llegó anoche.

—¿Que admitieron una paciente sin referencias? ¿Y sin mi permiso?

—Era ami... Parece que la doctora Madison la conocía. Dijo que hablaba en sueños.

—¿Y habló? ¿Habló en sueños?

—Sí... sí que habló. Lo he transcrito esta mañana. Pero...

—¿Pero qué?

Lorna titubeó, forzada ahora por su propia incompreensión, además de por el miedo. Aquel incidente la había tenido preocupada todo el día; no encendía los secretos, la historia privada que compartían Ruby y Cleo, quienes evidentemente se conocían de alguna época pasada de su vida. Tampoco entendía lo que Ruby había tratado de decirle a su antigua amiga (o antigua amante, o lo que fuera) al dejar correr aquel torrente ininterrumpido de palabras, como un conjuro, que quedó grabado en la cinta de madrugada. Pero sí sabía una cosa: Ruby no estaba dormida en ese momento. Lorna no se lo había comentado a la doctora Madison, pero estaba segura. La lectura del polisomnógrafo lo había demostrado.

—Bueno..., habló, pero no estaba dormida —explicó, tartamudeando—. Creo que fingía, por alguna razón.

El doctor Dudden se quedó mirándola un momento, y luego se echó a reír. Era una risa estridente, sin alegría, con un patente trasfondo de locura.

—Ya entiendo —dijo—. Ya entiendo; así que ya han empezado, ¿verdad? Ya han empezado a mandar espías. A colarse en la clínica, haciéndose pasar por pacientes. A fisgar por aquí en plena noche. Y no me sorprendería que a poner cámaras y micrófonos. Conque ya ha empezado todo... Pero no van a conseguir meter más gente aquí; ¿y sabe por qué? Porque a partir de ahora ya no va a haber pacientes. A partir de ahora, Lorna —avanzó hacia ella, alzando el cable a la altura de su garganta—, solo vamos a estar usted y yo. —Se quedaron así, a unos pocos centímetros, con la mirada fija, hasta que él bajó el cable, la cogió de la muñeca con un movimiento de pinza y dijo—: Venga conmigo.

La arrastró en dirección a la segunda puerta del fondo del laboratorio: la puerta tras la que parecía que desaparecía su larga estela de cables. La abrió de un tirón con su mano libre, y Lorna dio un grito por segunda vez en cuanto vio la enorme jaula de plexiglás, con su enorme plato giratorio y su foso de agua azul.

—¡Suélteme! —gritó—. ¿Adónde me lleva?

—¡Tranquila, mujer, por el amor de Dios! No tiene nada que temer. Está contemplando uno de los aparatos científicos más importantes que se hayan diseñado nunca. Debería considerarse una privilegiada.

—¡Suélteme! —repitió Lorna—. ¡Suélteme!

—Necesito su ayuda —dijo el doctor Dudden—. Nada más. Necesito que me ayude con un pequeño experimento. Tienen que ser dos, Lorna; si no, no tiene sentido. Recuerde que hacen falta dos para bailar un tango.

Lorna lo miró furiosa, ahora más enfadada que temerosa.

—No tengo la menor intención de bailar el tango con usted, doctor. Ni ahora ni nunca. Ni tampoco de meterme *ahí* —señaló la jaula con un gesto de cabeza— con alguien que está evidentemente loco.

El doctor Dudden se estremeció visiblemente al oír esa palabra, como si le hubieran pinchado con un alfiler. Entonces, lenta, milagrosamente, Lorna sintió que empezaba a aflojar la mano con que le tenía agarrada la muñeca. Y la furia candente de sus ojos se fue apagando y desvaneciendo hasta que no quedó más que un tenue resplandor, remplazado por algo más frío y más neutro: un duro brillo de desprecio, mezclado con una resignación amarga. Le soltó la muñeca de repente, y retrocedió.

—Claro —dijo—. Qué tonto he sido. ¿Por qué iba a ser usted distinta de los demás? ¿Por qué iba a ser más lista?

Un poco entreabierta en el panel de plexiglás, había una puerta casi invisible, por donde pasaban los cables pegados a la cabeza del doctor Dudden para arrastrarse por el plato giratorio y ascender luego hasta el agujero de la parte superior del tabique de madera que dividía la jaula en dos. Recogió los cables sueltos entre sus brazos, abrió la puerta aún más y pisó el plato giratorio.

—Debería haberme acordado de que estoy solo —prosiguió, volviéndose para dirigirse a Lorna—. Completamente solo. Nadie lo podría entender, nadie podría empezar a entenderlo siquiera. Voy tan por delante... Les llevará años, *años*, comprender lo que intentaba hacer. —Su sonrisa era triste, irónica—. Muy bien, Lorna, salga corriendo. Aquí voy a estar perfectamente. De todas formas, dentro de unos días vendrán y me encontrarán. Seguro que vienen muy pronto.

—¿*Quiénes* van a venir? —preguntó, como desesperada—. ¿De qué me está hablando?

Él meneó la cabeza y cerró la puerta de plexiglás.

—Doctor Dudden...

Pero Lorna se dio cuenta de que ya no la oía, y solo pudo quedarse mirándolo, como una tonta, mientras él se sentaba en el plato giratorio con las piernas y los brazos cruzados, como si se preparase para meditar. Luego empezó a hablar, pero para sí mismo, no para ella. Al principio era difícil distinguir las palabras. Lorna ya estaba a punto de irse, de salir corriendo escaleras arriba para llamar una ambulancia, cuando comprendió lo que decía.

—No me voy a dormir —decía—. No me voy a dormir. —Una y otra vez, como un mantra, mientras el reproductor de compact discs seguía sonando en el cuarto de al lado, a todo volumen, y la célebre interpretación del «Nessun Dorma» de Pavarotti iba creciendo hasta alcanzar otro clímax ensordecedor.

Cleo estaba echada en la cama de la habitación de su hotel, escuchando el ruido del tráfico de Russell Square, el parloteo en diferentes idiomas de las voces que se

colaban por la ventana abierta; y pensó que, sucediera lo que sucediera esa noche, su vida nunca volvería a ser la misma. No había vuelta atrás.

Después, mientras se maquillaba, se cambiaba de falda y se preparaba para tomar una copa que le diese ánimos en el bar del hotel, se dio cuenta de que aquella idea estaba cargada de demasiado dramatismo, demasiado melodrama. Ya llevaba doce años apañándose sin Sarah. Y últimamente, bastante bien. No había razón por la que aquella súbita resurrección de la esperanza tuviera que cambiarlo todo, por la que no pudiese regresar a la clínica al día siguiente, por la que no tuviese que seguir viviendo sin Sarah, tal como había decidido aquella noche terrible en Ashdown, la última vez que la había visto, la última vez que había oído su voz. Desde entonces, Cleo había hecho vida de soltera, y podía seguir haciendo lo mismo.

Aunque solo fuera para demostrárselo, se entretuvo en el bar más de una hora, tomándose dos gin-tónicos e ignorando deliberadamente las propuestas de los distintos hombres solitarios que trataron de llamar su atención. Luego fue a un restaurante italiano, donde se tomó una pequeña garrafa de vino tinto y una exquisita *lasagna* vegetal, y declinó la invitación de unirse para el café y las copas al caballero que estaba sentado a la mesa de la ventana. Después echó a andar, sin darse demasiada prisa, hacia la estación de metro, rozándose con los turistas y la gente joven que apretaba el paso a su lado para pasar la noche del viernes en el West End.

Ya en el metro, por una vez no se fijó en los anuncios, se negó a leer las páginas de atrás de los periódicos de los demás pasajeros y, en cambio, por primera vez en su vida, les miró atentamente a la cara. Vio parejas felices y parejas desgraciadas; parejas que no tenían nada que decirse, y parejas que no podían dejar de hacer manitas; parejas que acababan de conocerse, y parejas que parecían estar a punto de romperse. Vio hombres casados que volvían a casa para estar con sus mujeres, y hombres solteros que volvían a casa para encender sus vídeos y calentar sus cenas. Vio mujeres solas, parejas de mujeres, y grupos de mujeres, y pensó: Sí, tengo mi lugar entre toda esta gente. Haya fallado lo que haya fallado, me haya equivocado lo que me haya equivocado, ahora sé quién soy. Sé quién soy, y me gusta.

Cuando salió al aire libre, veinte minutos más tarde, se estaba haciendo de noche. Cleo se había comprado un plano aquella tarde, y siguió su ruta de memoria; por lo que se refería al tramo final, las instrucciones de Ruby, aunque mínimas, resultaron ser perfectas. Dejó la calle principal atrás y, después de caminar casi un kilómetro, se encontró en la que debía de ser, con toda probabilidad, la calle más silenciosa de Londres. No se oía ninguna música, ni el ruido de ninguna fiesta, ni tampoco voces provenientes de los jardines. Ni siquiera un televisor a todo volumen. Los pasos de Cleo parecían el único ruido del mundo.

Se detuvo delante de la casa de Sarah. Aunque todavía no estaba muy oscuro, las cortinas estaban corridas del todo, y solo se veía un resquicio de luz por los bordes. Cleo empujó la cancela de hierro forjado, que chirrió lastimeramente, y se acercó hasta la puerta principal. Se detuvo, se alisó la falda y se colocó bien el bolso,

cargando su peso sobre el hombro. Luego levantó la aldaba y llamó dos veces.

Se encendió una luz en el vestíbulo. Instantes después, se abrió la puerta, y allí estaba: sola, mayor, con aspecto de estar un poco cansada o un poco dormida; un poco recelosa, quizá, por abrirle la puerta a una desconocida a aquellas horas. Llevaba unos vaqueros y una camiseta, y ahora tenía el pelo completa e increíblemente gris; y, en cuanto la vio, Cleo supo que se había mentido a sí misma, que no podía pasarse la vida sin aquella mujer. Era imposible, y siempre lo había sido.

—¿Sarah?

Fue lo único que consiguió decir en un primer momento. Sarah se quedó mirándola sin reconocerla, sin siquiera sospechar quién era.

—¿Te conozco de algo?

—Pues claro —dijo—. Soy yo, Robert.

Apéndice 1: Un poema

SOMNILOQUIO

Tu gravedad, tu gracia, se han vuelto en mí marea
que las fuerzas lunares no harán retroceder;
pero en tus narcolépticos ojos hay esta noche
una cierta ceguera: tal vez algo peor,
la cruel indiferencia que ha hecho de mí un cobarde.
Mientras tanto, insomne, recupero el aliento
para creer que vi mi futuro grabado
en la arena una tarde «quieta como la muerte»,
y rogar un olvido tan total y profundo
que acabe transformándome. Solo el amanecer
será la salvación que inundará de luz
esta encantada casa del sueño, ahogando así
todos estos fantasmas que de noche me avisan:
*Te hace falta otra vida para seguir el rastro
de ese oscuro secreto: su gravedad, su gracia.*

Apéndice 2: Una carta

De Pamela Worth
al profesor Marcus Cole,
psiquiatra miembro del Colegio Real

Querido profesor Cole:

Solo unas cuantas líneas, me temo, para agradecerle que se haya tomado la molestia de escribirnos la semana pasada.

Apreciamos mucho sus amables palabras. En una situación como esta, el cariño de los amigos y de los conocidos empieza a significarlo todo. En cierto modo, es lo único que tenemos. Y puede estar seguro de que, por lo que a nosotros se refiere, usted no ha tenido culpa alguna en este asunto. Estas últimas semanas nos hemos encontrado muchas veces buscando a quien culpar (a personas en concreto, al gobierno, al «sistema» o a lo que fuera), pero no se le puede echar la culpa a nadie. Eso es lo que hace que resulte tan insoportable.

Visitamos a Terry todos los días. No hay ninguna mejoría, como dice usted, ni ninguna esperanza real de que se produzca, por lo visto. Pero hay que tener paciencia. Él parece muy tranquilo y descansado. Probablemente usted no lo sabe (¿por qué iba a saberlo?), pero mi hijo ha tenido muchos problemas de sueño en estos últimos años. Evidentemente, nunca se lo dije, pero me tenía muy preocupada, y cuando lo veo ahora, a veces trato de decirme que simplemente se está poniendo al día en lo que a sueño respecta. Los médicos dicen que me lo imagino, pero un par de veces me ha parecido ver un esbozo de sonrisa en su cara, así que me pregunto si tendrá sueños agradables.

Pensará usted que no son más que estúpidas fantasías; pero todos tenemos que buscar alguna manera de tirar adelante, y una hace lo que puede.

Con mucho cariño, Pamela Worth

Apéndice 3: Una transcripción

Paciente: Ruby Sharp

Fecha: 28-06-96

Hora: 2.36 - 2.40

Técnico: Lorna

nunca en silencio nunca en silencio esta casa de eso sí me acuerdo
hace años siempre las olas nunca en silencio allí sentada con
ella sentada contigo me acuerdo yo escuchaba me acuerdo de
todo la playa aquel día en la playa las cosas que dijiste y esto no
tiene límites dijiste no tiene límites haría cualquier cosa cualquier
cosa para conquistarla y las marcas me acuerdo de las marcas en
tus piernas dos marcas como como un par de comillas bajas
entonces vi la semana pasada vi en la playa otra playa en otra
playa a la misma persona a otra persona pero el mismo cuerpo las dos
marcas en tus tobillos te conozco sé quién eres pero escucha
escucha también sé que está en Londres dónde vive qué
hace sola completamente sola tienes que ir tienes que
encontrarla lo sé lo he sabido siempre desde la playa juntos
vivir juntos fui tan feliz aquel día me acuerdo de todo nunca fui
tan feliz siempre he querido de alguna manera recompensaros el
hombre de la arena te llamé el hombre de la arena que hizo un castillo
un castillo precioso deshecho deshecho no perdido no se ha
perdido aún nada está perdido si la encuentras vete te está
esperando en Londres es fácil de encontrar una casa vacía una
casa fría vive sola al norte de Londres calles tranquilas tuerces
tuerces por la estación la primera casa la primera que se ve
no esperes de prisa vete encuentra la calle recuerda recuerda el
nombre Fermer Road Fermer te necesita encuéntrala por favor
vete con ella



JONATHAN COE (Birmingham, 1961). Se educó en el Trinity College de Cambridge, y completó un doctorado sobre el Tom Jones de Henry Fielding en la Universidad de Warwick. Enseñó Poesía inglesa en Warwick, posteriormente trabajó como músico profesional, escribiendo música para jazz y cabaret. También trabajó como corrector de pruebas legales antes de convertirse en escritor y periodista independiente.

Coe es autor de varias novelas, la mayoría de las cuales se han traducido al castellano. Su primera novela, considerada hoy una obra «de culto», fue *Los enanos de la muerte* (1990), una historia de asesinatos en un ambiente *punk*. Le siguieron la aclamada *¡Menudo reparto!*, (1994), una sátira mordaz de la vida británica en la década de los ochenta y ganadora del Mail on Sunday / John Llewellyn Rhys Prize y el Prix du Meilleur Livre Étranger (Francia), y *La casa del sueño* (1997), que ganó el Writers' Guild Award (Mejor libro de ficción) y el Premio Médicis Étranger (Francia) y narra las aventuras de un grupo de ex estudiantes universitarios, reunidos en el misterioso acantilado de la casa donde solían vivir.

El club de los canallas, una sátira política de 2001, ambientada en Birmingham en 1970, obtuvo el premio Bollinger Everyman Wodehouse Prize y el Arcebispo Juan de San Clemente y fue adaptada para la televisión por la BBC en 2005. Coe retomó a los protagonistas de esta novela veinte años después, en la Inglaterra de Blair, en *El círculo cerrado* (2004).

La lluvia antes de caer, de 2007, tiene un tono distinto, introspectivo e íntimo, que ha

sido muy alabado. Posteriormente, Coe volvió al género satírico-humorístico con *La espantosa intimidación de Maxwell Sim*, (2010) y *Expo 58*, (2013).

Su última novela es *Number 11* (2015).

Notas

[1] Del alemán *Zeitgeist*: el espíritu de una época, especialmente tal como se ve reflejado en su literatura, su filosofía, etc. (N. del T.) <<

[2] La expresión inglesa *rats* equivaldría en castellano a algo así como «¡caracoles!».
(N. del T.) <<

[3] *Cottage by a river* («una casa de campo junto al río») y *cottage pie or liver* («pastel de carne o hígado») suenan parecido en inglés. (N. del T.) <<

[4] *Sandman*: personaje fantástico que adormece a los niños espolvoreándoles arena en los ojos. (N. del T.) <<

[5] Juego inglés, similar al «tres en raya» español. (*N. del T.*) <<

[6] «*Biscuits*» or «*quickly*» or «*Timothy*», tres palabras con un sonido parecido en inglés. (N. del T.) <<

[7] En inglés, *hawks*. (N. del T.) <<

[8] *Free Cinema*: literalmente, en inglés, no solo «cine libre», sino también «cine gratuito». (N. del T.) <<

[9] *As chalk and cheese*: expresión inglesa (literalmente, «como la tiza y el queso») empleada para designar dos cosas muy diferentes entre sí. (N. del T.) <<

[10] Wenders es una cadena especializada en la venta de esos productos a la entrada de los cines. (N. del T.) <<

[11] *Higgledy Piggledy* significa en inglés «en desorden» o bien «revoltijo», «embrollo», «lío». (N. del T.) <<

[12] Famosos cómicos ingleses de *music-hall*, que actuaron juncos de 1931 en adelante, y más tarde se convirtieron en miembros de la Pandilla Loca. <<

[13] Sim (1900-1976) llegó a protagonizar más tarde éxitos como *Green For Danger* (1946), *The Happiest Days of Your Life* (1950) y, lo que tal vez le hiciera más famoso, muchas películas de la serie *St Trinian's*. <<

[14] Un apacible y respetable barrio de Londres, a orillas del Támesis, justo al sur de Richmond. <<

[15] Muy alabados, recientemente, por Denis Thatcher, quien dijo que le habían proporcionado «seis de las horas más deliciosas de su vida». Su esposa, Margaret, bromeó más tarde diciendo que se había quedado «tieso horas y horas». <<

[16] Sus títulos, para que quede constancia, eran *Bragas mojadas*, *El conejo parlante* y *Leche en la cara*. <<

[17] Entre los libros en cuestión se cree que se contaban *Confesiones de San Agustín* y las *Revelaciones de amor divino* de Julián de Norwich. <<

[18] Más tarde se convirtió en un destacado personaje público, fundamentalmente por sus confesos hábitos de bebedor y su enorme apetito sexual. <<

[19] Una anécdota que más tarde se convirtió en la base de una de las comedias de menos éxito de Norman Wisdom, *El hombre de los caramelos*. <<

[20] A los otros dos, afortunadamente, se les encontró acostados juntos en una cama de la casa de Jack Logan en Esher. <<

[21] Se cree que es una alusión al entonces Primer Ministro Edward Heath. <<

[22] Los orígenes de este chiste en concreto siguen siendo oscuros, a pesar de nuestros mejores esfuerzos. <<

[23] Fiel defensor, y propagandista, del Partido Conservador, cuyas novelas, sin embargo, no se contemplan con demasiada seriedad en los círculos literarios. <<

[24] «Extraordinariamente colgado» fue, que se sepa, el único veredicto de Amis en esta ocasión. <<

[25] Se habían encontrado por primera vez solo unas semanas antes, para hablar de su entusiasmo compartido por los puros jamaicanos y los dibujos eróticos del siglo XVIII.

<<

[26] Cantante incombustible de baladas edificantes a quien, desde tiempos inmemoriales, se viene considerando una de las reinas indiscutibles de la música pop inglesa. <<

[27] Intérprete de éxitos como *Congratulations* y *Devil Woman*, cuyos papeles cinematográficos se han limitado hasta la fecha a musicales para menores, de escasa trascendencia (*Vacaciones de verano*, *Días maravillosos*, etc.). <<

[28] Las palabras «“ojo” (*eye*) y “yo”» (*I*) suenan en inglés de la misma forma. (N. del T.) <<

[29] *Private eye* significa en inglés «detective privado». <<

[30] *I kneed him* (le di un rodillazo) y *I need him* (le necesito) suenan igual en inglés.
(N. del T.) <<

[31] *Balls* puede significar en inglés tanto «pelotas», «huevos» como «globos» oculares. (N. del T.) <<